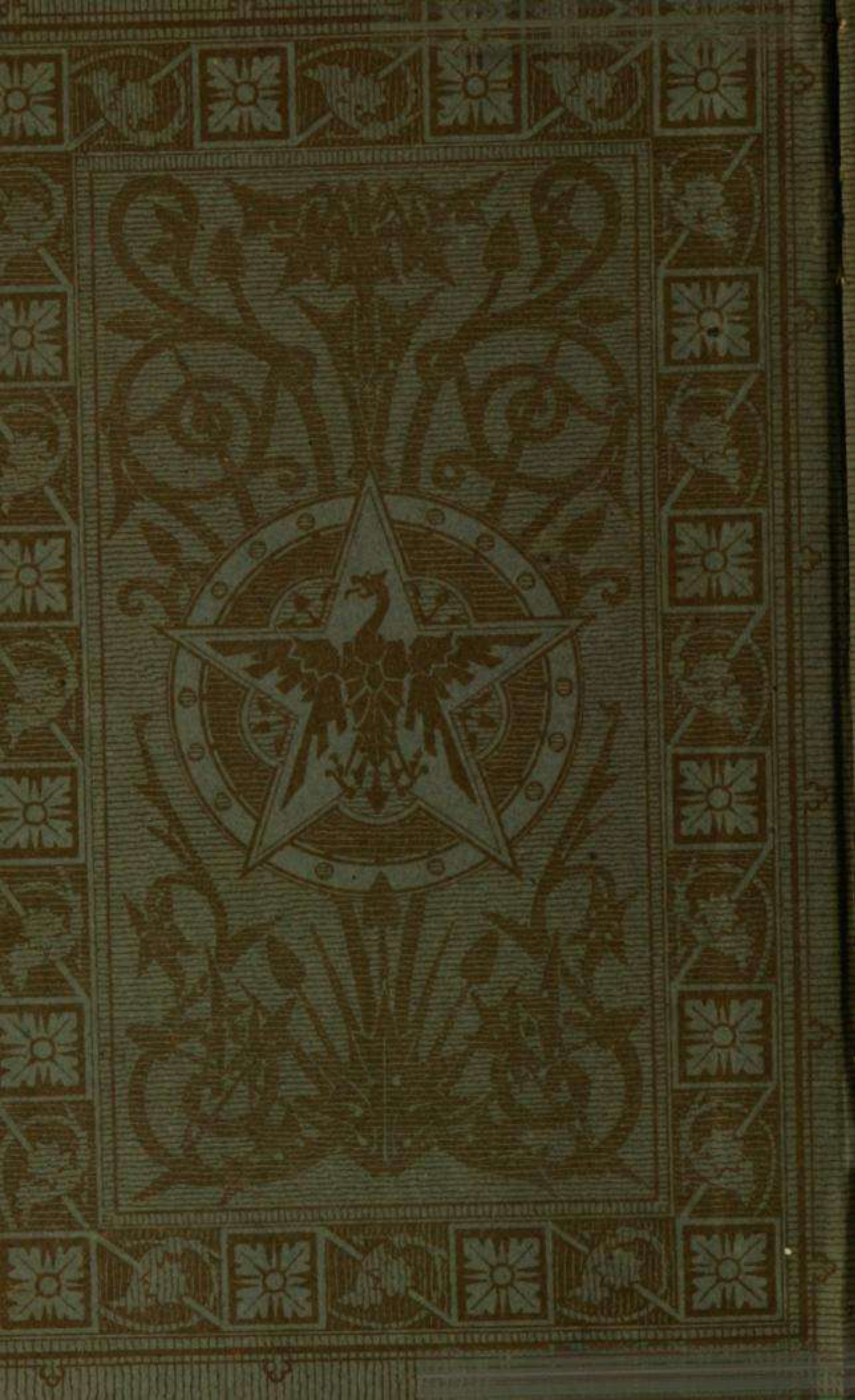


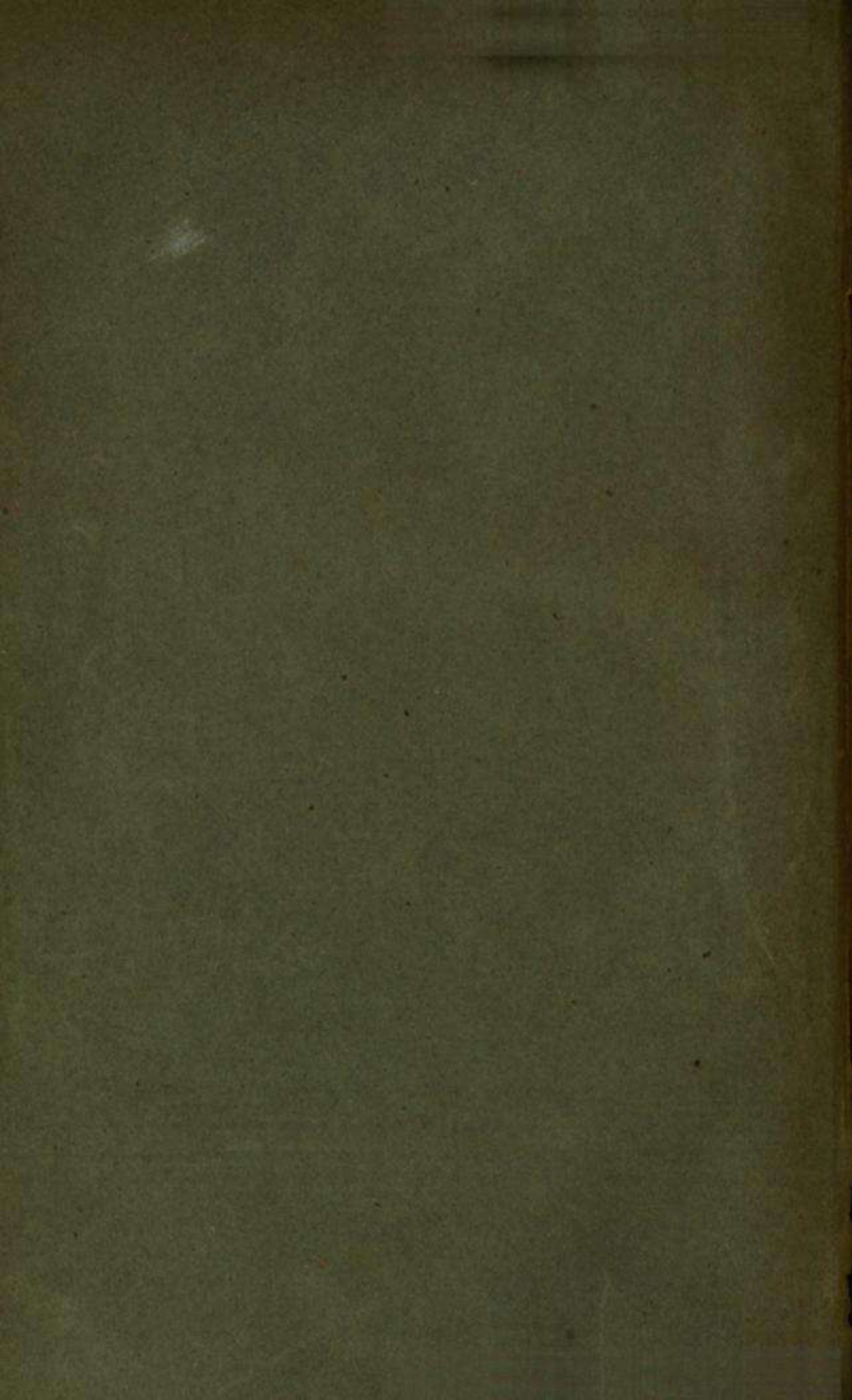
DEL

REY









no 2  
LARIO



LA HIJA DEL REY  
DE  
EGIPTO.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721452489



ES PROPIEDAD.

LA HIJA

DEL

REY DE EGIPTO

POR

JORGE EBERS.

TRADUCCION DE LA SEXTA EDICION ALEMANA POR

D. GASPAR SENTIÑON.

ILUSTRADA CON ACUARELAS POR

ARTURO MÉLIDA

Y CON DIBUJOS Á LA PLUMA POR

APELES MESTRES.

—  
TOMO II.  
—

BARCELONA.

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

Administracion: Ausias March, 95.

1881.







## CAPÍTULO I.

**E**L mayordomo de palacio recibió á los convidados en la entrada y con ayuda de varios nobles maceros señaló á cada uno su asiento.

Apenas se hubo sentado el último, un toque de trompetas anunció la llegada del rey, y en cuanto entró en el salon, todos los convidados se levantaron de sus asientos recibiendo á su soberano con una repetida y atronadora salva de : ¡ Victor al rey !

Una alfombra de púrpura de Sardes que sólo podían pisar Kasandana y el rey, marcaba el camino á su sitial. La ciega madre del monarca, conducida por Kresos, precedió á su hijo y ocupó, á la cabecera de la mesa, un trono más elevado que el sitial de oro de Kambises que estaba al lado. A la izquierda del soberano sentáronse las esposas legítimas : Nitetis junto á

él, luego Atosa y al lado de ésta Fedima, vestida humildemente y con pintada palidez; al lado de la última esposa del rey sentóse el eunuco Bogues. Siguiéron despues el gran sacerdote Oropastes, varios otros magos distinguidos, los sátrapas de algunas provincias, el judío Beltsazar y gran número de persas, medos y eunucos que desempeñaban altos destinos.

Á la derecha del rey se puso Bardiya, siguiendo luego Kresos, Histaspes, Gobrias, Araspes y otros ajemenidas, por orden de jerarquía y edad. Las concubinas estaban sentadas, unas al extremo inferior de la mesa, otras enfrente del rey para animar el festin con su canto y sus tocatas. Detras de ellas, colocáronse los eunucos en gran número para prevenir que las mujeres mirasen á los hombres.

La primera mirada de Kambises fué para Nitetis que con todo el esplendor y majestad de una reina, pálida pero bella hasta lo indecible con sus nuevos vestidos de púrpura, se sentaba junto á él.

Las miradas de los novios se encontraron.

Kambises percibió que la de su novia le enviaba ardientes rayos de amor; mas con el delicado instinto de su amorosa pasión observó al propio tiempo que alguna contrariedad debía de haber sentido el objeto de ella; pues cierto rasgo de melancólica seriedad contraía su boca y turbio velo, perceptible para él solo, empañaba su mirada siempre tan clara y serena.

— Más tarde la preguntaré qué le ha sucedido, pensó el rey; mis súbditos no han de ver lo mucho que quiero á esta muchacha.

Luego besó la frente de su madre, sus hermanos y demas parientes cercanos, pronunció una breve oración dando las gracias á los dioses por su favor, y solicitando otro año feliz para él y los persas, mencionó la suma enorme que en este día regalaba á sus paisanos y mandó á los maceros que condujesen á su presencia

à los que de esta fiesta de gracia esperasen la concecion de alguna súplica razonable.

Ninguno de los suplicantes salió descontento, puesto que ya el dia anterior habia debido explicar su peticion al mayordomo para saber si era admisible. Asimismo las instancias de las mujeres, antes de permitirse que fuesen presentadas al rey, habian de pasar por la censura de los eunucos.

Terminada la revista de los hombres, Bogues hizo pasar por delante del rey la procesion de las mujeres; sólo Kasandana permaneció sentada.

Atosa y Nitetis abrieron el largo séquito. Siguieron à las hijas de reyes, Fedima y otra beldad, esta última esplendorosamente ataviada por orden de Bogues quien deseaba que resaltase visiblemente la casi mísera sencillez de la favorita caida.

Intafernes y Otanes miraron con ceño, como Bogues habia presumido, à su nieta é hija viéndola parecer tan pàlida y pobremente vestida en medio de tanto esplendor.

Kambises que conocia de antiguo la gran aficion al lujo de Fedima, cuando la tuvo delante contempló con enojo y al par con admiracion, el humilde prendido y el pàlido semblante de la ajemenida. Ceñudo y colérico dijo à la mujer, que se habia puesto de hinojos:

—¿Qué significa este traje de mendiga en el convite y el dia de mi cumpleaños? ¿Olvidaste la costumbre de nuestra nacion de no comparecer ante el soberano sino en traje de fiesta? A fè que si fuese otro dia ó no te estimara como hija de nuestros apreciables parientes, te haria llevar de nuevo al harem, para que en la soledad reflexionaras sobre lo que impone el decoro.

Estas frases facilitaron la tarea de la humillada. Echóse à llorar amargamente y de modo que fuese oida, y alzó los ojos hácia el irritado esposo con tal

expresion de humildad y desconsuelo, que la ira del rey se trocó en compasion y levantándola le dijo :

—¿Tienes que pedirme algo?

—¿Y qué puedo apetecer desde que mi sol me priva de su luz? contestó balbuciente y sollozando Fedima.

Kambises se encogió de hombros y preguntó otra vez :

—¿Nada deseas para ti? En otros dias pude enjugar tus lágrimas con regalos; pide pues tambien hoy que te consuele con oro.

—Fedima ya no desea más. ¿Qué falta le hacen las joyas, cuando su esposo y señor aparta de ella la luz de sus ojos?

—Entonces no hay remedio para ti, dijo Kambises, apartándose disgustado de la mujer arrodillada.

Buen consejo fué el de Bogues, de que Fedima se pintara con blanquete, pues sus mejillas ardian de rabia y vergüenza. Dominó sin embargo su pasion, y cumplió la orden del eunuco haciendo una profunda reverencia á la madre del rey y á Nitetis y derramando lágrimas, libre y abiertamente, á los ojos de los ajemenidas.

Otanes é Intafernes hicieron un esfuerzo por reprimir el enojo que les causaba la humillacion de su hija y nieta. Más de un ajemenida miró con profunda simpatía á Fedima infeliz, y con secreto rencor á la bella extranjera preferida.

Cuando hubieron terminado todas las ceremonias, empezó el banquete.

Delante del rey estaba una cestita de oro, en la cual se veia rodeada elegantemente de otras frutas, una enorme granada del tamaño de una cabeza de niño.

En cuanto el rey reparó en ella, se puso á contemplar, como perito, la hermosura de aquella rara y enorme fruta, y luego preguntó :

—¿ Quién ha cultivado esta maravillosa granada ?

— Tu siervo Oropastes , contestó el gran mago con una profunda reverencia. Muchos años há que me dedico á la horticultura y hoy me atreví á deponer á tus plantas con esta soberbia fruta, el resultado de mis desvelos.

— Te lo agradezco, dijo el rey, porque esta granada va á facilitarme la eleccion de regente para cuando marchemos á la guerra. ¡ Por Mitra ! el que sabe cuidar con tal esmero un pequeño árbol, será bueno tambien para cosas mayores. ¡ Qué fruta ! ¿ Quién vió otra parecida ? Mil gracias te repito , Oropastes , y como la gratitud del rey no debe contentarse con palabras , te nombro hoy mismo regente de todo el reino para el caso de una guerra. Sí, amigos ; no pasaremos mucho tiempo en perezosa ociosidad ; el persa pierde su alegría sin el placer de la guerra.

Un murmullo de aplauso salió de las filas de los ajemenidas y sonó de nuevo el grito de : *¡ Victor al Rey !*

Se echaba en olvido todo rencor por la humillacion de la parienta. Los ensueños de batallas , de gloria imperecedera y laureles de triunfo , los recuerdos de pasadas proezas , devolvieron el festivo humor á los convidados.

El mismo rey, más sóbrio que de ordinario, les animaba á beber y gozábase en la tumultuosa alegría y bélica exaltacion de sus héroes , y más aún en la mágica belleza de la egipcia que más pálida que de costumbre y rendida por las fatigas de la mañana y el insólito peso de la alta tiara, seguia á su lado.

Nunca se habia considerado tan feliz como en este dia.

Y en efecto , ¿ qué le faltaba, qué más podia desear, cuando los dioses habian añadido la felicidad del amor á todas las dichas que su corazon apeteciera ? Su ri-

gidez parecia haberse trocado en tierna benevolencia, su severa austeridad en amistosa cortesía, cuando dirigió á Bardiya, que tenia á su lado, las siguientes palabras:

—Ea, hermano, ¿olvidaste mi promesa? ¿No sabes que hoy puedes pedirme lo que tu corazon apetece con la seguridad de alcanzarlo? Vamos, ámate con otra copita y no te quedes corto en pedir, porque estoy de talante para hacer grandes regalos. Ah, ¿quieres decirme en secreto lo que deseas? Acércate pues. Curioso estoy por saber lo que el más dichoso jóven de todo mi reino puede anhelar con tal ánsia que se sonroja como una niña, cuando se le habla de su deseo.

Bardiya, cuyas mejillas ardian en efecto de emocion, sonrióse é inclinándose hácia el oido de su hermano, le contó en voz baja y con pocas palabras, la historia de su amor.

El padre de Sappó habia tomado parte en la defensa de su patria, Focea, contra los ejércitos de Kiros. El jóven insistió en esta circunstancia, llamando á su amada, como era la verdad, hija de un guerrero heleno de noble alcurnia, callando empero que habia adquirido grandes riquezas en empresas mercantiles<sup>2</sup>. Bardiya describió á su hermano el donaire, la instruccion y el amor de su novia y estuvo á punto de apelar al testimonio de Kresos, cuando Kambises le interrumpió y besándole la frente dijo:

—No gastes más palabras, hermano mio, obedece al impulso de tu corazon. Conozco el poder del amor y te ayudaré á conseguir el consentimiento de nuestra madre.

Arrebatado por la dicha y la gratitud, Bardiya cayó de rodillas ante su real hermano, quién levantándole cariñosamente y dirigiéndose especialmente á Nitetis y Kasandana dijo:

— Oid , queridas , el trono de Kiros echará nuevas flores , pues nuestro hermano Bardiya ha resuelto renunciar á la vida de soltero reprobada por los dioses. <sup>3</sup> Dentro pocos dias el enamorado jóven partirá para tu país , Nitetis , y traerá á nuestras montañas la segunda perla de las riberas del Nilo.

— ¿ Qué tienes , hermana ? exclamó Atosa antes que Kambises hubiese terminado.

Y mojó con vino la frente de la egipcia que tenia desmayada en sus brazos.

— ¿ Qué has tenido ? preguntó la ciega Kasandana cuando al cabo de pocos momentos la nóvia del rey volvió en sí.

— El gozo , la dicha , Tajot... balbuceó Nitetis.

Como su hermana , Kambises se habia apresurado á asistir á la desmayada. Cuando esta se hubo recobrado enteramente , la rogó se animara con un sorbo de vino , y mientras le presentaba él mismo la copa , prosiguió completando su noticia :

— Si , Bardiya irá á tu país , esposa mia , para casarse allí en Náukratis , á orillas del Nilo , con la nieta de cierta Rodopis , hija de un noble guerrero , oriundo de la viril Focea.

— ¿ Qué es esto ? exclamó la ciega madre del rey.

— ¿ Qué tienes ? preguntó la vivaracha Atosa , como solícita y recriminándola al propio tiempo.

— ¡ Nitetis ! dijo Kresos á su pupila en tono de advertencia.

Pero la advertencia vino tarde , porque la copa que Kambises habia entregado á su novia , se habia escapado de las manos de esta , cayendo al suelo con estrépito.

Las miradas de todos los presentes fijáronse con ansiosa espectacion en el semblante del rey , quien pálido como la muerte , con los labios trémulos y el puño convulsivamente cerrado , se levantó de un salto de su sitial.

Nitetis alzó los ojos al rey suplicando indulgencia, mas este temiendo el embeleso de su mirada, volvió el rostro y exclamó con voz ronca:

— Lleva á las mujeres á sus aposentos, Bogues. No quiero verlas más. Empiece el banquete. Descansa, madre mia, y guárdate de criar víboras con la sangre de tu corazón. Duerme bien, egipcia; ruega á los dioses que te concedan el don de disimular mejor. Amigos, mañana iremos á cazar. Dame de beber, copero. Llena la copa grande, pero cáatala mucho, mucho, porque hoy temo el veneno, hoy por primera vez. ¿Oyes, egipcia? Hoy temo el veneno, y todos los venenos y medicamentos... hasta los niños lo saben... todos... vienen de Egipto<sup>4</sup>.

Nitetis salió de la sala tambaleándose más bien que andando. Bogues la acompañó y mandó á los pajes de litera que se diesen prisa. Llegados á los jardines pensiles, encargó la custodia de la egipcia á los eunucos que guardaban su casa. Despidiéndose de ella le dijo, frotándose las manos y con una risita nada respetuosa, en tono muy familiar y amistoso:

— ¡ Sueña con el hermoso Bardiya y su novia egipcia, mi blanca gatica del Nilo! ¿ No tienes ningun recado que darme por el hermoso muchacho cuyos amores te asustan tanto? Piénsalo bien; el pobre Bogues hará de buena gana de mediador; el despreciado Bogues te quiere bien; el humilde Bogues se afligirá viendo caer la soberbia palmera de Sais; el adivino Bogues te anuncia un pronto regreso á Egipto, ó un tranquilo descanso en la negra tierra de Babilon; el bueno de Bogues te desea un sueño plácido. Pásalo bien, mi florecita ajada, mi víbora pintada que se mordió á sí misma, mi piña caída del árbol!

— Insolente, exclamó indignada la princesa.

— Gracias, contestó riéndose el eunuco.

— Me quejaré de tu conducta, dijo amenazante Nitetis.



— ¡Qué amable eres! replicó Bogues.

— Ea, apártate de mi vista, dijo la egipcia.

— Obedezco á tus gratisimas indicaciones, cuchicheó el eunuco como si hubiese de confiarle un secreto amoroso.

Disgustada y horrorizada por este escarnio, cuya terrible significacion no se le ocultó, volvió las espaldas á Bogues y dirigióse á sus habitaciones, mientras éste le decia:

— Acuérdate de mí, reina hermosa, acuérdate de mí; todo lo que te sucederá en los próximos dias, es un regalo cariñoso del pobre, despreciado Bogues.

En cuanto la egipcia hubo desaparecido, Bogues cambió de tono, y con voz severa, imperiosa, mandó á los guardias que vigilasen cuidadosamente los jardines pensiles.

— Quien permita á otro que á mí la entrada en este sitio, será castigado con la muerte; nadie, entendido bien, nadie absolutamente, y menos aún algun recadero de la madre del rey, de Atosa, ó de otro grande del reino, puede poner el pié en estas gradas. Si Kresos ú Oropastes desean hablar con la egipcia, negádselo terminantemente. ¿Está entendido? os repito que á todos os llegará el fin de vuestros dias, si os dejáreis inducir á la desobediencia con ruegos ó regalos. Nadie ha de penetrar en estos jardines sin mi permiso oral y explícito. Ya me conocéis. En recompensa de este mayor servicio, tomad estos estateres de oro, y os juro por Mitra que el descuidado ó desobediente no hallará perdon.

Los guardias saludaron, decididos á obedecer á su jefe, porque sabian que no amenazaba en chanza con tal severidad, y ya sospechaban que iban á suceder grandes cosas, porque el avaro Bogues no solia repartir sus estateres por pura diversion.

La misma litera que habia llevado á Nitetis, condujo al eunuco á la sala de la fiesta.

Las esposas del rey habian salido ; las concubinas permanecian aún en el sitio que les fué designado, repitiendo sus monótonas cantilenas sin que los bulliciosos hombres las escucharan.

Los bebedores se habian olvidado ya por completo de la mujer desmayada , y á cada nueva copa crecia el vocerío y alboroto de los borrachos ; parecia puesta en olvido tambien la majestad del sitio y la presencia del soberano.

Aquí un hombre ébrio gritaba con la exaltacion propia de la borrachera ; allí abrazábanse dos guerreros en quienes el vino despertó el afecto ; más allá á un novato completamente bebido , le sacaban en brazos dos robustos mozos, mientras otro , ya más experto y probado , empinando una redoma en lugar de una copa , la dejó vacía de un trago entre la algazara de los de su corro.

A la cabecera de la mesa estaba sentado el rey, pálido como la muerte y con los ojos fijos con indiferencia en la copa. Siempre que veía á su hermano , cerraba los puños convulso , evitaba el hablarle , y no respondía á sus preguntas.

Cuanto más reflexionaba , más se confirmaba en la idea de que la egipcia le habia engañado fingiendo amarle , cuando su corazon pertenecia á Bardiya. ¡ De qué infame juego habia sido victima ! ¡ Qué profundas raíces debia de tener la perfidia de esta mañosa hipócrita , si la sola noticia de que el hermano amaba á otra mujer era bastante , no sólo á destruir sus usuales tretas , sino á privarla del conocimiento !

Apenas Nitetis salió de la sala , Otanes , el padre de Fedima , hubo de exclamar :

— Parece que las egipcias toman muy á pechos los amores de sus cuñados. Las persas se muestran menos pródigas de sus afectos , y los guardan para sus esposos.

El rey , harto orgulloso , no quiso darse por enterado , y cerró ojos y oídos para que no llegasen á él los murmullos y miradas de la corte que confirmaba el engaño.

Bardiya no tenia parte alguna en la perfidia de Nitetis , la cual amaba seguramente al hermoso jóven, tal vez con mayor pasion cuanto menos podia esperar que fuese correspondida. Si Kambises hubiese concebido la menor sospecha contra él, le hubiera muerto en el acto. Mas si Bardiya era inocente de su engaño y desgracia , fué causa de ellos ; por esta razon el antiguo rencor , apenas adormecido y sosegado en el pecho del monarca , despertó de nuevo y con doblada vehemencia , pues siempre la recaída suele ser peor que la enfermedad.

Kambises reflexionaba y discurria sin acertar con el castigo que debia imponerse á aquella hipócrita mujer. Su muerte no satisfacía su venganza : queria para ella un suplicio mayor. ¿ La enviaria de nuevo á Egipto cubierta de ignominia y oprobio ? ¡ No ! Nitetis amaba su país y seria recibida por sus padres con los brazos abiertos. ¿ Debía encerrar á la pérfida en solitario calabozo , despues que hubiese confesado su culpa ( pues estaba decidido á obtener esta confesion ) , ó la entregaria á Bagues para que sirviera de criada á sus concubinas ? Eso , eso era lo más acertado ; así queria castigar á la hipócrita que osó engañarle con tal infamia , y de quien, sin embargo, no queria separarse.

Luego dijo para sus adentros:

— Bardiya ha de salir de aquí , pues antes andarán acordes el fuego y el agua , que yo , el desgraciado , y él , el dichoso. Sus descendientes se repartirán mis tesoros y se ceñirán esta corona , pero soy todavía rey y quiero demostrárselo.

El recuerdo de su omnipotente soberanía le conmovió cual chispa eléctrica , y saliendo de sus cavilacio-

nes, y despertando à nueva vida arrojó con salvaje violencia la copa de oro en medio de la sala, de modo que el vino cayó como un pequeño chaparron sobre los que le rodeaban.

— ¡Cese la ociosa charla y el estéril alboroto! exclamó. Tengamos consejo de guerra, aún estando borrachos<sup>5</sup>, y meditemos qué contestacion deba darse à los masagetas. Tú, Histaspes, el más viejo de todos, sé el primero en decir tu opinion.

El anciano padre de Daríos contestó:

— Me parece que los enviados de los nómadas no dejaron lugar à la eleccion. Contra las estepas desiertas no podemos guerrear ciertamente, mas como nuestros ejércitos están ya dispuestos, y nuestras espadas harto descansaron, echamos de menos la guerra. Para emprenderla necesitamos un enemigo fuerte, y hacerse enemigos es la más fácil tarea que conozco.

Estas palabras fueron acogidas con estrepitoso aplauso por los persas, pero apenas cesó la algazara, Kresos tomó la palabra y dijo:

— Eres tan viejo como yo, Histaspes, mas à fuer de persa te imaginas que sólo en batallas y combates puedes sentirte feliz. El baston que en tus manos fué antes emblema de poder, es ahora tu único sosten, y sin embargo hablas como un jóven de sangre ardiente. Concedo que es fácil hallar enemigos, pero me parece necedad quererlos tener por fuerza. Quien se granjea temerario enemistad alguna, es un loco que se mutila à si mismo. Bien está que cuando tengamos enemigos los combatamos, como le está bien al sabio oponer al infortunio la firmeza. Mas guardémonos de cometer ninguna injusticia, amigos míos, emprendiendo una guerra inicua y odiosa à los dioses; mejor es esperar que la cometan con nosotros, y entonces venceremos ó moriremos con la conciencia limpia y gozosos de luchar por una causa justa.

Un murmullo de aplauso interrumpió el discurso del anciano, pero fué sofocado por algunas voces.

— ¡Histaspes tiene razon! ¡Busquemos un enemigo!

El mensajero Prexaspes tomó tambien la palabra á su vez, y dijo sonriéndose:

— Sigamos á los dos nobles ancianos; á Kresos, aguardando á que nos injurien; á Histaspes, aguzando nuestra susceptibilidad y estableciendo este principio: «Quien no se someta gustoso á formar parte del grande imperio de nuestro padre Kiro, ha de contarse en el número de nuestros enemigos.» Preguntemos por ejemplo, á los indios, si estarían orgullosos de obedecer á tu cetro, Kambises. Si dicen que no, muestran que no nos quieren, y los que no nos quieren, son precisamente nuestros enemigos.

— Nada, nada, gritó Zópiros, queremos la guerra á toda costa.

— Yo voto con Kresos, dijo Gobrias.

— Yo tambien, apresuróse á decir el generoso Artabazos.

— Nosotros opinamos como Histaspes, añadieron el héroe Araspes, el anciano Intafernes, y algunos otros viejos compañeros, contemporáneos de Kiro.

— No quiero la guerra contra los masagetas que huyen, pero quiero la guerra á toda costa, rugió el general Megabizos, padre de Zópiros, descargando tal puñetazo sobre la mesa que volcó algunas copas y resonaron los jarrones de oro.

— Nada de guerra contra los masagetas, en quienes los mismos dioses vengaron á Kiro, dijo el gran sacerdote Oropastes.

— ¡La guerra! ¡la guerra! aullaron en confuso tropel los persas borrachos. Frio y sereno Kambises, dejó por breve rato que sus guerreros dieran rienda suelta á su feroz entusiasmo. Luego, poniéndose en pié, gritó con voz de trueno:

— ¡ Silencio , y oid á vuestro rey !

Estas palabras produjeron un efecto mágico en la embriagada turba. Aun el más bebido obedeció maquinalmente aquel mandato.

El monarca en más bajo tono , prosiguió :

— No os he preguntado si quereis la paz ó la guerra, porque hartó sé que todo persa prefiere el bélico ejercicio á la ingloriosa ociosidad ; quise saber tan sólo qué contestaríais en mi lugar á los masagetas. ¿ Considerais vengada el alma de mi padre, el héroe á quien debeis vuestra grandeza ?

Un sordo murmullo afirmativo, mezclado con pocas aunque vehementes negativas , respondió á la pregunta del rey.

Tambien contestaron afirmativamente todos á esta otra :

— ¿ Hemos de aceptar las condiciones de la embajada que ha llegado hoy , concediendo la paz á esta nacion diezmada y castigada por los dioses ?

— Hé aqui lo que deseaba saber, continuó Kambises. Mañana , segun antigua costumbre , pesaremos estando serenos , lo que hoy hemos resuelto estando borrachos. Seguid divirtiéndoos y os aguardaré en la puerta de Bel hasta que oiga el último canto de la sagrada ave Parodar <sup>6</sup>, para cazar con vosotros.

Con estas palabras , el soberano abandonó el salon seguido de un atronador *viva el rey*.

Bogues el eunuco se habia escabullido de la sala antes que su amo.

En el zaguan encontró á un mozo del floricultor de los jardines pensiles.

— ¿ Qué buscas aqui ? le preguntó.

— Tengo algo que entregar al príncipe Bardiya.

— ¿ A Bardiya ? ¿ Ha pedido de tu amo unas semillas ó sarmiento ?

El muchacho movió la cabeza tostada por el sol, con picaresca sonrisa.

—¿Entonces te ha mandado otro? preguntó Bogues á quien la cosa llamó la atención.

—Sí, otra.

—¡Ah! la egipcia te mandó decir algo á su cuñado.

—¿Quién te ha revelado el secreto?

—Nitetis me habló de ello. Dáme lo que tienes, lo entregaré inmediatamente á Bardiya.

—No puedo entregarlo á otro que no sea él mismo.

—Dámelo, yo puedo cumplir el encargo más seguramente que tú.

—No puedo.

—Obedece ó...

En este momento el rey se acercó á los que altercaban.

Bogues reflexionó un momento y luego llamó en voz alta á los porta-látigos, que estaban de guardia en el portal, mandándoles que detuviesen al muchacho asombrado.

—¿Qué ocurre aquí? preguntó Kambises.

—Este atrevido, contestó el eunuco, ha entrado en el palacio para remitir á Bardiya un recado de tu esposa Nitetis.

El muchacho, viendo al rey, se había hincado de rodillas, tocando el suelo con la frente.

Kambises palideció como la muerte, miró al infeliz emisario, y dirigiéndose luego al eunuco, preguntó:

—¿Qué quiere la egipcia de mi hermano?

—El mozo dice que le han mandado entregue su recado á Bardiya mismo.

Al oír esto el muchacho presentó al rey, mirándole con gesto de humilde súplica, un rollo de papiro.

Kambises le arrancó el rollo y dió una patada de rabia al ver unos caracteres griegos que no sabía leer.

Se contuvo y preguntó al muchacho, fija en él una mirada terrible:

—¿Quién te ha entregado esto?

— La camarera de mi señora egipcia, Mandane, la hija de mago.

— ¿Para mi hermano Bardiya?

— Ella dijo que yo debía entregar esta hoja al hermoso príncipe antes del banquete, saludándole de parte de su señora, Nitetis y diciéndole...

El rey pateaba de cólera é impaciencia, de lo que el muchacho se asustó tanto que la voz le faltó y sólo con gran trabajo pudo continuar:

— Como antes del banquete el príncipe iba á tu lado, me fué imposible dirigirle la palabra. Ahora le aguardo aquí, porque Mandane me prometió una moneda de oro si ejecutaba el encargo con habilidad.

— Esto no lo has hecho, gritó exasperado el hombre tan infamemente engañado al parecer, esto no lo has cumplido. Satélites, prended á este mozo.

El muchacho alzó la voz y la mirada pidiendo perdón y misericordia, pero en balde, porque los latigueros le habian cogido con la rapidez del pensamiento y el rey entrando precipitadamente en sus habitaciones, no oyó ya las súplicas ni el llanto del mozuelo.

Bogues siguió á su soberano, frotándose las gordas manos y riéndose para sus adentros.

Cuando los ayudas de cámara quisieron cumplir con su obligacion, el rey de mal humor les mandó inmediatamente que se retirasen.

En cuanto hubieron salido, llamó á Bogues y le dijo á media voz:

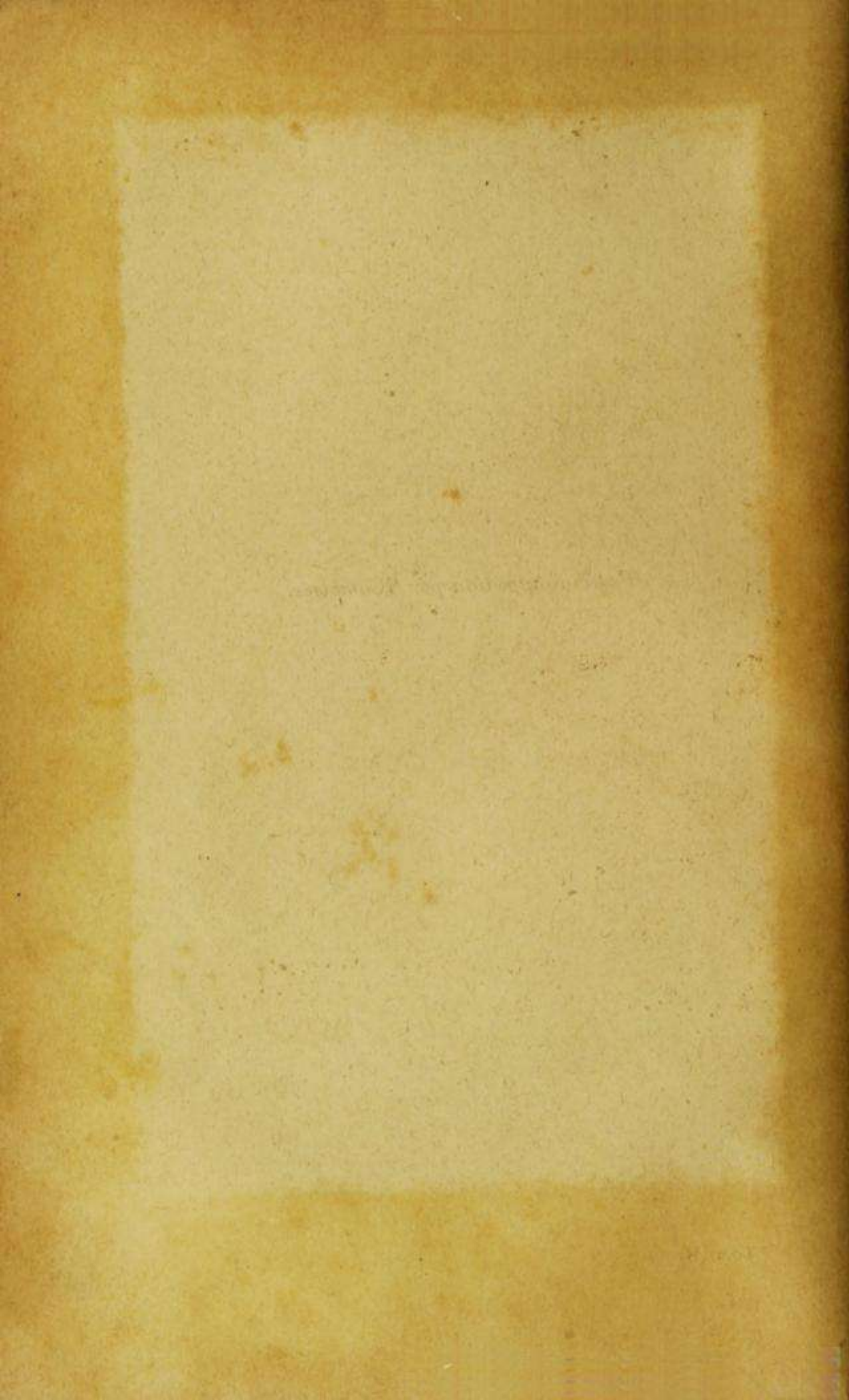
— Desde ahora te encargo la custodia de los jardines pensiles y de la egipcia. ¡Guárdala bien! ¡Si recibe á una persona ó un recado sin mi autorizacion, perderás la vida!

— ¿Pero si Kasandana ó Atosa se lo mandan?

— Rechazarás á los emisarios, encargándoles que digan á las señoras, que yo consideraré como una ofensa personal toda tentativa para verse con Nitetis.



*Fedima despedida por Nambises.*







—¿ Puedo pedir una merced , mi rey ?

— Mala hora escoges para esto.

— Me siento muy malo. Encarga para mañana á otro la custodia de los jardines.

— No. Déjame.

— Con intensa calentura arde mi sangre. Tres veces he perdido hoy el conocimiento y si en semejante momento alguien...

—¿ Quién podria ocupar tu puesto ?

— El capitan de eunucos, el lidio Kandaules; es fiel como el oro y de un rigor inflexible. Un dia de descanso restablecerá mi salud. ¡ Concédeme esta gracia !

— Nadie está tan mal servido como yo que soy el rey. Ocupe tu puesto Kandaules, pero dále órdenes severas, diciéndole que un solo descuido le costará la vida. Déjame.

— Otra advertencia , señor. Sabes que mañana por la noche florecerá en los jardines pensiles el raro lirio azul. Histaspes, Intafernes, Gobrias, Kresos y Oropastes, los más grandes floricultores de tu corte, quisieran verlo. ¿ Podrán subir por breve rato ? Kandaules cuidará de que no conversen con la egipcia.

— Que abra mucho los ojos si tiene en algo su vida. Vete.


Bogues hizo una reverencia y salió. A los esclavos que le acompañaban con antorchas, arrojóles algunas monedas de oro. Estaba de muy buen humor. Todos sus planes le salian á las mil maravillas, porque la suerte de Nitetis parecia decidida y tenia en sus manos la vida de Kandaules su compañero, á quien odiaba.

Kambises se paseó por sus habitaciones hasta la madrugada, y cuando cantó el gallo se resolvió á arrancar á Nitetis la confesion de su culpa y enviarla despues al harem grande para que sirviera de criada á sus concubinas. Bardiya, el destructor de su felicidad, parti-

ria inmediatamente para Egipto y despues le haria sátrapa de provincias muy lejanas. Repugnábale el fratricidio , pero harto se conocia y él sabia muy bien, que era capaz de matar á su hermano en un momento de cólera , si no le ponía fuera del alcance de su furor.

Dos horas despues de la salida del sol, Kambises con su jadeante caballo , dejaba atras á su séquito armado de escudos, espadas, lanzas, arcos y lazos para cazar en el inmenso parque de Babilon las fieras ojeadas por más de mil perros<sup>7</sup>.





CAPÍTULO II.

**H**ABIA terminado la cacería. Grandes carretadas de caza entre la cual figuraban algunos jabalíes enormes que Kambises mató con su propia mano, seguían á los cazadores de regreso.

Junto á las puertas de palacio se diseminaron y fué cada cual á quitarse el antiguo traje persa de caza que era de sencillo

cuero, y vestirse el espléndido de corte que usaban los medos.

Durante la cacería, el rey, conteniendo apenas su agitación, dió á su hermano la orden, en apariencia benévola, de partir al día siguiente en busca de Sappó y conducirla á Persia. Asignóle al propio tiempo para los gastos de su casa las rentas de las ciudades de Bactra, Ragas y Sinope y á la novia, para alfileres, las contribuciones de su villa paterna Fócea.

Bardiya, dió las gracias á su liberal hermano con sincera efusión; mas Kambises permaneció frío como el hielo, y dirigióle unas pocas palabras de despedida, volviéndole las espaldas para perseguir á un onagro.

Al regresar de la caza, el joven héroe invitó á beber en celebrar de su partida á sus amigos íntimos Kresos, Daríos, Zópiros y Giges.

Kresos prometió que se reuniría con ellos más tarde, porque había dado palabra á los distinguidos floricultores de asistir al momento de abrirse el lirio azul en los jardines pensiles, á la salida del Tistar.

Cuando por la madrugada quiso visitar á Nitetis, los guardias le negaron la entrada terminantemente. El lirio azul parecía ofrecerle, por tanto, la posibilidad de ver á su querida pupila cuya conducta de ayer no se explicaba y cuya rigurosa custodia le inspiraba gran ansiedad.

Al oscurecer, los jóvenes ajemenidas estaban sentados bajo la sombría enramada de palacio, conversando alegremente, junto á unos límpidos surtidores y al grato murmullo del agua. Araspes, distinguido persa y amigo del malogrado Kiros, fué á reunirse también con los alegres jóvenes, y se deleitaba en beber el excelente vino del príncipe.

— ¡ Dichoso tú, Bardiya! dijo el viejo solterón. Tú partes para un país de oro en busca de una esposa amada, mientras yo, pobre célibe, murmurado de



todos, camino hacia la tumba sin dejar mujeres ni hijos que me lloren y rueguen á los dioses por mi alma.

— ¡ Vaya, qué ocurrencias !... exclamó Zópiros, alzando la copa. Créeme; quien se case, tendrá ocasion de arrepentirse de ello, por lo menos una vez al dia. Regocíjate, pues, y considera que te lamentas de tu propia culpa, mejor dicho, de tu sensatez. Las mujeres se escogen como las nueces; por el aspecto de la cáscara. ¿ Y quién puede saber si la pepita está sana ó podrida, ó si la hay siquiera? Yo hablo por experiencia, pues aún cuando sólo cuento veinte y dos años, tengo en mi casa cinco bellas esposas y multitud de esclavas, lindas y no lindas.

Araspes se sonrió amargamente.

— ¿ Y quién te impide casarte hoy? preguntó Giges. Cierto que tienes sesenta años, pero á muchos jóvenes vences en arrogante presencia y en vigor y perseverancia. Eres además uno de los más nobles parientes del rey; en verdad te digo, Araspes, que aún puedes tener veinte mujeres jóvenes y guapas.

— Repara en la viga de tu propio ojo, contestó el solteron al hijo de Kresos. En tu lugar no hubiera vivido sin mujer hasta los treinta años.

— A mí un oráculo me prohibió casarme.

— ¡ Necedades! ¿ Cómo puede fiarse en oráculos un hombre racional? Solo en sueños nos revelan el porvenir los dioses. Pensé que en tu propio padre tenias un ejemplo del modo infame con que engañan los sacerdotes griegos aún á sus mejores amigos.

— Nada entiendes de esto, Araspes.

— Ni quiero entenderlo, muchacho, pero tú mismo crees en los oráculos precisamente porque no los entiendes. Cuanto se halla fuera de vuestro alcance, lo llamais milagro. Y lo que os parece milagro os inspira mayor confianza que la sencilla evidencia. El oráculo

engañó y perdió á tu padre, pero el oráculo tiene algo de milagroso y esto basta para que tú confíes en él y te dejes privar de tu dicha.

—Estás blasfemando, Araspes. ¿Tienen los dioses la culpa de que interpretemos mal sus palabras?

—Sin duda, porque si quisieran sernos útiles, nos darian, junto con las palabras, la necesaria inteligencia para entenderlas. ¿De qué pueden servirme los bellos discursos en lengua que no comprendo?

—Dejad esas inútiles disputas, dijo Daríos, y explicanos Araspes, por qué permites, tanto tiempo há, que te censuren y posterguen en sus fiestas los sacerdotes, y te vilipendien las mujeres por seguir soltero, mientras felicitas, en cambio, á todo el que se casa?

Araspes miró al suelo pensativo, y luego desperezóse, alzó la copa, echó un gran trago, y dijo:

—Tengo mis motivos, compañeros, pero ahora no puedo comunicároslos.

—¡Cuenta, hombre, cuenta!

—No puedo, muchachos, no puedo. Brindo á la salud de tu linda Sappó, dichoso Bardiya; brindo á tu futura felicidad, mi caro Daríos.

—Gracias, dijo Bardiya llevando alegremente á los labios la copa.

—Tu intencion es buena, balbuceó Daríos, clavando la hosca mirada en el suelo.

—Ea, ea, hijo de Histaspes, exclamó el anciano contemplando al grave jóven; tal seriedad sienta mal en un novio cuando se le invita á beber á la salud de su amada. ¿No es la hija de Gobrias la más distinguida de todas las jóvenes persas, despues de Atosa? ¿No es bella?

—Artistone posee todas las prendas de una ajemenida, contestó Daríos sin desarrugar la frente.

—Pues ¿qué quieres más, descontentadizo muchacho?

Darios alzó la copa y miró el vino.

—El muchacho está enamorado ó no me llamo Araspes.

—¡Qué raros sois todos! dijo Zópiros interrumpiendo estas exclamaciones. El uno permanece soltero, contra todos los usos de los persas; el otro no se casa porque le imponen pavor los oráculos; Bardiya se contenta con una sola mujer, y Darios pone cara de entierro, porque su padre le obliga á ser feliz con la más linda y distinguida muchacha de Persia.

—Zópiros tiene razon, dijo el vejete. Darios se muestra ingrato á la fortuna.

Bardiya miró con atencion al increpado amigo. Comprendiendo que aquellas bromas le disgustaban, y como su propia felicidad le hacia más sensible, le dijo con un apretón de manos:

—Mucho siento no poder asistir á tu boda. Cuando vuelva espero hallarte reconciliado con la eleccion de tu padre.

—Tal vez, contestó Darios, podré presentarte entonces al mismo tiempo mi segunda y tercera mujer.

—Así plegue á Anahita, exclamó Zópiros. Pronto se extinguiera la raza de los ajemenidas, si todos hiciesen como Araspes y Giges. Tu única mujer, Bardiya, tampoco vale la pena; tu deber seria tomar tres mujeres á la vez, para propagar la estirpe de Kiros.

—Odio esta costumbre nuestra, contestó Bardiya, porque nos pone en situacion inferior á nuestras mujeres, á quienes exigimos eterna fidelidad mientras nosotros juramos amor inalterable, hoy á una, mañana á otra.

—¡Bah! dijo Zópiros. Antes perdiera la lengua que mentir á un hombre, pero nuestras mujeres son unas embusteras, y hay que pagarles en la misma moneda.

—Las helenas son de otra indole porque las tratan de un modo diferente, replicó Bardiya. Háblome Sap-

fó de una mujer griega llamada Penélope, que estuvo, según creo, veinte años seguidos aguardando con paciencia y fidelidad á su marido que tenían por muerto, aunque diariamente iban á su casa cincuenta galanes.

— Mis mujeres no me esperarían tanto tiempo, dijo Zòpiros con alegre risa, ni me pesaría tampoco, si he de hablar con franqueza, hallar la casa vacía tras una ausencia de veinte años. En el lugar de las pérfidas, que naturalmente habrían envejecido entre tanto, podría colocar jóvenes hermosas. Mas no todas encuentran quien cargue con ellas, y á ellas les parece mejor un marido ausente que ninguno.

— ¡Ah! si te oyeran tus mujeres, dijo riéndose Araspes.

— Me declararían la guerra, ó lo que sería peor, harían las paces entre ellas.

— ¿Cómo es eso?

— ¿Cómo?... Bien se ve que no teneis experiencia.

— Inicianos, pues, en los secretos de tu vida conyugal.

— Con mucho gusto. Ya podeis figuraros que cinco mujeres juntas en una casa no viven tan pacíficamente, como cinco tórtolas en un palomar. Mis esposas, por lo menos, se hacen sin tregua una guerra á muerte. A esto ya me he acostumbrado y me divierto con su exaltacion. Un año há, se pusieron de acuerdo por primera vez, y aquellos dias de paz, fueron para mí los más desgraciados de mi vida.

— ¡Chancero!

— No, no; hablo formalmente. El bribon de eunuco que guarda á las cinco, dejó entrar á un viejo joyero de Tiros. Cada una escogió un costoso aderezo. Llegó á casa y se me acerca Sudabe pidiéndome el dinero para pagar la prenda; yo me negué porque era muy cara. Las cinco, una tras otra, vinieron con la misma

petición y á las cinco dí la misma negativa y me fui á palacio. De vuelta á casa me las encuentro bramando, abrazándose mutuamente, llamándose compañeras de desdicha y de infortunio. Las enemigas se levantan con enternecedora unanimidad y me llenan de improperios y amenazas; tanto, que las abandoné. Voy á acostarme y encuentro cerradas las cinco puertas. A la mañana siguiente otra vez los lamentos. Huyo también y me voy con el rey á cazar. Cuando regreso cansado, hambriento y áterido (aunque estábamos en primavera, vivíamos en Ecbátana, con el Orontes cubierto de una vara de nieve), me encuentro sin lumbre en la chimenea y sin comida. La noble manada se había aliado para castigarme, y apagó el hogar, y prohibió á los cocineros que hicieran su deber. Lo peor de todo era que se habían quedado las alhajas. En cuanto hube mandado á los esclavos que encendieran la chimenea y preparasen la comida, parece de nuevo el impertinente joyero á reclamar la deuda. Otra vez me niego á pagarla y paso otra noche separado de las mujeres, pero á la mañana siguiente, sacrifiqué por fin diez talentos por amor á la paz. Desde entonces temo la concordia de mis amadas como á los malos espíritus, y nada me gusta tanto como sus riñas y pependencias.

— ¡Pobre Zópiros! dijo Bardiya riéndose.

— ¿Pobre? replicó el marido de cinco mujeres. Os digo que soy más feliz que vosotros. Mis mujeres son jóvenes y bellas, y cuando sean viejas ¿quién me impedirá tomar otras más jóvenes que al lado de las ya marchitas parecerán doblemente hermosas? Ea, esclavo, trae luces. El sol se ha puesto y el vino sólo halaga el paladar cuando la mesa está bien alumbrada.

— Oid qué bien canta búlbúl, dijo á los amigos Darios, saliendo de la enramada.

— Por Mitra, el hijo de Histaspes está enamorado, interrumpió Araspes. Quien deja el vino para escu-

char á bülbül , está herido por la florida flecha <sup>8</sup> del amor, tan cierto como soy Araspes.

— Tienes razon, padre, dijo Bardiya. Filomele, como le llaman los griegos, á quien el amor inspira tan bellos cantos, es en todos los países el ave de los enamorados. ¿ Con qué beldad soñabas, Daríos, al salir de la enramada para escuchar á bülbül ?

— Con ninguna , repuso el aludido. Pero ya sabes que gusto del cielo estrellado y el tistar sale con luz tan viva y admirable que dejé el vino por contemplarla mejor. A no haberme tapado los oidos, no podia menos de sentir á los ruseñores que cantan alternativamente.

— Pues harto los aguzaste , los oidos; pruébalo tu exclamacion de entusiasmo, dijo Araspes riendo.

— Basta ya , contestó Daríos á quien incomodaban estas chanzas.

— ¡ Imprudente ! díjole entonces el viejo en voz baja; ahora acabas de descubrirte. Si no estuvieras enamorado, lejos de enojarte lo echarias á broma. Mas no quiero que te enojés más. ¿ Qué has leído en las estrellas ?

Daríos volvió á mirar al cielo y fijó imperturbable la vista en una brillante constelacion que subia sobre el horizonte. Zópiros observó al astrólogo y dijo á sus amigos :

— Algo importante estará pasando allá arriba. ¡ Ea, Daríos ! dinos qué ocurre en el cielo.

— Nada bueno, contestó éste ; he de hablar contigo á solas, Bardiya.

— ¿ Por qué así ? Araspes es discreto, y yo no tengo secretos para vosotros.

— Sin embargo...

— Habla francamente.

— No, te suplico que vengas conmigo al jardin.

Bardiya hizo una seña á sus compañeros, apoyó el

brazo en el hombro de Daríos, y ambos salieron á la luz de la luna. Una vez solos, el hijo de Histaspes estrechó las manos de su amigo, diciéndole:

—Hoy por tercera vez pasa algo en el cielo que no presagia nada bueno para tí. Tu mala estrella se aproxima tanto á tu astro de salud, que no se necesitan grandes conocimientos astrológicos para predecirte que grave peligro te amenaza. Toma, Bardiya, tus precauciones; parte hoy mismo hácia Egipto, porque las estrellas me dicen que tu mala suerte te espera á orillas del Éufrates, nó en tierra lejana.

—¿Pero crees tú con tal firmeza en el poder de los astros, por lo que se refiere á los pronósticos?

—Firmemente; las estrellas no mienten jamas.

—Entonces fuera locura querer escapar á lo que predicen.

—Cierto; el hombre no puede escapar á su destino. Mas la suerte se parece á los maestros de esgrima que estiman en más á los discípulos que luchan con ellos con más valor y habilidad. Parte hoy mismo hácia Egipto, Bardiya.

—No puedo; no me despedi de mi madre ni de Atosa.

—Mándales tus saludos por medio de emisario y encarga á Kresos que les explique el motivo de tu partida.

—Me creerán cobarde.

—Huir de un hombre, es vergonzoso, pero eludir la mala suerte es prudencia.

—¡Pero tú mismo te contradices, Daríos! ¿Qué diría el maestro de esgrima del discípulo que huyera?

—Se alegraría de la treta con que trata de defenderse de fuerzas superiores.

—Las cuales, sin embargo, acabarían por cogerle y aplastarle. ¿Cómo quieres que trate yo de aplazar un peligro que dices inevitable? Cuando me duele una

muela me la hago extraer inmediatamente : sólo las mujeres y los cobardes sufren y se angustian semanas enteras por retardar todo lo posible la dolorosa operación. Yo aguardo el peligro con ánimo firme y deseo dar con él bien pronto, para pasarlo cuanto antes.

— No conoces su magnitud.

— ¿ Temes por mi vida ?

— No.

— Dime pues lo que recelas.

— Aquel sacerdote egipcio de Sais, con quien observé las estrellas , hizo tu horóscopo conmigo. Era el hombre que más conocía el cielo de cuantos he visto ; le debo muchos conocimientos y no quiero ocultarte que ya en aquel entonces me llamó la atención , respecto de los peligros que se ciernen sobre tu cabeza.

— ¿ Y me lo callaste ?

— ¿ Para qué inquietarte inútilmente ? Ahora que el peligro se aproxima , te aviso.

— Te lo agradezco y seré cauto. Antes no habria hecho caso de tus advertencias , más desde que amo, me parece que no puedo ya disponer libremente de mi vida.

— Comprendo este sentimiento...

— ¿ Me comprendes ? ¡ entonces habia observado bien Araspes ! ¡ No me dices que no !

— ¡ Un sueño sin esperanzas !

— ¿ Qué mujer podria desdeñarte ?

— ¿ Desdeñar ?

— No te entiendo. ¿ A ti, el cazador más atrevido, el luchador más fuerte, el jóven más sabio de toda la Persia , te falta valor enfrente de una mujer ?

— ¿ Puedo confiarte una cosa que no me atreveria á confiar á mi propio padre, Bardiya ?

— Sí , puedes.

— Amo á la hija de Kiros , tu hermana y la del rey, Atosa.



— ¿Qué es lo que oigo? ¿amas á Atosa? pues entonces os doy gracias, amesha spenta<sup>9</sup> purísimos. Desde hoy no creo más en tus estrellas, pues en lugar de los peligros que me amenazan, me otorgan una dicha inesperada. Abrázame, hermano, y cuéntame la historia de tu amor, para que yo pueda ayudarte á convertir en verdad lo que llamabas un sueño sin esperanza.

— Antes de nuestro viaje á Egipto, bien lo sabes, nos fuimos con toda la corte de Ecbátana á Susa. Yo mandaba entonces la division de los *inmortales* que habia de proteger los coches de las mujeres del rey. En el paso angosto que conduce sobre el Orontes, los caballos del coche de tu madre y hermana resbalaron; el yugo á que estaban enganchados<sup>10</sup> se rompió; y á mis ojos el pesado carruaje de cuatro ruedas se hundió en el abismo sin encontrar obstáculo alguno. Horrorizados al ver desaparecer el vehículo, hicimos correr nuestros caballos á escape, creyendo que al llegar al sitio de la desgracia, sólo veríamos destrozos y cadáveres. Mas los dioses habian amparado á las tuyas con su omnipotente proteccion, pues el carruaje caido en el abismo yacia con las ruedas destrozadas, en los brazos de dos gigantescos cipreses que agarrándose á las rocas de pizarra resquebrajadas con sus tenacisimas raices, elevaban sus oscuros vértices hasta el borde de la carretera.

Con la rapidez del pensamiento me apeé del caballo y sin reflexionar me bajé por uno de los cipreses. Tu madre y tu hermana gritaban pidiendo socorro y tendiéndome sus brazos. Su peligro era inminente, pues las ligeras paredes del vehículo, desvencijadas por el duro choque, estaban á punto de partirse, y con esto las mujeres debian caer sin remedio en el precipicio, que hondo, negro, insondable, morada de los tenebrosos devas, parecia dispuesto á engullir en sus fauces á las bellas víctimas.

Agarrándome al tronco del cipres, me coloqué delante del coche colgando y próximo á partirse. Allí me hirió por primera vez la suplicante mirada de tu hermana, y desde aquel momento amé á Atosa; mas entonces no sabia yo lo que pasaba en mi corazón, porque no habia tiempo para pensar en otra cosa que en salvar á las mujeres. Con toda presteza saqué á las trémulas mujeres del carruaje, que un minuto despues se hizo pedazos hundiéndose estrepitosamente en el abismo. Soy un hombre robusto, pero hube de concentrar todas mis fuerzas para sostenerme sobre el precipicio con las dos mujeres, hasta que me hubiesen echado cuerdas. Atosa colgaba de mi cuello; Kasandana, sostenida por mi brazo izquierdo, descansaba sobre mi pecho. Con la mano derecha até la cuerda al rededor de mi cuerpo, empezaron á tirar de ella, y al cabo de pocos minutos me hallé con las señoras sanas y salvas en la carretera.

Despues que un mago hubo curado las heridas que la tirante sogá me habia hecho en el costado, el rey me llamó, me regaló este collar y las rentas de toda una satrapía, y me presentó él mismo á las señoras, que me dieron las más expresivas gracias. Kasandana me permitió le besara la frente, y me hizo entregar para mi futura esposa el aderezo que llevaba en aquel momento supremo. Atosa sacó de su dedo una sortija, la puso en el mio y me besó la mano con la viveza de su emocion de gratitud. Desde aquel dia, el más feliz de mi vida, no he vuelto á ver á tu hermana hasta anoche cuando en el banquete del cumpleaños nos encontramos sentados frente á frente. Mis miradas chocaron con las suyas. Yo no vi más que á Atosa y sé que no ha olvidado á su salvador. Kasandana...

— ¡Oh! mi madre te llamará gustosa su yerno, esto te lo garantizo yo; al rey que se lo diga tu padre; es nuestro tío y tiene derecho á pedir para su hijo la hija de Kiros.

— ¿Pero no recuerdas el sueño de tu padre ? A causa de él, Kambises no ha dejado nunca de mirarme con recelo.

— Eso está olvidado , mucho tiempo há. Poco antes de su muerte , mi padre soñó que tenias alas , y ofuscado por los que interpretaron aquel sueño , creyó que tú, mozalbete de diez y ocho años , aspirases á la corona. Kambises recordaba aquella vision, hasta que Kresos, cuando tú salvaste á las mujeres , le explicó cómo el ensueño se habia cumplido , pues sólo un águila ó un Daríos alado era capaz de cernerse con tal destreza y vigor sobre un precipicio.

— Pero esta interpretacion gustó poco á tu hermano. Él quiere ser la única águila de Persia , y Kresos no ha adulado nunca su orgullo.

— ¿ Por qué tardará tanto ?

— Está en los jardines pensiles. Tu padre y Gobrias le detendrán.

Oyóse en esto la voz de Zópiros.

— ¡ Vaya que es cortesía ! Bardiya nos invita á beber, y luego por desembuchar sus secretos, deja que vaciemos las copas sin el huésped.

— Voy , voy , contestó el príncipe ; y estrechando la mano de Daríos , le dijo :

— Tu amor por Atosa me hace dichoso ; me quedo hasta pasado mañana aunque las estrellas me amenacen con todos los peligros posibles. Mañana exploraré el corazon de Atosa , y sólo cuando todo esté en buen camino, saldré de aquí para dejar que mi alado Daríos alcance la meta de sus deseos con sus propias fuerzas.

Y esto diciendo Bardiya se fué hácia la enramada, mientras su amigo volvía otra vez los ojos al cielo. Cuanto más miraba las estrellas , más sombrío se ponía su rostro. Cuando el Tistar desapareció , murmuró Daríos :

— ¡ Pobre Bardiya !

Llamáronle en esto los amigos , y en el mismo instante en que iba á apartar la vista del cielo para acudir á ellos , echó de ver una nueva estrella cuya posicion le sorprendió mucho. Trocóse su seriedad en sonrisa de triunfo , pareció que crecía su estatura , irguiéndose arrogante , y llevándose las manos al corazón murmuraba para sus adentros :

— ¡ Oh ! alado Daríos, despliega tus alas ; tu estrella te asistirá.

Y fué á reunirse con los amigos que le esperaban.

Poco despues vino Kresos. Los jóvenes se levantaron con presteza á saludar al anciano , quien se detuvo, como herido del rayo, cuando reconoció á Bardiya á la luz de la luna.

— ¿ Qué tienes, padre ? preguntó Giges cogiendo receloso la mano de Kresos.

— Nada , nada , balbuceó éste con apagada voz.

Dió de lado á su hijo , acercóse á Bardiya y le dijo al oído :

— ¡ Desgraciado !... ¿ Aún estás aquí ? No te detengas ; huye... Los latigueros , enviados para prenderte, vienen detras de mí. Créeme ; si no te das prisa pagarás con la vida tu doble imprudencia.

— Pero , Kresos , yo he...

— Has infringido la ley de tu país y de esta corte , y lastimado, al menos en apariencia, la honra de tu hermano.

— Dices...

— Huye , huye , te digo. Porque aun cuando hayas estado en los jardines pensiles y con la egipcia sin mala intencion , hay lugar á temerlo todo... Pero ¿ cómo conociendo el carácter colérico de Kambises, pudiste violar temerario sus órdenes expresas ?

— No entiendo...

— Nada de disculpas... huye. ¿ Ignoras que Kambises te mira hace tiempo con suspicacia y celos , y que tu visita nocturna á la egipcia...

—Desde que Nitetis está aquí, no he puesto el pié en sus jardines.

—No añadas al delito la mentira...

—Te juro...

—¿Quieres convertir en crimen con el perjurio, un acto de ligereza? Los latigueiros van á llegar... huye... huye...

—Me quedo, porque persisto en mi juramento.

—Estás obcecado. Sabe pues que yo mismo, Histaspes y otros ajemenidas te hemos visto en los jardines pensiles, aún no hace una hora.

En su asombro, Bardiya se habia dejado llevar por el anciano casi maquinalmente; pero cuando oyó su última afirmación, se paró, llamó á sus amigos y dijo:

—Kresos pretende haberme encontrado en los jardines pensiles hace cosa de una hora; vosotros sabéis que desde la puesta del sol acá no me he separado de vosotros; aseguradle con vuestro testimonio que un mal espíritu debe de haber jugado una mala treta á nuestro amigo y sus compañeros.

—Te juro, padre, dijo Giges, que Bardiya no ha salido de este jardín en muchas horas.

—Nosotros aseguramos lo mismo, exclamaron Araspes, Zópiros y Daríos.

—¿Quereis engañarme? dijo Kresos exasperado dirigiendo una mirada de reprensión á cada uno. ¿Creeis que estoy ciego ó enajenado? ¿Os figurais que vuestro testimonio invalidará las declaraciones de los más nobles ancianos, Histaspes, Gobrias, Intafernes y el gran sacerdote Oropastes? A pesar de vuestro falso testimonio que la amistad no puede disculpar, Bardiya es hombre muerto si no huye.

—Que Angramaiños me confunda, dijo el viejo Araspes interrumpiendo al angustiado anciano, si el hijo de Kiros ha estado en los jardines pensiles en estas dos horas.

— No me llames más tu hijo , añadió Giges , si nuestro testimonio es falso.

— Por los astros eternos , iba á decir Daríos , cuando Bardiya interrumpió á los alborotados y dijo con voz firme:

— Allá entra en el jardín una compañía de la guardia del rey. Tendrán orden de prenderme y no puedo huir porque siendo inocente parecería culpable. Por el alma de mi padre , por los ciegos ojos de mi madre , por la pura luz del sol , te juro , Kresos , que no miento.

— ¿ He de creerte contra el testimonio de estos mis dos claros ojos que no me han engañado nunca ? Quiero creerte , porque te quiero y te aprecio. No sé si eres culpable ó inocente , no quiero saberlo ; lo que sí sé es que debes huir y aprisa. Conoces á Kambises. Mi coche te espera en la puerta ; revienta los caballos , con tal de escapar. Parece que los soldados saben de qué se trata , porque no cabe duda que se acercan tan lentamente para dar tiempo á la fuga. Vete , vete ó estás perdido.

— Huye , huye , dijo también Daríos , empujando á su amigo ; piensa en el aviso que el cielo mismo te envió por las estrellas.

Bardiya movió la hermosa cabeza y rechazando á los temerosos amigos , dijo :

— No he huido nunca y también hoy pienso quedarme firme. La cobardía me parece peor que la muerte. Prefiero la injusticia de otros que injuriarme á mí mismo. Hé aquí los soldados. Bienvenido , Vishen. ¿ Tienes orden de detenerme ? ¿ Sí ? Aguarda un momento á que me haya despedido de los amigos.

Vishen , antiguo capitán de Kiros , que había enseñado á Bardiya á tirar el arco y á manejar la lanza , que había combatido á su lado en la guerra de los tapuros y le quería como á su propio hijo , interrumpió al joven diciendo :

— No es necesario que te despidas de tus amigos, porque el rey que está rabioso como un loco, ha mandado que te prenda á ti y á todos los que se hallen contigo.

Luego añadió en voz baja :

— El rey está fuera de sí de rabia y amenaza tu vida. Debes huir. Mi gente me obedece á ciegas y no te perseguirá ; soy viejo y poco perderia Persia con que yo muriese.

— Te doy las gracias , amigo, respondió Bardiya apretándole la mano , mas no puedo aceptar tu sacrificio , porque soy inocente y sé que Kambises es iracundo , pero nó injusto. Vamos , amigos ; creo que el rey nos interrogará hoy mismo.









### CAPÍTULO III.

**D**Os horas más tarde, Bardiya y sus compañeros se hallaban en presencia del rey. Ese hombre gigantesco, sentado en su sitial de oro, pálido, ojeroso, tenía junto á sí dos médicos de la Real cámara, con varias vasijas é instrumentos en las manos. Hacia pocos momentos que Kambises había recobrado el conocimiento despues de haber sido víctima, por espacio de una hora, de aquella terrible enfermedad que trastorna el alma y el cuerpo y llamamos mal caduco ó epilepsia.

Desde la llegada de Nitetis quedó libre de aquel mal, pero á consecuencia de las terribles emociones que siguieron, volvió á presentarse con inusitada intensidad.

A haber dado con Bardiya pocas horas antes, le hubiera muerto con su propia mano. El accidente epiléptico no apaciguó del todo su cólera, pero le había calmado hasta el punto de hallarse bastante sereno para oír al acusador y al acusado.

A la derecha del trono estaban Histaspes, el anciano padre de Daríos, Gobrias, su futuro suegro, el viejo Intafernes, abuelo de aquella Fedima que á causa de la egipcia había perdido el favor del rey; el gran sacerdote Oropastes, Kresos, y detras de todos Bogues, el jefe de los eunucos. A la izquierda se veían Bardiya, con gruesas cadenas en los brazos, Araspes, Daríos, Zópiros y Giges. Ocupaban el fondo algunos centenares de funcionarios y nobles.

Tras largo rato de silencio, Kambises alzó los ojos y cual si quisiera anonadarle con la mirada, la dirigió al jóven atado, y dijo con sorda voz:

— Gran sacerdote; dinos lo que espera al que engaña á su hermano, deshonra y ofende al rey, y anubla su corazon con negras mentiras.

Oropastes adelantándose, contestó:

— A ese tal, una vez convicto, le espera dolorosa muerte en ese mundo, y un juicio terrible en la puerta Sinvad<sup>11</sup>, pues infringió los más sagrados mandamientos, y como ha cometido tres crímenes á la vez, ha perdido el derecho que concede nuestra ley, la cual manda perdonar la vida á quien sólo una vez pecó, aunque sea un simple esclavo.

— Entonces Bardiya merece la muerte. Sacadle de aquí, guardias, y estranguladle; salid. Calla, miserable, no quiero oír más tu embaucadora voz; no quiero ver más tus ojos embusteros que engañan con adúlteras miradas... que debiste á los devas. A fuera, guardias.

El capitán Vishen se acercó para ejecutar la orden, pero en esto Kresos fuése hácia el rey, é hincando las

rodillas y tocando el suelo con la frente, alzó las manos y dijo:

— ¡ Así Auramazda te conceda cada año, cada día, nuevas venturas y te depare todos los bienes del mundo! ¡ Así los *amesha spenta* sean los guardias de tu trono! Mas no cierres tu oído al discurso de un anciano y acuérdate que Kíros, tu padre, me instituyó tu consejero. Quieres quitar la vida á tu hermano Bardiya y yo te digo que no obedezcas á tu cólera, antes procura vencerte á tí mismo. Deber es de los sabios y los reyes examinar antes de obrar. Guárdate de verter sangre de hermano porque sus vapores suben al cielo y forman nubes que oscurecen los días del asesino y lanzan por fin mil rayos de venganza. Yo sé que intentas pronunciar un juicio, nó cometer un asesinato. Obra pues, según el uso de los que hacen justicia y oye á ambas partes antes de fallar. Sólo despues de esto, y cuando el criminal se convenza de su culpa y la confiese, sólo entonces nó oscurecerá tu existencia la nube de sangre, antes te dará sombra, y en vez del castigo de los dioses, ganarás la gloria del juez justiciero.

Kambises escuchaba al anciano en silencio; hizo luego una seña á Vishen para que volviera, y mandó á Bagues que repitiese la acusacion.

El eunuco, despues de una profunda reverencia, dijo:

— Yo estaba enfermo, y hube de encargár la custodia de la egipcia á mi compañero Kandaules que pagó con la vida su negligencia. Al anochecer, como me sintiera mejor, subí á los jardines pensiles á ver si todo estaba en órden y á contemplar la rara flor que en aquella noche debia abrirse. El rey, á quien Auramazda depare la victoria, habia mandado vigilar á la egipcia más rigurosamente que antes, porque habia osado escribir una carta al noble Bardiya...

— Calla, gritó el rey interrumpiendo al eunuco, y no te salgas de la cuestion.

— Llegué á los jardines , en el punto en que salia el tistar y estuve un rato con estas nobles ajemenidas, el gran sacerdote y el rey Kresos, cerca del lirio azul, que era, en efecto, de mágica belleza. Luego llamé á mi compañero Kandaules preguntándole , en presencia de estos nobles testigos, si habia novedad. Me dijo que nó, añadiendo que venia de ver á Nitetis, que habia llorado todo el dia, sin comer ni beber. Cuidadoso por la salud de mi noble señora, mando á Kandaules por un médico y me dispongo á despedirme de los nobles ajemenidas para ir á cerciorarme por mi mismo del estado de la señora, cuando á la luz de la luna veo á lo lejos una figura de hombre. Estaba yo tan enfermo y débil que apenas podia tenerme en pié. No tenia ningun auxiliar varon más que el jardinero. Mis inferiores estaban de centinelas en las puertas , bastante lejos de nosotros. Di algunas palmadas para llamarles, y como no venian , me acerqué á la casa , protegido por los nobles. El hombre se hallaba en pié junto á las ventanas de la egipcia, y al percibir nuestros pasos dió un ligero silbido. Al momento pareció una segunda figura perfectamente visible á los rayos de la luna ; saltó al jardin por la ventana del dormitorio de la egipcia y vino con su compañero hácia nosotros. Llamé mentirosos á mis ojos cuando reconocí al noble Bardiya en el intruso. Una maleza de higueras nos ocultaba á los fugitivos , pero como pasaban por delante de nosotros , apenas á cuatro pasos de distancia, pudimos distinguirlos perfectamente. Mientras estaba meditando si tenia derecho á detener á un hijo de Kiros, y Kresos llamaba á Bardiya , ambos desaparecieron de repente detras de un cipres. Seguimos largo rato, pero en balde , á los fugados. Sólo tu hermano podrá esplicarnos la extraña desaparicion. Cuando inmediatamente despues allané la casa , la egipcia yacia desmayada en el divan de su dormitorio.

Todos los presentes escucharon con angustiosa atención. Rechinaban los dientes de Kambises, y preguntó con voz conmovida:

—Histaspes, ¿puedes confirmar las palabras del eunuco?

—Sí.

—¿Por qué no prendisteis al criminal?

—Somos guerreros y no esbirros.

—Di más bien que estimais en más á ese bribon que á vuestro rey.

—A ti te respetamos, y aborrecemos al criminal Bardiya, del mismo modo que antes quisimos al hijo inocente de Kiros.

—¿Habeis distinguido bien á Bardiya?

—Sí.

—¿Tampoco tú, Kresos, niegas mi pregunta?

—No. Creo haber visto á la claridad de la luna y tan distintamente como le veo ahora, á tu hermano; sin embargo, opino que alguna maravillosa semejanza debe de habernos engañado.

Bogues palideció al oír esto. Kambises empero movía la cabeza desaprobándolo y dijo:

—¿A quién podría creer, si los ojos de mis héroes más probados pudieran equivocarse? ¿quién quisiera ser juez, si testimonios como los vuestros fuesen nulos?

—Otros no menos válidos que los nuestros, te demostrarán que debemos de habernos equivocado.

—¿Y quién se atreve á declarar en favor de ese malhechor? preguntó Kambises levantándose y pateando.

—Nosotros... Yo... Nosotros; exclamaron á una Araspes, Daríos, Giges y Zópiros.

—¡Traidores!... ¡bribones!... gritaba el rey.

Mas cuando sus miradas chocaron con las de Kresos, que parecían amonestarle, añadió en más bajo tono:

— ¿Qué podeis decir en favor del reo? Reflexionad bien antes de hablar, y temed el castigo que aguarda á los testigos falsos.

— De sobra está el aviso, dijo Araspes; podemos jurar por Mitra que desde que volvimos de la caza, no hemos abandonado un momento á Bardiya y su jardin.

— Y yo, añadió Darios, yo, el hijo de Histaspes, puedo demostrar particularmente la inocencia de tu hermano, puesto que junto con él he observado el tistar que, segun pretende Bogues, alumbró su fuga.

Al oir esto, Histaspes miró á su hijo con asombro y como interrogándole. Kambises vacilante, miraba con ojo escudriñador, ora á estos, ora á aquellos, que acostumbrados á tenerse mutuamente por veraces, ahora no podian creerse.

Bardiya que hasta entonces habia callado contemplando tristemente sus cadenas, se aprovechó del silencio general é inclinándose profundamente, dijo:

— ¿Me permites decir unas pocas palabras, señor?

— Habla.

— Nuestro padre nos dió el ejemplo de aspirar solamente á lo bueno y puro; por esto mi conducta fué siempre inmaculada. Si puedes imputarme un sólo acto reprehensible, no creas lo que diga, más si no hallas falta en mí hasta ahora, fiate de mis palabras y piensa que un hijo de Kiros prefiere la muerte á una mentira. Confieso que ningun juez se encontró en tan difícil situacion como tú. Los mejores de tu reino, deponen en contra de los mejores, el amigo en contra del amigo, el padre en contra del hijo. Mas yo te digo que si Persia entera depusiera contra tí, y juraran todos que Kambises hizo esto ó lo otro, y tú por tu parte afirmaras: *no lo hice*, yo, Bardiya, daría un mentis á Persia entera exclamando: Todos sois testigos falsos, porque antes echará fuego el mar que mentiras la boca de un hijo de Kiros. Tan alto nacimos los dos,

que solo tú puedes ser testigo contra mí, y tú sólo contra tí mismo.

Cuando esto oyó Kambises, miró á su hermano con menos enojo y este continuó:

— Así pues, juro por Mitra y todos los espíritus puros, que soy inocente. Si desde mi regreso á Persia estuve en los jardines pensiles, si mi boca miente ahora, muera yo y extíngase mi raza.

Bardiya habia pronunciado este juramento con tal conviccion y firmeza, que Kambises mandó desatarle. Luego dijo, tras breve instante de reflexion:

— Quiero creerte, porque me es imposible tenerte por el más malvado de los hombres. Mañana interrogaremos á los astrólogos, adivinos y sacerdotes. Tal vez sepan sacar á luz la verdad. ¿Vés algo en estas tinieblas, Oropastes?

— Tu siervo presume que algun deva debe de haber adoptado la figura de Bardiya para perder á tu hermano, y manchar tu alma real con la sangre del hijo de tu padre.

Kambises y todos los presentes movieron la cabeza contentos. El rey iba ya á estrechar la mano de su hermano, cuando un macero entró presentando al rey un puñal que un eunuco habia encontrado bajo la ventana del dormitorio de Nitetis.

Kambises miró con atencion el arma, cuyo precioso puño era todo de rubies y turquesas, palideció y de repente tiró el puñal á los piés de su hermano con tanta vehemencia, que partió las piedras.

— Este es tu puñal, miserable, gritó ardiendo en nueva ira. Esta mañana en la caza diste con él el último golpe al jabalí que yo habia alcanzado. Tambien tú, Kresos, debes conocerlo, porque mi padre lo tomó de tu tesoro de Sardes. Ahora estás descubierto, mentiroso y embustero. Los devas no necesitan armas y una daga cual esta, no se halla en cualquier camino.

¿ Buscas en tu cinturón ? ¿ Palideces ? ¿ Echas de menos tu cuchillo ?

— No lo tengo, debo de haberlo perdido y un enemigo...

— ¡ Átate, Vishen ! Al calabozo con el traidor y los falsos testigos. Mañana serán estrangulados. La muerte es el castigo del perjurio. Si se escapan, caerán las cabezas de los guardias. No quiero oír ni una palabra más ; fuera, ¡ bribones ! ¡ perjuros ! Corre Bogues á los jardines pensiles y tráeme la egipcia. No, no ; no quiero ver más á la víbora. Se aproxima el alba. Al medio día conducirán á la traidora por la ciudad á latigazos. Entonces quiero...

No pudo decir más, porque acometido de un nuevo ataque epiléptico, cayó sobre el marmóreo suelo.

Durante este horroroso espectáculo, entró la ciega Kasandana guiada por el encanecido general Megabizos. La nueva de lo ocurrido habia llegado á sus solitarios aposentos ; y quiso, á pesar de la hora avanzada de la noche, cerciorarse de la verdad y precaver á su hijo contra todo acto precipitado. Firme é imperturbable, creia en la inocencia de Bardiya y Nitetis, si bien no acertaba á explicarse lo sucedido. Repetidas veces habia intentado ponerse en comunicacion con la egipcia, sin lograrlo ; porque los guardias tuvieron el descaro cuando ella misma fué á los jardines, de negarle la entrada.

Kresos corrió al encuentro de la augusta señora, comunicóle con delicadeza y tacto lo acontecido, confirmó su fe en la inocencia de los acusados, y condújola al lecho de su hijo, el rey.

Esta vez las convulsiones no duraron mucho tiempo. Pálido y exánime yacia en el lecho de oro bajo cubiertas de púrpura seda. A su lado estaba sentada su ciega madre, á los piés del lecho Kresos y Oropastes, y en el fondo del aposento cuatro médicos de la Real



cámara <sup>12</sup>, deliberaban en voz baja, sobre el estado del enfermo.

Kasandana exhortaba á su hijo con cariñosas frases á guardarse de todo arretrato de ira, en razon á las tristes consecuencias que tenia para su salud.

— Tienes razon, madre, contestó el rey, sonriéndose amargamente. Será preciso quitar de en medio todo lo que despierte mi cólera. La egipcia debe morir y mi traidor hermano seguirá á su manceba.

Kasandana usó de toda su elocuencia para demostrar la inocencia de los condenados y aplacar la ira del rey; pero ni ruegos, ni lágrimas, ni amonestaciones maternales, fueron bastantes á mudar la resolucion de Kambises, que queria acabar con los asesinos de su felicidad y quietud.

Por fin interrumpió los lamentos de la anciana diciendo:

— Me siento sumamente extenuado y no puedo soportar más tus sollozos y quejidos. La culpa de Nitetis está probada. Un hombre salió de su dormitorio de noche y este hombre no era ningun ladrón, sino el más hermoso de los persas al que anoche se atrevió á mandar una carta.

— ¿Conoces el contenido de la misiva? preguntó Kresos acercándose al lecho.

— No, estaba escrita en griego; la páfida elije para sus criminales recados unos signos que nadie en esta corte sabe leer.

— ¿Me permites que te traduzca la carta?

Kambises señaló con la mano un estuche de marfil en que estaba el fatal escrito y dijo:

— Tómalo y léelo; mas no me calles ni una sola palabra, porque mañana me haré leer otra vez esta carta por uno de los comerciantes de Sinope que viven en Babilon.

Kresos respiró con nueva esperanza y cogió el papel.

Cuando lo hubo recorrido , sus ojos se llenaron de lágrimas y sus labios balbucearon :

— Verdad es la fábula de Pandora , y yo no puedo enojarme con los poetas que dicen mal de las mujeres. Todas, todas son falsas y pérfidas. ¡ Oh Kasandana ! ¡ cuan falaces son los dioses ! Nos otorgan el regalo de la vejez , pero solo para deshojarnos como árboles al acercarse el invierno ; sólo para mostrarnos que cuanto teníamos por oro es cobre , y veneno aquello con que esperamos refrescarnos.

Kasandana prorumpió en llanto y rasgó su precioso vestido ; Kambises cerró los puños , mientras Kresos leía con trémula voz las siguientes palabras :

« Nitetis , hija de Amasis de Egipto , á Bardiya hijo del gran Kiros. Tengo que decirte , pero á tí sólo , una cosa de importancia. Mañana espero encontrarte en la habitacion de tu madre. En tus manos está el consolar á un pobre corazon enamorado y concederle un momento feliz antes que se extinga. Te he de contar muchas cosas tristes , y te repito que debo hablarte pronto. »

La desesperada risotada del hijo , lastimó el corazon de la madre. Inclínose sobre él para besarle el rostro , pero Kambises se defendió de sus caricias diciendo :

— Es un honor dudoso pertenecer al número de tus predilectos. Bardiya no se ha hecho llamar dos veces por la traidora , y se ha deshonrado con juramentos falsos. Sus amigos , la flor de nuestra juventud se han cubierto por él de ignominia imborrable , y tú *hija más querida* ha sido por él... Mas no , Bardiya no tiene culpa en la corrupcion de ese monstruo con figura de perí. Hipocresía , mentira y engaño era su vida ; su muerte os demostrará que sé castigar. Ahora dejadme ; necesito estar solo.

En cuanto todos hubieron salido , Kambises se levantó. Corria como un furioso de una parte á otra , hasta

que la sagrada ave *paródar* despertó al día. Cuando hubo salido el sol, Kambises se acostó otra vez en su lecho y cayó en un sueño profundo.

Entretanto los jóvenes presos y el viejo Araspes, estaban sentados juntos y bebiendo, despues que Bardiya hubo dictado à Giges una carta de despedida para Sappó.

— Alegrémonos, exclamó Zópiros, pues creo que pronto se acabará la alegría para nosotros. Juro que he de matarme si mañana no somos muertos todos y cada uno de nosotros. ¡Qué lástima que los hombres sólo tengamos una cabeza! à tener dos, apostaba más de una pieza de oro por nuestra vida.

— Zópiros tiene razon; alegrémonos y abramos los ojos, que pronto los cerraremos para siempre.

— Quien va à morir inocente como nosotros, no tiene motivo para estar triste, añadió Giges. Llena mi copa, copero.

— Ea, Bardiya y Daríos, dijo Zópiros à los amigos que conversaban en voz baja. ¿Aún duran los secretos? Venid acá y empinad la copa. Por Mitra que nunca deseé la muerte, pero hoy gustoso espero al negro Azis<sup>13</sup>, porque se nos llevará à todos juntos. Zópiros prefiere morir con sus amigos à vivir sin ellos.

— Ante todo, dijo Daríos juntándose al propio tiempo que Bardiya con los compañeros, debemos procurar explicarnos lo ocurrido.

— A mí me es indiferente, añadió Zópiros, morir con esta explicacion ó sin ella. Me basta saber que soy inocente, y que no merezco la pena de los testigos falsos. Traénos copas de oro, Vishen; en estas malas copas de cobre, el vino no me parece muy sabroso. Aunque Kambises prohíbe que nos visiten nuestros amigos y padres, no querrá sin embargo que pasemos las últimas horas entre privaciones.

— No es la calidad del metal, sino la gota de hiel de la muerte la que te amarga la bebida, dijo Bardiya.

— De ningun modo, exclamó Zópiros; ya habia olvidado que el garrote suele matar.

Luego tocando con el codo á Giges, añadió en voz baja:

— Alégrate, hombre. ¿No ves que á Bardiya le cuesta despedirse del mundo? ¿Qué decias, Daríos?

— Pensaba que sólo puede haber ocurrido, como presume Oropastes. Un malicioso deva habrá tomado la figura de Bardiya para acercarse á la egipcia y perdernos.

— ¡Tontera! No creo yo en estas cosas.

— ¿No recordais el cuento del rey Kávus, al que se acercó tambien un deva bajo la hermosa figura de un poeta?

— Ciertamente, dijo Araspes. Kiros se hizo contar ese cuento tantas veces en el festin, que lo sé de memoria. ¿Quereis oirlo?

— Con mucho gusto; ¡canta, deja oir tu voz! gritaron los jóvenes. Araspes recogió su memoria por un instante, y luego empezó medio recitando y medio cantando:

— Érase el rey Kávus que sucedió á su padre. Como le obedecia el mundo entero, y veia temblar ante él la ancha tierra, y se hallaba rodeado de grandes riquezas; contemplando los collares, el trono, las perlas, el oro, y las fulgentes piedras de la corona, y los corceles de Tasir robustos de pecho y lomos, se creyó sin igual en el mundo. Estaba un dia en una enramada de rosas, embellecida con oro, y se regalaba con el dulce racimo de la uva, cuando á uno de sus cortesanos acercósele un deva envuelto en traje de juglar, pidiendo audiencia al Shah con estas palabras: — Soy un vate de Mazenderán<sup>14</sup>. Ruego al Shah que si gusta de oirme, me conceda audiencia. Y Kávus dice: In-

troucidle al instante y tome asiento entre mis juglares. Pulsa las cuerdas el deva y canta las bellezas de Mazenderán... ¿ Quereis oír su cancion ?

— ¡ Sigue , sigue cantando !

— « Alabado sea mi país Mazenderán, y así sonria la felicidad á sus campos y praderas , á sus jardines donde florece eternamente la rosa , á sus collados de tulipanes y anémonas , donde siempre es puro el aire y verde la campiña. Allí resuena siempre el canto del ruiseñor en el bosque , y la cierva brinca en la ladera sin descansar jamás ; allí todo es colores y perfumes, y en los rios corre agua de rosas, vertiendo aromas en el alma. En mayo , marzo , julio y abril florecen allí los tulipanes que nunca se marchitan. La orilla de los rios , verdea todo el año ; los halcones no se cansan de cazar ; todo el país , tan grande como es , se halla cubierto de joyas , seda y oro. Los sacerdotes , de oro llevan las coronas ; los grandes visten fajas doradas. Al que no puede vivir allí le falta la aptitud para la dicha <sup>15</sup>. Y Kai Kávus atendió á las palabras del deva, disfrazado de juglar y se fué á Mazenderán , donde los devas le acometieron y le privaron de la vista.

— Mas Rustem , el grande héroe , añadió Daríos, acudió y batió á Ersheng y los demas malos espíritus, libertando á los presos. Luego devolvióles la vista, con destilar en sus ojos la sangre de los devas muertos. Lo mismo nos sucederá á nosotros , amigos. Nosotros los presos seremos libertados y Kambises y nuestros padres que están obcecados ahora , abrirán los ojos y reconocerán nuestra inocencia. Oye, Vishen; si á pesar de todo nos matasen , vé á ver á los magos y caldeos y al egipcio Nebenjari , á decirles que dejen para siempre de mirar las estrellas , pues convencieron á Daríos de que son embusteras y engañosas.

— Ya dije siempre , dijo interrumpiendo Araspes, que sólo los ensueños traen los buenos presagios. An-

tes de caer Abradat en la batalla de Sárdes, la incomparable Pantea le vió en sueños atravesado de una flecha lidia.

— ¡ Ah! hombre cruel, exclamó Zópiros, ¿ por qué nos recuerdas que es más bello morir en el campo de batalla que agarrotado ?

— Tienes razon, replicó el viejo. Muchos modos de morir he visto más apetecibles que el nuestro, y aún más que la misma vida. Si, hijos, tiempo hubo que era mejor que éste.

— Cuéntanos algo de aquellos dias.

— Confianos por que no te casaste nunca. No ha de perjudicarte en el otro mundo la divulgacion del secreto.

— No es secreto, porque lo que deseais saber, podria contároslo cualquiera de vuestros padres. Oid. Cuando <sup>16</sup> yo era jóven, solia divertirme con las mujeres, pero burlábame del amor. Quiso un dia la casualidad que cayera en nuestras manos Pantea, la más hermosa mujer que he visto. Como me jactaba de ser invulnerable, Kiros la puso bajo mi custodia. Con esto hube de verla diariamente, y entonces comprendí ¡ oh amigos ! que el amor es más fuerte que nuestra voluntad. Ella rechazó mis pretensiones, indujo á Kiros á que me alejara y tomara por aliado á su esposo Abradat. Cuando partimos para la guerra, la noble y leal mujer, atavió á su hermoso marido con todos sus aderezos, y le dijo que sólo con su amistad desinteresada y un valor heroico, podia agradecer la virtud de Kiros, quien le habia tratado como hermana, siendo prisionera. Abradat fué del mismo parecer y cayó en el combate, luchando como un leon por Kiros. Entonces Pantea, se suicidó sobre su cadáver. Cuando lo supieron sus criados, tambien ellos pusieron fin á su vida sobre la tumba de su hermosísima señora. Kiros lloró á la noble pareja, mandándole erijir un monu-

mento que todavía podeis ver hoy cerca de Sardes, en el cual se leen estas sencillas palabras: « A Pantea, á Abradat y á sus más fieles servidores. » Ya veis hijos, que quien ha amado á semejante mujer, no podrá pensar jamas en ninguna otra.

Los jóvenes héroes escucharon silenciosos al anciano, y aún despues que terminó, permanecieron largo rato en silencio. Por fin, Bardiya, alzando las manos al cielo, exclamó:

— ¡ Oh! grande Auramazda ¿ por qué no me dejas acabar como Abradat? ¿ por qué hemos de morir infamamente como asesinos?

En aquel mismo instante, entraba Kresos con las manos atadas y guiado por los latigueros. Sus amigos corrieron al encuentro del anciano, asediándole á preguntas. Giges echóse en brazos de su padre, y también Bardiya que se acercó al director de su juventud con los brazos abiertos.

El tranquilo semblante del anciano era austero y grave; sus por lo comun plácidas miradas, sombrías, casi amenazadoras. Con frio é imperioso ademán, rechazó al príncipe y dijo con voz trémula y lastimado acento de reprension:

— Suéltame, obcecado mancebo; no eres digno del afecto que te profesé hasta hoy. Cuatro veces pérfido, engañaste á tu hermano, sobornaste á tus amigos, has hecho traicion á la pobre niña que te espera en Náukratis, y has envenenado el corazon de la desgraciada hija de Amasis.

Al principio Bardiya escuchaba tranquilo, más cuando Kresos profirió la palabra *engañado*, cerró los puños y pataleando furioso, gritaba:

— Tus años, tu debilidad, la gratitud que te debo, te escudan, buen anciano; de otro modo, tales ultrajes serian tus últimas palabras.

Kresos resistió con calma este arranque de justa cólera y replicó:

— Kambises y tú sois de la misma sangre ; tú necia rabia lo prueba. Mejor te fuera que arrepentido de tus malas acciones , me pidieras perdon á mí , tu maestro y amigo , antes que añadir la ingratitud á la más inaudita villanía.

Estas palabras aflojaron la ira del jóven insultado. Sus puños alzados , cayeron sin fuerza , y sus mejillas palidieron cual las de un cadáver.

Creviendo ver en tal mudanza una señal de arrepentimiento , la indignacion del anciano se calmó. Su cariño era bastante vivo para comprender en él , así á Bardiya culpable , como á Bardiya inocente. Cogiendo con ambas manos la diestra del jóven , le preguntó , como un padre preguntaria á un hijo , hallándole herido en el campo de batalla :

— ¡ Confiésame , pobre muchacho obcecado , como ha sido posible que tu puro corazon se entregara tan pronto á la maldad !

Bardiya se horrorizó al oir estas palabras. Encendióse de nuevo en ira , pero su alma se llenó de amarga pena. Por primera vez , le abandonaba la fe en la justicia de los dioses.

Llamábase á sí mismo víctima de un destino cruel , inexorable , sentia lo que debe de sentir el inocente animal de caza , cuando en el ojeo se dá por vencido , oyendo como se acercan la jauria y los cazadores. Su tierno infantil carácter , no acertó á resistir á estos primeros y pesados golpes de la fortuna. Lograron sin duda sus maestros robustecer su cuerpo y ánimo contra los enemigos visibles , pero ni á él ni á su hermano les enseñaron á defenderse de los golpes del destino ; les habia parecido que Kambises y Bardiya estaban destinados á beber únicamente en la copa de la dicha y la alegría.

Zópiros no pudo resistir á las lágrimas de su amigo. Enojado contra el anciano , echóle en cara que era



duro é injusto. Giges dirigia á su padre miradas de súplica, Araspes fuese á colocar entre el ofensor y el ofendido, Daríos acudió á ponerse en frente de Kresos con serena superioridad, y despues de observar breve rato á todos los interesados, dijo:

— Os ofendeis é insultais mútuamente sin que el acusado sepa qué se le imputa, y sin que oiga el juez la defensa del acusado. Te ruego Kresos, por la amistad que nos unió hasta hoy, qué nos digas que te indujo á juzgar tan duramente á Bardiya, en cuya inocencia creias hace poco.

El anciano satisfaciendo este deseo, contó que habia leído una carta autógrafa de la egipcia, en la cual esta solicitaba una entrevista secreta con el jóven. Ni sus propios ojos, ni el testimonio de los primeros hombres del reino, ni tampoco el puñal encontrado delante de la casa de Nitetis, bastaron á convencerle de la culpa de su predilecto; mas el contenido de aquella carta cayó en su ánimo como tea destructora del último resto de fé en la virtud y pureza de la mujer.

— Dejé al rey firmemente convencido de la criminal inteligencia de vuestro amigo con esa egipcia, cuyo corazon habia considerado yo, como espejo de todo lo bueno y bello. ¿No os parece natural que recrimine al que con tal ignominia empañó aquel claro espejo, y la no menos inmaculada pureza de su propia alma?

— ¿Como demostrarte mi inocencia, exclamó Bardiya juntando las manos? Si me quisieras, creerias mis palabras, si me tuvieras afecto...

— Hijo, para salvar tú vida me he jugado la mia hace pocos minutos. Cuando supe que Kambises habia ordenado realmente vuestra muerte, fui á verle corriendo, le importuné con mis ruegos, y como mis súplicas eran estériles, me atrevi á dirigir amargos reproches al irritado príncipe. Entonces se rompió el ténue tejido de su paciencia, y furioso mandó á los

soldados que me cortasen la cabeza. El jefe de latigueros Gir me prendió, pero ha aplazado mi muerte hasta mañana. Me está obligado y podrá ocultar la tregua de la ejecución. Pláceme de no sobreviviros, hijos míos, y muero inocente al lado de vosotros los culpables.

Estas palabras provocaron una nueva tempestad de protestas.

Otra vez fué Daríos, quien permaneció sereno y tranquilo ante la impetuosidad general, contando de nuevo al anciano todo el curso de la velada, y demostrando la imposibilidad de la culpa de Bardiya. Luego pidió que hablara el acusado de perfidia. Bardiya negó toda inteligencia con Nitetis con tal brevedad y de un modo tan contundente y explícito, y confirmó su declaración con tan terrible juramento, que la convicción de Kresos vaciló primero y cedió luego. Apenas hubo terminado Bardiya, abrazóle con profunda emoción, cual si se hubiese descargado de un enorme peso.

Por más que los amigos se afanaron por explicarse lo ocurrido, fué inútil todo discurso y reflexión. Por lo demás todos se persuadieron de que Nitetis amaba á Bardiya, y había escrito aquella carta con intención malévolá.

— Quien la haya visto, decía Daríos, cuando Kam-bises participó á los comensales que Bardiya había elegido esposa, no puede dudar de su amor. Cuando dejó caer la copa, oí decir al padre de Fedima que las egipcias parecían interesarse mucho por los amores de sus cuñados.

Durante estas conversaciones había salido el sol, y brillaba claro y apacible en la estancia de los presos.

— Mitra quiere hacernos sensible la despedida, balbuceó Bardiya.

— No, contestó Kresos, nos alumbra amistoso el camino de la eternidad.



#### CAPÍTULO IV.

**L**A inocente autora de esos lúgubres enredos, había pasado horas tristísimas desde el cumpleaños del rey. Después de aquellas duras palabras, con que Kambises había echado del salón á la pobre mujer cuya conducta despertó sus celos, no había llegado á Nitetis ninguna noticia, ni de su enojado novio ni de la madre y hermana del mismo. Ni un sólo día había pasado en Babilon que no le trajera la compañía de Kasandana y Atosa. Cuando quiso hacerse conducir á ellas para explicarles su rara conducta, Kandaules, su nuevo custodio, le prohibió en breves frases que saliera de casa. Hasta entonces creía que la franca relacion de lo que leyera en la última carta de su país, aclararía todas estas malas inteligencias. Ya se imaginaba á Kambises, arrepintiéndose de su vehemencia y locos celos y tendiéndole la mano, como

pidiendo perdon. Luego llenóse su alma de alegría al recordar las siguientes palabras que oyó un dia en boca de Ibikos : « Del modo que un hombre robusto es sacudido con más violencia de la calentura , que otro enclenque , asimismo los celos atormentan con con más intensidad al corazon vehemente , que á otro poco apasionado. »

Si el gran conocedor de la pasion amorosa tenia razon , Kambises cuyos celos se habian inflamado de un modo tan rápido y terrible , debia de sentir una gran pasion por ella. Con esta confianza mezclábanse continuamente los melancólicos recuerdos de su país y tétricos presentimientos á los que no acertaba á cerrar su corazon. Cuando el sol del mediodía brilló ardiente en el cielo , sin que viera llegar ninguna noticia de los que amaba , fué acometida de una inquietud febril que siguió aumentando hasta llegar la noche. Al oscurecer Bogues entró contándole con amargo sarcasmo que el rey poseia su carta á Bardiya y que el mozo del jardinero encargado de remitirla , habia sido ajusticiado. Los martirizados nervios de la princesa no pudieron resistir á este nuevo golpe ; perdió el conocimiento y hubo de llevarla Bogues á su cama. Despues el eunuco cerró el dormitorio por fuera y se marchó.

Pocos minutos más tarde , dos hombres , un jóven y un viejo , salieron de la trampa que dos dias antes habia sido examinada con tanta atencion por Bogues. El viejo se quedó arrimado á la pared de la casa , mientras el jóven , obedeciendo á las señas que una mano le hacia por una ventana , entró de un brinco. Palabras amorosas y los nombres de Gaumata y Mandana sonaron á media voz , cambiáronse besos y pres-táronse juramentos. Finalmente el viejo dió algunas palmadas.

Obedeciendo inmediatamente el jóven á esta señal , abrazó de nuevo á la sirvienta de Nitetis , y despues

de saltar otra vez por la ventana al jardín, pasó corriendo por delante de los admiradores del lirio azul que se acercaban y entró con su compañero en la trampa abierta. Una vez dentro, cerróla cuidadosamente y desapareció.

Mandana por su parte se fué á la sala en que su señora solia pasar la velada. Conocia las costumbres de ésta, y sabia que cada noche al salir las estrellas, se sentaba al mirador que daba sobre el Éufrates y sin llamar jamas á ninguna sirvienta estaba horas enteras contemplando el rio y la llanura. Así pudo esperar á su novio sin temor de ser descubierta por Nitetis y con la confianza en la proteccion del gefe de los eunucos.

En cuanto hubo encontrado sin conocimiento á su señora, oyó como el jardín se llenaba de gente, como se confundian las voces de hombres y de eunucos, y sonaba la trompeta destinada á llamar á los guardias. Al principio tembló pensando que habian descubierto á su novio, mas cuando Bogues pareciendo le dijo en voz baja, que se habia escabullido felizmente, mandó á las sirvientas, (que acudian en tropel desde la sala de las mujeres, á donde las metiera para que no estorbasen la cita,) llevasen á la señora á su dormitorio, y empleasen todos los medios para que Nitetis, recobrará el conocimiento. En cuanto ésta abrió los ojos, vió entrar á Bogues acompañado de dos eunucos, los cuales á una orden del primero cargaron de cadenas los delicados brazos de la princesa.

Incapaz de proferir una sola palabra, Nitetis les dejó hacer, sin que acertara á contestar cuando Bogues al salir le dijo:

— Diviértete en tu jaula, pajarito prisionero. Ahora le están contando á tu señor que una marta se ha deleitado en su palomar. Guárdente los dioses, y piensa

en el pobre, atormentado Bogues, cuando con este calor la húmeda tierra te refrescará. Sí, palomita mía; en la muerte se conocen los verdaderos amigos; por esta razón, no te mandaré enterrar en un saco de burda tela, sino en tejido de seda delicada. ¡Adios, corazón mio!

La afligida mujer se estremeció oyendo estas frases, y no bien hubo salido Bogues, preguntó á Mandana qué significaba todo aquello. La muchacha siguiendo el consejo del eunuco, le contó que Bardiya se había introducido en los jardines pensiles y había sido descubierta por varios ajemenidas en el momento en que iba á saltar por una ventana; que habían comunicado á Kambises la traición de su hermano, y que todo se temía de los celos del rey. La casquivana niña, al referir estas cosas, derramaba abundantes lágrimas de amargo arrepentimiento que produjeron grata impresión en su señora, porque las creyó hijas de sincero interés y cariño.

Largo rato hacia que había terminado Mandana su relación, y aún Nitetis seguía contemplando desesperanzada sus cadenas, sin comprender la situación terrible en que se hallaba. Luego, después de leída de nuevo la carta de su país, escribió en una esquila las breves palabras *soy inocente* y mandó á la sollozante doncella que entregara ambos escritos después de su muerte á la madre del rey. Y pasó velando toda la noche, que fué para ella interminable.

En el cofrecillo de los afeites tenía para hermostrar el cutis uno que tomado en cierta cantidad producía la muerte. Este veneno se lo hizo traer, y resolvió con tranquila premeditación darse ella misma la muerte en el momento de acercarse el verdugo. Desde entonces, contenta aguardaba su última hora diciéndose:

—Me mata, pero me mata por amor. Luego le ocur-

rió la idea de escribirle una carta y confesarle cuánto y cuánto le amaba. Sólo despues de su muerte debia recibirla para que no creyera que la habia escrito por salvar su vida. La esperanza de que el inflexible esposo humedeciera tal vez este último saludo con sus lágrimas, llenó su corazón de doloroso placer.

A despecho de las pesadas cadenas escribió pues las siguientes palabras: «Kambises no recibirá estas líneas hasta que su autora habrá dejado de existir; ellas dirán á mi señor que le amo con más ardor que á los dioses, que al mundo, que mi propia vida juvenil. A Kasandana y Atosa ruego se acuerden de mí con afecto. Por la carta de mi madre conocerán que soy inocente y que queria hablar con Bardiya solamente en favor de mi pobre hermana. Bagues me ha dicho que mi muerte está decidida. Cuando el verdugo se acercará, daré fin á mis dias cometiendo el crimen del suicidio para preservarte á tí, Kambises, de una acción ignominiosa.»

Entregó este escrito, junto con la carta de su madre, á la doncella que lloraba, rogándola que lo entregase á Kambises cuando ella hubiera cesado de vivir.

Luego se hincó de rodillas implorando á los dioses de su país y pidiéndoles perdon por haber renegado de ellos.

Cuando Mandana le instó para que se acostara porque debia de estar muy débil, contestó:

—No necesito dormir ya que me queda tan poco tiempo que velar.

Cuánto más fervorosamente rogaba y entonaba himnos egipcios, más sinceramente reconcilióse con los dioses de su país á los que habia abandonado tras brevíssima lucha. Casi todas las oraciones que sabia, referíanse á la vida que la esperaba despues de la muerte. En el reino de Osiris, en los infiernos, en donde los cuarenta y dos jueces de los muertos,

habian de juzgar del mérito ó desmérito del alma segun el veredicto de la diosa de la verdad, y por mediacion del escribano celestial Tot, allí esperaba encontrar á sus parientes y amigos, con tal que su alma injusta no empezara su trasmigracion por los cuerpos de los animales, y siguiera siendo el suyo portador del alma <sup>17</sup>. Esta condicion la llenaba de inquietud febril. La doctrina que el bienestar del alma dependia de la conservacion de la abandonada parte terrenal del yo, le habia sido impuesta desde su niñez. Ella creia en dicha supersticion que habia construido las pirámides y excavado las rocas y temblaba pensando que su cadáver, segun la costumbre persa, seria entregado á los perros, aves de rapiña y demas potencias destructoras, quitándose con esto á su espiritu toda esperanza de la vida eterna.

Otra vez se le ocurrió renegar de sus antiguos Dioses y prosternarse ante los nuevos espíritus de la luz. Estos devolvian el cuerpo á los elementos de que se componia y no atendian sino al alma del difunto. Mas cuando elevó sus manos hácia el gran sol, que en aquel momento estaba venciendo con su espada de dorados rayos las nieblas que cubrian el valle del Éufrates, cuando quiso alabar á Mitra en canciones recientemente aprendidas, la voz le faltó y vió en vez del astro del dia al dios á quien habia alabado tantas veces en Egipto, al gran Rá, y en lugar del himno de los magos, entonó el cantar con el cual los sacerdotes egipcios saludan al sol de la mañana: «Doblad las rodillas ante la gran deidad, el hijo del cielo, el sublime Rá, el que se engendra á sí mismo con su propia é innata fuerza, y á quien cada mañana contempla renovado. ¡Loor á ti que en el mar celeste, deparando prosperidad, caminas por la órbita azul! ¡Loor á ti que todo lo has creado, cuánto abarca en torno la vasta bóveda del firmamento! Tú eres el protector,



cuya luz suavísima concede dulce vida á todos los puros; ¡Llor á tí! Cuando en el valle celestial, tu fulgente huella serpentea por el espacio azul, todos los dioses, junto á tí, se conmueven con voluptuosidad dulcísima, ¡oh hijo del cielo! ¡oh Rá! 18.»

Este canto fué para el corazón de Nitetis, rico bálsamo de consuelo. Con los ojos humedecidos por las lágrimas, y acordándose de su niñez, contempló la nueva luz, cuyos rayos no la deslumbraban todavía; luego miró al llano, donde semejante al Nilo, arrasaba el Éufrates sus ondas amarillentas. Numerosos pueblos, como en Egipto, asomábanse entre los lozanos sembrados y las matas de las higueras. Hacia el Oeste, extendiase con sus altos cipreses y nogales, el parque de caza del rey, que cogía muchas leguas. En todas las hojas y tallos, brillaba el rocío matinal y en las matas del jardín del palacio que habitaba, sonaban los alegres píos de sinnúmero de pájaros. Luego levantóse ligero soplo de aire, trayéndole dulces perfumes de rosas y jugueteando con las copas de las palmeras, que esbeltas y vistosas se elevaban en grupos innumerables en las márgenes del río, y en todos los campos de los alrededores.

Muchas veces había admirado estos hermosos árboles comparándolos con bailarinas, cuando agitados por el viento movían las gallardas copas, y mecíanse los esbeltos troncos á uno y otro lado. A menudo pensó que allí debía de estar la patria del Fénix, ave de la tierra de las palmeras, la cual según contaban los sacerdotes, acudía cada quinientos años al templo de Rá en Heliópolis, en el que se quemaba en las sagradas llamas de incienso para renacer más hermosa de sus cenizas, y volver á su país oriental, al cabo de tres días, y mientras pensaba en el Fénix, deseando renacer como ella á nueva y más hermosa vida, de las cenizas del infortunio, un ave grande de brillantes

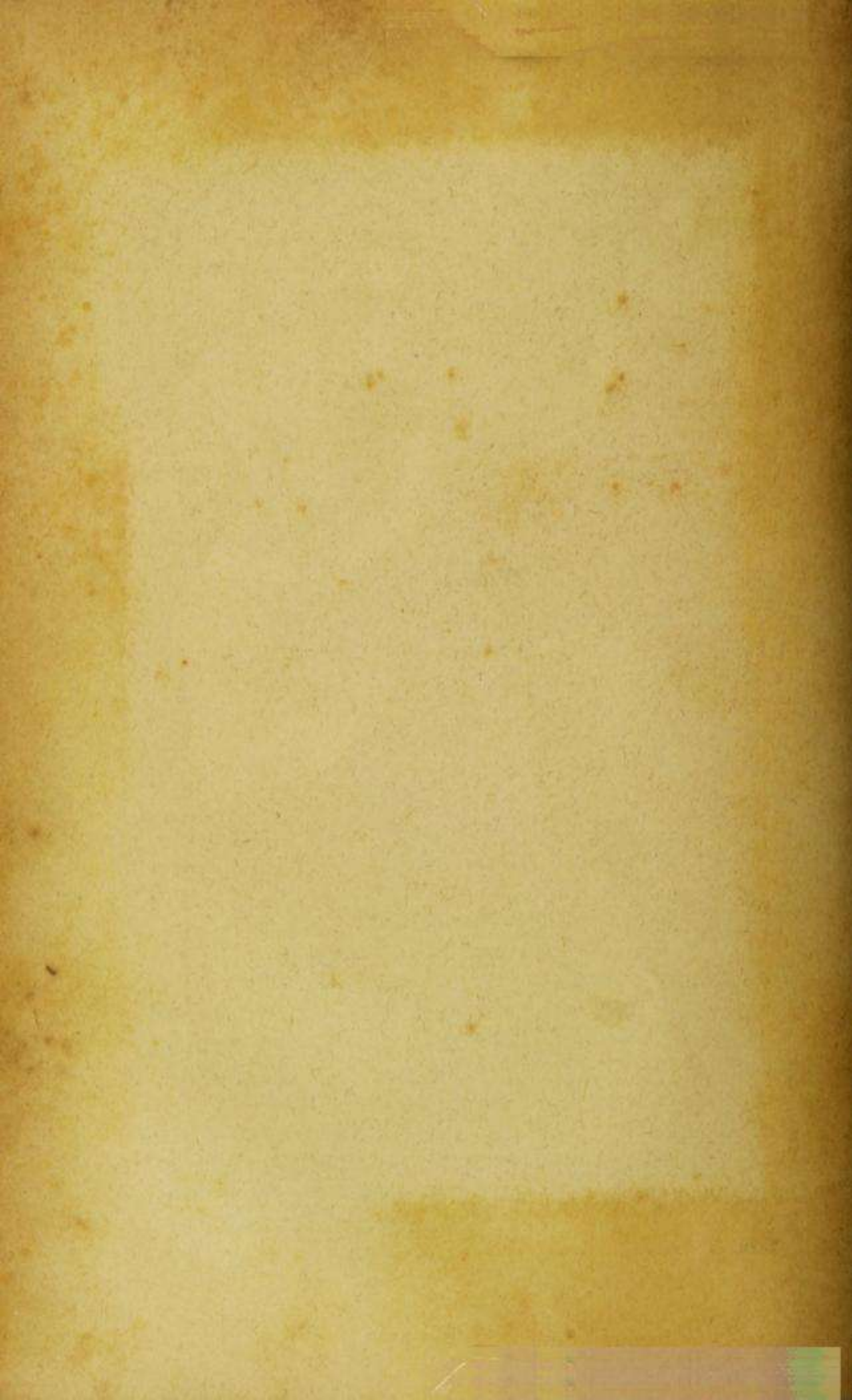
plumas salió de los cipreses que ocultaban la morada de su amante que tan desgraciada la hacía, y cerniéndose cada vez más alto, vino finalmente á posarse en una palmera, delante de su misma ventana.

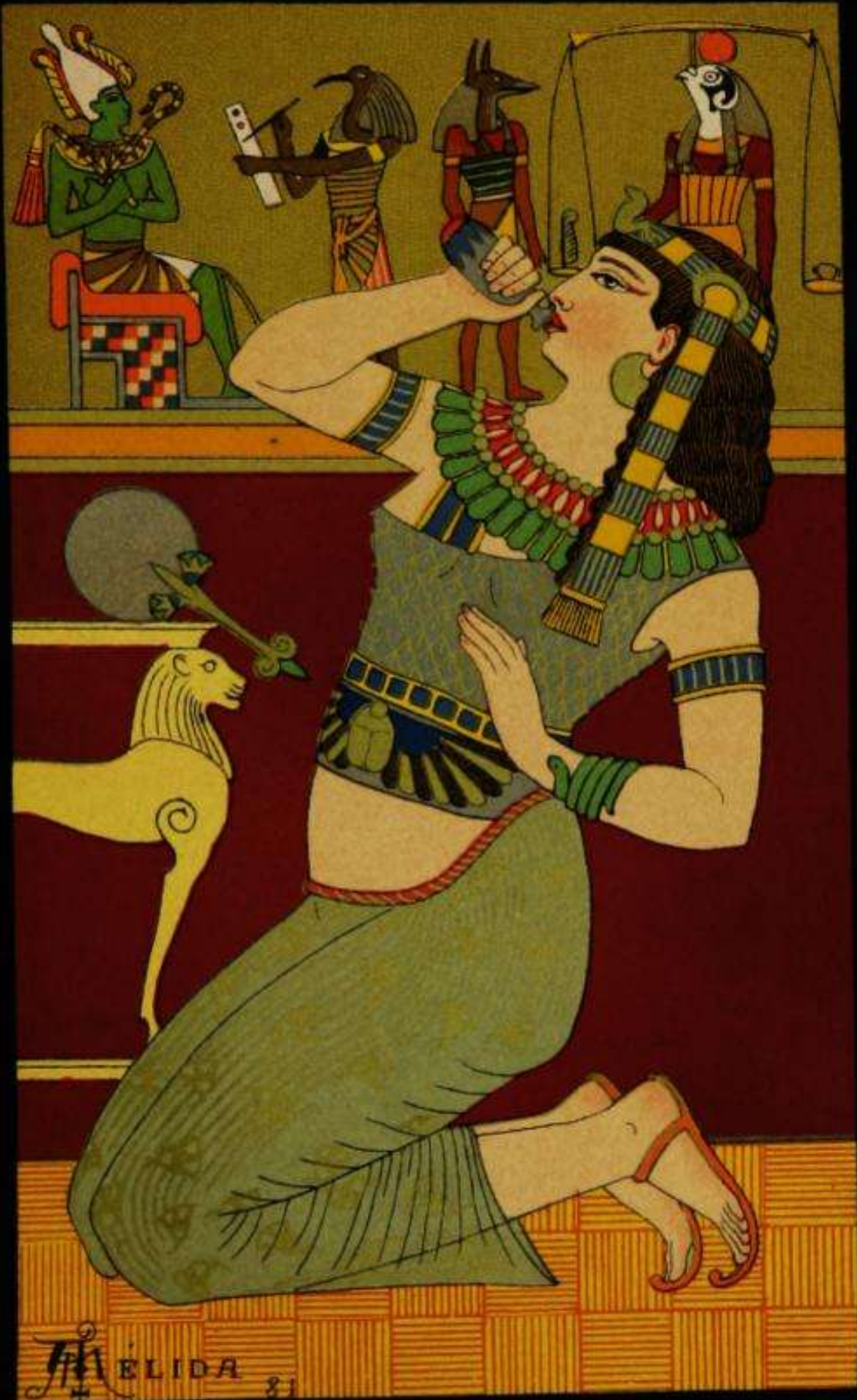
Nunca habia visto Nitetis otra parecida. Tampoco podia ser un ave comun, porque una cadenilla de oro pendia de su pié y no parecia que tuviese la cola de plumas, sino de rayos de sol. Era Benno, el ave de Rá. Llena de piedad se hincó otra vez de rodillas y recitó el antiguo canto del Fénix, sin apartar la vista del brillante morador de los aires.

— «Cerniéndome sobre las cabezas de los hombres, mi ala corta el etéreo mar. Crióme el poderoso, semejante á sí mismo en fúlgido resplandor. Delicado y tierno es mi aspecto cual corola de flor en campo florido. Fulgente reluzco con espléndido brillo. Mi esencia es misteriosa, y desconocida de ti. Mas yo lo sé todo, lo que fué y lo que será; soy el alma de Rá, dios eterno <sup>19</sup>. »

El ave moviendo la cabecita de uno á otro lado ornada de llameantes plumas, escuchó el canto y emprendió el vuelo apenas hubo concluido Nitetis. Ella seguia con la vista el Fénix supuesto. Éste era simplemente un ave del paraiso que habia roto la cadenilla con que estaba sujeto á un árbol del parque. Maravillosa confianza de salvacion penetró en el pecho de Nitetis, pues creia que el dios Rá le habia enviado el ave cuya figura habria de adoptar cuando fuera espíritu bienaventurado. Mientras se tienen deseos y esperanzas mucho se resiste el infortunio, pues aun cuando la dicha no llegue, la esperanza se prolonga y con ella la dulzura que la acompaña. Este especial estado de ánimo se basta á sí solo y encierra una especie de gozo que puede reemplazar la realidad. Con esta nueva esperanza, la fatigada Nitetis reclinóse en el diván y bien pronto se quedó profundamente dormida sin soñar, y sin haber tocado el veneno.

*Nitetis.*







A los infelices que pasan la noche llorando, les suele traer consoladora luz el sol naciente, así como á los culpables que buscan la oscuridad les causa ingrata impresion. Mientras Nitetis dormia, Mandana velaba, atormentada de terribles remordimientos. Gustosa hubiera detenido al sol que habia de traer la muerte á su amabilísima señora por su culpa, y continuara viviendo en eterna noche, si con ello hubiese podido deshacer lo que habia hecho.

La casquivana doncella, buena en el fondo, no se cansaba de llamarse vil homicida. Cien veces se propuso confesar la verdad y salvar á Nitetis, más siempre el miedo, y el instinto de conservacion, vencieron las buenas inspiraciones de su alma pusilánime. Si confesaba, era segura su muerte, y ella se sentia creada para la vida; la horrorizaba la tumba, ¡esperaba tanta dicha del porvenir! Si sólo hubiese tenido que temer una reclusion perpétua, tal vez se habria decidido á revelar la verdad, pero ¡morir!... ¡no podia morir! Y al fin, ¿hubiera salvado á la condenada su confesion? ¿No tuvo ella misma el encargo de entregar al desgraciado mozo del jardinero un recado para Bardiya? Esta correspondencia secreta habia sido descubierta, razon por la cual Nitetis estaba perdida aun sin la imprudencia de ella. ¡Nunca somos tan ingeniosos como cuando se trata de disculpar á nuestros propios ojos el mal que cometemos!

Cuando salió el sol, Mandana estaba arrodillada junto al lecho de su señora, llorando amargamente, y sin que pudiera comprender cómo Nitetis dormia con tan tranquilo sueño.

Tambien Bogues, el eunuco, pasó la noche en claro, pero agradablemente entretenido. Su segundo y colega Kandaules, á quien odiaba, habia sido ejecutado por orden del rey, en castigo de su negligencia, y tal vez de su corruptibilidad. Nitetis no habia caido para levantarse acaso otra vez, sino condenada á muerte ignominiosa que la hacia inofensiva para siempre. La influencia de la misma madre del rey habia sufrido notable mengua. Por fin, la idea de su superioridad y de la habilidosa ejecucion de su difícil empresa le halagaba tanto como la esperanza de volver á ser el omnipotente valido de antes, con ayuda de su favorita Fedima.

Tambien la muerte de Kresos, y de los jóvenes héroes le venia de molde, porque si hubiesen quedado con vida, no era imposible que se descubriesen sus artimañas.

Amanecia ya, cuando salió de la cámara del rey para ir á ver á Fedima. La orgullosa persa no se habia acostado aún; esperaba al eunuco con impaciencia febril porque el rumor de lo sucedido habia penetrado en la casa de las mujeres, y llegado hasta ella. Vestida únicamente de ligera camisa de seda, y calzada con chinelas amarillas, cubiertas de perlas y turquesas, estaba echada sobre el purpúreo divan del tocador, y tenia en torno veinte esclavas. En cuanto oyó los pasos de Bogues las hizo salir, levantóse de un brinco, corrió al encuentro del eunuco é inundóle con un diluvio de preguntas incoherentes, relativas todas á su enemiga Nitetis.

—Despacio, palomita mia, dijo Bogues, poniendo la carnosa mano sobre el hombro de Fedima, ; despacio! si no puedes resignarte á oír mi relato, sin interrumpirme con tus preguntas, no sabrás hoy una sola palabra. Sí; mi reina de oro, tengo tantas cosas que referirte, que no acabaria hasta mañana, si te



permitiese interrumpirme á tu antojo. ¡Ah, corderito mio! ¡Tantas cosas tengo que hacer hoy! En primer lugar, he de asistir á un paseo egipcio en burro; luego he de presenciar una ejecucion á modo egipcio... pero no anticipemos los sucesos. Deja que te lo cuente todo desde el principio y podrás llorar, reir y gritar de alegría cuanto quieras; sólo que no debes preguntarme nada hasta que yo haya terminado. Bien las merezco estas caricias; ahora estoy cómodamente y voy á empezar. Vivía en Persia un rey poderoso que tenía muchas mujeres, y entre ellas, amaba muy especialmente á Fedima distinguiendola más que á las otras. Ocurriósele un dia pedir la mano de la hija de Amasis de Egipto. Mandó pues una gran embajada con su propio hermano á Sais...

— ¡Tonterías! exclamó Fedima impaciente; quiero saber lo que ha sucedido hoy.

— Paciencia, mi impetuoso viento de Marzo. Si vuelves á interrumpirme, me voy á contar mi historia á los árboles. Déjame el placer de gozar otra vez de mis victorias. Mientras voy narrando, soy como el escultor, que deja un instante el martillo para contemplar su obra acabada.

— No, no, interrumpió Fedima de nuevo; no puedo oír lo que ya sé hace tiempo; me muero de impaciencia. Muchas horas há que aguardo en febril expectativa. Cada nuevo rumor que se apresuraron á traerme las sirvientas y los eunucos, acrecentó mis ansias. Estoy calenturienta y no puedo esperar más; pide de mí lo que quieras, pero libértame de esta terrible excitación. Más tarde te escucharé dias enteros si te place.

Bogues sonrióse satisfecho y dijo frotándose las manos:

— Cuando niño, no conocia mayor placer que contemplar como un pez se agitaba prendido del anzuelo;

ahora tú, la más hermosa dorada, cuelgas de mi caña y no puedo soltarte hasta que me haya cebado bastante en tu impaciencia.

Fedima saltó del lecho en que estaba con Bogues y pataleó como una niña mal criada, lo cual parecía causar gran placer al eunuco, porque se frotó las manos con mayor viveza y se reía tanto que las lágrimas regaban sus carnosas mejillas. Luego bebióse algunas copas de vino, una tras otra, á la salud de la beldad martirizada, hasta que por fin continuó narrando:

—No se me escapó que Kambises mandó contra los tapuros á su hermano Bardiya, portador de la egipcia, por celos. Mas la altiva mujer, que no habia de estar bajo mis órdenes, me pareció que hacia tanto caso así del hermoso rubio, como un israelita hace de la carne de cerdo ó un egipcio de habas <sup>20</sup>. A pesar de esto, resolví fomentar los celos del rey y aprovecharme de los mismos para perder á la insolente que iba á suplantarnos á los dos en el favor del soberano. Mucho tiempo estuve buscando en balde un plan idóneo.

Cuando llegó año nuevo, todos los sacerdotes del reino, reuniéronse en Babilon, y todo fué júbilo, banquetes y fiestas en la ciudad por espacio de ocho dias. Tambien en la corte hubo mucho trajin, y no me quedó tiempo para pensar en mis planes. En esto y cuando menos podia esperar su realizacion, los bondadosos *amesha spenta* me hacen dar con un jóven á quien Angramaiñus mismo parecia haber creado para favorecer mis proyectos. Gaumata, el hermano de Oropastes, habia venido á Babilon con el objeto de asistir al gran sacrificio de año nuevo. Cuando ví al jóven por primera vez en casa de su hermano, á quien hube de visitar por encargo del rey, creí que se me presentaba una aparicion; tan perfecta era su semejanza con Bardiya. Terminados mis asuntos con Oropastes, el mozo me acompañó al coche. Sin darle á

comprender mi sorpresa, le colmé de bondades, y roguéle fuera á visitarme. Mandé traer el mejor vino, le obligué á beber y me convencí una vez más que la mejor propiedad del zumo de uva es la de hacer locuaz al más taciturno. El jóven me confesó en su embriaguez, que más que por el sacrificio habia venido á Babilon por una muchacha que estaba de camarera mayor en casa de la egipcia. La amaba, decía, desde su niñez; pero su hermano tenia proyectos más ambiciosos con respecto á él, y para separarle de la bella Mandana proporcionó á ésta el puesto al lado de la nueva esposa del rey. Finalmente me rogó le facilitara una entrevista con su querida. Le escuché con amabilidad, pero opuse algunos obstáculos y le dije que el dia siguiente podia volver á presentarse. Vino y le dí á entender que se podia hacer algo, si él queria resolverse á obedecer á ciegas todas mis disposiciones. Gustoso se conformó con todo, regresó á Ragas á mis instancias y no volvió á Babilon hasta anteayer, escondiéndole yo en mi habitacion. Entretanto Bardiya habia vuelto y era preciso despertar de nuevo los celos del rey para perder á la egipcia de un solo golpe. Con tu humillacion excité el enojo de tus parientes contra nuestra enemiga y lo preparaba todo para el mejor éxito de nuestra empresa. La suerte me favoreció extraordinariamente. Tú sabes como Nitetis se comportó en el banquete del cumpleaños, pero ignoras que aquella misma noche envió á un mozo jardinero á palacio con una carta para Bardiya. El torpe recadero dejóse sorprender y fué estrangulado la misma noche por orden del rey que estaba furioso y yo cuidé de que Nitetis quedara tan fuera de toda comunicacion con sus amigos como si viviera en el nido de Simurg <sup>21</sup>. Lo demas ya lo sabes.»

—¿Pero cómo escapó Gaumata?

—Por una trampa que no conoce nadie más que yo

y que esperaba al fugitivo abierta y libre. Todo salió perfectamente; hasta había conseguido hacerme con un puñal de Bardiya que éste había perdido en la cacería y lo puse debajo de la ventana de Nitetis. Para alejar al príncipe é impedirle durante este tiempo que viera al rey ú otros testigos importantes, había rogado al comerciante griego Koleos que actualmente vende paños milesios en Babilon y que me hace cualquier favor, porque le compro todo el abasto de tejidos de lana para la casa de las mujeres, que me escribiera una carta en lengua griega solicitando de Bardiya en nombre de su novia que se llama Sappó, fuese solo á la salida del Tistar á la primera estacion afuera de la puerta del Éufrates. Pero con esta carta tuve desgracia, porque el recadero que debía remitirla desempeñó mal su cometido, pues si bien sostiene que ha entregado la carta á Bardiya mismo, es evidente que la habrá entregado á un extraño, probablemente á Gaumata. No fué pequeño mi susto cuando supe que Bardiya había estado toda la velada en compañía de sus amigos bebiendo. Pero lo hecho no podia ya deshacerse y testigos como tu padre, Histaspes, Kresos é Intafernes contrarestaban largamente las declaraciones de Daríos, Giges y Araspes. De un lado se dió testimonio en pró, del otro en contra. Finalmente, todo salió bien. Los jóvenes están condenados á muerte, y Kresos quien como siempre se atrevió á decir impertinencias al rey, habrá ya pasado su hora postrera. Con respecto á la egipcia, el escribano mayor ha debido redactar ahora mismo el siguiente documento. Escucha, paloma mia y gózate en ello: «La adúltera hija del rey de Egipto, Nitetis, será castigada por su crimen con todo el rigor de la ley, á saber: Se la colocará á horcajadas sobre un burro y se la conducirá por las calles de la ciudad para que el pueblo de Babilon vea que Kambises sabe castigar á

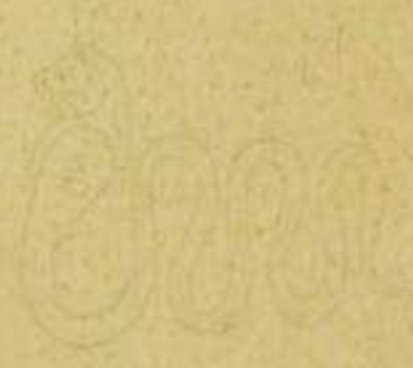
la hija de un rey con el mismo rigor que sus jueces muestran contra una pobre mendiga. Cuando el sol se haya puesto, la infame será enterrada viva. — Esta orden se entregará al jefe de los eunucos Bogues, para su cumplimiento. — El escribano mayor Ariabignes, por mandato del rey Kambises. »

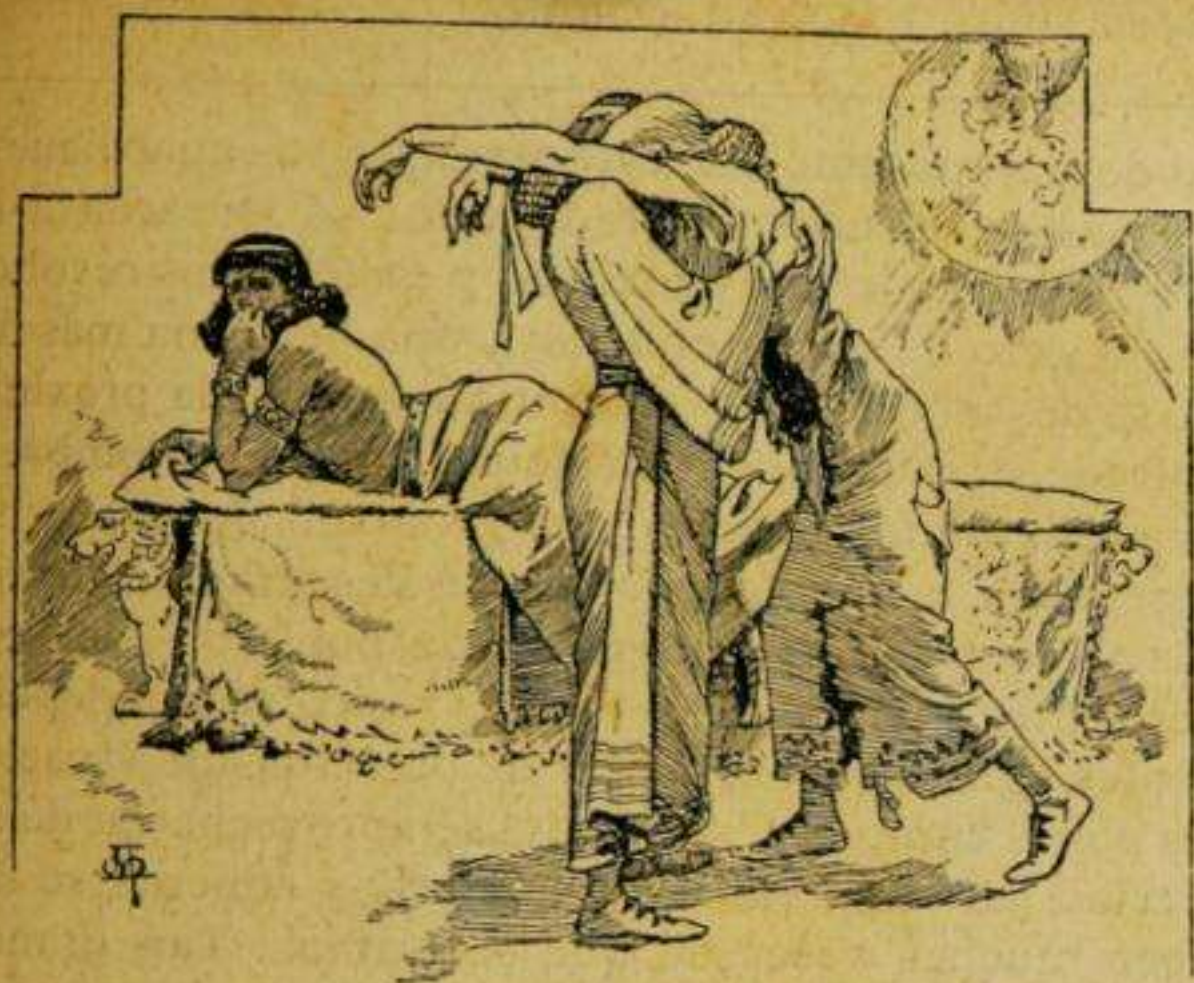
Apenas hube metido estas líneas en mi manga, la madre del rey con los vestidos rasgados y guiada por Atosa entró en la sala. Hubo llantos, gritos, reproches, maldiciones, súplicas y execraciones, mas el rey permaneció firme y creo que Kasandana y Atosa hubieran sido enviadas al otro mundo tras Kresos y Bardiya, si el respeto al alma de su padre no hubiese impedido al furioso hijo sentar la mano en la viuda de Kiros. En favor de Nitetis, Kasandana no dijo ni una sola palabra. Parece que está tan convencida de su culpa como tú y yo. Al enamorado Gaumata, tampoco hemos de temerle ya. He alquilado á tres hombres que le proporcionarán un baño fresco en las olas del Éufrates antes que vuelva á Ragas. Los peces y los gusanos tendrán unos días alegres ¡ja, ¡ja, ¡ja!

Fedima rióse con él, colmó al eunuco de nombres cariñosos que habia aprendido de su boca y le puso con sus redondos brazos una pesada cadena de oro, cargada de piedras preciosas, alrededor del carnosos pescuezo en señal de gratitud.



Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.





## CAPÍTULO V.

**L**A noticia de lo acontecido y de lo que iba á acontecer, cundió por toda la ciudad antes que el sol tocara al zenit. Pululaba en las calles inmenso gentío aguardando con impaciencia el raro espectáculo que prometia el castigo de la pérfida esposa del rey. Los latigueros se veían obligados á usar de toda su autoridad para contener el empuje de los curiosos. Cuando más tarde se propaló el rumor de la ejecucion de Bardiya y sus amigos, tomó otro cariz la algazara del pueblo, que embriagado por el vino de palmas distribuido largamente en los dias del cumpleaños del rey, apenas sabia refrenar su excitacion. Juntáronse algunos borrachos y empezaron á recorrer las calles gritando :

— Quieren matar á Bardiya, el buen hijo de Kiros. Hasta las mujeres, oyendo estas palabras en la quie-

tud de sus aposentos, se escaparon de sus guardianes, y olvidando el acostumbrado velo, se lanzaron á la calle para seguir con lamentos y gritos á los revoltosos. El gozo de ver humillada á una hermana más feliz, se desvaneció ante el sentimiento por la próxima muerte en cadalso del príncipe querido. Hombres, mujeres, niños, alborotaban, gritaban, juraban y se entregaban á manifestaciones de desagrado cada vez más violentas. Los talleres se despoblaron, los comerciantes cerraron las tiendas; escolares y dependientes, que solían disfrutar de ocho días de vacaciones por el cumpleaños del rey, se aprovecharon de su libertad para alzar la voz y quejarse y lamentarse sin saber muchas veces de que se trataba. Tan grande llegó á ser el alboroto, que los latigueros no bastaron á restablecer la tranquilidad, y hubo de salir una división de la guardia real que despejara las calles. En cuanto el pueblo veía las brillantes armaduras y largas lanzas, retirábase á las calles laterales, para agolparse otra vez, apenas volvían la espalda los soldados.

En la puerta llamada de Bel, en la que desembocaba la carretera del Oeste, el gentío era mayor, porque se decía que la egipcia sería conducida vergonzosamente por esa puerta por la que había entrado en la ciudad. Con este motivo, se apostó allí una sección más numerosa de latigueros, encargados de despejar el camino á los que querían salir de la ciudad ó entrar en ella. Por lo demás, bien pocos eran los primeros, porque la curiosidad era más fuerte que el afán de los negocios ó el deseo de pasear por el campo, y en cuanto á los que venían de fuera, se detuvieron casi todos en las cercanías, cuando supieron qué espectáculo había de ofrecerse á la multitud allí reunida.

El sol brillaba ya en lo más alto del cielo y faltaban pocas horas hasta el plazo fijado para el paseo en burro de Nitetis, cuando un convoy de viajeros se acercó



con gran rapidez al portal. Formaba el convoy una harmámaxa de cuatro caballos, seguida de un carro de dos ruedas y una carreta tirada por mulos. En el primer vehículo, iba sentado un hombre guapo y bizarro de unos cincuenta años de edad, y en traje de corte persa, y junto á él un anciano con largas y blancas vestiduras. Ocupaban el siguiente, esclavos con simples camisas y el sombrero de fieltro de anchas alas sobre la cabeza rapada. Junto á ese carruaje iba montado un hombre de mediana edad, en traje de sirviente persa. Era tal el gentío, que el cochero de la primera cuadriga se veía en aprietos para abrir camino á sus caballos, adornados de borlas y campanillas. Apenas estuvo junto á la puerta, tuvo que parar y llamar á los latigueros.

— A ver, si nos abres paso, gritó á un capitán de estos agentes de orden público, que se acercó con los suyos; el correo real no tiene tiempo que perder y llevo á un señor distinguido que te hará pagar caro cada minuto de retraso.

— Poco á poco, hijo, repuso el capitán. Bien ves que hoy es más fácil salir de Babilon que entrar en ella. ¿ A quién llevas ?

— Á un caballero distinguido que tiene un salvo-conducto del rey. ¡ Presto, despeja !

— ¡ Hum !... ¡ el séquito no me parece régio que digamos !

— ¿ Qué te importa ?... El salvo-conducto...

— He de verlo antes que os deje entrar.

Éstas palabras las dirigió en parte á los viajeros, á quienes miraba con atención y suspicacia, y en parte al cochero.

Mientras el viajero vestido de persa, buscaba el pasaporte en la manga de su túnica, el latiguero dijo á un camarada que se acercó, mostrándole el escaso séquito de los recién-llegados.

—¿Has visto jamás tan extraño convoy? Dejaré de llamarme Guir, si no traen algun misterio. El más pobre tapicero del rey, viaja con un séquito cuatro veces mayor que ese caballero que lleva un salvo-conducto y los vestidos de un comensal.

En esto el aludido, y tachado de sospechoso, presentó un rollo de seda que olía á almizcle <sup>22</sup>, y mostraba el sello del rey, con unos pocos caractéres.

Tomólo el agente y examinó el sello.

—¡ Perfectamente! murmuró, y fijándose en las letras, en cuanto hubo descifrado las primeras, miró al viajero cada vez más fijamente y acabó por cojer las riendas de los caballos, exclamando:

—Aquí... acudid... rodead el coche.... este hombre miente.

Después de convencerse que era imposible todo escape, acercóse otra vez al extranjero y le dijo:

—Llevas un salvo-conducto que no te pertenece. Pretendes ser el hijo de Kresos, Giges, y ese está preso y será ajusticiado hoy mismo. Ninguna semejanza tienes con él; te arrepentirás de haberte finjido hijo de Kresos. Apéate y sigueme.

El viajero, lejos de obedecer á esta órden, rogó en mal persa al capitan que se sentara á su lado en el coche porque le habia de confiar cosas de importancia. El oficial vaciló un momento, pero al ver que se acercaba una seccion de los suyos, le mandó con una seña que se parasen delante de los caballos, que piafaban con impaciencia, y subió á la harmámamaxa.

El desconocido miraba al capitan sonriéndose. Luego preguntó:

—¿Tengo yo cara de mentiroso?

—No señor; aunque tu habla revela que no eres persa, tu porte es de caballero.

—Soy heleno, y vine á prestar un gran servicio á Kambises. El salvo-conducto de Giges, que es amigo

mio, me fué entregado por él, cuando estuvo en Egipto para el caso en que yo fuera á Persia. Estoy pronto a justificarme ante el rey, y no tengo nada que temer; espero por el contrario grandes mercedes por las noticias que traigo. Ordena que me presenten ahora mismo á Kresos, si tu deber lo exige. Éste saldrá fiador por mí y despedirá luego á tu gente que parece te hace falta hoy. Repárteles estas monedas de oro y cuéntame lo que hizo mi pobre amigo Giges y qué significa este gentío y alboroto.

El viajero habló en mal persa sin duda, pero con tal dignidad y tan imperturbable aplomo, y fué tal el regalo que le hizo, que el servidor del despotismo, acostumbrado á la sumision, creyó habérselas con un príncipe, y cruzando los brazos con respeto, y escuchándose con sus muchos quehaceres, empezó á referir lo ocurrido muy sucintamente. Habia estado de guardia la noche anterior en la sala grande, durante el interrogatorio, de modo que su relacion fué bastante exacta. El griego la escuchó por su parte con gran atencion, moviendo á menudo la cabeza con gesto de incredulidad, especialmente cuando le hablaron de la perfidia de la hija de Amasis y el hijo de Kiros. Las sentencias de muerte, sobre todo la de Kresos, parecian afectarle mucho, pero pronto en su vivo semblante cedió el pesar á profunda reflexion, y luego á la alegría que hacia presumir que habia discurrido algo bueno. De repente le abandonó la gravedad, y echóse á reir alborozado. Dándose una palmada en la frente, cogió la mano del asombrado capitan, apretóla, y preguntó:

—¿Te alegraria saber que Bardiya podria salvarse?

—Lo que no es decible.

—Bien, te garantizo que tendrás por lo menos dos talentos, si me proporcionas la ocasion de hablar con el rey, antes de ejecutarse la primera de las dos sentencias.

—Pero ¿cómo puedo yo... pobre capitán ?...

—Es preciso, es necesario.

—No puedo.

—Bien sé que para un extranjero, es muy difícil, casi imposible, obtener una audiencia de vuestro soberano, pero mi mensaje no admite retardo, porque puedo demostrar la inocencia de Bardiya y sus amigos. ¿Oyes ?... lo puedo... ¿Crees ahora que podrás facilitarme la entrada ?

—Pero ¿cómo es posible ?

—No lo preguntes ; obra. ¿No dijiste que Daríos es uno de los condenados ?

—Sí.

—Me dijeron que su padre era un hombre muy distinguido.

—Es el primero del reino, después de los hijos de Kiros.

—Entonces llévame directamente á él ; me recibirá sin duda con benevolencia, si se le dice que puedo salvar á su hijo.

—Eres un prodigio, extranjero. Tus palabras inspiran tal confianza...

—Que me puedes creer. Presto, presto ; trae gente, que nos abran paso y que nos conduzcan á palacio.

Fuera de la duda, no hay nada más comunicativo que la esperanza de cumplirse un deseo muy vivo, sobre todo si nos viene de persona inspirada por el mismo sentimiento.

El capitán creyó al raro interlocutor ; saltó del coche blandiendo su látigo y gritó á sus subordinados :

—Este noble caballero ha venido para demostrar la inocencia de Bardiya y es preciso conducirle inmediatamente ante el rey. Seguidme, amigos, y abridle paso.

Entonces pareció una compañía de guardias montadas. El capitán se fué al comandante, y rogóle, secundado por las aclamaciones de la multitud, que acompañara al extranjero á palacio.

En tanto el extranjero montó el caballo de su criado y siguió á los persas que le abrieron camino.

Con la rapidez del viento cundió la esperanza por la gigantesca ciudad. Conforme fueron adelantando los ginetes, con mayor gusto fué echándose á un lado el gentío para dejarlos pasar, y más estrepitoso fué el aplauso, de modo que parecia su carrera una procesion triunfal.

En pocos minutos los ginetes llegaron al portal del palacio. Apenas se hubieron abierto las puertas de bronce, cuando pareció un segundo convoy, al frente del cual iba lentamente el encanecido Histaspes, con pardas y rasgadas vestiduras de luto, ginete en un caballo teñido de azul, con la cola y las crines cortadas <sup>23</sup>. Habia venido á pedir gracia al rey por su hijo.

No bien divisó el capitan al noble anciano, con gritos de júbilo prosternóse ante el caballo y con los brazos cruzados, comunicóle cuantas esperanzas habia despertado en él el extranjero.

Histaspes hizo una seña á éste, que en su caballo le hacia una graciosa reverencia, para que le confirmara lo que decia el capitan. Tambien él cobró ánimos y rogó al extranjero que le siguiese. Condújole luego á palacio, y pidió al macero mayor que le llevase á presencia del rey, mientras suplicaba al griego que le esperara á la puerta del aposento.

Cuando su viejo pariente entró en la sala, Kambises estaba tendido en el divan de púrpura, pálido como la muerte. A sus piés, su copero arrodillado, recogia los cascotes de una preciosa copa de cristal egipcio que el rey arrojó porque no le gustó la bebida que le escanciara. Gran número de cortesanos rodeaba á respetuosa distancia al irritado señor; se notaba en el semblante de cada uno el miedo que les infundia la ira de aquel y el deseo de alejarse de él todo lo posible. Profunda quietud reinaba en el anchuroso salon, por

cuyas ventanas penetraba la deslumbradora luz y el bochornoso calor de un día de Mayo en Babilon. Sólo se atrevia á interrumpir el profundo silencio, con lastimero ahullido, un gran perro de noble raza epirota. Kambises rechazó al cariñoso animal con un tremendo puntapié. Antes que el macero introdujera á Histaspes, el rey se levantó de su lecho; ya no podia soportar más el ocio y la inercia; su dolor y su cólera amenazaban ahogarle. El aullido del perro sugirió de súbito una idea á su cerebro martirizado y ganoso de olvido.

— ¡A cazar! gritó, á los asustados cortesanos, poniéndose en pié.

Los monteros, los caballerizos, y el cuadrillero mayor de las jaurías se dieron prisa por obedecer la orden de su amo quien gritó tras ellos:

— Quiero montar el indómito padre Reksh <sup>24</sup>. Prepárense los halcones, suéltense los podencos, venga todo dios que sepa manejar el venablo; limpiaremos el parque!

Dicho esto se echó otra vez sobre el divan como si estas palabras hubiesen extenuado por completo las fuerzas de su jigantesco cuerpo. No echó de ver al recién llegado Histaspes, porque sus ceñudas miradas seguian sin cesar el polvillo que jugaba alegremente en los rayos de sol que penetraba por la ventana.

El padre de Daríos no se atrevió á dirigir la palabra al rey iracundo, pero se colocó junto á la ventana dispersando los revoloteantes átomos y de esta manera llamó la atención de Kambises. Este, contempló la figura y los vestidos rasgados del infeliz, primero con enojo y luego con amarga sonrisa, y preguntóle:

— ¿Qué quieres?

— ¡Víctor al rey! Tu pobre servidor y tío, viene á implorar la gracia de su soberano.

— Levántate y vete. Tú sabes que para perjuros y fal-

sos testigos no hay perdon. Mas vale tener un hijo muerto que deshonorado.

— Mas si Bardiya fuese inocente y Daríos...

— ¿ Te atreves á impugnar mi fallo ?

— ¡ Dios me libre de ello ! Lo que el rey hace, bien hecho está y no admite réplica, pero...

— ¡ Calla ! no quiero que se hable más de esos negros delitos. Eres digno de lástima como padre, pero á mí tampoco me han divertido mucho estas últimas horas pasadas. Te compadezco, viejo, mas no puedo revocar el castigo de tu hijo, como tú no puedes hacer que no haya cometido su crimen.

— Mas ¿ si á pesar de todo, Bardiya fuese inocente ? ¿ si los dioses...

— ¿ Querrás suponer que los celestes protegen á embusteros y perjuros ?

— No, mi rey, pero ha parecido un nuevo testigo que...

— ¿ Un nuevo testigo ? A fè, de buena gana daria la mitad de mi reino con tal de poderme convencer de la inocencia de tantos hombres tan allegados á mi casa.

— ¡ Víctor á mi soberano, el ojo del imperio ! Allí fuera hay un heleno que á juzgar por su figura y porte parece uno de los mas nobles de su raza. Afirma que puede probar la inocencia de Bardiya.

El rey soltó una amarga risotada y dijo :

— ¡ Un heleno ! ¿ acaso un pariente de la hermosa á quien Bardiya amaba con tal lealtad ? ¿ Qué puede saber este extranjero de las cosas de mi casa ? ¡ Pero conozco estos jonios hambrientos ! ¡ Atrevidos y desvergonzados, se meten en todo y creen que pueden engañar á todos con su astucia y sus intrigas ! ¿ Cuánto has pagado por el nuevo testigo, tio ? A los griegos les cuesta tan poco una mentira como á los magos una bendicion y sé muy bien que por oro se les induce á todo. Tengo curiosidad de ver á tu testigo. ¡ Llámalo !

Pero si quiere engañarme con mentiras, que se quede donde está y considere que cuando cae la cabeza de un hijo de Kiros, mil cabezas griegas no importarán nada. Y diciendo esto centelleaban de cólera los ojos del rey.

Histaspes mandó llamar al heleno.

Antes de dejarle entrar en el salon, los maceros le taparon la boca con un pañuelo y le mandaron prosternarse ante el rey. El griego se acercó con noble dignidad al soberano, quien le echó una mirada penetrante y prosternóse besando la tierra segun la costumbre persa.

La graciosa actitud y la bella figura del extranjero que habia resistido su mirada serena y modestamente, parecia gustar al rey, pues no le dejó postrado mucho tiempo y preguntóle con cierta afabilidad:

—¿Quién eres?

—Soy un noble heleno; mi nombre es Fanés, mi patria Atenas; durante diez años he servido, no sin gloria, como general y comandante de los mercenarios griegos de Amasis.

—¿Eres aquel á cuya habilidad los egipcios debieron sus victorias en Kipros?

—El mismo.

—¿Qué te trae á Persia?

—El esplendor de tu nombre, ¡oh Kambises! y el deseo de dedicar á tu servicio mi espada y experiencia.

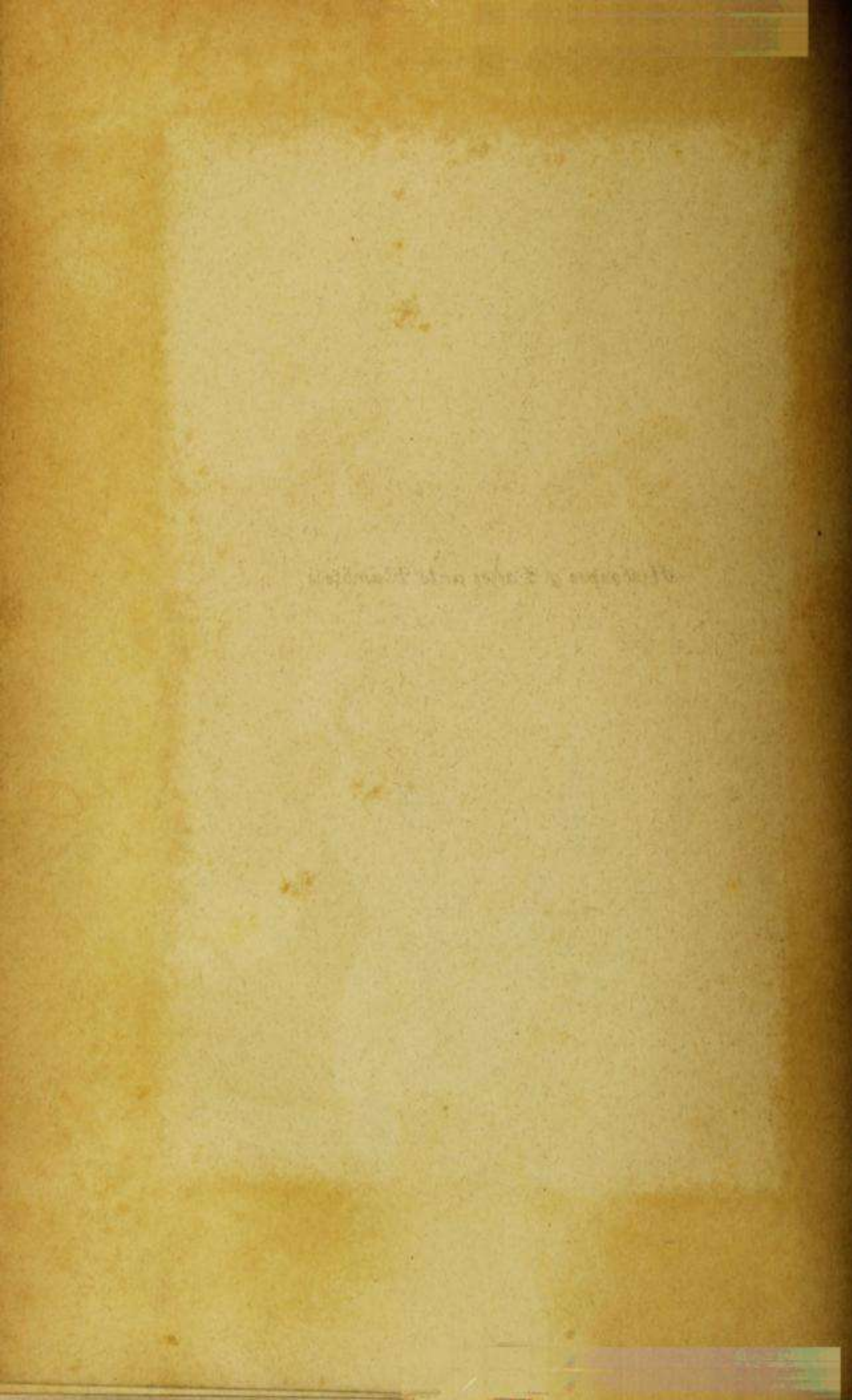
—¿Nada más? Sé sincero y ten presente que una sola mentira puede costarte la vida. Nosotros los persas apreciamos más la veracidad que vosotros los griegos...

—Tambien me es odiosa la mentira, aunque no fuera sino porque me parece desairada, siendo como es estorsion y mengua de lo natural que es la verdad.

—¡Habla pues!



*Histaspes y Fanés ante Cambises.*







— Ciertamente hay otra tercera circunstancia que me ha llevado á Persia, la cual te comunicaré más tarde porque es de mucha importancia y su exposicion requiere mucho tiempo : hoy empero...

— Hoy precisamente me gustaria oir algo nuevo. Acompañame á caza. Vienes como llamado á propósito. Cabalmente nunca he tenido mas necesidad de distraccion que hoy.

— Te acompañaré con mucho gusto, si tú...

— Al rey no se le ponen condiciones. ¿ Eres diestro en la caza ?

— A muchos leones he dado muerte en el desierto libico.

— Entonces, ven conmigo.

Con la idea de la caza, el rey parecia haber sacudido su desidia y flojedad é iba á salir cuando Histaspes se echó de nuevo á sus piés, exclamando con las manos alzadas :

— ¿ Mi hijo, tu hermano... han de morir inocentes ? Por el alma de tu padre que solia llamarme su mas leal amigo, te ruego escuches á ese noble extranjero.

Kambises se paró. Otra vez ceñudo, con voz amenazadora y echando rayos por los ojos, dijo al griego, levantando hácia él la mano :

— Dí lo que sabes, mas considera que con cada mentira vas pronunciando tu propia sentencia capital.

Fanes escuchóle tranquilamente y con graciosa reverencia, contestó :

— Al sol y á mi rey, nada puede quedarles oculto. ¡ Cómo podria yo, pobre mortal, ocultar la verdad á los muy poderosos ! El noble Histaspes dice que yo puedo demostrar claramente la inocencia de tu hermano ; mas yo sólo me limito á esperar y desear resultado tan bello y grande. Es lo cierto que los dioses me hicieron dar con un vestigio que es probable arroje mucha luz sobre los sucesos de ayer. Juzga tú mismo

si son temerarias mis sospechas y osadas mis esperanzas, pero considera siempre que es sincero mi deseo de servirte y mi error, si le hay, excusable. Piensa que nada hay cierto bajo el cielo y que cada cual suele llamar á lo probable seguro.

—Bien dices. Con tus palabras me recuerdas... ¡maldito! Habla, y sé breve. Ya tenemos ladrando á los perros en el patio.

—Aun estaba yo en Egipto, cuando llegó tu embajada para llevar á Persia á Nitetis. En casa de mi excelente y célebre paisana y amiga Rodopis, conocí á Kresos y á su hijo, pero á tu hermano y á sus amigos sólo los vi ligeramente. A pesar de esto me acordaba muy bien del bello rostro del régio jóven, pues, cuando más tarde en Samos visité el taller del gran escultor Teodoros, reconocí sus facciones...

—¿Le encontraste en Samos?

—No, pero Teodoros habia ornado con las facciones de tu hermano la cabeza de un dios del sol que los alkmeonidas le habian encargado para el nuevo templo de Delfos. Grabadas se le quedaron en la memoria exactamente.

—Tu relacion empieza á ser ya poco verosimil. ¿Cómo es posible reproducir con tal exactitud una cara que no se tiene delante?

—Pues Teodoros ha hecho esta maravila. Si quieres probar su artistica habilidad, te hará gustoso un segundo retrato de tu hermano.

—No tengo tal antojo. Prosigue.

—En mi viaje acá, que gracias á las excelentes instituciones de tu padre, hice con tal brevedad que parece increíble, y mudando el tiro cada cuatro leguas...

—¿Quién te permitiò á tí, extranjero, hacer uso de las postas?

—El pasaporte extendido para el hijo de Kresos,

que vino á mi poder por casualidad cuando por salvarme la vida, Giges me obligó á mudar de traje con él.

— Un lidio engaña á la zorra, y un sirio al lidio, pero un jonio á ambos, murmuró el rey sonriéndose por vez primera. Kresos me contó esa historia.

¡Pobre Kresos!

A estas palabras su semblante se puso otra vez ceñudo, y pasóse la mano por la frente como si quisiera quitarse las arrugas.

El ateniense prosiguió:

— Hice mi viaje sin obstáculo, hasta que hoy, en las primeras horas de la madrugada, he sido detenido por un raro suceso.

El rey escuchó con mayor atencion el relato del ateniense, que manejaba con dificultad la lengua persa y le instó á que acabara.

— Nos hallábamos entre la penúltima y última estacion antes de llegar á la ciudad, que nos prometíamos alcanzar á la salida del sol. Yo estaba pensando en mi agitada vida pasada, y melancólico y conmovido por el recuerdo de agravios sin vengar, no podia conciliar el sueño. Mi compañero, el anciano egipcio, se durmió plácidamente, arrullado por el monótono retintin de los cascabeles, y el trotar de los caballos y el estruendo de las olas del Éufrates. La noche era bellísima y tranquila. Los rayos de la luna alumbraban el camino, y uníanse con el resplandor de las estrellas para derramar sobre el dormido paisaje claridad igual á la del dia. Hacia más de una hora que no habíamos hallado ni un carruaje, ni un viandante, ni un jinete. Toda la poblacion de los alrededores de Babilon hallábase en la ciudad, segun nos dijeron, con motivo de tu cumpleaños, y atraida por la magnificencia de tu corte y tu liberalidad. De súbito, extraño ruido de cascabeles y caballos hiere mi oido; pero despues,

percibo claramente voces de socorro. Al instante mando resueltamente al criado persa que me acompañaba que se apee del caballo, monto yo en él, digo al carretero que apriete el paso, aflojo mi daga y espada, espoleo al caballo y corro hácia donde sonaban los gritos de socorro, cada vez más distintos. Apenas pasó un minuto cuando fui testigo de un espectáculo horrible. Tres mozos de aspecto feroz, arrastraban á un jóven que llevaba el blanco traje de los magos, y le mataban á golpes. En el punto en que yo llegué se disponian á arrojarle al Éufrates que en aquel lugar baña las raíces de las palmas é higueras de orillas del camino. Sin más reflexion, lanzo mi grito de guerra helénico, que á tantos enemigos hizo temblar, y me arrojé sobre los asesinos, que, cobardes como todos los de su ralea, echaron á correr, apenas vieron tendido uno de ellos con el cráneo roto. Dejé huir á los miserables, y me incliné sobre el jóven, gravemente herido. ¿Quién podrá decir mi horror, cuando creo descubrir en él á tu hermano Bardiya? Sí; eran las mismas facciones que habia visto en Náukratis y en el taller de Teodoros; eran...

— ¡Caso maravilloso! interrumpió Histaspes.

— Harto maravilloso para que pueda creerse, añadió Kambises. Andate con tiento, heleno; mira que mi brazo alcanza muy lejos. Haré comprobar la verdad de tu relato.

— Estoy acostumbrado, repuso el ateniense con una profunda reverencia, á seguir las lecciones del sabio Pitágoras, cuya fama llegó tal vez hasta tí y siempre antes de hablar reflexiono si de lo que voy á decir puedo arrepentirme algun dia.

— Bello y sabio principio, mas por Mitra, que conocí á una persona á quien nunca se le caia de la boca el nombre de este filósofo y sin embargo en sus acciones se ha mostrado la más aprovechada discípula de An-



gramaiñus. Tú conoces á la traidora , que hoy mismo desaparecerá de la tierra , cual ponzoñosa vibora.

Como notase Fanes el profundo dolor que se pintaba en el rostro del rey , le dijo :

— ¿ Me perdonarás si recuerdo otro aforismo de nuestro gran maestro ?

— Habla.

— El bien tan presto se gana como se pierde ; soporta pues tu destino con paciencia , cuando los dioses te deparen dolor , y no refunfuñes malhumorado , que á nadie impone el cielo cargas mayores de las que puede soportar. Si tienes llagado el corazon , no toques la llaga como no debe acudirse con los dedos á á los ojos dañados. Contra los dolores del alma , sólo hay dos remedios : la esperanza y la paciencia.

Kambises escuchó estas frases, tomadas de las máximas de oro de Pitágoras y sonrióse con amargura , en cuanto oyera la palabra *paciencia*. Mas el discurso del ateniense le habia gustado , y le mandó proseguir :

— Llevamos, dijo éste , al jóven medio muerto á mi coche y le condujimos á la próxima estacion. Allí abrió los ojos y mirándome tímidamente, me preguntó quien era , y donde se hallaba él. Como el posadero de la estacion estaba á mi lado , para no desmentir el pasaporte que me proporcionaba nuevos caballos y no hacerme sospechoso , hube de decir que era Giges , hijo de Kresos. El jóven herido parecia conocer al que yo pretendia ser , pues meneó la cabeza balbuceando :

— No eres quien pretendes.

Despues cerró otra vez los ojos y cayó en intensa calentura. Con el viejo egipcio y mi criado persa , le desnudamos , le sangramos , le curamos las heridas. Tanto aquel , como el criado , quien habia visto á Bardiya en la corte de Amasis , donde sirvió de caballero , no se cansaban de decirme que el herido no era otro que tu augusto hermano , y tambien juraba

lo mismo el posadero de la estacion, cuando hubimos limpiado el ensangrentado rostro del jóven. En tanto mi compañero egipcio sacó un frasco de su botiquin <sup>25</sup> de viaje, sin el cual nadie en Egipto sale de su país, y dióle unas gotas al enfermo. Estas obraron de tan prodigioso modo, que la calentura cesó á las pocas horas y el jóven abria ya los ojos al amanecer. Le saludamos con el respeto y veneracion que á tu hermano se debe, preguntándole si queria que le condujésemos al palacio de Babilon. Esto lo rehusaba con vehemencia, y nos aseguraba que no era la persona por quien le teniamos, sino que...

—¿Quién puede parecerse tanto á Bardiya?... habla... tengo curiosidad de saberlo... dijo el rey.

—Afirmó que era hermano del gran sacerdote, y que se llamaba Gaumata, segun decia el pasaporte que debia hallarse en la manga de su túnica de mago. El posadero halló en efecto el documento, y como sabia leer, confirmó el aserto del enfermo que pronto fué atacado de nuevos accesos de fiebre, durante los cuales desvariaba mucho.

—¿Has entendido lo que decia?

—Sí, siempre repetia lo mismo. Los jardines pensiles parecian llenar todo su pensamiento. Debia de haber escapado de un gran peligro y habia tenido en ellos, segun parece, una entrevista amorosa con una mujer llamada Mandana.

—Mandana, balbuceó el rey, Mandana... Si no me equivoco, este es el nombre de la camarera mayor de la hija de Amasis.

Estas palabras no escaparon al delicado oido del griego. Quedóse discurriendo un instante, para sonreirse y exclamar despues:

—Pon en libertad á los amigos presos, mi rey, pues te garantizo con mi cabeza, que Bardiya no estuvo en los jardines pensiles.

Contemplaba el rey al atrevido orador con asombro, pero tambien con afable bondad. El carácter franco, desenvuelto, garboso, que el ateniense se atrevia á mostrar en su presencia, era para el rey completamente nuevo y le impresionó como impresiona el soplo del aire del mar á quien lo respira por primera vez. Mientras sus grandes y aun sus próximos parientes, sólo osaban hablarle en actitud sumisa, el griego estuvo delante de él en pié y muy erguido; mientras los persas solian adornar sus menores frases al soberano con floridos circunloquios y adulaciones, el ateniense hablaba muy lisa y llanamente, y con toda franqueza, y acompañaba su discurso con airosos modales y miradas expresivas, de modo que á pesar de su falta de propiedad en el lenguaje, el rey le entendia mejor que los relatos de sus propios súbditos, envueltos generalmente en parábolas. Solo con Nitetis y ese extranjero, habia olvidado que era rey. Un hombre se hallaba delante de otro hombre. El altivo soberano olvidó que hablaba con un sér cuya vida ó muerte, era juguete de su capricho; tan poderosamente se impone la dignidad humana, la formalidad de un varon persuadido de su derecho á la libertad y la civilizacion, superior á la del rígido déspota. Algo más predispuso tan pronto á Kambises en favor del ateniense. Aquel hombre parecia venido á devolverle el precioso tesoro que creyó perdido y aún peor que perdido. ¿Mas cómo era posible aceptar la vida de este aventurero en prenda por el rescate de los hijos de los mejores persas? Con todo, la proposicion del heleno no enojó al rey; por el contrario, sonrióse de la osadía de Fanes, quien en el calor de su discurso se quitó el pañuelo que le revoloteaba por la boca y la barba, y le dijo:

— Por Mitra, heleno, parece que nos traes buenas cosas. Acepto tu proposicion. Si los presos, contra lo que presumes, son culpables, quedas obligado á per-

manecer toda tu vida en nuestra corte como un servidor ; pero si realmente logras probar lo que mi corazón desea , te haré el más rico de tus paisanos.

Fanes sonriéndose hizo un gesto negativo y dijo :

—¿ Me permites dirigir algunas preguntas á tí y á tus palaciegos ?

— ¡ Habla y pregunta cuanto quieras !

En este momento el montero mayor entró en la sala con el aviso de que todo estaba preparado para la caza.

— ¡ Aguardarse ! dijo el rey con voz imperiosa á los comensales que se afanaban en acelerar todos los preparativos. No sé si podremos cazar hoy. ¿ Dónde esta Vishen, el capitan de latigueros ?

Datis, el ojo del rey, ó sea el ministro de la gobernacion, salió corriendo y volvió en pocos minutos. De estos se aprovechó Fanes, para interrogar á varios de los grandes que se hallaban presentes acerca de algunos pormenores importantes con el objeto de hallar á la persona que se buscaba.

—¿ Qué hacen los presos ? preguntó Kambises al capitan, prosternado delante de él.

— ¡ Víctor al rey ! Aguardan la muerte con resignacion, porque es dulce morir por tu voluntad.

—¿ Oíste sus conversaciones ?

— Sí, mi soberano.

—¿ Se confiesan mutuamente culpables ?

— Sólo Mitra lee en los corazones, pero tú mismo les creyeras inocentes, como les creo yo tu pobre siervo, si les oyeras hablar.

El capitan miró medroso al rey, porque temia que estas palabras pudiesen haber excitado su cólera, mas Kambises se sonrió afable lejos de mostrar enojo. De súbito, un pensamiento sombrío ofuscó su semblante y preguntó en tono apenas perceptible :

—¿ Cuando han muerto á Kresos ?

El capitán tembló al oír estas palabras. Sudor de agonía bañaba su frente; sus labios apenas acertaban á balbucear:

— Es... ha... creímos...

— Creíste... ¿qué?... dijo interrumpiendo Kambises, en cuyo pecho surgió una nueva esperanza; ¿no habeis ejecutado enseguida mi orden? ¿Kresos vive aún? Habla, di, quiero saber toda la verdad.

El capitán retorciase como un gusano á los piés de su dueño, y balbuceó finalmente tendiendo las manos suplicantes al rey.

— ¡Perdon! ¡perdon! mi soberano. Soy un pobre hombre, padre de treinta hijos, y quince de ellos...

— Quiero saber si Kresos vive ó nó.

— Vive. Pensé que no habia delito en dejarle vivir una hora más, ya que todo se lo debo á él; para que...

— Basta, exclamó el rey, respirando con desahogo. Esta vez tu desobediencia te será perdonada, y puesto que tienes tantos hijos, el tesorero te dará dos talentos. Ahora vé á la cárcel, manda á Kresos acá, y di á los demás que si fueren inocentes, pueden cobrar ánimos.

— Mi rey es la lumbrera del mundo, y un océano de gracia.

— Bardiya y sus amigos no han de seguir encerrados; bajo vuestra custodia podrán pasearse por el patio del palacio. Tú, Datis, corre á los jardines pensiles y ordena á Bogues que aplace la ejecucion de la sentencia de la egipcia. Mándese tambien á la estacion designada por el ateniense, para que traigan acá al herido, bajo segura escolta.

El ministro iba á salir, mas Fanes le detuvo y preguntó:

— ¿Me permites hacer una observacion?

— ¡Habla!

— Me parece que el gefe de los eunucos podría dar-

nos los más exactos informes. El jóven pronunció muchas veces en el delirio , su nombre y el de su nóvia.

— Corre , Datis , y trae á Bogues acá.

— Tambien al gran sacerdote Oropastes , como hermano de Gaumata , deberá ser interrogado , y asimismo Mandana que segun acaban de decirme , es la camarera mayor de la egipcia.

— Tráela , Datis.

— Finalmente , si Nitetis misma...

A estas palabras del ateniense , el rey palideció y ligero escalofrió estremeció sus miembros. ¡Con cuánto deleite hubiera vuelto á ver á la esposa amada ! Pero el poderoso temia la fascinacion de sus miradas , y el poder de sus reconvenciones. Así fué que dijo á Datis señalándole la puerta :

— Vé, vé en busca de Bogues y Mandana ; la egipcia permanecerá bien guardada en los jardines pensiles.

El ateniense se inclinó con respeto , como diciendo , solo á tí incumbe mandar aquí.

Contemplábale el rey con placer. Sentóse otra vez en el divan de púrpura y apoyó pensativo la frente en la mano , mirando al suelo. La imágen de la mujer querida se ofreció irresistible y palpable á su imaginacion.

La idea de que aquellas facciones eran incapaces de engañar y que Nitetis á pesar de todo era inocente, se arraigó cada vez más en su corazon , abierto de nuevo á la esperanza. Si resultaba posible absolver á Bardiya, entónces cabia tambien cualquier otro error, entónces iría él mismo á los jardines pensiles , tomaria á su esposa de la mano , y escucharia su defensa. Cuando el amor se apodera de un hombre ya maduro, penetra como las venas en todo su sér y solo se desarraiga con la vida.

Apenas entró Kresos en la sala , Kambises volvió de sus divagaciones con bondad y afecto levantándole , y le dijo :

— Me has faltado , pero quiero perdonarte en atencion á las últimas palabras de mi padre moribundo que me mandó apreciarte como consejero y amigo. Toma tu vida de mi mano y olvida mi cólera como yo olvidaré tu irreverencia. Suplica ahora á ese hombre que pretende conocerte , te diga lo que él presume. Tengo deseos de oír tambien tu parecer.

Hondamente emocionado dirigióse Kresos al ateniense y despues de haberle saludado con gran afecto, se hizo iniciar en sus sospechas.

El vivo anciano siguióle con atencion creciente , y cuando Fanes se calló , levantó las manos al cielo exclamando :

— Perdonadme ¡ oh dioses eternos ! si alguna vez dudé de vuestra justicia. ¿ No es maravilloso lo que ocurre, Kambises ? Mi hijo se puso en peligro por salvar la vida de este noble caballero , y ahora los dioses le conducen á Persia para recompensar el bien que Giges le hizo , con otro diez veces mayor. Si los egipcios hubiesen asesinado á Fanes, tal vez á estas horas, las cabezas de nuestros hijos hubieran caido ya.

Esto diciendo , Kresos se abrazó con Histaspes , el cual veia tambien nacer por segunda vez á su hijo predilecto.

El rey, Fanes y los nobles persas , contemplaron á los ancianos abrazados con profunda emocion. Ninguno de los presentes, dudaba ya de la inocencia de Bardiya, aunque hasta ahora solo se apoyase en conjeturas y sospechas ; que cuando la conviccion es débil, el defensor suele hallar siempre oídos dispuestos á escucharle.

—Me he fallado, pero quiero perdonarme en adelante con las mismas palabras de mi padre moribundo, que me mandó escribir como copias y amigos. Tomo tu vida de mi mano y olvido mi color como yo olvidare tu interencia. Suplico ahora a ser hombre que pretenda conocerse, te digo lo que el presumo. Longe distos de otr tambien tu parent.

Abadamente emociendo thiriosos hinosos al aire manso despues de haberse saludado con una acción se hizo intenc en sus aspernas.

El vivo apasionamiento con atencion creciente, y cuando aora se hueren las manos de los dos llamados.



—Faltandome de la vida alguna vez que de vocara justa a travayese lo que ocurre tambien en el teatro por sal- var la vida de este mundo y ahora se choras se conducen a la vida, el bien que Giges se hizo con sus hijos, si las cri- chos habiesen sacando a fuerza tal vez a estas horas las orbeas de nuestros hijos hubieran cuido.

Faltandome de la vida alguna vez que de vocara justa a travayese lo que ocurre tambien en el teatro por sal- var la vida de este mundo y ahora se choras se conducen a la vida, el bien que Giges se hizo con sus hijos, si las cri- chos habiesen sacando a fuerza tal vez a estas horas las orbeas de nuestros hijos hubieran cuido.

Allex, Faltandome de la vida alguna vez que de vocara justa a travayese lo que ocurre tambien en el teatro por sal- var la vida de este mundo y ahora se choras se conducen a la vida, el bien que Giges se hizo con sus hijos, si las cri- chos habiesen sacando a fuerza tal vez a estas horas las orbeas de nuestros hijos hubieran cuido.





## CAPÍTULO VI.

**C**ON agudeza verdaderamente ática, Fanes, por todo lo que habia oido, adivinó el enlace real de los tristes sucesos y no se le ocultó que tambien la malicia debia de haber desempeñado su papel enredando las cosas, porque el puñal de Bardiya no podia llegar á los jardines pensiles sino por traicion.

Mientras estaba exponiendo esta sospecha al rey, el gran sacerdote Oropastes fué introducido en la sala por los maceros.

El rey le miró enojado y sin exordio alguno le preguntó á secas :

—¿ Tienes un hermano ?

— Sí, mi rey, él y yo somos los únicos que restan de seis que éramos ; mis padres...

—¿ Es ese hermano, mayor ó menor que tú ?

— Yo era el mayor de todos y él el más jóven, nació para delicia de la vejez de mi padre.

—¿ Has observado notable semejanza entre él y alguno de mis parientes ?

— Sí, mi rey ; Gaumata se parece á tu hermano Bardiya de tal manera que en el seminario de Ragas donde se halla aun hoy, le llamaron siempre el principe.

—¿ Estuvo en Babilon recientemente ?

— La última vez, durante la fiesta de año nuevo.

—¿ Dices la verdad ?

— Mis vestiduras y mi cargo me harian doblemente culpable si abriese la boca para mentir.

El rey se puso colorado de ira al oír estas palabras y gritó :

— Y sin embargo mientes, porque Gaumata estuvo aquí anoche. No tiemblas sin motivo.

— Mi vida te pertenece, como te pertenece todo ; mas yo, el gran sacerdote, te juro por el supremo Dios á quien he servido lealmente estos últimos treinta años, que no sé nada de la presencia de mi hermano en Babilon.

— Tienes cara de veraz.

— Tú sabes que en el solemne dia de ayer no me he apartado ni un momento de tu lado.

— Lo sé.

De nuevo abriéronse las puertas para dar entrada á Mandana. El gran sacerdote la miró con asombro y

como preguntando. Al ojo observador y perspicaz del rey, no se le escapó que la doncella debia de estar en cierta relacion con Oropastes y por esto le preguntó, sin mirar á la muchacha que yacia temblando á sus piés.

—¿ Conoces á esta mujer ?

— Sí, mi rey. Por mi intervencion obtuvo el alto puesto de superiora de toda la servidumbre cerca de la hija del rey de Egipto, á quien Auramazda perdona.

—¿ Cómo fué que tú, sacerdote, favorecieras á esta jóven ?

— Sus padres murieron de la misma peste que arrebató á mis hermanos. Su padre era un sacerdote respetable y amigo de nuestra casa ; por esto acogimos á la niña recordando el elevado precepto : « ¡ Si no das nada al hombre puro y á sus viudas y huérfanos, serás arrojado de la tierra pura y sumisa, á las espinosas ortigas, á los dolorosos sufrimientos y sitios de horror ! » Así me encargué de su tutela y la educaba junto con mi hermano menor, hasta que éste entró en el seminario.

El rey cambió una mirada de inteligencia con Fanes y preguntó :

—¿ Por qué no has guardado contigo á la muchacha, que no parece fea ?

— Cuando hubo recibido las arracadas, creí conveniente sacar á la jóven de mi casa sacerdotal y darle un porvenir independiente.

—¿ Ha vuelto á ver á tu hermano desde que es adulta ?

— Sí, señor. Cuantas veces Gaumata me visitó, le dejé que tratara libremente á la niña como una hermana ; más luego cuando noté que la infantil amistad empezaba á trocarse en la pasion de la juventud, me confirmé en mi resolucion de sacar á la muchacha de casa.

— Sabemos bastante, dijo el rey, mandando al sacerdote con una seña que se retirara. Luego mirando à la jóven, le dijo en tono imperativo:

— ¡ Levántate !

Mandana se levantò temblando de miedo. Su rubicundo rostro se cubrió de mortal palidez, y sus rojos labios tiñéronse de azul.

— Cuenta lo que sabes de la velada de ayer y piensa que una mentira será tu muerte.

Las rodillas de la asustada jóven, temblaban tanto que apenas podia sostenerse en pié y el miedo le cerraba los labios.

— Mi paciencia es poca, le dijo Kambises.

Mandana se estremeciò, se puso más pàlida y sintióse aún menos capaz de decir una palabra. Entonces Fanes se acercò al enojado monarca, rogándole en voz baja le permitiera interrogar à la mujer y su boca, cerrada por el espanto, se abriría con una palabra tranquilizadora.

Kambises hizo una seña de asentimiento y lo que el ateniense habia previsto, se realizò; pues en cuanto aseguró à Mandana la benevolencia de todos los presentes, colocándole la mano sobre la cabeza y animándola afablemente, abrióse la fuente de sus ojos, un chorro de lágrimas corriò por sus mejillas y desvaneciòse el ensalmo que le habia trabado la lengua. Luego contó entre sollozos todo lo que sabia, sin ocultar que Bagues habia favorecido aquella entrevista, y terminó diciendo:

— Sé que me he jugado la vida, y que soy la criatura más mala y desagradecida del mundo; pero todo este mal no habria sido posible, si Oropastes hubiese permitido à su hermano casarse conmigo.

Dichas estas palabras, proferidas en tono de vehemente deseo, prorumpió en nuevos sollozos. Los graves personajes y el rey mismo no pudieron evitar una ligera sonrisa.

Esta sonrisa salvó la vida gravemente amenazada de la jóven. Mas Kambises, despues de todo lo que habia ido sabiendo, probablemente no se habria sonreido si Mandana, con aquel fino instinto que sirve á las mujeres precisamente en la hora del peligro inminente, no hubiese acertado á comprender y explotar el flaco del rey. Así es que se detuvo más de lo necesario en describir la satisfaccion que Nitetis habia manifestado con los regalos del rey.

— Mil veces, dijo, mi señora besaba todas las cosas que le traian de tu parte; pero más á menudo el ramillete que tú mismo hiciste hace pocos dias. Y cuando el ramillete empezó á marchitarse, sacó las flores una tras otra, extendió los pétalos con cuidado, los colocó entre dos pañuelos de lana y puso encima, con sus propias manos, su pesado unguentero de oro para secarlos y conservarlos en memoria de tu bondad.

Cuando notó que las facciones de su severo juez se serenaban con estas palabras, cobró nuevo ánimo, puso en boca de su señora dulces palabras que esta nunca habia pronunciado, y sostuvo que habia oido más de cien veces como Nitetis dormida, pronunciaba con indecible cariño el nombre de Kambises. Finalmente terminó su discurso sollozando y mendigando perdon.

El rey la miró sin enfado, pero con profundo desprecio, la rechazó con el pié y dijo:

— ¡Fuera de mi vista, perra! ¡Sangre como la tuya mancharía el hacha del verdugo! ¡Fuera de mis ojos!

Mandana no se hizo rogar mucho para salir de la presencia del rey. Ese *¡fuera!* sonó en sus oidos como grata música. Corriendo precipitóse por los anchos patios del palacio y llegada á la calle entre el gentío no cesó de gritar, cual demente:

— ¡Estoy libre! ¡estoy libre!

Apenas hubo salido cuando Datis, el ojo del rey,

entró de nuevo comunicando que se había buscado en balde al jefe de los eunucos ; que éste había desaparecido de los jardines pensiles de una manera misteriosa , pero que él , Datis , había encargado á su gente que buscasen al fugitivo y se lo trajesen vivo ó muerto.

El rey al oír este recado , montó de nuevo en cólera y amenazó con severo castigo al jefe de orden público, ( quien ocultó prudentemente á su amo la efervescencia del pueblo ) si á la mañana siguiente el fugitivo no estaba preso.

Apenas hubo acabado, cuando el macero introdujo á un eunuco de la madre del rey , encargado de solicitar audiencia en su nombre.

Kambises no tardó un momento en cumplir el deseo de la ciega , ofreció su mano á Fanes para que la besara , merced rara y otorgada solamente á los comensales , y dijo :

— Todos los presos han de ser puestos en libertad inmediatamente. Id á vuestros hijos, padres angustiados, y decidles que están seguros de mi gracia y merced. Bien se encontrará una satrapía para cada uno, en compensacion de esta noche de prision sin culpa. Á ti, amigo heleno , te estoy agradecidísimo. Para demostrártelo y para que te quedes en esta corte , te ruego te hagas entregar cien talentos por nuestro tesorero.

— No sabré que uso hacer de tan gran cantidad , repuso Fanes con profunda reverencia.

—Entonces abusa de ella , replicó el rey, sonriéndose amablemente y con las palabras: « hasta más ver... en el banquete » dirigidas al ateniense , salió del salon acompañado de su corte.

Durante estos sucesos una profunda tristeza reinaba en los aposentos de la madre del rey, Kasandana

despues de oir el contenido de aquella carta á Bardiya, creia en la perfidia de Nitetis, pero tenia por inocente á su hijo predilecto. ¿De quien podria fiarse aún, si la jóven que hasta ahora habia considerado como la personificacion de todas las virtudes femeninas, debia ser calificada de pérfida y réproba y los más nobles jóvenes podian ser perjuros?

Nitetis estaba para ella más que muerta; á Bardiya, Kresos, Daríos, Giges, Araspes, con quienes todos su corazon estaba unido por los lazos de la sangre y de la amistad, les daba por muertos, y sin embargo no podia dar libre desahogo á su dolor, porque le incumbia refrenar los arranques de desesperacion de su hijo indómito.

Atosa parecia una energúmena, desde que supo las sentencias de muerte.

Abandonóle la moderacion que le infundiera el trato con la egipcia, y su impetuosidad, por tanto tiempo refrenada, estalló con doble viveza.

A Nitetis, su única amiga, á Bardiya su hermano, á quien queria con toda su alma, á Daríos que no solo apreciaba como salvador de su vida, sino que amaba con la entrañable fuerza de un primer amor (entonces pudo notarlo), á Kresos, su segundo padre, á cuantos tenia afecto, los habia de perder de una vez.

Rasgaba sus vestidos, mesábase los cabellos, llamaba mónstruo á Kambises, y obcecada y demente á todo el que creyera en la culpa de personas tan buenas. Luego se deshizo en lágrimas y dirigió humildes preces á los dioses, conjurando pocos minutos despues á su madre, á que la acompañara á los jardines pensiles para oir la defensa de Nitetis.

Kasandana trató de calmar la impetuosidad de la niña, asegurándole que toda tentativa para hablar con Nitetis seria inútil, más Atosa alborotó de nuevo tanto, que la anciana se vió obligada á usar de su auto-

ridad de madre é imponerle silencio , mandándola á dormir en cuánto amaneció.

La niña se fué á su dormitorio pero en lugar de acostarse , sentóse á la ventana que miraba á los jardines pensiles. Con lágrimas en los ojos, contempló aquella casa, en que ahora su amiga, su hermana, solitaria, desamparada , desterrada , aguardaba una muerte ignominiosa. De repente pareció brillar una chispa de enérgica voluntad en su mirada que empañó el llanto, y lejos de perderse como entonces en el vacío, concentróse en un punto negro que desde la casa de la egipcia y haciéndose cada vez más grande y perceptible, vino volando directamente hácia ella , y se posó en un ciprés inmediato á la ventana.

Huyó el pesar del lindo rostro de Atosa. Respiró la niña profundamente ; palmoteaba de alegría y exclamaba :

— ¡ Oh ! mira el ave Homai <sup>26</sup>... el ave de la buena suerte ; ahora todo irá bien.

La misma ave del paraíso cuya vista obrara el prodigio de consolar el corazón de Nitetis , infundió también nueva confianza en Atosa.

Miró al jardín por ver si alguien la observaba y cuando se hubo cerciorado de que no había nadie más que el viejo jardinero , saltó por la ventana con la ligereza del corzo y cogiendo unas rosas y ramos de ciprés, se fué hácia el viejo que la contemplaba meneando la cabeza , y con mucho mimo le acarició las mejillas , puso las flores en sus curtidas manos y le preguntó :

— ¿ Me quieres , Sabakes ?

— ¡ Oh señora ! dijo el viejo por toda respuesta, besando con fervor los bordes del vestido de la princesa.

— Te creo , abuelo ; voy á probarte que tengo confianza en mi viejo y leal Sabakes. Escóndete estas flores y corre al palacio del rey , pretestando que llevas fruta para la mesa. Junto á la guardia de los *inmorta-*



les se hallan presos mi pobre hermano Bardiya y Daríos el hijo del noble Histaspes. Cuida de que les entreguen inmediatamente á ambos estas flores con un saludo cordial de mi parte... ¡inmediatamente!,... ¿oyes?

— Pero los guardias no me dejarán ver á los caballeros presos.

— Toma estas sortijas y repártelas. No les estará prohibido sin duda á los infelices, recrearse con flores.

— Probaré.

— Ya sabia yo que me quieres, buen Sabakes. Ahora corre y vuelve pronto.

El viejo salió tan ligero como pudo. Atosa le seguía con la mirada, balbuceando pensativa:

— Ahora sabrán los dos que les amé hasta el fin. La rosa significa « te amo » y el ciprés, siempre verde, dice: « fiel é inmutable ».

Al cabo de una hora, el viejo volvió trayendo á la princesa, que le corrió al encuentro, la sortija favorita de Bardiya y de parte de Daríos un pañuelo indio empapado en sangre.

Atosa con lágrimas en los ojos, tomó de manos del viejo los regalos. Sentándose con tan preciosos recuerdos bajo un plátano de anchas ramas, llevólos á sus labios alternativamente y decía á media voz:

— El anillo de Bardiya significa que se acuerda de mi, y el ensangrentado pañuelo de Daríos que está pronto á derramar por mí la sangre de su corazón.

— Luego se sonrió y desde entonces pudo llorar amarga pero tranquilamente al pensar en la suerte de sus amigos.

Pocas horas despues, un mensajero de Kresos anunciaba á las princesas que la inocencia de Bardiya y sus amigos estaba probada, y casi rehabilitada Nitetis.

Enseguida Kasandana mandó recado á esta para que fuera á visitarla. Atosa igualmente impetuosa en la ale-

gría como en el dolor, fuése hácia la litera de su amiga, volando de una sirvienta á otra, diciendo:

— ¡ Todos son inocentes!... ¡ todos!... todos... nos serán conservados.

Y cuando vino por fin la amiga en la litera, y vióla pálida como la muerte, prorumpió en gritos y sollozos, echóse á su cuello mientras aquella se apeaba, cubriéndola de besos y caricias, hasta que observó que las rodillas le flaqueaban á Nitetis y que necesitaba apoyo mas firme que sus débiles brazos.

Desmayada llevaron á la egipcia á las habitaciones de la madre del rey. Cuando abrió de nuevo los ojos, su cabeza, pálida como el mármol, descansaba en la falda de la ciega y sintió los ardientes lábios de Atosa en su frente y vió junto á su lecho á Kambises, quien habia acudido llamado por su madre.

Azorada, con viva angustia, mira en torno suyo á los que más queria, reconoce á uno despues de otro, pasa la mano por la frente cual si quisiera arrancarse un velo, y despues de sonreír á todos con bondad, vuelve á cerrar los ojos. Imaginaba que la bondadosa Isis le habia enviado grato sueño y trataba de retenerlo con toda la fuerza de su alma.

De repente, Atosa pronunció su nombre con vehemente cariño. De nuevo abrió los ojos y de nuevo vió en torno las mismas cariñosas miradas que creía haber soñado. Sí, esta era Atosa, y esa su madre y amiga, y aquel, nó el monarca enojado, sino el tierno amante. Tambien él abrió entónces los lábios y alzando hácia ella la mirada, cual si le pidiera perdon, exclamó:

— ¡ Oh, Nitetis! despierta; no debes, no puedes ser culpable.

Ella hizo un ligero movimiento negativo y sobre su bello semblante pasó una plácida sonrisa, cual soplo de primavera sobre un bancal de rosas.

— ¡ Es inocente , por Mitra , no puede ser culpable !  
repetia Kambises.

Y sin hacer caso de los presentes , se hincó de rodillas.

Un médico persa acercóse á untar las sienes de la princesa con aceite que esparcia suave perfume, mientras el oculista Nebenjari, murmurando fórmulas de salutacion, meneó la cabeza al tocar el pulso y le propinó una pocion de su botiquin. Entonces fué cuando recobró todo el conocimiento y despues de incorporarse penosamente correspondiendo á las caricias de sus amigas, dirigiéndose á Kambises, dijo:

— ¿ Cómo pudiste creer tal de mí , mi rey ? A estas palabras que no envolvian la menor reconvencion. sino profundo sentimiento , Kambises contestó suplicante y en voz baja :

— Perdóname.

Kasandana, dando las gracias á su hijo por su abnegacion, dijole tambien mirándola cariñosamente con los ciegos ojos :

— Yo tambien , hija mia , necesito de tu perdon.

— Mas yo nunca he dudado de tí , gritó Atosa besando con orgullo y henchido de alegría , la boca de su amiga.

— Tu carta á Bardiya hizo vacilar mi fé en tu inocencia , añadió la madre de Kambises.

— Y sin embargo ; ¡ todo era tan sencillo y natural ! respondió Nitetis. Aquí , madre mia , toma esta carta de Egipto. Kresos te la traducirá. Esta carta lo explicará todo. Tal vez he sido imprudente. Pregunta á tu madre lo que ocurre , mi rey , mas te ruego que no te burles de mi pobre hermana. Cuando una egipcia ama no sabe olvidar. ¡ Qué angustias siento ! ¡ El fin se acerca ! ¡ Las últimas horas han sido tan horribles ! La horrible sentencia que me leyó Bogues , ese hombre atroz , aquella sentencia puso el veneno en mis manos. ¡ Ay.... mi corazon !

Con estas palabras, volvió á caer desmayada en el regazo de la anciana. Nebenjari el médico acudió, y propinó de nuevo unas gotas á la enferma, diciendo:

— Ya me lo figuraba; ha tomado veneno y morirá seguramente, aun cuando ese antídoto retarde su muerte por unos cuantos dias.

Kambises estaba á su lado pálido y rígido, siguiendo cada uno de sus movimientos, mientras Atosa bañaba con sus lagrimas la frente de la amiga.

— Que traigan leche y vayan por mi botiquin grande, dijo el oculista. Llamad tambien á las sirvientas para que la lleven á su cama, porque ante todo necesita descansar.

Atosa corrió á la sala contigua y Kambises preguntó al médico sin mirarle:

— ¿No hay salvacion?

— El veneno que ha tomado mata sin remedio.

— En cuanto el rey oyó estas palabras, apartó al médico del lado de la enferma exclamando:

— ¡Debe vivir; lo mando! ¡Aquí, eunuco! Se citarán todos los médicos de Babilon, se llamará á todos los sacerdotes y movedes <sup>27</sup>. Ha de vivir, debe vivir, yo lo mando, yo el rey!

En este momento, Nitetis abrió los ojos como para obedecer á la órden de su señor. Su cara estaba dirigida hácia la ventana. En el ciprés delante de la misma, se hallaba el ave del paraiso con la cadenilla de oro en el pié. Las miradas de la paciente repararon primero en su querido esposo que, arrodillado, le besaba la mano con sus ardientes labios y con una sonrisa dijo en voz baja:

— ¡Oh qué felicidad!

Luego viendo la paradísea, la señaló con la mano izquierda:

— ¡Oh, mirad, mirad, el ave de Rá, el fénix!

Dicho esto, cerró los ojos y fué acometida de intensa calentura.



## CAPÍTULO VII.

**P**REXASPES, el mensajero del rey, habia traido preso á Babilon á pesar de hallarse herido y enfermo, á Gaumata el novio de Mandana, cuya semejanza con Bardiya era en efecto extraordinaria, para esperar en la cárcel el fallo de los jueces, mientras Bogues que le sedujo frustraba todos los esfuerzos de la policia para dar con él. El gentio que llenaba las calles de Babilon le habia hecho fácil la huida despues de salir de los jardines pensiles por la consabida tram-

pa. En su habitacion encontráronse riquezas inmensas. Baules llenos de oro y joyas cuya adquisicion le habia sido fácil dado el destino que desempeñaba, fueron devueltos al tesoro Real del que procedian; mas Kambises habria dado gustoso el décuplo de estas riquezas por tener en sus manos la persona del traidor.

Dos dias despues de la absolucion de los acusados, todas las mujeres del harem, con gran desesperacion de Fedima, fueron enviadas á Susa. No quedaron en Babilon mas que Kasandana, Atosa y la moribunda Nitetis. Varios eunucos distinguidos fueron depuestos de sus altos destinos. Toda la clase debió expiar el crimen de su jefe, escapado al castigo.

Oropastes, que despues de probar claramente su inocencia con respecto al delito de su hermano, habia tomado posesion de su cargo de virey ó regente, dió los puestos vacantes exclusivamente á magos. De la manifestacion en favor de Bardiya por parte de los habitantes de Babilon, no le enteraron al rey, sino mucho despues de haberse dispersado el pueblo. A pesar de los cuidados por Nitetis que le preocupaban casi exclusivamente, el rey pidió que le dieran parte detallada de estos sucesos ilegales y mandó castigar severamente á los fautores del motin. De lo sucedido resultaba, segun creia, que Bardiya buscaba la popularidad y le habria manifestado palpablemente su desagrado, si su recto criterio no le hubiese dicho que esta vez él habia de pedir perdon á Bardiya antes que éste á él. Sin embargo, la idea de que su hermano, aunque involuntariamente, habia sido la causa de los tristes acontecimientos de los últimos dias, se le imponia irresistiblemente y con esto el deseo de alejarle todo lo posible. Así es que accedió gustoso á permitir que el jóven realizara inmediatamente su deseo de partir para Náukratis.

Dos dias despues de recuperar la libertad, Bardiya

se despidió cariñosamente de su hermana y su madre, para ponerse en camino acompañado de Giges, Zópiros y un numeroso séquito que llevaba para Sappó preciosos regalos de Kambises. A Daríos le retenia el amor por Atosa y ademas no estaba lejano el dia en que habia de casarse por órden de su padre, con Artibtona, la hija de Gobrias.

Bardiya despidióse apesadumbrado de su amigo al que aconsejó la mayor prudencia con respecto á Atosa. Kasandana sabia ya el secreto de los amantes y prometió apoyarles cerca del rey.

Si alguien podia levantar los ojos hácia la hija de Kiros, era ciertamente el hijo de Histaspes, puesto que estrechamente emparentado con la familia reinante, perteneciendo como Kambises á los pasargadas, y siendo su estirpe una línea menor de la dinastía entronizada, no era menos noble que ésta <sup>28</sup>. Su padre llamábase jefe de toda la nobleza y como tal gobernaba la provincia de Persis, la metrópoli de donde traian origen el colosal imperio y sus soberanos. Si llegaba á extinguirse la familia de Kiros, los descendientes de Histaspes tendrian el mejor derecho de sucesion á la corona de Persia. Por esta razon Daríos, prescindiendo de sus prendas personales, era un novio proporcionado para Atosa.

Sin embargo no era prudente aventurarse ya á pedir el consentimiento del rey, porque en la sombría disposicion de ánimo en que se hallaba desde los desgraciados sucesos, era fácil que diese una respuesta negativa y esta en toda circunstancia habia de considerarse irrevocable. Bardiya pues, hubo de partir sin dejar asegurado el porvenir de aquella pareja que con tal cariño amaba.

Tambien en Persia ofrecióse Kresos á hacer de mediador y proporcionó á Fanés una entrevista con Bardiya poco antes de partir éste para Egipto. El prin-

cipe acogió con grande afabilidad al ateniense, del que sólo había oído contar grandes y bellas hazañas, y granjeóse pronto el afecto de aquel hombre tan experto que le dió muchas indicaciones útiles y una carta de recomendación <sup>29</sup> para el milesio Teopompos domiciliado en Náukratis, pidiéndole finalmente un instante de audiencia á solas.

Cuando Bardiya se presentó de nuevo á sus amigos acompañado del ateniense, parecia grave y pensativo, mas pronto se distrajo y se puso á bromear con sus compañeros, bebiendo y brindando por un buen viaje y feliz regreso. Antes de montar á caballo á la mañana siguiente, hubo de conceder una segunda entrevista á Nebenjari, quien la habia pedido para rogarle se encargase de remitir al rey Amasis un voluminoso rollo, carta que contenia circunstanciada relacion del padecimiento de Nitetis, y terminaba así:

«De este modo, la pobre víctima de tu ambicion hallará en pocas horas una muerte prematura en el veneno que tomó desesperada. Como la esponja borra una figura de batalla, así el capricho de los poderosos de esta tierra borra la dicha de una vida humana. Desterrado de su patria y de sus fincas, se malogra tu siervo Nebenjari; víctima del suicidio, muere la hija infeliz de un rey de Egipto. Su cadáver será destrozado por los perros y los buitres, segun la costumbre de los persas. ¡Ay de los que privaron á la infeliz de la dicha sobre la tierra y del reposo en el otro mundo!»

Bardiya prometió á aquel hombre tétrico que se haria cargo de esa misiva, cuyo contenido ignoraba. Luego abandonó Babilon, no sin que antes rodeado de alegre multitud, y siguiendo una antigua supersticion, colocara á las puertas de la ciudad, unas piedras que le aseguraban un feliz viaje <sup>30</sup>.

Entre tanto Nebenjari iba á ocupar de nuevo su puesto á la cabecera del lecho mortuorio de la egipcia.



En la puerta de bronce de la muralla que unia el jardin del harem con los patios del gran palacio, encontróse con un viejo, vestido de blanco. En cuanto le hubo visto, dió un paso atras clavando en él la mirada como en una aparicion. Pero como le viera sonreirse con afectuosa familiaridad, fuese á su encuentro, alargóle la mano con tal cariño que ninguno de los persas le hubiera creído capaz de ello, y exclamó en lengua egipcia :

— ¿ Puedo creer á mis ojos, viejo Hib? <sup>31</sup> Tú aquí... en Persia? Antes esperara ver hundirse el cielo, que á tí en las márgenes del Éufrates. Pero dime, por el nombre de Osiris ¿ qué ha podido inducirte á tí, viejo Ibis, á abandonar tu caliente nido del Nilo y emprender el largo viaje á Oriente?

El viejo que habia escuchado esta pregunta, inclinándose profundamente con los brazos colgando, contempló entonces al médico con inefable placer, palpóse el pecho con trémulas manos y doblando la rodilla derecha con una mano sobre el corazon y otra levantada al cielo, dijo :

— Te doy gracias, gran Isis, que protejes al viandante, porque me deparas así á mi señor! Ah hijo, ¡ que angustias he sufrido por ti! Demacrado cual hambriento preso de las canteras, acongojado y mísero, pensaba yo encontrarte, y ahora te veo sano, robusto y rollizo como siempre. ¡ Ah! si el pobre viejo Hib se hubiese hallado en tu lugar, hace tiempo que habria muerto de pesar y enojo.

— Lo creo, abuelito; yo tambien he salido de la patria por fuerza y manando sangre el corazon. El extranjero pertenece á Set; los dioses bondadosos moran sólo en Egipto, sólo en las margenes benditas del sagrado Nilo.

— Vaya una bendicion, murmuró el viejo.

— Me asustas, abuelito; ¿ qué ha sucedido, para que....?

—¿Qué ha sucedido? Bonitas cosas han sucedido; harto las oirás pronto. ¿Crees tú que yo habria dejado nuestra casa y mis nietecitos, por ir á viajar con mis ochenta años á cuestras como esos vagamundos heleenos ó fenicios, por el país de los malhadados extranjeros, que los dioses confundan, si en Egipto fuese soportable la vida?

—Explicate, pues.

—Mas tarde..., luego...; ahora me has de llevar á tu casa de la que no saldré mientras permanezcamos en este diabólico país.

El viejo pronunció estas palabras con tan vivo horror que Nebenjari no pudo menos de sonreirse y preguntar:

—¿Te han hecho mucho mal, pues?

—¡Peste y jamsin <sup>32</sup>! prorumpió el viejo. Todos estos persas son el más nefando enjendro de Tifon en la tierra. Extraño que no nazcan todos con lepra y peli-rojos. ¡Ah, hijo! ya hace dos días que estoy en este infierno, y que he debido vivir entre estos despreciadores de los dioses. Me dijeron que era imposible hablar contigo porque no podias abandonar el lecho de la enferma Nitetis. ¡Pobre muchacha! Ya dije desde el principio, que este casamiento con un extranjero, acabaria mal. Muy bien le está á Amasis que sus hijos le causen pesares. Lo merece por tí.

—¡Avergüénzate, viejo!

—¿Por qué? No lo puedo ocultar más; odio á este rey aventurero, que cuando era un pobre mozalbete, robaba los dátiles de las palmeras de tu padre y arrancaba las placas de las puertas de las casas. ¡Oh! le he conocido bien, al pillo; es una ignominia que semejante hombre...

—Poco á poco, viejo, interrumpió Nebenjari. No todos somos hechos del mismo palo. Si Amasis cuando jóven no fué realmente mucho más que tú ¿es culpa suya que ahora viejo, seas tanto ménos que él?

— Mi abuelo era sacristan, mi padre lo era y naturalmente habia de ser yo lo mismo <sup>33</sup>.

— Ciertamente, así lo manda la ley de castas, en virtud de la cual Amasis no podia ser más á lo sumo que un pobre capitán de tropa.

— No todo el mundo tiene la conciencia tan amplia como ese aventurero.

— Siempre eres el mismo; ¿no te sonrojas, Hib? Desde que vivo y llevo medio siglo cabal, cada tercera palabra que profieres, es un denuesto. Cuando fui niño, hube de sufrir yo tu mal talante; ahora le toca al rey...

— Y con razón... Si supieras... siete meses ha que...

— Ahora no puedo escucharte; mas á la salida de las Pleyadas te enviaré un esclavo que te conducirá á mi habitacion. Hasta esta hora te quedarás en tu actual alojamiento, porque yo he de ir forzosamente á ver á mi enferma.

— ¿Ah, sí, forzosamente? Bueno, vete y deja morir al pobre Hib. Yo perezco, yo me consumo, si he de pasar una hora más entre esa gente.

— Pues ¿qué quieres en verdad?

— Esperar en tu habitacion hasta que partamos.

— ¡Tan mal te han tratado!

— No te lo puedes figurar. ¡Oh qué asco! Me han obligado á comer con ellos en el mismo puchero y cortar mi pan con su cuchillo. Un persa condenado que estuvo mucho tiempo en Egipto y ahora vino conmigo, les ha comunicado todo lo que nos impurifica. Cuando quise afeitarme, me quitaron la navaja. Una muchacha ruin me besó en la frente sin que yo pudiese impedirlo. No hay por qué reirse. Necesitaré todo un mes por lo menos para limpiarme de todas estas contaminaciones. Cuando finalmente el vomitivo que habia tomado, produjo su efecto, me escarnecieron. Y eso no es todo. Un impío galopin casi mató á palos á un

sagrado gatito. Un perfumista que habia sabido que yo era sirviente tuyo, me preguntó por conducto del mismo malvado Bubares con quien he venido acá, si entendia tambien en las enfermedades de los ojos. Tal vez he dicho que sí, porque, sabes, en sesenta años algo se aprende del amo. Entonces el miserable se me quejó de un terrible dolor en la vista; Bubares hacia de intérprete; preguntándole yo en qué consistia, me hizo responder, que en la oscuridad no acierta á distinguir nada.

—Tú hubieras debido contestar que el único remedio contra tal enfermedad era encender luz.

—Oh, ¡ cómo odio á estos facinerosos! Si he de seguir una hora más entre ellos, sucumbo...

Nebenjari sonrióse y contestó á su criado:

—Tú te habrás comportado de una manera tan extravagante con los extraños, que has excitado su humor chancero. En general los persas son gente muy civil y cortés. Prueba de guardar otra conducta. Esta noche te recibiré gustoso; antes no puedo.

—Ya me lo figuraba; él tambien ha cambiado. Osiris ha muerto y Set vuelve á gobernar la tierra.

—Guárdente los dioses. Cuando salgan las Pleядas, el esclavo Pianji, nuestro viejo etiope, te esperará en este mismo sitio.

—¿Pianji, el viejo pillete, al que no puedo sufrir?

—El mismo.

—Hum..., siempre es bueno quedarse uno como era; conozco á personas que no pueden decir lo mismo de sí, que en lugar de atenerse á su arte, quieren curar tambien las enfermedades internas, y á un viejo criado leal... Le mandan callarse la boca y esperar la noche en paciencia.

Estas palabras dichas seriamente, no dejaron de producir su efecto en el viejo; hizo una reverencia y antes que su amo le plantara, dijo:

— He venido aquí bajo la protección del antiguo jefe de los mercenarios, Fanes. Le urge hablar contigo.

— Vaya pues á mi encuentro.

— ¡Si todo el día estás metido con esa enferma cuyos ojos están sanos!

— ¡Hib!

— Bueno, ya tendrá la catarata en ambos ojos. ¿Puede Fanes venir conmigo esta noche?

— Quisiera hablar contigo á solas.

— Y yo contigo; mas el heleno parece tener mucha prisa y sabe casi todo lo que te he de contar.

— ¿Has charlado?

— Eso no, pero...

— Mi padre encomiaba tu fidelidad y yo hasta hoy te he tenido por seguro y callado.

— Lo he sido siempre. Pero este heleno sabia ya muchísimo de lo que yo sé y el resto...

— ¿Pues?

— El resto me lo ha ido sonsacando á mí, no sé cómo. Si no llevase este amuleto contra el mal de ojo, creería...

— ¡Conozco al ateniense y te perdono! Me gustaria que te acompañara esta noche. ¡Qué tarde es! El tiempo urge. Cuenta en pocas palabras lo ocurrido.

— Creo que esta noche...

— No, necesito tener una idea general de los acontecimientos ántes de hablar con el ateniense. ¡Sé breve!

— Te han robado.

— ¿Nada más?

— ¡Si esto te parece nada!

— Contesta ¿nada más?

— ¡Nó!

— ¡Adios, pues!

— ¡Pero, Nebenjari!

El oculista ya no oyó esta exclamacion, porque la

puerta que conducía á la casa de las mujeres del rey, se habia cerrado detrás de él.

Cuando salieron las Pleyadas, Nebenjari se hallaba sentado en una de las magníficas salas que ocupaba en la parte oriental del palacio, cerca de las habitaciones de Kasandana. La amabilidad con que habia recibido á su viejo fámulo, habia sido reemplazada otra vez por aquella seriedad que le habia granjeado por parte de los vivarachos persas la fama de hombre hosco y adusto.

Era un verdadero egipcio, hijo genuino de esta casta sacerdotal cuyos individuos, en su propio país, en cuanto se presentaban en público, solian andar solemnes y austeros sin bromear jamás, mientras que en el círculo de sus compañeros y familias, deponian la voluntaria sujecion hasta rayar en desenfreno su alegría.

Nebenjari recibió á Fanes con reservada cortesía aunque le conocia de Sais, y despues de las fórmulas ordinarias de bienvenida, mandó al viejo Hib le dejara solo con el griego.

— He venido á molestarte, empezó el ateniense en lengua egipcia que poseia perfectamente, porque tengo cosas importantes que deliberar contigo...

— De las que estoy enterado, contestó brevemente el médico.

— Lo dudo, repuso Fanes con sonrisa de incredulidad.

— Has sido expulsado de Egipto, perseguido y ultrajado por Psamtik el heredero del trono y vienes á Persia para hacer á Kambises instrumento de tu venganza contra mi patria.

— Te equivocas; á tu patria no le debo nada; en cambio me la ha de pagar cara la casa de Amasis.

— Sabes que en Egipto el Estado y el rey son la misma cosa.

—Creo más bien haber observado que los sacerdotes de tu patria gustan de identificarse con el Estado.

—Entonces estás mejor enterado que yo, pues hasta ahora he creído absolutos á los reyes egipcios.

—Lo son cuando saben emanciparse de la influencia de tus colegas. Tambien Amasis dobla ahora la cerviz ante los sacerdotes.

—¡Extraña nueva!

—Que te habrá sido comunicada hace tiempo.

—¿Lo crees así?

—Ciertamente. Pero sé aún con más certeza que, una vez al menos, Amasis ha logrado, oyes, ha logrado sobreponer su voluntad á la de sus directores.

—Recibo pocas noticias de la patria y no sé á qué te refieres.

—Lo creo; porque si lo supieras y no cerraras los puños, no valdrías más que un perro que contesta á los malos tratos aullando y lamiendo la mano de su martirizador.

El médico palideció al oír esto, y dijo:

—Sé que he sido ultrajado por Amasis; mas te suplico tengas en cuenta que la venganza es para mí un manjar tan delicado que no quiero compartirlo con un extraño.

—Muy bien; yo, por el contrario, comparo mi venganza con una viña tan fértil que no alcanzo á cosecharla solo.

—Y has venido aquí en busca de quien te ayude á vendimiar.

—Exactamente, y no abandono la esperanza de que tú compartirás la cosecha conmigo.

—Te equivocas; mi faena está acabada; los dioses mismos la han hecho por mí. Amasis fué harto castigado por haberme separado de la patria, de los amigos y discípulos, enviándome á esta tierra impura con miras egoístas.

—¿Por su ceguera acaso?

—Tal vez.

—Entonces no sabes que tu colega y comprofesor Petammon ha devuelto la luz del día á Amasis curándole unas cataratas.

El egipcio se conmovió. Sus dientes crujieron; mas pronto se repuso y contestó al ateniense con serenidad:

—Luego los dioses han castigado al padre en sus hijos.

—¿Qué quieres decir con esto? A su padre le acomoda el comportamiento actual de Psamtik; Tajot sufre por cierto, pero reza y hace sacrificios con tanta mayor asiduidad, en cuanto le acompaña en ellos su padre. Por lo que se refiere á Nitetis, su probable muerte no le afectará más que si hubiese muerto una amiga de su hija; esto lo sabes lo mismo que yo.

—Tampoco te entiendo ahora.

—Naturalmente, si te figuras que tengo á la bella enferma por hija de Amasis.

El egipcio se estremeció otra vez, mas Fanés prosiguió sin que en apariencia hubiese observado su emoción.

—Estoy más enterado de lo que puedes presumir. Nitetis es hija de Hofra, el antecesor destronado por tu rey. Amasis la ha educado como si fuese su propia hija, primero para hacer creer á sus paisanos que el derribado faraon murió sin descendencia, y luego para privar á Nitetis de sus pretensiones á la corona que de derecho le pertenece, porque á orillas del Nilo las mujeres son llamadas al trono <sup>34</sup>.

—Estas son presunciones...

—Que puedo confirmar con irrefutables pruebas. Entre los papeles que tu viejo sirviente Hib llevaba consigo en una cajita, deben encontrarse unas cartas de un célebre comadron <sup>35</sup> que era tu propio padre.



— Si fuera así, esas cartas serian en todo caso propiedad mia, que no tengo ganas de entregar. Luego, en balde buscarias en Persia quien descifrara la escritura de mi padre.

— Dispénsame que otra vez te diga que te equivocas. En primer lugar, aquella cajita se halla en mi poder y aun que estoy acostumbrado á respetar lo ajeno, no te será devuelta hasta que su contenido haya servido á mis fines. Vive ademas en Babilon, por providencial coincidencia, un hombre que sabe leer todo género de escritura, de que puede tener conocimiento un sacerdote egipcio. ¿ Te acuerdas acaso de Onufis?

El médico palideció por tercera vez y preguntó:

— ¿ Estás seguro de que este hombre vive todavía?

— Ayer hablé con él. Era, como sabes, gran sacerdote de Heliópolis y está iniciado por lo tanto en todas vuestras doctrinas secretas. Mi sábio paisano Pitágoras de Samos fué á Egipto, y obtuvo el permiso de tomar parte en la enseñanza del seminario de Heliópolis, mediante la sumision á ciertas ceremonias vuestras. Con sus grandes prendas intelectuales se granjeó el cariño del excelente Onufis, fué iniciado por él en vuestros misterios <sup>36</sup> y las hizo útiles para el mundo. Yo mismo y mi noble amiga Rodopis, nos llamamos con orgullo sus discípulos. Cuando tus colegas supieron que Onufis habia hecho tales revelaciones, quisieron asesinarle, propinándole un veneno que se obtiene de las pepitas de los melocotones. El condenado llegó á saber lo que le amenazaba y huyó á Náukratis, donde pudo hallar asilo seguro, en virtud de privilegio real, en casa de Rodopis, cuya inteligencia y bondad le habia encarecido Pitágoras. Allí conoció á Antimenidas, hermano del poeta Alkaios de Lésbos, el cual desterrado de su país por Pitakos, el sábio tirano de Mitelene, habia vivido muchos años en Babilon sirviendo en la milicia de Nebukadnezar, á

la sazón, rey de Asiria. Con las recomendaciones de este Antimenidas para los caldeos, Onufis se fué hacia el Éufrates y domicilióse en Babilon, donde hubo de buscarse un medio con que ganarse la vida, porque habia salido pobre de su país, lo cual consiguió al fin con aquella recomendación, y aun hoy quien fué uno de los más poderosos de Egipto vive de ayudar con sus conocimientos superiores á los caldeos en sus cálculos astronómicos en la torre de Bel. Onufis tiene ochenta años, pero conserva su inteligencia sin menoscabo alguno. Cuando ayer le hablé suplicándole que me auxiliara, me lo prometió con ojos radiantes de alegría. Tu padre fué uno de sus jueces, pero él no quiere transferir su rencor del padre al hijo y te envia su saludo.

Durante esta relación, Nebenjari miraba al suelo discurrendo. Cuando Fanes se calló, fijando en él una mirada penetrante, le dijo:

—¿Dónde están mis papeles?

—En manos de Onufis que busca los comprobantes que me hacen falta.

—Ya debia suponerlo. Ten la bondad de decirme cómo es la caja que Hib tuvo á bien traer á Persia.

—Es una arquilla de ébano, cuya tapadera está esculpida artísticamente. En el centro se vé un escarabajo con las alas desplegadas y en los cuatro ángulos...

Nebenjari respiró:

—Esta cajita sólo contiene unos apuntes de mi padre.

—Que tal vez basten á mis fines. No sé si te han contado que gozo de gran valimiento con Kambises.

—Tanto mejor para tí. Te puedo asegurar que los papeles que tal vez te podrian servir realmente, se han quedado en Egipto.

—Estaban en una gran caja de sicomoro, pintada de varios colores.

—¿Cómo lo sabes?

—Óyeme atento, Nebenjari; voy á comunicarte la verdad. No juro, porque Pitágoras el maestro me lo prohíbe, pero es lo cierto que aquella caja con todo su contenido, fué quemada por orden del rey, en el bosque del templo de Neith, en Sais.

Estas palabras que Fanes pronunció lentamente acentuando cada sílaba, hirieron al egipcio como otros tantos rayos. La fria calma que guardara hasta entonces, trocóse en indescriptible agitacion. Ardianle las mejillas; chispeaban sus ojos. Luego la agitacion se convirtió en glacial serenidad, y palideció de nuevo el médico. Con trémulos lábios, dijo fria y pausadamente:

—Para hacerme tu aliado, quieres excitar contra mí el ódio de mis amigos. Harto os conozco á los heLENOS. Intrigantes y astutos, no excusais medio alguno, ni aún la mentira y el embuste, cuando así importa á vuestros fines.

—Me juzgas á mí y á mis paisanos como verdadero egipcio; es decir, por nuestra calidad de extranjeros, nos crees malvados. Esta vez, sin embargo, yerras en tu sospecha. Llama al viejo Hib para que te confirme lo que de mi boca no quieres creer.

—La frente de Nebenjari se contrajo cuando Hib, obedeciendo al llamamiento, entró en la sala.

—Ven acá, mandó al viejo.

Hib obedeció la órden encogiéndose de hombros.

—¿Te has dejado sobornar por este hombre? ¿Sí ó no? Quiero saber la verdad, porque se trata de mi buena ó mala fortuna en el porvenir. Si caíste en el garlito de ese maestro en todo género de artimañas, te lo perdono por lo mucho que te debo, viejo y leal servidor, pero dime la verdad. Te conjuro á ello por tus padres osíricos.

La amarillenta cara del anciano se puso terrosa,

mientras su amo le hablara, y se pasaron algunos minutos sin que acertara á contestar, bufando y tragando saliva. Por fin, reprimiendo las lágrimas que se asomaban á sus ojos y entre lloroso y enojado, exclamó:

— Pues ¿ no lo dije ? le han embaucado, le han corrompido en ese país patria de la ignominia y la desgracia. Piensa el ladron que todos son de su condicion. Poco me importa que me mires con enojo. ¿ Habrá algo que me importe cuando á mí, pobre anciano que serví leal y honradamente en la misma casa por sesenta años seguidos, me tienen por bellaco, por traidor y quien sabe si por asesino ?

Al decir esto los ojos del viejo, bien á despecho suyo, se llenaron de ardientes lágrimas.

Fanes vivamente impresionado le daba con la mano en la espalda diciendo á Nebenjari :

— Hib es hombre leal. Llámame pillo si él aceptó de mí ni un óbolo.

El médico no necesitaba del testimonio del ateniense para estar perfectamente convencido de la inocencia de su criado. De tanto tiempo le conocía y tan bien, que leía en las facciones de su rostro, incapaz de disimulo, como en un libro abierto. Así, le dijo en tono propio para amansarle :

— De nada te acusé, buen viejo, ¿ cómo pudo enojarte tanto una simple pregunta ?

— Pues ¡ qué !... ¿ habia de alegrarme de tu torpe sospecha ?

— Eso no, pero ahora te permito contarme lo que ocurrió en mi casa, durante mi ausencia.

— ¡ Cosas lindas ! con sólo pensar en ellas se amarga mi boca como si comiese alhandales.

— Decias que me habian robado.

— ¡ Y de qué modo ! Como no lo fué nadie nunca. Si al menos los ladrones lo hubieran sido de oficio <sup>37</sup>,

cabia aún algún consuelo, porque, en primer lugar, hubiéramos recuperado la parte mejor de nuestra propiedad y luego, nada nos hubiera ocurrido que no haya ocurrido á otros, pero sí...

— Cíñete á tu narracion. No me sobra el tiempo.

— Ya ves, viejo Hib, que en Persia nada puedes hacer á tu gusto. En fin, tú eres quien manda y yo no soy mas que el criado que debe obedecer. Lo tendré presente. Pues bien; la villanía se cometió en la época en que fué á Sais la gran embajada persa á traerse á Nitetis, y embobar á todos como si fuesen animales raros. Estaba yo sentado, antes de ponerse el sol, en la torre mosquitera jugando con mi nieto, el hijo mayor de mi Benra (1); es un bravo muchacho muy rollizo y muy listo por la edad que tiene. El picaron me estaba contando, como su padre habia escondido los zapatos de su madre<sup>38</sup> y yo me reia á carcajada suelta porque le está muy bien esa jugada á la Benra que no quiere dejar vivir conmigo á ninguno de mis nietos... se empeña en que saldrian malcriados... En esto, llamaron de repente á la puerta de la calle con tanta vehemencia, que en seguida se me ocurrió si seria un incendio y solté al pobre chiquillo. A toda prisa me precipito escalera abajo saltando los escalones de tres en tres con mis largas zancas y descorro el cerrojo. La puerta se abre y una turba de sacristanes y polizontes, eran lo menos quince, entra en la casa sin darme ni siquiera tiempo para preguntar qué querian. Pijí, el descarado sacristan de Neith, me da un empujon, echa el cerrojo otra vez y manda á los polizontes que me aten si no obedezco á sus órdenes. Entonces, como suele sucederme siempre que me enfado, perdí los estribos, no lo puedo remediar, y digo la verdad, por Tot

---

(1) Palmera.

nuestro dios que ampara la ciencia; el pisaverde mandó que me ataran las manos, y que me callara la boca, y me advirtió que el gran sacerdote le habia encargado me arrimaran veinte y cinco palos si no obedecia sin réplica sus disposiciones. Con esto me mostraba el sello del gran sacerdote. Entonces, naturalmente, de grado ó por fuerza, hube de obedecer á las órdenes del bribon, que eran de entregarle inmediatamente todos los escritos que tú hubieses dejado en casa. Pero el viejo Hib no es tan necio que se deje sorprender, aunque personas que debieran conocerle mejor afirman que es corruptible é hijo de burra. ¿Qué hice pues? Me finjí muy contrito al ver el anillo y rogué á Piji todo lo cortesmente posible que me mandara desatar las manos para que pudiera ir por las llaves. Apenas me sueltan, abro la puerta de tu dormitorio, introduzco á mi nieto que estaba delante y echo el cerrojo. Gracias á mis zancas, me adelanté lo bastante para tener tiempo de poner en manos del niño la cajita negra, cuya custodia me encareciste tan especialmente, pasar el chiquillo por la ventana á la galería y decirle que metiera la caja en el palomar. Luego abrí la puerta como si nada hubiese ocurrido é hice creer á Piji que el niño tenia un cuchillo en la boca y que el temor de que se lastimara me habia hecho saltar los escalones y castigarle dejándole en la galería. El muy hipopótamo me creyó, y me hizo enseñarle toda la casa. Lo primero que encontraron fué la gran caja de sicomoro con los papeles, que tambien fiaste á mi cuidado, luego, los rollos de papiro de tu escritorio y uno tras otro todos los escritos que habia en la casa. Sin escoger, lo metieron todo en la caja y la llevaron abajo, pero la arquilla negra quedó intacta en el palomar. Mi nieto es el muchacho más discreto de la ciudad de Sais.

Quando ví que se llevaban la caja, mi cólera, que

con dificultad habia podido contener, estalló de nuevo, y amenacé á los descarados intrusos con entablar una querrela ante los jueces y acudir al mismo rey en caso necesario. Hubiera excitado contra ellos la multitud curiosa, si en aquel instante no hubiese atraído su atención la presencia de los persas malditos, á quienes se enseñaba la ciudad. Aquella misma noche fui á casa de mi yerno, que es tambien sacristan de la diosa Neith, como ya sabes, y roguéle tratara de enterarse por todos los medios posibles de la suerte de los objetos robados. El buen hombre te está aún agradecido por el rico dote que regalaste á mi Benra; tres dias despues vino á contarme que habia sido testigo de cómo quemaron tu hermosa caja con todos los rollos que habia dentro. Yo fui atacado de ictericia, de rabia que me dió, pero mi enfermedad no me impidió presentar una demanda á los jueces, bien que estos miserables rechazaron mi queja, probablemente porque son sacerdotes. Entonces dirigí una peticion al rey, en tu nombre, con el mismo éxito; me amenazaron con que me tratarian como traidor á la patria si hacia mencion de aquellos papiros. Tenia demasiado apego á mi lengua <sup>39</sup> para dar un paso más. El suelo ardia bajo mis plantas, porque me era preciso hablar contigo; debia contarte lo que te habian hecho; debia incitarte, ya que eres más poderoso que tu pobre servidor, á que te vengaras; debia entregarte la arquilla negra que de lo contrario, tal vez me hubieran quitado tambien. Así pues, abandoné, con el corazon desgarrado, mi Egipto y mi nietezuelo para viajar, con mis años, por el pais extranjero, patria de Tifon. ¡El chiquillo es tan listo! Cuando le dí un beso despidiéndome, me decia: ¡Quédate con nosotros, abuelito! si los extranjeros te contaminan no podré besarte más.— Benra me encargó que te saludara cordialmente, y mi yerno que te dijera que Psamtik, el principe heredero, y Petammon, el

oculista, tu antiguo rival, son los únicos culpables de ese atroz atropello. No queriendo entregarme al *tifónico* mar, fui con una caravana de comerciantes arábigos hasta Tadmor, el país de las palmas, el emporio de los fenicios <sup>4o</sup> y de allí con otros mercaderes sidonios hasta Karjemis de Éufrates donde el camino de Fenicia á Babilon se une con el que parte de Sardes. Me hallaba delante de un parador, y descansaba de mis muchas fatigas en un bosquecillo, cuando llegó un viajero con la posta real. Desde luego reconocí en él al antiguo jefe de los mercenarios helénicos.

— Y yo, dijo Fanes interrumpiendo al narrador, no tardé más en reconocer en el viejo, al hombre más larguirucho y regañon que ví en mi vida. ¡Cuántas veces me reí contigo en Sais, cuando regañabas á los chiquillos, que corrian detras de tí, siempre siguiendo á tu amo con el botiquin debajo del brazo! Aun recuerdo al verte, la chanza que se permitió el rey á tus espensas, como tenia por costumbre. Pasabais juntos un dia, y el rey exclamó: — El viejo parece una lechuza hostigada por un enjambre de pajarillos, y Nebenjari, segun dicen, tiene por mujer una arpia que en premio de tantas curaciones de los ojos, le arrancará los suyos.

— ¡Qué infamia! gritó el viejo, prorumpiendo en imprecaciones.

El médico habia escuchado silencioso y meditabundo la relacion de su criado. A intervalos mudaba de color. Cuando oyó que sus papeles, el fruto de tantas vigili-  
lias, fueron quemados, destruidos bárbaramente por voluntad de sus colegas y del rey, cerró los puños furioso, y todo su cuerpo se estremeció como acometido de intenso escalofrío.

Al ateniense no se le habia escapado ni uno solo de los gestos del saita. Conocia la naturaleza humana y sabia que á menudo una palabra de mofa lastima más hondamente el corazon del ambicioso que los más



duros oprobios. Así con toda intención refirió entonces precisamente aquella chanza, que un día se había permitido en realidad Amasis, obedeciendo á su carácter burlesco. No le salió fallido el intento, pues observó como Nebenjari, al oír sus últimas palabras, aplastaba con la palma de la mano una rosa que tenía delante, sobre la mesa. Reprimiendo una sonrisa de satisfacción y mirando al suelo, Fanes prosiguió:

— Pero concluyamos brevemente el relato de las aventuras de viaje del honrado Hib. Convidéle á compartir mi carruaje. Al principio rehusó sentarse en el mismo almohadon con un extranjero tan condenado como yo, mas acabó por ceder á mis instancias y en el parador tuvo ocasion de mostrar al mundo en la curacion de Gaumata su quirúrgica habilidad, que debe á tí y á tu padre. Luego llegó felizmente á Babilon, donde le di albergue nada menos que en palacio, porque á causa del triste envenenamiento de tu paisana, no pudimos dar contigo. Lo demas ya lo sabes...

Nebenjari, inclinó la cabeza en señal de afirmacion, y con otra más grave mandó á Hib que saliera del cuarto. El viejo obedeció refunfuñando. En cuanto se hubo cerrado la puerta detras del viejo regañon, el profesor se acercó al hombre de guerra, diciéndole:

— Me temo, heleno, que á pesar de todo no podremos ser aliados.

— ¿Y por qué nó?

— Porque presumo que tu venganza comparada con la mia, es corta.

— En este concepto, nada tienes que temer. ¿Puedo llamarte mi aliado?

— Sí, con una condicion.

— ¿Cual?

— Has de ofrecermé la ocasion de ver con mis propios ojos la obra de nuestra venganza.

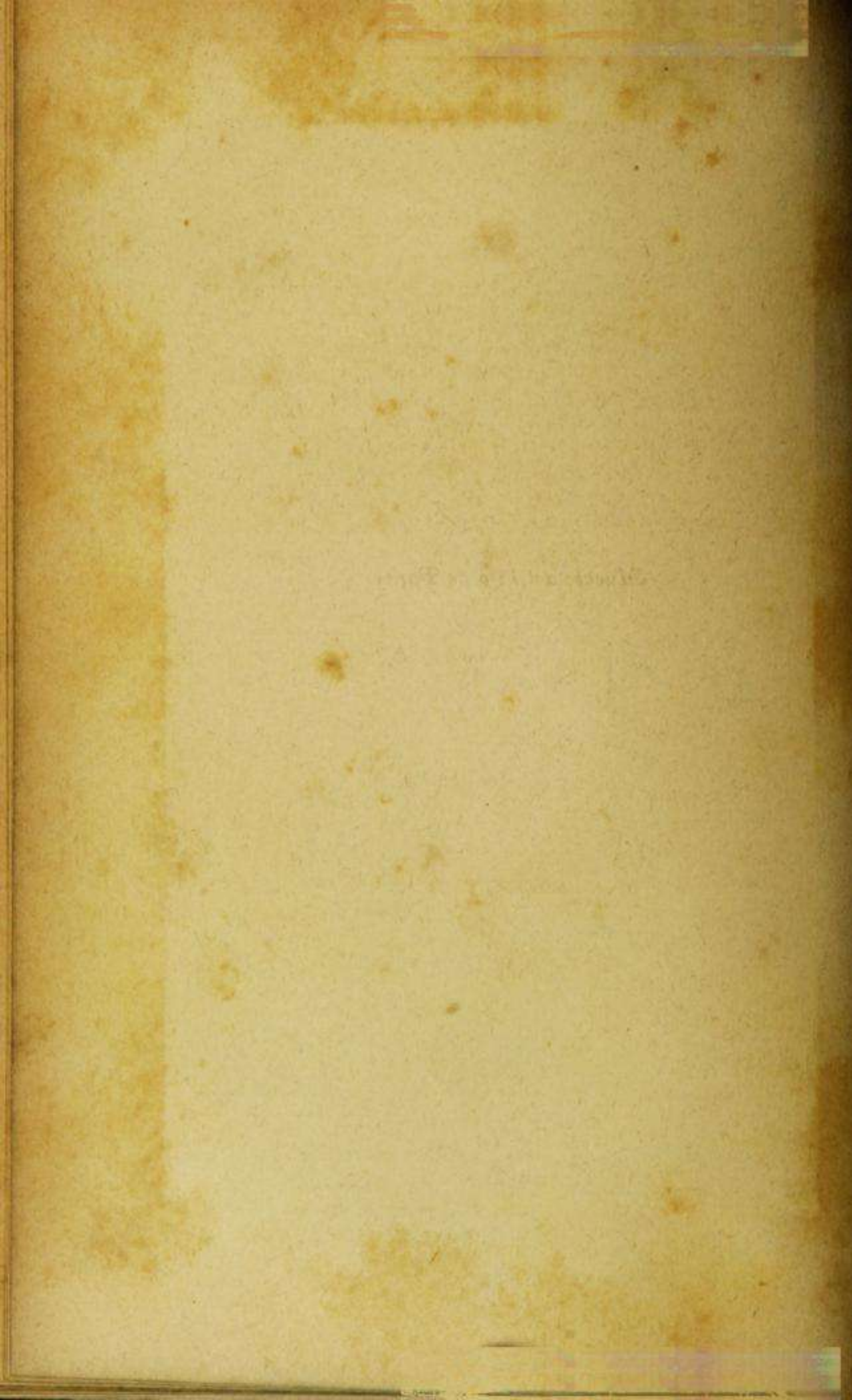
— Es decir, que quieres acompañar á Kambises, cuando fuere á Egipto con el ejército.

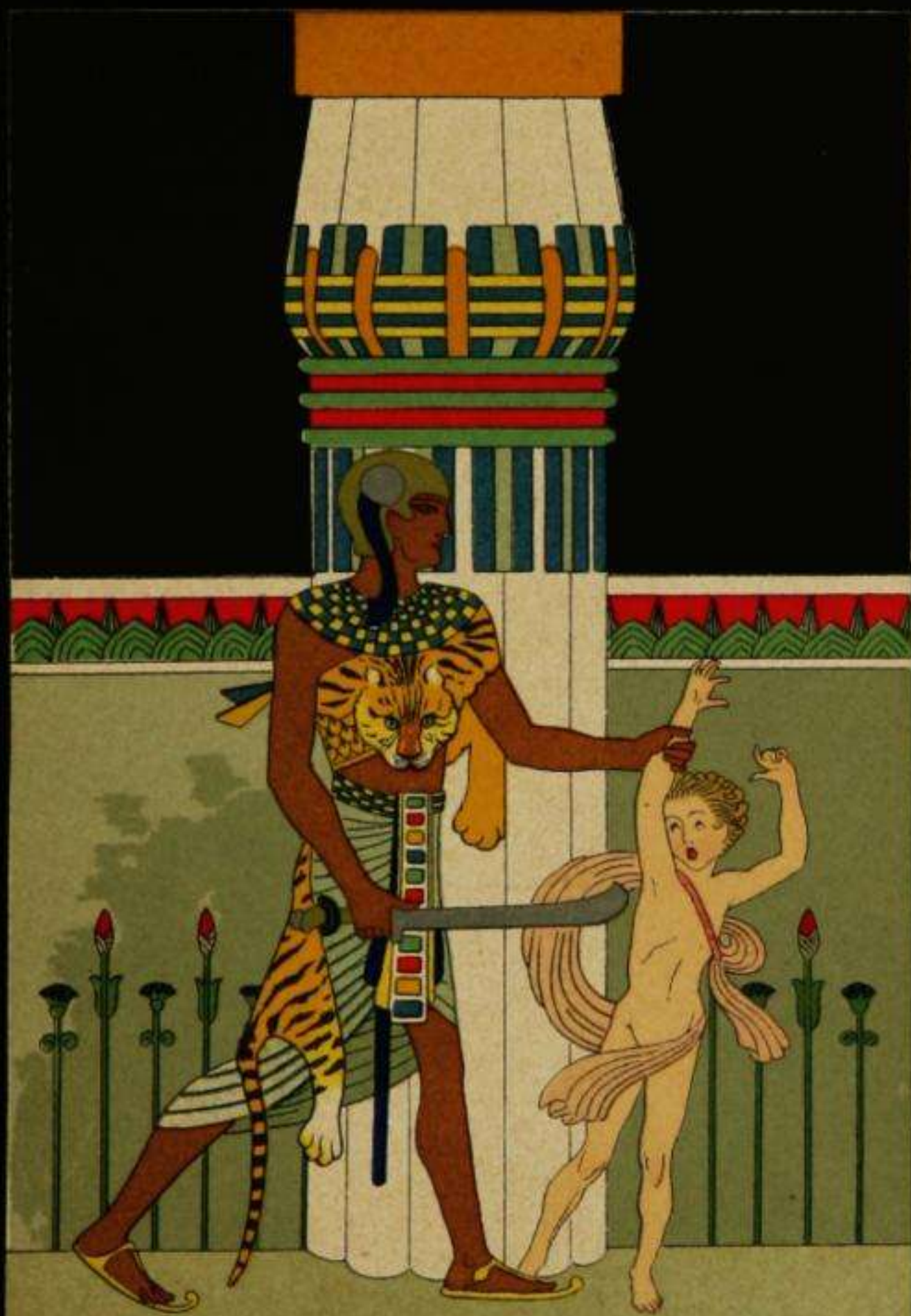
— Sí, y cuando mis enemigos giman en la ignominia y miseria les diré: ¿lo veis cobardes?... todo esto lo debeis al pobre oculista desterrado. ¡Oh mis libros, mis libros! Ellos llenaban en mi corazon el vacío que dejaran mi esposa y mis hijuelos que perdí. Con ellos habian de aprender centenares de discípulos á librar á los ciegos de la oscuridad y conservar á los que ven el don más precioso del cielo, la flor del rostro, el vaso de la luz, la vista de sus ojos. En balde viví, pues ya no existen mis libros. Con mis obras, ¡miserables! me redujeron á cenizas á mi mismo. ¡Oh mis libros, mis libros!

Proferia estas palabras el infeliz con desgarradores sollozos. Acercósele Fanes, le tomó la mano, y le dijo:

— A ti te maltrataron los egipcios, y á mí tambien; los ladrones entraron en tu granero; á mí los asesinos me incendiaron la casa y la hacienda. ¿Sabes tú, hombre, sabes tú lo que hicieron conmigo? Pase que me expulsaran y persiguieran; estaban en su derecho; porque segun sus leyes habia incurrido yo en la pena capital. Por lo que á mí respeta, se lo hubiera perdonado, pues queria al rey Amasis como amigo verdadero. Él lo sabia el miserable y sin embargo consintió lo que no se puede creer. ¡Oh! ¡repugna al pensamiento lo horroroso! ¡Cual lobos penetraron de noche en la casa de una mujer indefensa y robaron á mis hijos, un niño y una niña, orgullo, alegría, consuelo del pobre expatriado!... Robáronles y ¿qué hicieron con ellos? A la niña la tienen presa para impedir, dicen, que yo haga traicion á Egipto, mas al niño, modelo de belleza y bondad, á mi único hijo varon, lo asesinaron por mandato de Psamtik, el principe heredero, y tal vez á sabiendas de Amasis. Mi corazon se habia encogido con el pesar del destierro, mas ahora advierto que cobra ánimos y vuelve á palpitar con viveza con la esperanza de vengarse.

*Muerte del hijo de Fanes.*







Nebenjari miró con sombrío ardor los llameantes ojos del ateniense y alargóle la mano :

— Somos aliados.

El heleno contestó con un apretón , diciendo :

— Ahora hemos de procurar ser bien quistos del rey.

— Devolveré la vista á Kasandana.

— ¿ Te es posible ?

— Aquella operacion que restituyó la vista á Amasis es invencion mia. Petammon me la robó de mis escritos quemados.

— Entonces, ¿ por qué no diste pruebas de tu saber, mucho antes ?

— Porque no estoy acostumbrado á hacer regalos á mis enemigos.

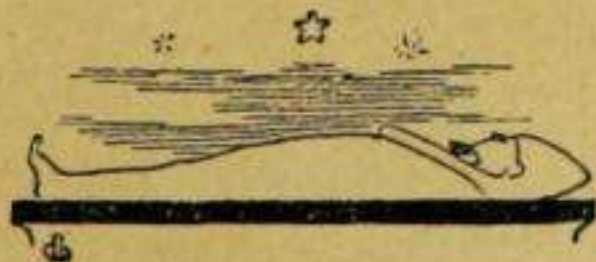
Al oir esto , Fanes se horripiló ligeramente , pero se contuvo y dijo :

— Yo tambien estoy seguro de la benevolencia del rey. Los enviados de los masagetas regresaron ya á su país, despues de haber obtenido la paz , y...

En esto , se abrió de golpe la puerta y entró en la sala atropelladamente un eunuco de Kasandana , diciendo á Nebenjari :

— La real princesa Nitetis está muriéndose... Presto, presto , levántate y sigueme.

El médico hizo una seña á su aliado , se puso las sandalias y siguió al eunuco al lecho de la moribunda esposa del rey.



Nebesari miro con sorpresa a los llamados  
 cas del alcaide y alarife la mano  
 — Sonos amigos  
 El heleno contestó con un apretón de mano  
 — Ahora vamos de otro modo ser bien quisidos de ti  
 — Devolvere la traza a Kasabana  
 — ¿Te es posible?  
 — Aquella operación que restituye la vista a Amasis  
 es inverosímil. Examinen me la vida de mis escri-  
 tos que me demuestran  
 — Entonces ¿por qué no diste pruebas de tu saber,  
 mucho antes?  
 — Porque no estoy acostumbrado a hacer traveses a  
 mis enemigos  
 Ahora esto. Fases se burlaba ligeramente, pero se  
 contuvo y dijo  
 — Yo también estoy seguro de la benevolencia del  
 rey. Los enviados de los mandatos regresaron ya a  
 su país después de haber estado en paz  
 En esto se abrió de golpe la puerta y entró en la  
 sala un oficial que anunció al alcaide de Kasabana, di-  
 ciendo: «¡Mortuarius!»  
 — ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué  
 sucede? ¿Qué es lo que sucede?  
 Al oír esto, los tres se miraron con sorpresa y  
 sandalose, mirando al oficial que había de la mano  
 después de haber estado en paz







II

### CAPÍTULO VIII.

**E**L sol intentaba ya penetrar en el aposento de la egipcia, á través de las espesas cortinas que cubrían las ventanas; mas á pesar de la hora, Nebenjari no abandonó su puesto junto al lecho de la enferma, y ora la pulsaba, ora le untaba la frente y el pecho con pomadas olorosas, ó soñador, miraba al suelo. La enferma despues de un ataque espasmódico, pareció

dormirse profundamente. Al pié de la cama seis médicos persas murmuraban saluciones, mientras Nebenjari á la cabecera iba dictando sus órdenes á los asiáticos que reconocían la superioridad de sus conocimientos.

Cuántas veces el egipcio tomaba el pulso á la enferma, encogíase de hombros; gesto que repetían sus colegas como de comun acuerdo. De cuando en cuando, descorriase la cortina de la puerta y se asomaba una rúbia cabeza de niña, cuyos azules ojos miraban al médico con ansia como preguntando, y sin recibir nunca otra contestación que un triste encogimiento de hombros. Dos veces la que preguntaba, Atosa, la hermana del rey, hollando apenas de puntillas la gruesa alfombra de lana milesia, se adelantó hasta el lecho de su amiga, para acariciar con suave suspiro más bien que beso, su frente rociada de perlas de sudor, pero cada vez las severas miradas de reconvención del médico egipcio la obligaron á retroceder y refugiarse en el cuarto contiguo.

Allí estaba Kasandana aguardando el fin de la crisis. El rey por su parte, apenas salió el sol y se durmió Nitetis, había dejado la sala para montar á caballo, y con Fanés, Prexaspes, Otanes, Daríos y muchos otros cortesanos, á quienes hizo levantar á medio dormir, fuese á recorrer el parque en atropellada carrera, pues sabía que lograba dominar ú olvidar mejor cualquiera emoción, apretándole los lomos á indómito corcel.

Estremecióse Nebenjari oyendo el lejano galopar de los caballos. Despierto soñaba que el rey con innumerables escuadrones marchaba contra su país, llevaba el incendio á las ciudades y templos y destruía á puñetazos los colosales monumentos de las pirámides. Entre las ruinas de las ciudades incendiadas, yacían mujeres y niños; salían de las tumbas plañideras voces de las momias de los difuntos, moviéndose como si

hubiesen resucitado, y todos, sacerdotes y guerreros, niños y mujeres, muertos y moribundos, proferian su nombre y le maldecian por traidor á la patria. Convulso, víctima de la fiebre, con el corazón palpitante, cual las arterias de la moribunda que á su lado estaba, así le halló Atosa, cuando describiendo de nuevo la cortina del cuarto contiguo, y adelantándose muy quedo, vino á posar la mano sobre su espalda. Nebenjari despertó con sobresalto. Tres días y tres noches, casi sin interrupción, había permanecido sentado junto á aquel lecho; no era de extrañar pues que tuviera tan extravagantes visiones, exhausto de fuerzas como se hallaba.

Atosa volvió al lado de su madre. Profundo silencio reinaba en la bochornosa atmósfera del aposento. El egipcio recordó sus sueños. Ya se acusaba á sí mismo de estar á punto de ser traidor y faccioso. Una vez más, desfiló por su mente cuánto viera medio dormido, pero un nuevo grupo ocupaba ahora el primer término de la terrible escena. El médico vió junto á sí, cargadas de cadenas, las figuras de Amasis que le había desterrado y escarnecido, de Psamtik y los sacerdotes que destruyeron sus obras. Sus labios se movían murmurando, porque en tal sitio no podían pronunciar las crueles palabras que mentalmente dirigía á sus enemigos que le pedían perdón. Luego aquel hombre sin entrañas, se enjugó una lágrima. Ante su alma desfilaron las largas noches trascurridas con el cálamo en la mano, escribiendo sus ideas y observaciones, á la pálida luz de la lámpara, en los más delicados caracteres hieráticos, y pintando cada letra con todo primor; pues había descubierto varios remedios contra muchas afecciones de la vista calificadas de incurables en los libros sagrados de Tot y en los tratados de un celeberrimo médico antiguo de Biblos <sup>41</sup>. Como sabía que sus colegas le hubieran tachado de impio, si hu-

biese pretendido enmendar las sagradas letras, dió á su obra el siguiente título: «Varios nuevos escritos del gran Tot sobre el tratamiento de las enfermedades de la vista, descubiertos por el oculista Nebenjari <sup>42</sup>.» Su intento era legar sus trabajos á la biblioteca de Tebas <sup>43</sup> con el objeto de que su experiencia fuese útil á todos sus sucesores en beneficio del mayor número de enfermos. Sólo deseaba para sí y para la casta á que pertenecía, la gloria póstuma, como fruto de sus trabajos y del sacrificio de sus vigilias en aras de la ciencia. Mas en esto se presentaba su antiguo rival, atizando el fuego destructor en el gran bosque de Neith junto con el príncipe heredero, despues de haberle robado la invencion de la operacion de la catarata. El rojizo resplandor de la hoguera alumbraba las maliciosas facciones de ambos; su sarcástica risa ascendia al cielo junto con las llamas, clamando venganza. Allá en el fondo, el gran sacerdote entregaba al rey las cartas del padre de Nebenjari. Tambien sonreia Amasis sarcástico y burlon; tambien radiante de triunfo, se ofrecia Neithotep.

Tan sumido estaba el oculista en sus ensueños, que uno de los médicos persas, hubo de advertirle que la enferma se habia despertado. Sonriéndose é indicándoles con una seña sus ojos cansados, pulsó á Nitetis y la preguntó en lengua egipcia:

—¿Has dormido bien, señora?

—No sé, contestó la enferma con voz apenas perceptible. Me parecia dormir pero al propio tiempo oia y veia cuanto pasaba en la sala. Tan fatigada me encuentro, que no sé distinguir el sueño de la vigilia. ¿No ha estado á verme varias veces Atosa?

—En efecto.

—Kambises ha permanecido con Kasandana hasta la salida del sol; luego se ha ido al parque montado en su caballo Keks.

—¿Cómo sabes esto?

—Lo he visto.

Nebenjari miró lleno de cuidado, los ojos brillantes de la princesa, quien prosiguió:

—También han traído muchos perros al patio de detrás.

—El rey querrá ahogar su dolor por tus sufrimientos con el estruendo de una cacería.

—¡Oh, no! Estoy mejor enterada. Oropastes me ha enseñado que á los persas moribundos, les llevan perros <sup>44</sup> para que el deva de la muerte éntre en ellos.

—Pero vives todavía señora y...

—¡Oh, sé que voy á morir! Aun cuando no hubiese visto como tú y los otros médicos os encogiais de de hombros al mirarme, sabria sin embargo, que solo me quedan pocas horas de vida. El veneno mata.

—Hablas demasiado, señora; el hablar te hará daño.

—Déjame hablar, Nebenjari; antes de morir, he de pedirte algo.

—Soy tu servidor.

—No, Nebenjari, serás mi amigo, mi sacerdote. ¿No es verdad que ya no estás enfadado conmigo porque oré á los dioses persas? Nuestra Hator nunca dejó de ser mi mejor amiga. Si, lo veo en tu rostro, me perdonas. Ahora me has de prometer que no me dejarás desgarrar por los perros y los buitres. ¡Oh, esta idea es demasiado terrible! ¿No es verdad que tú embalsamarás mi cadáver y lo ornarás con amuletos?

—Si el rey lo permite.

—Oh, ciertamente. ¿Como podria Kambises dejar de cumplir mi última súplica?

—Mi arte te pertenece.

—Gracias; más tengo otra súplica que hacerte.

—Sé breve, mis compañeros persas me hacen señas para que te imponga silencio.

—¿No podrias alejarles un momento?

— Lo intentaré.

Nebenjari acercóse á los magos, habló con ellos unos pocos minutos, despues de lo cual salieron de la habitacion. Les habia dicho que queria verificar una salutacion magna á que no debia asistir tercera persona y que aplicaria un nuevo antídoto secreto.

Cuando se vió sola con Nebenjari, Nitetis respiró animada y dijo:

— Dame tu bendicion sacerdotal para el largo viaje á los infiernos y dispon mi alma á la transmigracion á Osiris.

Nebenjari se hincó de rodillas junto á la cama, recitando en voz baja ciertas oraciones, á las que respondia Nitetis muy contrita. El médico representaba á Osiris, señor de los infiernos; Nitetis, el alma que se justifica delante del mismo.

Terminadas estas ceremonias, el pecho de la enferma respiró más libremente, mientras Nebenjari contemplaba con cierta emocion á la jóven suicida. Su conciencia le decia que habia ganado esta alma para los dioses de su país, y prestado alivio á una buena criatura en sus últimos y graves instantes. Mientras duraron estos, que fueron de pura compasion y verdadera caridad, olvidó toda amargura, mas cuando recordó que Amasis tenia tambien la culpa de la desgracia de la amable niña, el cielo de su alma cubrióse otra vez de negras nubes. Nitetis que habia estado un rato sin hablar, dirigióse otra vez con amable sonrisa á su nuevo amigo, diciendo:

— ¿No es verdad que hallaré gracia ante los jueces de los muertos?

— Así lo espero y lo creo.

— Tal vez encuentre á Tajot ante el trono de Osiris y mi padre...

— Tu padre y tu madre te esperan. Bendice en tu hora postrera á los que te dieron la vida y maldice á los que robaron á tus padres el trono y la vida.

— No te entiendo.

— Maldice, hija, á los que robaron á tus padres, el trono y la vida, dijo el médico por segunda vez irguiéndose con profunda inspiracion y contemplando á la agonizante con los ojos fijos. Maldice á los malvados, hija, porque esta maldicion te asegurará la gracia de los jueces de los muertos más que mil obras buenas.

Decia estas palabras el médico, cogiendo la mano á la enferma y apretandósele con vehemencia.

Nitetis miraba al enojado con cierto pavor, luego murmuró maquinalmente:

— Maldigo...

— .... á los que quitaron el trono y la vida á mis padres.

— .... á los que quitaron el trono y la vida á mis padres... ¡ Ay... mi corazon !...

Agotadas sus fuerzas, cerró los ojos.

Nebenjari, inclinándose sobre la pobre, y deponiendo breve beso en la frente de la moribunda, antes que entrasen los médicos del rey, dijo para sí:

— Muere como aliada mia. Los dioses escuchan la maldicion de la inocencia moribunda. Llevaré la guerra á Egipto, no para vengar mi propia injuria sino tambien la del rey Hofra.

Algunas horas despues, Nitetis abrió de nuevo los ojos. Esta vez sus frias manos descansaban en las de Kasandana; á sus piés estaba de rodillas Atosa, á su cabecera Kresos sosteniendo en sus viejos brazos al hercúleo rey, quien aplastado por el dolor se tambaleaba como un borracho. La moribunda dirigió á todos radiante mirada; su belleza en aquel momento era indescriptible. Kambises acercó los labios á los ya casi helados de su esposa, y le dió un beso, el primero y el último que le diera. Dos grandes y ardientes lágrimas de gozo brotaron de los ojos de la moribunda, murmuró el nombre de su amado con voz apenas perceptible y cayendo en brazos de Atosa, espiró.

No nos entretendremos en describir lo ocurrido luego despues de la muerte de Nitetis. Nos repugna exponer con todos los pormenores, como á una señal dada por el jefe de los médicos persas, todos los que alli habia, excepto Kresos y Nebenjari, abandonaron atropelladamente la sala; como fueron introducidos los perros para que ahuyentaran á los *drukhs naçus*, dirigiendo sus inteligentes cabezas hácia el cadáver de la difunta; como Kasandana, Atosa y toda su servidumbre pasaron en seguida á otra casa por no contaminarse con él; cómo apagaron toda lumbre en palacio para sustraer el elemento puro del alcance de los espíritus impuros de la muerte <sup>45</sup>, como se recitaron en voz baja fórmulas de conjuracion <sup>46</sup>, y por fin, como cada persona y cada cosa que habia estado cerca del cadáver, hubo de someterse á numerosas lociones de agua y orina de vaca.

Kambises fué otra vez acometido por la noche de convulsiones epilépticas. Dos dias más tarde dió permiso á Nebenjari para que embalsamara el cadáver de la difunta, conforme á su último deseo.

El rey entregóse sin freno á su dolor. Se desgarraba los brazos, rasgó sus vestidos, espolvoreó con ceniza su cabeza y su cama. Todos los grandes de la corte hubieron de seguir su ejemplo. Se montaba la guardia en palacio con las banderas rasgadas, y los tambores destemplados. Los címbalos y clarines de los *inmortales* fueron guarnecidos de un crespon, y á los caballos que habian servido á la difunta como á todos los de la corte, se les pintó de azul, y se les cortó la cola. Todo el personal de palacio se puso los vestidos de luto, color castaño oscuro y rasgados hasta la cintura. Los magos hubieron de rezar tres dias y tres noches por el alma de la difunta <sup>47</sup> que esperaba á la tercera



noche en el puente de Sinvat la sentencia para la eternidad.

El rey, Kasandana y Atosa, se sometieron tambien á esas purificaciones y pronunciaron treinta oraciones fúnebres como por un próximo pariente, mientras Nebenjari en una casa situada extramuros de la ciudad<sup>48</sup> ponía manos á la tarea de embalsamar el cadáver con la mayor suntuosidad y todas las reglas del arte.

Por espacio de nueve dias siguió Kambises en tal estado que parecia loco; ora furibundo, ora apático y alelado. Ni áun á sus parientes, ni al gran sacerdote permitía que se acercaran. A la mañana del décimo dia, mandó llamar al presidente del tribunal de los siete, para encargarle que usaran de la mayor clemencia posible con Gaumata, hermano de Oropastes. Nitetis le habia rogado que perdonase la vida al infeliz muchacho.

Una hora despues, le trajeron la sentencia para su confirmacion; decia así:

« ¡Victor al rey! Habiéndonos ordenado Kambises,  
« el ojo del mundo y el sol de la justicia, en su clemen-  
« cia, inmensa como el cielo, é inagotable como el mar,  
« que juzguemos y castigemos los crímenes del hijo de  
« mago Gaumata, no con el rigor de juez, sino con la  
« indulgencia de madre, Nos, los siete jueces del reino,  
« hemos determinado perdonarle la vida. Mas como por  
« la ligereza de dicho Gaumata, corrieron peligro de  
« perderla los mejores y más elevados dignatarios de  
« esta corte, y siendo de temer que otra vez abuse, en  
« perjuicio de los puros y justos, de su rostro y fi-  
« gura que los dioses clementes y benévolos quisieron  
« concederle extraordinariamente parecidos á los del  
« noble hijo de Kiros, Bardiya, decretamos: que sea  
« desfigurada su cabeza de forma que sea fácil distin-  
« guir al más indigno del más digno del reino. Por lo

« que , con aprobacion y por órden del rey , el dicho  
« Gaumata será privado de ambas orejas , en honor de  
« los justos , y oprobio del impuro. »

Kambises confirmó esta sentencia que fué ejecutada el mismo dia , sin que Oropastes se atreviera á interceder por su hermano, aunque la ignominia que sufrió éste mortificara mas á su alma ambiciosa , que si le hubiesen condenado á la pena capital. Temia ver menguada su autoridad por el aspecto del mutilado y mandóle saliese de Babilon tan pronto como le fuese posible para ir á vivir en una casa de campo que poseia en el monte Arakadres <sup>49</sup>.

Durante aquellos últimos dias , una mujer pobremente vestida , el rostro cubierto con un tupido velo , habia permanecido dia y noche en el gran portal de entrada del palacio , sin moverse de aquel sitio ni por las amenazas de los guardias , ni por las groseras bromas de los mozos de servicio. Ninguno de los empleados subalternos que salieran del palacio , escapaba á sus preguntas , primero por el estado de la egipcia y luego por la suerte de Gaumata. Cuando finalmente un farolero locuaz le comunicó con malévola risa la sentencia impuesta al hermano del poderoso gran sacerdote , su comportamiento fué el de una loca. Primero besó el vestido del hombre asombrado , y como éste la tomara por una demente y le ofreciera una limosna , ella la rehusó y continuó en su puesto manteniéndose con el pan que le echaban unos compasivos repartidores de alimentos. Luego , cuando tres dias despues , Gaumata salia por la puerta de palacio en una *harmámaxa* cerrada , muy envuelta la cabeza en vendajes , ella siguió el carro , gritando y corriendo tras él hasta que el cochero detuvo los mulos para preguntarle qué queria. Entonces quitándose el velo , mostró al enfermo jóven su lindo rostro encendido de rubor. Al reconocerla , Gaumata soltó un grito , pero se recobró en seguida y dijole :

—¿Qué quieres de mí, Mandana?

La desgraciada alzó las manos implorando socorro:

—¡Oh!... no me abandones, Gaumata. Llévame contigo. Te perdono todo el mal que me hiciste, á mi y á la pobre señora. ¡Te amo tanto!... te cuidaré y te serviré como tu mas humilde criada.

El jóven sostuvo una corta lucha consigo mismo; ya iba á abrir la portezuela del carruaje y á tomar en brazos á la amada de su infancia, cuando oyó el trote de unos caballos que se acercaban, volvió la cabeza y vió un carro lleno de magos quienes se dirigian á palacio á rezar. Como conocia á varios de ellos, antiguos condiscipulos suyos en el seminario, corrido y temeroso de ser visto por los que trató muchas veces con orgullo y soberbia en su calidad de hermano del gran sacerdote, arrojó á Mandana una bolsa de oro que éste le habia regalado al despedirse de él, y dijo al cochero que partiera á toda prisa. Los mulos echaron á correr á escape. Mandana rechazó con el pié la bolsa y corrió detras del carro agarrándose á la zaga, pero una rueda cojióle el vestido y la tiró al suelo. Con la fuerza de la desesperacion incorporóse luego, dió otra vez alcance á las caballerías que iban subiendo una cuesta y por tanto habian de caminar más despacio y echó mano á las riendas. El cochero empuñando el látigo de tres puntas, azuzó á las bestias que se encabritaron y partieron al galope, derribando á la pobre mujer. El último grito de agonía de la jóven, atravesó como un lanzetazo la herida del mutilado.

Doce dias despues de la muerte de Nitetis, Kambises estuvo otra vez de caza, cuyas fatigas, peligros y emociones le habian de distraer. Los grandes del reino y los altos funcionarios, recibieron á su soberano con atronadoras aclamaciones, á las cuales se mostró el rey muy agradecido y amable.

Los pocos dias de pesadumbre habian cambiado

mucho á ese hombre , poco acostumbrado á sufrir. Su rostro era pálido , su cabello y barba antes negra como las plumas del cuervo , habian encanecido , y aquella su antigua confianza y seguridad en la victoria, no resplandecia ya con el mismo fulgor en sus miradas, pues con harto dolor pudo aprender que existia una voluntad más fuerte de la suya , que si mucho servia para destruir , no era capaz de conservar la vida al sér más miserable.

Antes de partir , Kambises pasó revista á los cazadores , llamó á Gobrias y preguntó por Fanes.

— Mi rey no ha mandado...

— Es mi convidado y compañero hoy y siempre. Llámale y siguenos.

Gobrias hizo una reverencia , volvió á galope á palacio y al cabo de media hora estuvieron él y Fanes con el séquito del rey.

Muchos de los compañeros de caza , saludaron al ateniense con amabilidad , circunstancia que hubo de parecer tanto más rara , cuanto que nadie suele ser más envidioso que los cortesanos y nadie está más seguro de la malevolencia de los demás que el valido de un soberano. Solo Fanes parecia excepcion á esta regla. Se habia presentado á todos los ajemenidas con tanta franqueza , desenvoltura y modestia y habia sabido despertar tales esperanzas con sus ligeras indicaciones de que inevitablemente estaba para estallar una gran guerra ; excitó de tal modo la hilaridad contando á los persas nuevas chanzas muy bien dichas , que todos , casi sin excepcion , acogian con alegría la presencia del ateniense. Cuando se separó del resto del séquito, para perseguir junto con el rey un onagro, confesáronse unos á otros que nunca habian visto hombre tan cabal como Fanes. Admiraban la perspicacia con que habia descubierto la inocencia de los acusados , la discrecion que empleó para hacerse suyo al

rey, y la prontitud con que habia aprendido la lengua persa. Ninguno de los ajemenidas ademas le era superior en belleza y proporciones. En la caza mostróse consumado ginete y en la lucha con un oso, cazador de gran osadía y destreza. Cuando al regresar á casa los cortesanos, ensalzaban todas estas prendas del nuevo valido, el viejo Araspes exclamó:

— Concedo gustoso que este heleno, quien por lo demas probó ya su valor en la guerra de una manera cabal, es un hombre extraordinario; pero no le tributariais la mitad de los elogios, si no fuese extranjero y su modo de ser cosa nueva para vosotros.

Fanes, que estaba cerca, oculto tras espesa mata, hubo de oír estas palabras, y apenas calló el viejo, salió él para tomar parte en la conversacion, y le dijo sonriendo:

— Entendí lo que decias y agradezco tu amistad. La segunda parte de lo que dijiste era para mí aun más agradable que la primera, pues confirma mi propia observacion de que vosotros los persas sois el pueblo más generoso que existe, tributando á las virtudes de los extraños, los mismos y acaso mayores elogios que á las de los propios.

Tolos los presentes se sonrieron sintiéndose lisonjeados. Fanes prosiguió:

— ¡Qué diferentes los judíos, por ejemplo! Se creen el único pueblo agradable á los dioses, razon por la cual parecen despreciables á los ojos de los hombres sensatos y odiosos á todo el mundo. ¿Y qué diré de los egipcios? No podeis formaros idea de lo perversa que es esa gente. Si todo dependiera sólo de los sacerdotes que son muy poderosos, no quedaba extranjero con vida en aquel país, ni seria permitido entrar en él. Un verdadero egipcio prefiere morir de hambre á comer en la misma olla con alguno de nosotros. En ninguna otra parte se ven tantas rarezas, extravagantes

cias, y maravillas como allí. Pero para ser justo he de confesar que Egipto es conocido con razon por ser el país más rico y cultivado del mundo. Quien lo posea, no tendrá que envidiar á los dioses sus tesoros. Y por cierto que seria muy fácil de conquistar ese hermoso Egipto. Yo conozco su estado por una experiencia de diez años y sé que toda la casta guerrera de Amasis no resistiria á una sola division como la de vuestros *inmortales*. ¡ Quien sabe lo que traerá el porvenir! Bien podria ser que juntos hiciéramos una excursion al Nilo. Me parece que hartó descansaron vuestras buenas espadas.

Impetuoso y general aplauso acompañò estas intencionadas palabras del ateniense. Kambises, que oyera el júbilo de su séquito, se volvió á averiguar la causa de la algazara. Fanes anticipóse á decir que los ajemenidas se habian entusiasmado con la idea de la posibilidad de una guerra.

—¿ Qué guerra? preguntó el rey sonriéndose por primera vez despues de largos dias.

— Sólo nos referimos indeterminadamente á la posibilidad, contestó Fanes á la ligera. Y acudiendo con su caballo al lado del rey, dando á su voz melodiosa, insinuante entonacion, mirándole fijamente en los ojos con vivo afecto, exclamó:

— ¡ Oh! señor; cierto que no nací siendo tu súbdito en tu hermoso país, y sólo de poco tiempo acá puedo preciarme de conocer al más poderoso soberano, pero no puedo resistir al presentimiento, temerario tal vez, de que los dioses me destinaron desde la cuna á una íntima amistad contigo. No son los grandes regalos que me hiciste, la causa de mi rápido y entrañable afecto. Para nada los necesito porque soy de los más ricos de mi nacion y no tengo hijo, ni heredero á quien legar acumulados tesoros. Un hijo tuve, lindo muchacho, precioso... pero no es esto lo que yo queria decirte; yo... ¿ te enoja mi franqueza, oh rey?

—¿ Por qué he de enojarme ? replicó el soberano , á quien nadie hablara hasta entonces en aquella forma , y sintiéndose poderosamente atraído hácia el singular extranjero.

— Hasta hoy tu dolor era para mí harto respetable para que te distrajera de él , más llegó la hora de arrancarte al pesar y comunicar nuevo fuego á tu aterrido corazón. ¡ Cosas has de oír que te lastimarán !

— Ya no hay nada que pueda afligirme.

— ¡ Mis palabras no excitarán tu dolor , sino tu ira !

— Despiertas mi curiosidad...

— Te han engañado de un modo infame ; á tí y á la amable criatura que hace pocos días fué víctima de prematura muerte.

Kambises miró al ateniense con centellantes ojos , y como interrogándole.

— El rey Amasis de Egipto se ha permitido hacerte una jugada infame á tí , el poderoso señor de la tierra. Aquella linda jóven no era su hija , aunque ella misma creía que Amasis era su padre.

— ¡ Imposible !

— Así parece y sin embargo digo la pura verdad. Amasis ha tramado un tejido de mentiras en el que enredó á todo el mundo y á tí también , mi rey. Nitetis , la criatura más linda que salió de madre , era hija de príncipe ; más no engendró esta perla el usurpador Amasis , sino el legítimo rey Hofra destronado por aquel. Frunce el ceño , señor ; tienes motivo para ello , pues es cruel ser engañado por un aliado , por un amigo.

Kambises espoleó su caballo , y como Fanes calló para dar tiempo á que se le clavasen en el corazón sus últimas palabras , dijo el rey :

— Vengan pormenores ; prosigue ; quiero saber más.

— Llevaba veinte años de leve cautividad en Sais , el destronado Hofra <sup>50</sup> , cuando su esposa que había

tenido tres hijos perdiendo á los tres, se sintió de nuevo embarazada. Hofra tuvo de ello gran alegría, y para dar gracias á los dioses por tal merced, quiso hacer sacrificios en el templo de Pajt, diosa egipcia á quien las mujeres atribuyen su fecundidad, mas en esto un antiguo grande de su corte, llamado Patárbe-mis, á quien, enojado sin razon, habia mandado mutilar ignominiosamente, le asaltó con una partida de esclavos y le asesinó. Amasis ordenó en seguida que condujesen á su palacio á la enlutada viuda, destinándole una habitacion al lado de su esposa Ladike que tambien aguardaba su próximo alumbramiento. La viuda de Hofra dió á luz una niña y murió del parto. Ladike parió igualmente hembra dos dias más tarde... Pero ya estamos en casa... Si me permites te haré leer el relato del comadron que intervino en el engaño. Varios apuntes del mismo han caido en mi poder por rara contingencia que te referiré más tarde. Onufis, antiguo gran sacerdote de Hierópolis de Egipto vive aquí en Babilon y conoce todos los caracteres de letra de su pueblo <sup>51</sup>. Nebenjari, el oculista, se negará naturalmente á descubrir una supercheria que ha de producir sin duda la ruina de su patria.

—Dentro de una hora, te aguardo con aquel hombre. Deberán comparecer tambien Kresos, Nebenjari, y todos los ajemenidas que hayan estado en Egipto. Antes de emprender algo, quiero estar seguro de la verdad. Tu testimonio no basta, porque sé por el mismo Amasis que tienes motivo de queja de su familia.

A la hora fijada los llamados comparecieron ante el rey. El antiguo gran sacerdote Onufis era un octagenario, cuya descarnada cabeza hubiera parecido una calavera á no lucir dos grandes ojos, pardos, claros é inteligentes. Como estaba paralítico, y no podia tenerse en pié, sentáronle en un sillón delante del rey,



teniendo en la demacrada mano un gran rollo de papiro. Era su traje blanco, cual correspondia á un sacerdote, pero algo remendado y rasgado. Bien podia haber sido cuando jóven, alto y esbelto, pero entonces encorvado, y contraido por la edad, las privaciones y los padecimientos, su figura parecia diminuta y su cabeza demasiado grande, para aquel cuerpo de enano.

Junto á ese raro personaje se puso en pié Nebenjari, cuidando de colocar para su comodidad las almohadas en que reclinaba el cuerpo Onufis, en quien veneraba el egipcio no sólo al gran sacerdote iniciado profundamente en todos los misterios, sino tambien al anciano provecto <sup>52</sup>. A su izquierda se habia puesto Fanes, y al lado de éste, Kresos, Prexaspes y Daríos.

El rey estaba sentado en su sitial. Su rostro era grave y austero, cuando interrumpiendo el silencio de los presentes, empezó á hablar así:

— Este noble heleno que estoy inclinado á considerar como amigo, acaba de hacerme una revelacion singular. Dice que Amasis de Egipto me ha engañado miserablemente, puesto que mi difunta esposa no era hija suya, sino de su antecesor.

Sonó en la sala un murmullo de asombro.

— Ese anciano se ha presentado para probarnos el fraude.

Onufis movió la cabeza en señal de asentimiento.

— Primero he de dirigirte, á tí, Prexaspes, mi mensajero, una pregunta: ¿Te fué entregada Nitetis expresamente como hija de Amasis?

— ¡Expresamente! Es verdad que Nebenjari habia encomiado á la augusta Kasandana, la otra hermana gemela, Tajot, como la más bella de las dos princesas, pero Amasis insistió en enviar á Persia á Nitetis. Yo suponía que confiándote su alhaja más preciosa, queria obligarte muy especialmente y desistí de mi peticion

con respecto á Tajot, porque la difunta me pareció superaba á su hermana en donaire y majestad. En la carta que te escribía, dijo también como recordarás, que te confiaba á su hija más bella y querida.

— Esto escribió.

— Y seguramente Nitetis era la más hermosa y más noble de las dos, dijo Kresos confirmando las palabras del embajador. Por lo demás, me parecía que Tajot era la hija favorita de los reyes de Egipto.

— Ciertamente, añadió Daríos. Un día Amasis se chanceó en el banquete con Bardiya, diciéndole: «No mires demasiado en los ojos á Tajot, pues aunque fueses un dios, no te permitiría llevártela á Persia.» El príncipe heredero Psamtik se indignó extraordinariamente por esta declaración y dijo al rey: «Padre, acuérdate de Fanes.»

— ¿De Fanes?

— Sí, mi rey, contestó el ateniense. Un día en la embriaguez, Amasis me había revelado su secreto; Psamtik le advertía que no olvidase otra vez lo ocurrido.

— ¡Cuéntanos esto!

— Cuando regresé victorioso de Kipros á Sais, la corte celebró una gran fiesta. Amasis me distinguía con mil obsequios y abrazóme, porque le había ganado una rica provincia, con horror de sus egipcios. Cuanto más se embriagó, más calurosas fueron sus manifestaciones de gratitud. Finalmente, cuando en compañía de Psamtik, le conduje á su habitación y pasamos por delante de los aposentos de sus hijas, se paró y dijo: «Aquí duermen las niñas. Si quieres repudiar á tu esposa, ateniense, te daré á Nitetis por mujer. Serías un yerno de mi gusto! Ocurre una cosa singular con la niña, Fanes. ¡No es mi propia hija! Entonces Psamtik tapóle con la mano la boca y me mandó bruscamente á mi alojamiento. Allí reflexioné sobre lo que había oído

y me compuse lo que ahora sé de buena tinta. Dignate mandar á este anciano que traduzca las correspondientes hojas del dietario del comadron Imhotep.

Kambises hizo una seña y el viejo leyó en voz alta y sonora, que nadie hubiera supuesto en aquel frágil cuerpo.

—«El dia 5 del mes de Tot <sup>53</sup> fui llamado á Palacio; yo lo esperaba, porque la reina iba de parto. Con mi ayuda parió fácil y felizmente una niña delicada. Cuando la nodriza se hubo encargado de la misma, Amasis me condujo detras de la cortina que divide el dormitorio de su esposa. Allí hallé á una segunda niña, en la cual reconocí la hija recién nacida de la esposa de Hofra, la cual habia muerto en mis brazos el dia tres de Tot. El rey señalando la robusta chiquilla, dijo: Esa es una criatura sin padres y como la ley manda que amparemos á los huérfanos derelictos <sup>54</sup>, Ladike y yo hemos determinado criar á esta niña como si fuese propia, mas quisiéramos ocultar esta accion al mundo y á la niña misma. Por esto te ruego que te calles y digas que Ladike ha dado á luz unos gemelos. Si cumples nuestra voluntad, recibirás hoy mismo cinco mil anillos de oro y cada año, mientras vivas, la quinta parte de dicha suma. Me incliné sin decir nada, mandé á todos los presentes que saliesen de la estancia de la parida y luego les hice entrar de nuevo comunicándoles que Ladike habia dado á luz otra niña. La hija legítima de Amasis recibió el nombre de Tajot y la supuesta el de Nitetis.»

Al oír esto Kambises saltó de su sitial y empezó á dar vueltas por la sala á grandes pasos.

Onufis sin interrumpirse prosiguió:

—«Dia seis del mes de Tot. Cuando me hube acostado esta mañana para descansar un poco de las fatigas de la noche, pareció un criado del rey con el oro prometido y una carta; en esta me rogaban que les

proporcionara un niño muerto para sepultarlo con gran solemnidad, como hija difunta de Hofra. Con mucho trabajo he obtenido uno, hace una hora, de la pobre chica que ha parido clandestinamente en casa de la vieja que vive junto la entrada del cementerio. No queria abandonar el cadáver de su hijuelo, causa de tanta congoja y deshonra para ella, y me lo dejó solamente cuando le prometí que lo momificaria y sepultaria lujosamente. En mi botiquin grande que esta vez hubo de llevar mi hijo Nebenjari en lugar de mi criado Hib, trasladamos el pequeño cadáver á las habitaciones de la esposa de Hofra. El hijo de la pobre muchacha será sepultado con toda la pompa. Ojalá le pudiese comunicar la bella suerte que espera al hijo de su alma. En este momento, Nebenjari es llamado á palacio.»

Al mencionarse por segunda vez este nombre, Kambises se paró preguntando:

—¿Es nuestro oculista Nebenjari el mismo que menciona ese escrito?

—Nebenjari, contestó Fanes, es el hijo de aquel mismo Imhotep que cambió los dos niños.

El oculista miraba el suelo con ceño. Kambises quitó de las manos de Onufis el rollo de papiro, miró los caracteres meneando la cabeza, acercóse al médico y dijo:

—¡Mira estos signos y dime si tu padre los ha escrito!

Nebenjari se hincó de rodillas y alzó las manos.

—¿Tu padre ha pintado estos signos, pregunto yo?

—No sé, si... en efecto...

—¡Quiero saber la verdad! ¿si ó no?

—Sí, mi rey, mas...

—Levántate y confía en mi gracia. Bien sienta en el súbdito la fidelidad á su soberano; pero no olvides que ahora soy yo tu rey. Kasandana ha mandado que

me dijeran que mañana quieres devolverle la vista por medio de una operacion ingeniosa. ¿ No es atrevida tu promesa ?

— Estoy seguro de mi arte , mi rey.

— Otra pregunta. ¿ Sabias tú este fraude ?

— Sí , mi soberano.

— ¿ Y me dejaste en el error ?

— Me habia visto obligado á jurar á Amasis que guardaria el secreto, y un juramento...

— El juramento es sagrado. Cuida , Gobrias , que á estos dos egipcios se les designe una porcion de nuestra mesa. Parece que necesitas alimentarte mejor , buen viejo.

— No necesito mas que aire para respirar , un mendrugo de pan y un sorbo de agua con que no morirme de hambre ni de sed , un vestido limpio para agradar á los dioses y á mí mismo , y un cuartito propio por no molestar á nadie. Nunca he sido más rico que hoy.

— ¿ Como es eso ?

— Estoy á punto de regalar un reino.

— Hablas por enigmas.

— Con mi traduccion he probado que tu difunta esposa era hija de Hofra. Segun nuestro derecho de sucesion , cuando no hay hijos ni hermanos , el trono pertenece á la hija del rey. Si esta muere sin hijos, su esposo es el sucesor legítimo. Amasis es un usurpador , mientras que Hofra y sus descendientes, por nacimiento , tienen derecho al trono. Psamtik pierde todo derecho al cetro ante un hermano , hijo , hija ó yerno de Hofra. Por lo tanto saludo en mi rey , al legítimo soberano de mi bella patria.

Kambises se sonrió satisfecho y Onufis prosiguió:

— Tambien he leido en las estrellas que Psamtik perecerá y que la corona de Egipto está destinada para tí.

— Las estrellas acertarán , dijo Kambises , y á tí, generoso anciano , te mando que digas qué quieres.

— Déjame seguir en un carro á tu ejército. Deseo cerrar mis ojos á orillas del Nilo.

— Así sea. Ahora dejadme, amigos, y cuidado de que en el banquete de hoy no falte ningun comensal. Celebraremos consejo de guerra de sobremesa. Una campaña en Egipto me parece más productiva que una guerra con los masagetas.

— ¡Victor al rey! gritaron los presentes con vivo júbilo al salir, mientras Kambises mandó por sus camareros para trocar por primera vez sus vestidos de luto por el espléndido traje régio.

Kresos y Fanes entraron juntos en el jardin que verdeaba al Este del palacio con matas de árboles y arbustos, bancales de flores y juegos de agua. El semblante del ateniense estaba radiante de gozo, pero el rey destronado miraba delante de sí, receloso del porvenir.

— ¿Has reflexionado bien, heleno, empezó á decir este último, que acabas de arrojar al mundo una tea terrible?

— Obrar sin reflexion es cosa de niños y locos.

— Te olvidas de los obcecados por la pasion.

— Yo no pertenezco á estos.

— Y sin embargo la venganza engendra las mas terribles pasiones.

— Solo cuando se toma en un momento de ciega exasperacion. Mi venganza es fria como este hierro; pero sé mi deber.

— El primer deber del hombre virtuoso es subordinar al bien de la patria su propia bienandanza.

— Lo sé.

— Pero olvidas que con el reino egipcio entregas a los persas tu propia patria helénica.

— No lo creo así.

— ¿Crees tú que Persia dejará tranquila á la hermosa Grecia, cuando le pertenezcan todas las demas costas del Mediterráneo?

— De ningun modo ; pero conozco á mis helenos y creo que resistirán victoriosos á todos los ejércitos bárbaros y serán más grandes que nunca al acercarse el peligro. La necesidad unirá á nuestras tribus hoy divididas y hará de ellas una sola nacion grande y poderosa. A su empuje han de caer los tronos de los tiranos.

— ¡ Esto es soñar !

— Tan cierto es que se realizarán mis sueños , como que ha de cumplirse mi venganza.

— No puedo discutir contigo , porque ignoro el estado actual de tu patria. Por lo demás, te creo discreto y amante de lo bello y lo bueno , y tus opiniones son harto sensatas para que suponga que pretendes perder á tu pueblo por pura ambicion. Es terrible que la suerte castigue en naciones enteras la culpa de un individuo , porque este ciña corona. Ahora cuéntame, si en algo tienes mi parecer , qué injusticia inflamó con tanta vehemencia tu deseo de venganza.

— Pues oye ; me parece que no intentarás distraerme de mi propósito segunda vez. Conoces al príncipe heredero de Egipto ; conoces tambien á Rodopis. Aquel era mi enemigo mortal por varias razones ; ésta , la amiga de todos los helenos , y muy especialmente mi amiga. Cuando me ví obligado á salir de Egipto, Psamtik me amenazó con su venganza. Tu hijo Giges me salvó de la muerte. Pocas semanas despues , mis hijos fueron á Náukratis para seguirme desde allí á Sigeo. Rodopis los recibió y amparó con su amistad. Algun miserable que espiaria sin duda el secreto , lo reveló á Psamtik y á la noche siguiente la casa de la tracia fué cercada y registrada. Hallaron á mis hijos y los prendieron. Amasis entretanto habia cegado y dejaba hacer á su miserable hijo , quien cometió la infamia de mandar que...

— ¿ Que dieran muerte á tu hijo ?

— Así es como dices.

— ¿Y tu otro hijo?

— La niña está todavía en su poder.

— La condenarán a los mayores tormentos cuando sepan...

— Que muera. Prefiero quedarme sin hijos, antes que sin mi venganza.

— Te comprendo, y ya no puedo enojarme contigo. La sangre de tu hijo clama venganza.

Diciendo esto el anciano estrechó la mano del ateniense, el cual enjugando sus lágrimas y dominando su emoción, exclamó:

— ¡Vamos al consejo de guerra! Nadie puede agradecerle tanto a Psamtik sus fechorías, como Kambises. Este hombre violento no es propio para reinar en paz.

— Con todo, me parece que el supremo deber de un rey, es trabajar por la prosperidad interior de su reino. Pero los hombres son así, aprecian más a sus verdugos que a sus bienhechores. ¡Cuántos cantares han dedicado a Aquiles! ¿Pero a quien se le ocurrió cantar la sabiduría de Pitacos en el gobierno?

— Porque más valor requiere derramar sangre que plantar árboles.

— Pero más bondad y sensatez curar las heridas que inferirlas. Mas antes de entrar en el salón, he de hacerte una pregunta importante. ¿Podrá Bardiya permanecer sin peligro en Náukratis, si Amasis llega a saber los proyectos de Kambises?

— Naturalmente que no y por esta razón le advertí y aconsejé que vaya disfrazado y con otro nombre.

— ¿Aceptó tu consejo?

— Pareció dispuesto a seguirlo.

— De todos modos será bueno mandarle un aviso para que se ponga sobre sí.

— Lo pediremos al rey.



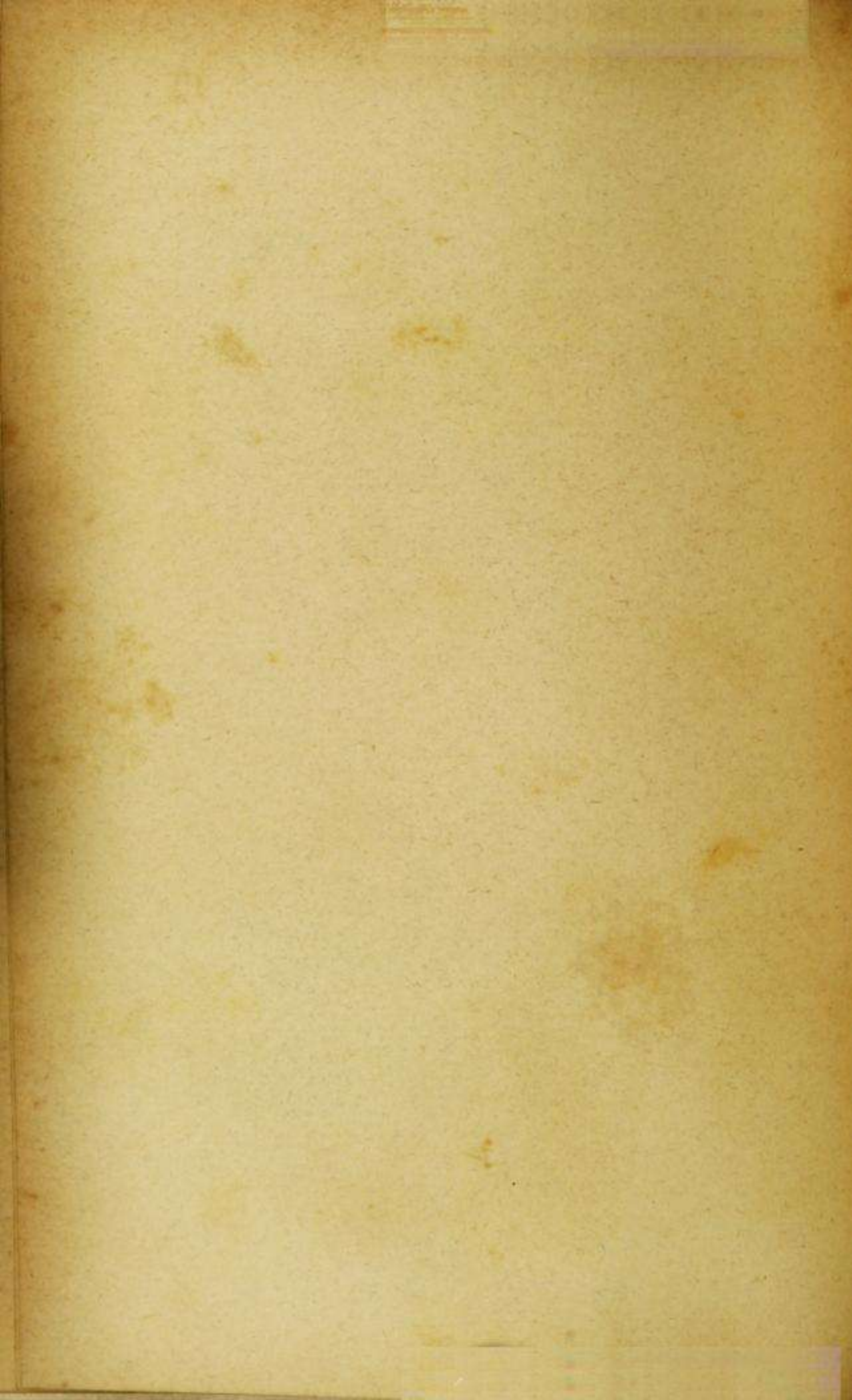
—Vamos ahora. Allá salen de la cocina los carros que llevan la comida de la corte.

—¿A cuántos individuos les dá de comer el rey cada día?

—A unos 15,000 <sup>55</sup>.

—Entonces los persas pueden dar gracias á los dioses de que sus soberanos no coman más que una vez al día.







## CAPÍTULO IX.

**S**eis semanas despues de estos acontecimientos, una pequeña cabalgata se acercaba al trote á las puertas de Sardes. Corceles y jinetes iban cubiertos de polvo y sudor. Aquellos, sintiendo la proximidad del término del viaje y de las caballerizas y pesebres, concentraron el resto de sus fuerzas, más á los dos hombres impacientes que vestidos con el traje de la corte de Kambises figuraban á la cabeza de la partida, aún les parecia que iban despacio.

A ambos lados de la bien mantenida carretera real, tendida al pié de la cordillera de Tmolo, veíanse fértiles campiñas con tierra de labor y árboles de muchas clases; en la ladera, olivos y arrayanes, robles, moreras y viñedos, y á mayor altura, pinos, cipreses y nogales, con higueras y granados cargados de fruta

en el prado. Entre la yerba de éste y el musgo de los montes, crecían flores de varios colores y aromas. De trecho en trecho, hallaba el viajero algunas fuentes cuidadosamente adornadas, al rededor poyos para el descanso, y á ambas orillas, frondosas arboledas, entre los barrancos y arroyos medio enjutos por el calor del verano. En los sitios húmedos y sombríos florecía la adelfa, y en los que el sol quemaba con sus rayos ardientes, mecíanse esbeltas palmeras. Era el cielo azul oscuro, límpido, sin nubes. Limitaban el horizonte al Sud las nevadas cumbres de la cordillera de Tmolo, y al Oeste las azuladas montañas de Sipilos.

En el sitio á donde habian llegado los viajeros, la carretera descendía á través de un bosque de plátanos, en torno de cuyos troncos trepaban hasta la copa, las vides cargadas de uvas. Detuviéronse los jinetes en una de las revueltas del camino, que ofrecía un vasto panorama. A sus pies se extendía situada en el célebrimo valle del Hermos, la capital del antiguo reino lidio, la dorada Sardes, que fué residencia de Kresos. Dominaba las techumbres de caña de las numerosas casas de la ciudad, una roca negra y escarpada, en cuya cúspide se veían á gran distancia elevados edificios de mármol blanco, el célebre alcázar con su triple muralla que lo hacía inexpugnable, al rededor del cual paseó muchos siglos antes el rey Meles, llevando un leon acuestas. Hacia el Sud, la ladera era menos escarpada y estaba cubierta de casas. Al Norte de la acrópolis, á orillas del Pactolos, insigne por el oro de sus arenas, estaba el antiguo palacio de Kresos. La plaza pública que á los admirados viajeros causó impresion parecida á la de un arenal en medio de florido prado, hallábase tambien en la margen del rojizo rio, que corriendo hacia al Oeste, se introducía en angosto valle para bañar los cimientos del gran templo de Kibele. Por fin, hacia el Este habia dilatados jardines,

y en medio de ellos el límpido lago Gigeo, cubierto de lanchas de varios colores, y niveos cisnes, y á la distancia de un cuarto de hora, numerosos cerros artificiales, ó terraplenes, entre los que se distinguian especialmente tres por su altura y circunferencia <sup>56</sup>.

—¿Qué significan estos montones de tierra de forma singular? preguntó Daríos el jefe de la cabalgata, á Prexaspes, el mensajero del rey, que iba á su lado.

—Son los sepulcros de los antiguos reyes de Lidia, contestó éste. El mayor allá á la izquierda, no el de en medio que fué dedicado á los principes esposos Pantea y Abradat, el mayor es el monumento erigido al padre de Kresos, Aliates, por los comerciantes, artesanos y doncellas de Sardes. En las cinco columnas que se ven en la cima, puede leerse la parte que corresponde á los diferentes interesados. Las mozas han sido las que contribuyeron más. Dicen que el abuelo de Giges, era muy aficionado á ellas.

—Entonces el nieto ha degenerado extraordinariamente.

—Lo que parece tanto más raro, cuánto Kresos en su juventud no despreciaba á las mujeres, y los lidios, en general, suelen ser muy dados á los goces del amor. Allá en el valle del Pactolos, cerca del gran lavadero del oro, está el templo de la diosa de Sardes, llamada Kibele ó Má. ¿No ves resaltar los blancos muros sobre el bosque que los rodea? Allí hay muchos recodos y escondrijos frondosos, donde los jóvenes de Sardes, en honor de la diosa, segun dicen, se reúnen á gozar del amor <sup>57</sup>.

—Exactamente como en Babilon durante la fiesta de Milita.

—La misma costumbre reina en la costa de Kipros. Al desembarcar, allá, de regreso de Egipto, fui recibido por una partida de bellisimas jóvenes con dulces cantos, y bailando y tocando el címbalo me conduje-

ron al bosque de la diosa, y luego la más linda muchacha que te puedas imaginar, me condujo á una olorosa tienda de tejido de púrpura, donde nos acogió un lecho de rosas y lirios.

— Así la enfermedad de Bardiya no fastidiará á Zópiros.

— Quien ha de entretenerse más en el bosque de Kibele que junto al paciente. Estoy muy contento de volver á unirme con mi alegre camarada.

— Ya despejará él la atmósfera de melancolía que te envuelve á menudo.

— Reprimiré mi mal humor, por el cual me reconvienes con razon, aunque no estoy de mal talante sin motivo. Kresos dice que solo está de mal humor el perezoso ó flojo para luchar con las contrariedades. Nuestro amigo tiene razon. No quiero que se pueda tachar á Daríos de débil ó perezoso. Ya que no pueda dominar al mundo, sea al menos dueño de mi mismo.

Diciendo esto, el hermoso jóven se irguió en la silla; su compañero, mirándole asombrado, exclamó:

— A fe, hijo de Histaspes, creo que estás destinado á grandes cosas. No en balde, cuando eras niño aún, enviaron los dioses aquel ensueño á su predilecto Kiros, por el cual éste te hizo custodiar por tu padre.

— Y sin embargo, aún no me han salido las alas.

— A tu cuerpo no, pero sí á tu espíritu. ¡Cuidado, muchacho!... Mira que tomas peligroso camino.

— ¿Ha de temer el abismo quien tiene alas?

— Sí, porque sus fuerzas pueden faltarle.

— Yo soy robusto.

— Hombres más fuertes aún, tratarán de cortarte esas alas.

— Que vengan. Yo sé que sólo amo la justicia, y fio en mi estrella.

— ¿Y sabes como se llama esta?

— Presidió á la hora de mi nacimiento y Anahita (1) es su nombre.

— Creo conocerla mejor. Ardiente ambicion se llama el sol, cuyos rayos son meta de tus acciones. ¡ Mucho cuidado, jóven! Yo tambien anduve un tiempo por aquella senda que conduce á la gloria ó á la infamia, pero raras veces á la verdadera felicidad. El ambicioso se parece á un sediento que intenta apagar la sed con agua salada. Cuánta más gloria alcanza, mayor es su avidez de gloria y grandeza. Yo de pobre soldado, llegué á ser el mensajero de Kambises. A tí ¿ qué te queda por alcanzar, si hoy mismo, fuera de los hijos de Kiros, no hay otro superior á tí? Mas si no me engañan mis ojos, allí avanzan Zópiros y Giges al frente de aquel peloton de caballos que nos viene al encuentro desde la ciudad. El *angar* que saliò antes que nosotros, habrá dado aviso de nuestra llegada.

— Sí, son ellos.

— ¡ Mira como viene el petulante Zópiros blandiendo el ramo de encina que acaba de arrancar!

— ¡ Ea, mozos! cortadnos unos ramos de este arbus-to. Bien. Responderemos con purpúreas granadas á la verde encina.

Pocos minutos despues, Daríos y Prexaspes abrazaron á sus amigos. Luego cabalgando juntos todos, atravesaron los jardines que rodeaban el lago Gigeo, el sitio de recreo de los habitantes de Sardes, para entrar en la populosa ciudad, cuyos vecinos salian en tropel á pasearse extramuros en aquella hora, en que el sol declinaba y refrescaba el viento. Aquí corrian tras las mozas muy adornadas y peripuestas, guerre-ros lidios con yelmos ricamente adornados, y soldados persas con sus tiaras cilíndricas. Más allá las niñeras

---

(1) Venus.

conducian á los niños al lago á echar pan á los cisnes. Bajo un plátano estaba un pobre viejo ciego entonando melancólicos cantares, ante numeroso auditorio, al son de la magadis, la lira lidia de veinte cuerdas. Los jóvenes se divertían jugando á bolos y dados <sup>58</sup>, y unas muchachas ya bastante crecidas, iban chillando por allí cada vez que les daba la pelota en la cabeza ó les caía al agua.

Los forasteros persas no hicieron caso alguno de este variadísimo y pintoresco espectáculo, que en otra ocasión no hubiera dejado de divertirles mucho; iban preocupados oyendo la relación de sus amigos, referente á Bardiya y á su enfermedad, que por fortuna había terminado.

Salióles al encuentro en la misma puerta del palacio (donde antes que él había vivido Kresos,) el sátrapa de Sardes, Oroetes, hombre muy guapo, de ojos negros, pequeños, penetrantes, que parecían echar saetas por debajo las largas cejas pintadas. Lucía un traje de corte, harto suntuoso.

La satrapía de Oroetes era una de las más importantes y productivas de todo el reino. Su corte parecía la de Kambises por su esplendor y riqueza, si bien no era tan crecido el número de sirvientes y mujeres como el del rey. Hallaron no obstante nuestros jinetes en la puerta de palacio, multitud de guardias, esclavos, eunucos y empleados ricamente vestidos.

El palacio del gobernador podía aún llamarse magnífico; en los tiempos en que lo habitaba Kresos, había sido el más espléndido de todos los regios alcázares; mas después de la toma de Sardes, el conquistador persa se llevó las riquezas del destronado á su tesoro de Pasargadas, y las obras de éste más bellas, fueron destruidas por las bárbaras manos de los soldados de Kiros. Después de aquella época de terror, los lidios habían ido desenterrando sus tesoros escondidos, y



con su industria y comercio consiguieron durante los pocos años de paz bajo los reinados de Kiros y Cambises, que Sardes pudiese considerarse otra vez como una de las ciudades mas opulentas del Asia menor, y por ende del mundo entero.

Darios y Prexaspes, aunque acostumbrados á la suntuosidad de una corte real, se admiraron sin embargo de la belleza y esplendidez de la casa del sátrapa. Parecióles especialmente muy precioso el mármol artísticamente labrado, como no le habia en Babilon, ni en Susa, ni en Ecbatana, donde los ladrillos cocidos y la madera de cedro, suplian los sillares pulimentados de caliza primitiva <sup>59</sup>.

Al entrar en la sala los recién llegados, hallaron al pálido Bardiya tendiéndoles los brazos desde el colchon en que descansaba.

Despues de refocilarse en la mesa del sátrapa, los amigos se fueron al aposento del convaleciente para poder hablar con mayor libertad. En cuanto se hubieron sentado, Darios dijo á Bardiya:

— Ante todo me has de contar ahora cómo cogiste esa picara enfermedad.

— Partimos de Babilon, como sabeis, en perfecta salud, y marchamos sin interrupcion hasta Germa, pequeña villa situada sobre el Sangario. Cansados del viaje, tostados por el sol de Jordat (1) y súcios del polvo de la carretera, nos apeamos; despues de desnudarnos, nos echamos al rio que claro y límpido se deslizaba junto á la estacion, convidando á tomar un baño. Giges nos reconvino por nuestra imprudencia; pero nosotros fiando en lo curtido de nuestra piel, no le hicimos caso, y hétenos nadando alegremente en las verdosas ondas. Con su calma de siempre, Giges

---

(1) Mayo.

dejó que hiciéramos, y cuando estuvimos listos, se desnudó él y se echó también al agua.

Dos horas más tarde estábamos otra vez en las sillas, corriendo por la carretera como si se tratase de salvar la vida, mudando de caballería á cada estacion, y haciendo de la noche dia.

Cerca de Ipsus sentí intensos dolores en la cabeza y en las articulaciones, mas por vergüenza me callé y me mantuve erguido hasta el instante de montar en los caballos de relevo en Bagis. Cuando intenté saltar á la silla, faltáronme las fuerzas y caí al suelo sin sentido.

— Buen susto nos llevamos al verte caer, dijo Zópiros; por fortuna se hallaba Giges conmigo. A mí se me fué la cabeza por completo, pero Giges conservaba toda su serenidad y despues de permitirse algun desahogo con palabras nada lisonjeras para nosotros, tomó sus disposiciones con la circunspeccion de un general. El médico que acudió, aseguró el muy animal que no habia para Bardiya salvacion posible; en cambio hubo para él una tremenda paliza.

— Que aceptó de buena gana, dijo riendo el sátrapa, ya que mandaste cubrir con estateres de oro todos sus cardenales.

— Con mi aficion á los porrazos, llevo gastado mucho dinero, pero continuemos. En cuanto Bardiya volvió á abrir los ojos, Giges me encargó corriese á Sardes en busca de un buen médico y un cómodo carruaje. Llevé á cabo una hazaña como jinete, que no es fácil que nadie repita. A una hora de la ciudad, mi tercer caballo cayó reventado, y yo corrí á todo correr hasta llegar al portal. Los que pasaban me tuvieron sin duda por loco. Al primer hombre montado que encontré, que fué un comerciante de Kelene, le cogí el caballo, me planté de un salto en la silla y al dia siguiente antes de amanecer, estaba de vuelta con el médico más

hábil de Sardes y el mejor carruaje de Oroetes, al lado del enfermo. A éste le llevamos despacio á esta casa donde tuvo en seguida una calentura intensa con delirio. Soltaba los mayores disparates de que es capaz un cerebro humano, y nos hizo pasar una angustia tan cruel, que sudo con sólo recordarla.

Aquí Bardiya tomó la mano de su amigo, y dijo á Daríos:

— A él y á Giges debo la vida. Hasta el momento de salir á recibiros, no me han abandonado ni un minuto; me cuidaban como una madre á su hijo. También á tí, Oroetes, te estoy obligado por tu bondad y doblemente porque te causé algunos disgustos.

— ¿Cómo puede ser esto? preguntó Daríos.

— Aquel Polikrates de Samos, cuyo nombre oímos mencionar tantas veces en Egipto, tiene consigo el más célebre médico de Grecia. Pues bien, viéndome enfermo en su casa, Oroetes escribe á Demokedes haciéndole promesas enormes para que venga inmediatamente á Sardes. Los piratas sámios que infestan toda la costa jonia, cogen al mensajero y remiten la carta de Oroetes á su amo Polikrates. Éste la abre y manda volverse al mensajero con el recado de que tenia á sueldo á Demokedes, y por lo tanto que si Oroetes queria servirse del médico debia dirigirse á él, Polikrates. Nuestro generoso amigo se humilló por causa mia rogando al samio que se dignara enviar su médico á Sardes.

— ¿Y Polikrates? preguntó Prexaspes.

— El soberbio soberano isleño envió inmediatamente al profesor, quien me ha restablecido como veis y ha salido de Sardes hace pocos dias, recompensado ricamente.

— Por lo demas, dijo Zópiros interrumpiendo al príncipe, comprendo muy bien por qué el samio no gusta de separarse de su médico. Dígame, Daríos, que

como aquel hombre no existe otro. Es hermoso como Minucher, inteligente como Piran Visa, fuerte como Rustem, socorrido como el sama sagrado! Si hubieses visto con qué destreza tiraba ciertas ruedas metálicas que llamaba discos! Yo no soy flojo ¿verdad? Pues me derribó lindamente tras corta lucha. ¿Y sus chascarrillos y cuentos? ¡Qué bien sabia contarlos!... Pero cuentos que te bailaba el alma en el cuerpo oyéndolos...

—Nosotros conocemos a un hombre parecido, dijo Daríos, a quien divertía el entusiasmo de Zópiros; Fanes el ateniense, aquel que llegó tan oportunamente para probar nuestra inocencia.

—Demokedes el médico, es de Croton, pueblo que debe de estar cerca del ocaso.

—Pero, añadió Oroetes, hay allí griegos lo mismo que en Atenas. Guardaos de esos hombres, mis jóvenes amigos, porque no son menos astutos, mentirosos e interesados, que robustos, inteligentes y bellos.

—Demokedes es generoso y veraz, exclamó Zópiros.

—Y a Fanes le tiene por hombre de tanta virtud como valía el mismo Kresos.

—También Sappó, dijo Bardiya confirmando el aserto de Daríos, solo habló del ateniense con elogio. Mas dejemos a los helenos, a los que Oroetes no puede sufrir porque le dan mucho que hacer con su rebeldía.

—Los dioses lo saben, suspiró el sátrapa. Una ciudad griega es más difícil de contener que todos los pueblos que hay entre el Éufrates y el Tigris.

Mientras el sátrapa decía esto, Zópiros se había asomado a la ventana e interrumpiendo a aquel, dijo:

—Las estrellas están ya muy altas y Bardiya necesita descansar; date prisa pues, Daríos, en contarnos los acontecimientos de casa.

El hijo de Histaspes hizo una seña de asentimiento

y refirió los sucesos que ya conocemos. La muerte de Nitetis causó verdadero pesar á Bardiya, y el descubierto engaño de Amasis, llenó á todos los presentes de asombro é indignacion.

— Despues de haberse probado de un modo irrefutable la verdadera procedencia de la difunta, (prosiguió el narrador tras corta pausa), Kambises pareció como transformado. Nos convocó á todos para el consejo de guerra y en el banquete se le vió otra vez en traje de ceremonia, en lugar de los vestidos de luto. Ya podeis figuraros el júbilo con que fué acogida la esperanza de una guerra con Egipto. El mismo Kresos, que quiere bien á Amasis y siempre que puede aconseja la paz, nada tuvo que objetar en este caso. A la mañana siguiente, como de costumbre, reflexionamos de nuevo serenos, sobre lo resuelto en estado de embriaguez. Despues de manifestarse varias y diversas opiniones, Fanes pidió la palabra y habló cosa de una hora. ¡Pero cómo!... Parecia que los dioses iban poniendo en su boca palabra por palabra. Nuestra lengua, que ha aprendido en poco tiempo, brotaba como miel de sus labios. Ya nos hacia llorar á todos á lágrima viva, ya provocaba tempestuoso aplauso ó nos arrancaba del pecho atroces exclamaciones de rabia. Sus gestos eran agraciados como los de una danza, y no obstante varoniles y majestuosos. No acierto á reproducir su discurso, porque mis palabras comparadas con las suyas serian como pandereteo comparado con el trueno. Cuando por fin ébrios de entusiasmo, y en el mayor arrebató, hubimos resuelto la guerra por unanimidad, Fanes tomó otra vez la palabra para indicar los medios conducentes á más fácil victoria.

Al llegar aquí hubo de detenerse Daríos, porque Zópiros le abrazó con arrebatadas exclamaciones, á las que se asociaron tambien Bardiya, Giges y el sátrapa Oroetes, instigando al narrador á que concluyera.

—En el mes de Farvardin (1), continuó el joven, nuestros ejércitos deben hallarse en las fronteras de Egipto, porque en Murdad (2) el Nilo sale de madre y dificultará la marcha de la infantería. Fanes se halla ahora camino de Arabia con el objeto de pactar una alianza con los hijos del desierto para que proporcionen á nuestro ejército agua y guías por su país, desprovisto de fuentes. Quiere además atraerse la rica isla de Kipros que conquistó un día para Amasis; por su mediación los reyes de la isla conservaron sus coronas y ahora seguirán sus consejos. El ateniense cuida de todo. Conoce los caminos y senderos, como si fuera el sol, cuya vista abarca la tierra. También nos enseñó el plano de todos los países en una plancha de cobre.

Oroetes movió la cabeza y dijo:

—También yo poseo semejante cuadro del mundo. Lo ha trazado un milesio llamado Hecateo<sup>60</sup> que no hace más que viajar, y me lo dejó por un salvo-conducto que le di.

—¿Qué no discurren esos helenos? exclamó Zópiros que no acertaba á imaginar qué figura podía tener el trazado de la tierra.

—Mañana te enseñaré mi plancha de cobre, dijo Oroetes, pero no volvamos ahora á interrumpir á Daríos.

—Fanes se marchó pues á Arabia, prosiguió éste, mientras Prexaspes partía no sólo para encargarte á ti, Oroetes, que reclutaras el mayor número de soldados posible, especialmente jonios y carios, cuyo mando tendrá el ateniense, sino también para ofrecer á Polikrates una alianza con nosotros.

—¿Una alianza con ese pirata? preguntó Oroetes con ceño.

---

(1) Marzo.

(2) Julio.

— Con el mismo, dijo Prexaspes, haciendo como que no advertía el mohín de Oroetes. Fanés alcanzó ya de ese propietario de tan buenos barcos, ciertas seguridades que prometen buen éxito á su embajada.

— Los buques de guerra fenicios, sirios y jonios bastarían á vencer la armada egipcia.

— Ciertamente, pero si Polikrates se armase contra nosotros, nos sería difícil sostenernos en el mar. ¿ No dijiste tú mismo que reina á su antojo en el Egeo ?

— Sin embargo, desapruébo todo pacto con el pirata.

— Buscamos ante todo fuertes aliados, y el poder marítimo de Polikrates es grande. Sólo cuando poseamos Egipto con su ayuda, llegará el tiempo de humillar su soberbia. Por ahora te ruego que reprimas tu rencor personal y no pienses sino en el éxito de nuestro gran proyecto. Te digo esto en nombre del rey cuyo anillo llevo con el mandato de enseñártelo.

Oroetes hizo una corta reverencia ante aquel signo de la soberanía y preguntó :

— ¿ Qué quiere de mí Kambises ?

— Manda que hagas todo lo posible para que se lleve á cabo aquella alianza con el samio y que envíes pronto tus tropas á juntarse con el gran ejército en el llano de Babilon .

El sátrapa se inclinó y salió con ademán de despecho.

En cuanto sus pasos dejaron de resonar en el pórtico del pátio interior, Zópiros exclamó :

— ¡ Pobre hombre !... es duro para él tener que tratar benévolaente al soberbio que por su parte se permitió tratarle con insolencia. Acordaos de la historia del médico.

— Eres demasiado indulgente, replicó Daríos. No me gusta este hombre. Así no se recibe una orden del rey. ¿ No habeis reparado como se mordía los labios cuando Prexaspes le enseñó el anillo del soberano ?

—Este hombre tiene un génio arrogante, dijo tambien el mensajero. Salió tan aprisa porque no podia domeñar más su cólera.

—A pesar de todo te suplico, rogó Bardiya, no digas nada á mi hermano de la conducta del sátrapa, pues le estoy agradecido.

Prexaspes se inclinó, pero Daríos dijo:

—De todos modos conviene vigilar á este hombre. Precisamente en este punto, tan lejos de la puerta del rey, en medio de pueblos hostiles, necesitaríamos de gobernadores más dispuestos á obedecer á su soberano que este Oroetes, que se figura ser rey de Lidia.

—¿Estás irritado contra el sátrapa? preguntó Zópiros.

—¡Creo que sí! Apenas veo alguien siento por él, desde el primer momento, simpatia ó aversion. Este sentimiento repentino é inexplicable me ha engañado raras veces. Oroetes me era antipático antes de oír una sola palabra de su boca. Lo mismo me sucedió con el egipcio Psamtik, mientras me senti atraído por Amasis.

—Vaya, tu carácter es muy distinto del nuestro, dijo riendo Zópiros. Pero ahora hazme el favor de dejar en paz al pobre Oroetes, y ya que se ha ido, puedes hablar con mayor franqueza de las cosas de casa. ¿Qué hace Kasandana y tu adorada Atosa? ¿Cómo está Kresos? ¿Qué tal mis mujeres? Pronto tendrán una nueva compañera, porque llevo el propósito de cortejar á la linda hija de Oroetes. Con los ojos ya nos hemos dicho muchas cosas de cariño. No sé si hablamos persa ó sirio; mas nos hemos dicho las cosas mas agradables.

Los amigos rieron y Daríos participando de la hilaridad general, exclamó:

—Ahora vais á oír una noticia grata que me habia



reservado para postre. Hé , Bardiya , aguza los oídos. Tu madre, la noble Kasandana, ha recobrado la vista. Sí , sí , es la pura verdad. ¿ Quién la ha curado ? Quien sino el melancólico egipcio que ahora se ha puesto aún más tétrico que antes. Tranquilizaos y dejadme contar , si no, llegará el alba antes que Bardiya pueda dormir. Es verdad que podríamos dar por terminada la conversacion , porque lo mejor ya lo habeis oído y podeis soñar con ello. ¿ No quereis ? Entónces he de continuar , por Mitra , aunque me duela el alma.

Empezaré por el rey, quien , mientras Fanes estaba en Babilon , parecia haber olvidado su dolor por la egipcia. El ateniense no le abandonó nunca. Eran tan inseparables como Reksch y Rustem. En esta compañía no le quedaba tiempo á Kambises para la afliccion, porque el heleno tenia á cada momento ocurrencias nuevas y entretenia admirablemente no sólo al rey , sino á nosotros todos. No habia nadie que no le quisiera, porque nadie podia envidiarle la suerte, me parece, pues en cuanto estaba un momento sólo , se cuajaban sus ojos de lágrimas por su hijo asesinado ; de aqui que su jovialidad que sabia comunicar hasta á tu grave hermano , querido Bardiya, fuera más digna de admiracion.

Todas las mañanas iba con Kambises y nosotros todos al Éufrates y gozábase en los ejercicios de los muchachos ajemenidas. Cuando vió á los mozuelos correr á caballo por delante de los montones de arena destrozando con sus flechas las ollas colocadas encima, cuando observó como se tiraban trozos de madera y evitaban el golpe hábilmente , confesó que no sabia imitarlos, pero en cambio nos desafió á todos en la lucha y el tiro de lanzas. Vivo como es , saltó enseguida del caballo, arrojó, sin vergüenza , los vestidos y tiró, con júbilo de los muchachos , á su maestro de lucha en la arena cual ligera pluma. Luego venció á un gran nú-

mero de fanfarrones, y me habria vencido tambien, á no estar ya cansado. Por lo demás os aseguro que soy más fuerte que él, pues levanto piedras más pesadas, pero el ateniense es igual á una anguila en agilidad y enlaza á sus adversarios con maniobras maravillosas. Su desnudez le ayudaba tambien mucho y por cierto que si no fuese indecente <sup>61</sup>, deberia lucharse siempre sin vestidos y aun untándose la piel con aceite de olivas como hacen los helenos. En el tiro de lanza nos superó tambien, pero la flecha del rey, quien como sabeis se precia de ser el mejor tirador de Persia, alcanzó más lejos que la suya. Alabó muchísimo nuestra costumbre de que despues de la lucha el vencido deba besar la mano al vencedor. Despues nos enseñó un nuevo ejercicio, el pugilato; mas no quiso comprobar su utilidad en un caballero, y el rey mandó por el más alto y más fuerte de todos los mozos de servicio, Besos, mi mozo de cuadra, quien con sus brazos de gigante aprieta tan fuertemente los miembros traseros de un caballo que el animal tiembla y es incapaz de menearse. El colosal matasiete, á quien Fanes apenas llega al hombro, se encogió riendo cuando vió que habia de pelearse á puñadas con el pequeño señor extranjero. Seguro de la victoria, se puso en frente del ateniense arrimándole un puñetazo que habria muerto á un elefante; Fanes, empero, lo eludió, y en el mismo momento asestóle al gigante con el puño cerrado un golpe tan tremendo bajo los ojos que le salió un chorro de sangre de la boca y nariz y vino al suelo el coloso dando ayes de dolor. Levantáronlo y su cara parecia una calabaza verdosa y azulada.

Los muchachos se divirtieron mucho con aquel lance y nosotros admiramos la destreza del heleno, no sin sentir gran alegría viendo al rey de buen humor, que se manifestaba particularmente cuando Fanes se entretenia en cantarle al compás de la lira, alegres coplas y bailes griegos.

Entretanto Kasandana habia recobrado la vista por arte del egipcio Nebenjari, suceso que naturalmente contribuyó mucho á disipar aún mas la melancolía del rey. Bogábamos viento en popa y ya estaba á punto de pedir la mano de Atosa, pero en esto Fanes partió para Arabia y hubo una completa mutacion de escena. Pues en cuanto el ateniense hubo salido de Babilon, todos los malos devas parecian haberse apoderado del rey. Taciturno y téttrico iba por allí sin decir palabra, y para ahogar su melancolía dióse á beber con tal exceso que ya por la mañana engullia tarros enteros del fuerte vino de Siria. Por la noche estaba tan ébrio que habia que sacarle en brazos de la sala de los banquetes, y al despertar se veia acometido de convulsiones y dolores de cabeza. De dia le hubierais visto ir de un lado para otro, como quien busca algo y por la noche se le oia pronunciar á menudo el nombre de Nitetis. Los médicos, temiendo por su salud, propináronle algunos medicamentos, pero él los tiraba. Kresos tenia razon al decirles un dia: «Antes de pensar en el tratamiento, señores magos y caldeos, es preciso averiguar donde reside el mal. ¿Lo sabeis? ¿No?... Pues yo os lo diré. El rey padece de un mal interno y de una herida. El primero se llama fastidio, y la segunda está en el corazon. Contra aquel es remedio el ateniense; contra esta, no sé ninguno; la experiencia enseña que semejantes heridas ó se cicatrizan espontáneamente ó matan, produciendo una hemorragia interna.» «Me parece que yo sabria una medicina para el rey, exclamó Otanes que habia oido las palabras de Kresos. Deberíamos persuadirle á que llamase de Susa á sus mujeres ó al menos á mi hija Fedima. El amor disipa la melancolía y acelera el curso de la sangre.» Dimos la razon al orador y le excitamos á que recordára al rey á sus mujeres desterradas. Otanes aventuró la proposicion estando en el banquete,

pero recibió una contestacion tan dura que nos pesó á todos. Pocos dias despues , mandó cierta mañana Kambises que fueran á verle todos los mobedes y magos para que le interpretaran un raro ensueño que habia tenido.

Habia soñado que se encontraba en medio de una árida llanura que semejante al piso de una era , no producía ni un solo tallo de trigo. Mohino por el aspecto triste de aquel desierto lugar , iba en busca de otro sitio más fértil, cuando pareció Atosa corriendo, sin verle á él , hácia un manantial que de repente , como por hechizo , brotó con alegre murmullo del árido terreno. Asombrado miraba el espectáculo , observando que donde quiera puso el pié su hermana, elevábanse esbeltos terebintos <sup>62</sup>, que crecian é iban transformándose en cipreses cuyos vértices tocaban al cielo. Quiso dirigir la palabra á Atosa y despertó.

Los mobedes y caldeos , despues de madura deliberacion , interpretaron el ensueño en el sentido de que Atosa se veria favorecida de la suerte en todas sus empresas.

Kambises se dió por satisfecho con tal respuesta , pero á la noche siguiente tuvo una vision parecida y entonces amenazó de muerte á los mobedes si no le daban otra interpretacion.

Los sabios meditaron mucho y respondieron finalmente que Atosa llegaria á ser reina y madre de príncipes poderosos.

Con esto quedó satisfecho el rey , y contónos sus ensueños sonriendo de un modo particular. Kasandana me llamó el mismo dia y me dijo que si tenia en algo la vida , renunciara á toda esperanza de poseer á Atosa.

En el momento de salir del jardin de la augusta anciana , vi á la niña detrás de un grupo de granados. Me hizo una seña y fui á su encuentro. Olvidamos el

peligro y el dolor, y por fin nos despedimos para siempre.

Ya lo sabeis todo. Y ahora que renuncié á aquella linda criatura, y seria demencia pensar más en ella, he de esforzarme por no caer, como el rey, en la melancolia por una mujer. Tal es el final de esta historia, cuya conclusion ya esperábamos cuando condenado á muerte, la rosa de mi amada me hizo el más feliz de los hombres. Si entonces en aquel instante supremo no os hubiese revelado mi secreto, lo habria llevado á la tumba conmigo. Pero, ¿qué estoy diciendo? De vuestra discrecion puedo estar seguro y sólo os ruego que no me mireis con tanta compasion. Creo que todavía soy digno de envidia porque he gozado una hora de dicha tal, que compensa cien años de miseria. Os doy las gracias, muchas gracias, más dejadme acabar.

Tres dias despues de haberme despedido de Atosa, hube de casarme con Artistone, la hija de Gobrias. Es bella y haria feliz á cualquier otro hombre. Al dia siguiente de la boda, llegó el angar que trajo á Babilon la noticia de la enfermedad de Bardiya, y entonces tomé una rápida resolution. Rogué al rey que me permitiera buscarte, cuidarte y precaverte contra el peligro que amenazaria tu vida en Egipto, y á pesar de las objeciones de mi suegro, me despedí de mi nueva esposa y corrí sin dilacion en compañía de Prexaspes á tu lado, amigo Bardiya, para acompañarte á Egipto con Zópiros, mientras Giges irá de intérprete á Samos con el embajador. Así lo manda el rey cuyo talante ha mejorado en los últimos dias, porque se distrae con la inspeccion de las tropas que van llegando, y los caldeos le aseguran que el planeta Adar que pertenece á su dios de la guerra Janon (1) pronostica una

---

(1) Marte.

gran victoria á las armas persas. ¿ Cuando piensas que podrás partir , Bardiya ?

— Mañana si quieres , respondió éste ; los médicos dijeron que el viaje por mar me haria bien. El viaje por tierra hasta Esmirna , es muy corto.

— Y yo te aseguro , añadió Zópiros , que tu novia te curará más pronto que todos los médicos del mundo.

— Partamos pues , dentro tres dias , dijo Daríos reflexionando , porque antes tenemos aún muchas cosas que arreglar. Considerad que es como si entráramos en un país enemigo. Segun discurro , me parece que Bardiya debe presentarse como negociante de alfombras de Babilon , yo como hermano suyo , y Zópiros hará de mercader de rojo de Sardes <sup>63</sup>.

— ¿ Y no podríamos presentarnos como guerreros ? preguntó Zópiros. Seria vergonzoso ser tenido por embustero mercachifle. ¿ Qué os parece ?... ¿ Si nos dijéramos soldados lidios que escapamos á un castigo y pretendemos formar parte del ejército egipcio ?

— Esta proposicion parece aceptable , dijo Bardiya. Tambien creo que por nuestra parte , antes nos tendrían por guerreros que por mercaderes.

— Esto no es razon , replicó Giges. Un comerciante y naviero griego , anda con tal arrogancia , como si el mundo entero le perteneciese. Por lo demas , no me parece mala la proposicion.

— Bueno , pues , dijo Daríos cediendo. Entonces Oroetes nos proporcionará trajes de taxiarjos lidios <sup>64</sup>.

— ¿ Y por qué no las insignias de jiliarjos ? preguntó Giges ; vuestra juventud os hará sospechosos.

— ¡ Pero no querrás que vayamos como soldados rasos !

— No , pero podeis ir como hekatontarjos.

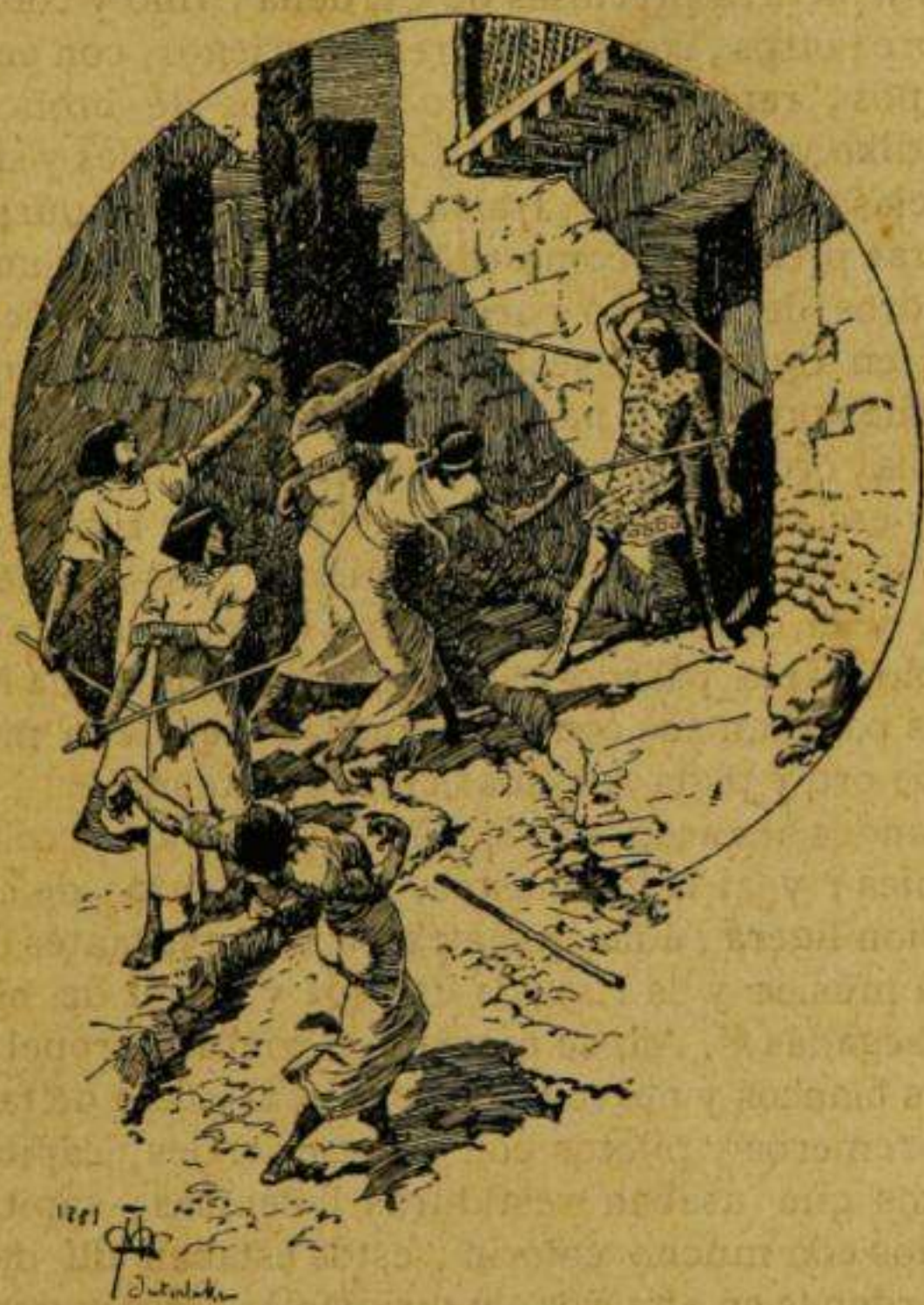
— Bueno , dijo Zópiros riendo ; con tal de no pasar por mercachifle. Dentro tres dias , partiremos pues ; me place que me quede tiempo para asegurarme la

hijita de ese sátrapa, y visitar por fin el bosque de Kibele que hace tiempo deseo conocer. Buenas noches, Bardiya. Que no madrugues... ¡he!... ¿Qué diría Sapfò si te viese con las mejillas pálidas?









## CAPÍTULO X.

**R** EINABA en Náukratis la canícula , y habia amanecido el dia caluroso. El Nilo salido de su cauce, inundaba los campos y huertas.

Hormigueaba en los puertos de las bocas del rio infinidad de barcos : unos , como los buques egipcios, tripulados por los colonizadores fenicios de la costa del delta , cargados de los finos tejidos de Malta , me-

tales y piedras preciosas de Cerdeña , vino y cobre de Chipre ; otros , como los triremes griegos , con aceites y vinos , ramas de lentisco , objetos de bronce de Jalkidike y tejidos de lana. Las naves fenicias y sirias, de velas multicolores , traian cobre , estaño , púrpura, piedras preciosas , comestibles , cristalería , alfombras y cedros del Libano para la construccion de casas, pues en Egipto escaseaba la madera. Arribaban allí con tales productos para canjearlos por los tesoros de Etiopía , oro, márfil , ébano, pájaros tropicales, pedrerias y esclavos negros , y por el trigo de Egipto , de fama universal , los coches de Menfis , los encajes de Sais , y el delicado papiro. Pero la época del mútuo cambio habia pasado ya , y los comerciantes de Náukratis pagaban sus compras muchas veces con monedas de oro y plata , pesadas cuidadosamente.

Grandes almacenes rodeaban el puerto de la colonia helénica , y al lado de estos, veíanse casas de construccion ligera , á las que atraia á los navegantes ociosos la música y la risa , la mirada y la voz de ninfas enjalbegadas <sup>65</sup>. Allí se movian en confuso tropel , esclavos blancos y negros , dedicados al oficio de faquines , remeros y pilotos con diversos trajes , capitanes griegos que usaban vestiduras helénicas , capitanes fenicios con mucho colorin ; estos estaban allí dando sus órdenes en alta voz , y dirigian la carga y descarga. Cuando surgia una disputa , acudian luego los agentes de órden público egipcios , armados de sus largos bastones , y los del portazgo , empleados helenos del gremio de comerciantes de esta colonia milesia.

La gente iba retirándose del puerto, porque se acercaba la hora de abrirse el mercado, y el heleno libre no dejaba fácilmente de acudir á él <sup>66</sup>. Aquel dia, empero, muchos curiosos se quedaban á presenciar el arribo de una nave sámia de hermosa construccion y largo

cuello de cisne, llamada la *Okeia* (la veloz) que lucia en la proa una imágen de palo de la diosa Hera. Llamaban especialmente la atencion tres gallardos jóvenes que salieron del trireme en traje de guerreros lidios. Seguíanles varios esclavos con cajas y bultos.

El más guapo de los tres, que, como el lector ya supondrá, eran nuestros jóvenes amigos, Darios, Bar-diya y Zópiros, fuése hácia un guarda rogándole que le indicara la casa de Teopompos de Mileto su huésped. El empleado, muy servicial y cortés, como todos los griegos, se puso al frente de los recién-venidos, y les condujo por el mercado que iba á abrirse, segun anunciaba el toque de una campana, hácia una casa magnífica, propiedad del más importante vecino de Náukratis, el milesio Teopompos.

Mas los jóvenes no consiguieron atravesar el mercado sin detenerse. Escaparon ciertamente á la insolente importunidad de las pescaderas, y á las insinuaciones de carniceros, choriceros, vendedores de hortalizas, cacharrereros y panaderos, pero cuando se acercaron al puesto de las floristas <sup>67</sup>, Zópiros dió rícias palmadas de gozo, al fijarse en el encantador espectáculo que se le ofrecia.

Tres lindísimas mozuelas, que vestian blancas túnicas casi transparentes, con ribetes de color, sentadas en sillas bajas, y rodeadas de flores, se entretenian en tejer una gran corona de rosas, violetas y azahar. Sus bellas cabecitas ceñidas de flores, se parecian á los tres pimpollos que se adelantó á presentar á nuestros amigos, la que habia reparado en ellos antes que las demas.

— Compradme mis rosas, galantes señores, para prenderlas en el cabello de vuestras amadas, dijo con voz clara y sonora.

Zópiros las tomó, y cogiendo la mano de la muchacha, dijo:

—Acabo de llegar de muy lejos, hermosa niña, y aún no tengo quien me quiera en Náukratis: deja pues, que coloque estas rosas en tu propio dorado cabello, y ese doblon en tu blanca manecita.

La moza soltó una carcajada, y mostrando el exorbitante don <sup>68</sup> á sus hermanas, exclamó:

—Por Eros, á jóvenes como vosotros, no han de faltar amigas. ¿Sois hermanos?

—¡No!

—¡Qué lástima!... Nosotras somos hermanas.

—¿Y crees que haríamos tres buenas parejas?

—Tal vez lo pensaba, pero no lo he dicho.

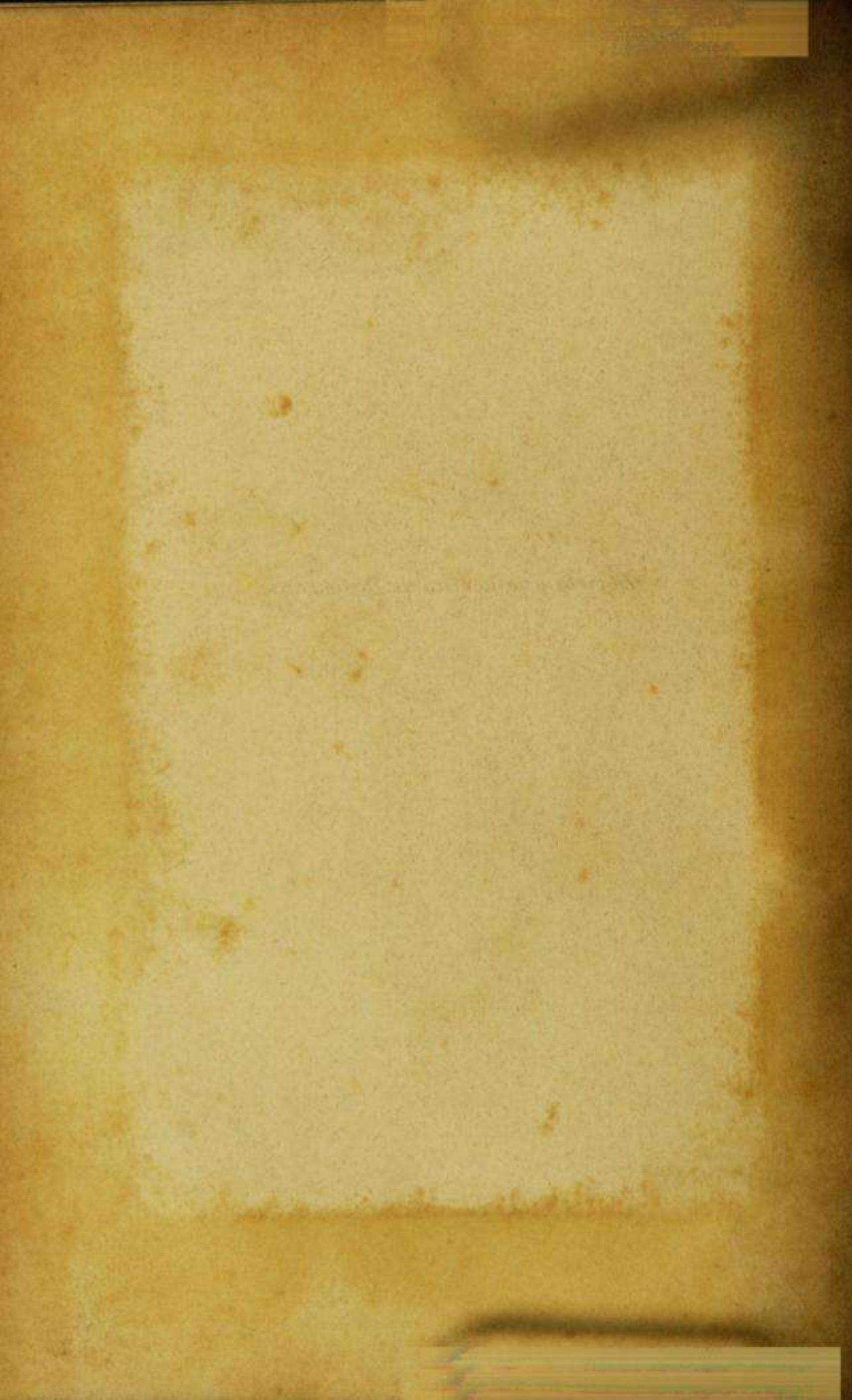
—¿Y tus hermanas?

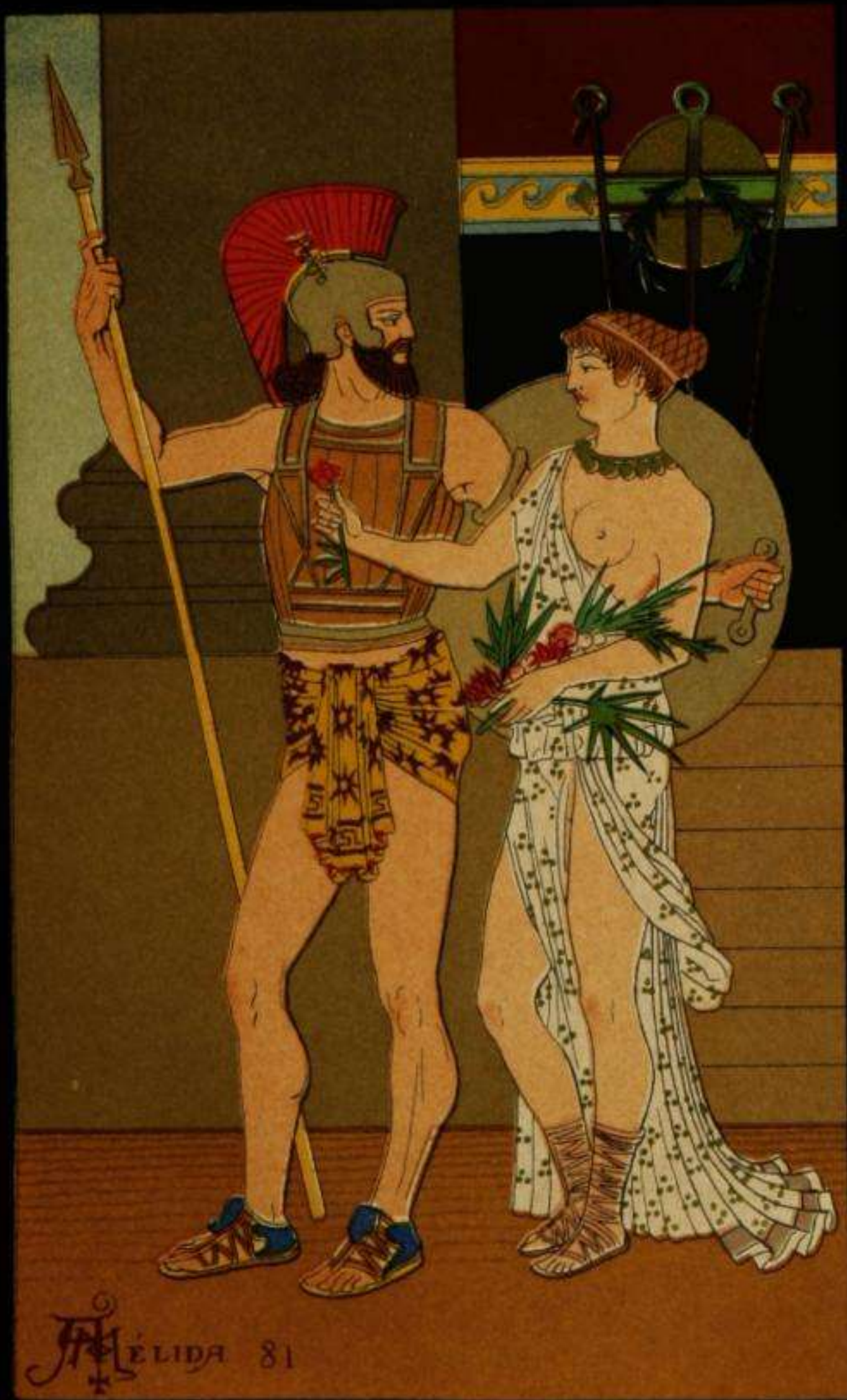
Las muchachas se rieron, pues no les habria disgustado semejante compañía, y ofrecieron tambien pimpollos de rosas á Bardiya y á Daríos. Estos aceptaron el presente, y regalaron como Zópiros, sendos doblones á las bellas, que no les soltaron hasta que hubieron adornado el casco de cada uno con una corona de verde laurel.

La nueva de la rara generosidad de los extranjeros se esparció rápidamente entre las mozas que vendian en aquel lugar, cintas, flores y guirnaldas. Todas les ofrecian rosas invitándoles á detenerse y á comprar, con miradas y palabras. A Zópiros le hubiera gustado quedarse más tiempo entre ellas, como hacian muchos señoritos de Náukratis, porque todas eran hermosas y de fácil conquista, más Daríos le empujaba hácia fuera, y rogó á Bardiya que prohibiese á su casquivano compañero que se detuviera más. Pasando por delante de las mesas de los cambistas y de los ciudadanos, que en sus poyos de piedra celebraban consejo al aire libre, llegaron á la casa de Teopompos.

En cuanto su guia helénico dió unos golpes en la puerta con el llamador de metal, abrióla un esclavo, y como el dueño estaba en el mercado, el portero, en-

*Lópiros y la florista de Náukratis.*





MELIDA 81





canecido en la casa, condujo á los forasteros á la andronitis, rogándoles que aguardasen allí el regreso de su amo.

Mientras los jóvenes admiraban las bellas pinturas de las paredes, y el artístico mosaico del suelo de la sala, Teopompos, el negociante que hemos conocido ya en casa de Rodopis, regresó del mercado seguido de muchos esclavos que llevaban los objetos adquiridos<sup>69</sup>.

El milesio se acercó á los desconocidos guerreros con graciosa cortesía, y preguntándoles con mucha amabilidad en que les podia ser útil. Bardiya, despues de convencerse de que ningun tercero les oia, entregó á su huésped el rollo que Fanes le habia dado al despedirse de él.

Teopompos, apenas hubo leído la carta, hizo una profunda reverencia al príncipe, y dijo:

— ¡Por Zeus hospitalario! No podia caberme en suerte más grande honor que tu visita. Cuánto tengo es tuyo, y suplico tambien á tus compañeros que se acomoden en mi casa como puedan. Dispénsame si no te he conocido desde luego en tu nuevo traje lidio. Parece que llevas el pelo cortado, y más espesa la barba de cuando saliste de Egipto, ¿verdad? ¿Deseas permanecer incógnito? Como gustes. La mejor hospitalidad es la que concede más libertad al huésped. ¡Oh!... ahora reconozco tambien á tus amigos, que á su vez han cambiado mucho, y como tú llevan el pelo más corto. Hasta afirmaria que tú, amigo mio, cuyo nombre...

— Me llamo Daríos.

— Pues tú, Daríos, has teñido de negro tu cabello... ¿Sí?... Ya veis que mi memoria no me engaña. Con todo, no tengo por qué blasonar de ella, pues os he visto varias veces en Sais, y tambien aquí os he visto llegar y partir. ¿Me preguntas, príncipe, si os cono-

cerán los demás ? Seguramente que no. El traje ajeno, el pelo corto, y las cejas teñidas, os disfrazan admirablemente. Pero, dispensadme un momento; veo que mi viejo portero me hace señas... parece traer una nueva importante...

Pocos minutos despues, Teopompos volvió á entrar diciendo:

— ¡ Amigos míos !... No es este el modo de presentarse en Náukratis, si quereis no ser conocidos. Habéis bromeado con las floristas pagándoles unas pocas rosas, no como fugados hecatontarjos lidios, sino como grandes señorones que sois. Todo Náukratis conoce á las lindas y ligeras hermanas, Estebanica, Clorinda é Irene;... con sus guirnaldas prendieron muchos jóvenes corazones, y con sus dulces miradas sacaron muchas blancas del bolsillo de nuestros hijos calaveras. En las horas de mercado, los jóvenes señores gustan de entretenerse con las floristas, y lo que allí contratan suele pagarse en la quietud de la noche con más de un doblon... mas por una palabra amable ó un par de rosas, son menos generosos de lo que fuisteis. Las niñas se han vanagloriado de vuestros regalos... y enseñaban á sus avaros galanes los brillantes doblones... La fama es una diosa que suele exagerar grandemente, y convierte en cocodrilos los lagartos. Así ha llegado á oídos del capitán egipcio, guardia puesto en el mercado desde que Psamtik con los sacerdotes tiene avasallado á su padre, que tres guerreros lidios recién llegados, repartían oro entre las floristas. Esto pareció sospechoso, é indujo al toparjo (1) á enviar aquí un agente que se informara de vuestra procedencia y venida á Egipto. He tenido que valerme de un embuste para alejar al espía... Cumpliendo vuestros

---

(1) Alcalde.

deseos , he dicho que erais ricos jóvenes de Sardes, que huiais de la cólera del sátrapa... pero ahí viene el empleado con el escribano que os estenderá una cédula , para que podais morar á orillas del Nilo sin riesgo alguno. Le he prometido una buena gratificacion , si quiere interesarse por que ingreseis en la tropa mercenaria de Amasis. Cayó en la trampa,.. me ha creído... Como sois jóvenes , nadie sueña con que sea la vuestra una mision secreta...

Apenas hubo terminado el gárrulo heleno , entró el notario , hombre enjuto y vestido de blanco. Presentóse á los extranjeros y les preguntó por medio de intérprete por su procedencia, y el objeto de su viaje.

Los jóvenes confirmaron su primera declaracion, diciendo que eran tenientes lidios fugados de su patria. Luego rogáronle al agente que les facilitase la entrada en las filas del ejército auxiliar , y les extendiera las cédulas.

Teopompos salió fiador por sus amigos, y el funcionario se apresuró á acceder á su segunda peticion. La cédula de Bardiya decia así :

« Smerdes hijo de Sandon , de Sardes , de 22 años de edad , estatura esbelta y gallarda , cara bien conformada , nariz recta , frente despejada , con una cicatriz en medio, habiéndose presentado por él un fiador, puede permanecer en Egipto, en los puntos en que la ley tolera á los extranjeros. En nombre del rey. — Sajons , escribano. »

Las cédulas de Zópiros y Daríos , fueron redactadas en parecidos términos <sup>7o</sup>.

Cuando los empleados hubieron salido de la casa, Teopompos se frotaba las manos, diciendo :

— Ahora , si seguis mi consejo punto por punto, podreis vivir con seguridad en este país. Guardad estas papeletas como las niñas de vuestros ojos , y no las abandoneis jamas. Vamos á almorzar ahora , y me di-

---

reis si os place , qué hay de cierto en el rumor que cundia por el mercado. Un trireme de Kolofon ha traído la noticia de que tu agosto hermano , noble Bardiya , estaba armándose contra Egipto...

---

En la noche de aquel mismo dia volvieron á verse Bardiya y Sappó. Quedó esta de tal modo pasmada y gratamente sorprendida con la inopinada aparicion del príncipe , que estuvo casi una hora sin que acertase á expresar su dicha y agradecimiento. Cuando por fin se hallaron otra vez sólos en la enramada de acanto, nido de sus nacientes amores, Sappó dejó caer la cabeza sobre el pecho del recuperado amante. Largo rato estuvieron sin decir palabra , sin parar mientes ni en la luna , ni en las estrellas , que en aquella tibia noche de verano trazaban en silencio sobre las cabezas de los amantes sus significativos círculos. Ni oyeron el canto de los ruisseños, que como la otra vez llamaban á su querido Itis con aflautadas y alternadas voces , ni percibieron el húmedo rocío que la noche derramaba sobre ellos , como sobre las corolas de las flores en el césped.

Por fin, Bardiya cogióle á su amada ambas manos, y la contempló en silencio largo rato , cual si quisiera grabar en su mente las facciones de la niña , mientras ella miraba al suelo ruborosa , hasta que él exclamó :

— Cuando soñaba contigo me parecias más bella que cuanto creó Auramazda , mas ahora observo que superas en belleza mis propios ensueños.

Y cuando ella contestóle con radiante mirada de gozo , él rodeó con el brazo su cintura , y suspiraba estrechándola.

— ¿ Has pensado en mí ?

— Tú eras mi único pensamiento.

— ¿Y esperabas volverme á ver tan pronto?

— ¡ Ah!... á cada instante se me ocurría: ¡ debe venir! Cuando al entrar en el jardin por la mañana y mirando hácia el Oriente, tu patria, veia venir de aquel lado un pajarillo volando hácia mí; cuando revolviendo mis galas, hallaba en el arca la corona de laurel que tan bien te sienta, y por eso la guardé como recuerdo (Melita dice que una corona que se guarda es prenda de fidelidad) cuando sentia un parpadeo nervioso en el ojo derecho, entonces batia palmas pensando: ¡ hoy ha de venir!... Corria al Nilo, haciendo señas á todas las lanchas que veia; me figuraba que cada una de las que iban llegando, te habia de traer... Pero á pesar de todo no venias, y volvíame á casa triste y cantando melancólicas coplas, y me quedaba mirando la lumbre de la chimenea de la gineconitis, hasta que abuela me sacaba de mis sueños, diciéndome: « Oye, niña; la que sueña de dia, corre peligro de pasar la noche sin dormir, y de levantarse por la mañana con la cabeza torpe, el cerebro cansado y el cuerpo molido. El dia se ha hecho para velar, y estarse con los ojos abiertos, sin desaprovechar hora alguna. El tiempo pasado pertenece á los muertos, y el porvenir á los locos que fian en él; el cuerdo se atiende al presente, eternamente nuevo, y lo aprovecha cultivando con el trabajo los dones que nos otorgaron Zeus y Apolon, Palas y Kipris, y haciendo de modo que aumenten y se completen y ennoblezcan, hasta que sea nuestro discurrir, sentir y hablar tan armonioso como el dulce son de una melodía. A quien posee tu corazon, y estimas más que á tí misma, precisamente porque le amas, no puedes servirle mejor, ni demostrarle más bellamente tu fidelidad que cultivando tu espíritu y tu corazon hasta donde alcancen tus fuerzas. Todo lo bello y bueno que aprendas, será un regalo

para tu novio, porque dándole tu ser recibirá también tus cualidades... Pero soñando nadie ha ganado aún victoria alguna. ¿Sabes cual es el rocío que vivifica las flores de la virtud? Pues... es el sudor... » Así dijo abuelita y yo avergonzada me alejé del hogar y empecé á aprender canciones nuevas con la lira, ó las lecciones de mi maestra, más instruida que muchos hombres... esta me enseñó con discursos y con escritos. Así pasó el tiempo, rápido torrente que como allá abajo el Nilo, muestra á veces dorada nave con gallardetes de colores, y otras voraces cocodrilos que causan espanto.

— Ahora bogamos en aquella nave de delicias ¡ojalá se detuviera en ese instante el rápido curso del río! ¡ojalá estuviéramos siempre como ahora! ¡Oh! preciosa niña ¡con cuánta cordura hablas! ¡qué bien comprendes las bellas enseñanzas que te dan y con que donaire las repites!... Sí, mi Sapphó; estoy orgulloso de ti; en tu virtud tengo un tesoro que me hace mucho más rico que mi señor y hermano, á quien pertenece medio mundo.

— ¡Tú, orgulloso de mí! ¡tú el augusto hijo de príncipe, el más bello, el mejor de toda tu raza!

— Pues no hallo en mí mérito mayor que el de que tú me creas digno de ti.

— ¡Oh dioses poderosos! ¿cómo, decidme, puede contener este pequeño corazón felicidad tan abundante y colmada, sin partirse como urna henchida de pesado oro?

— Porque otro corazón, el mío, te ayuda á soportar la carga; porque tu alma se apoya en la mía. Con tal auxiliar, me río del mundo y de todas las molestias de la noche.

— ¡Oh!... mira... no despiertes la envidia y enojo de los dioses, á quienes disgusta muchas veces la dicha de los mortales. Desde que te fuiste, hemos pa-

sado muchos dias de lágrimas. Los pobres hijos del buen Fanes, un niño hermoso como Eros, y una niña lindisima y sonrosada como nube teñida por la auro-  
ra, estuvieron algunos dias en nuestra casa. Mi abuela se sentia rejuvenecida y de nuevo alegre viendo á los pequeñuelos tan frescos, tan lindos... yo les entregué el corazon, aunque pertenece á ti solo. ¡Es cosa particular el corazon!... Como el sol, reparte sus rayos entre muchos y sin perder luz ni esplendor, dá á cada cual la parte que le corresponde. ¡Yo queria tanto á los hijos de Fanes!... Una noche estábamos sentadas solas con Teopompos en la gineconitis, cuando sonó un gran alboroto en la puerta. El viejo Knakias, nuestro fiel esclavo, iba abrir, cuando saltó el pestillo y una partida de guerreros entró por el vestibulo en el peristilo, en la andronitis y de allí, derribando la puerta, hasta donde estábamos. Abuelita les enseñó aquella carta por la cual Amasis hizo de nuestra morada un asilo inviolable, pero ellos se rieron con escarnio de aquel documento y presentaron un papel timbrado, que era una orden terminante del príncipe Psamtik de entregar inmediatamente á aquella turba los hijos de Fanes. Teopompos reprendió á los guerreros por su brutalidad y les dijo que los niños que estaban de huéspedes en casa, eran de Corinto y que no tenian nada que ver con Fanes. Mas el capitán contestó á aquel hombre generoso con soberbia y escarnio, rechazó impertinente á mi angustiada abuela y fuése hasta el tálamo donde junto á las mejores alhajas que posee y á la cabecera de su propia cama, dormian los niños con plácido sueño... los arranca del lecho, y se los lleva á la capital en una barca abierta á pesar del relente de la noche. Pocas semanas despues el niño habia muerto; dicen que Psamtik le hizo matar. La pobre niña gime aún hoy en lóbrego calabozo, llorando por nosotras y por su padre. ¡Oh, amado

mío!... di... ¿no es duro que aún en la dicha mas pura haya de colarse algun sinsabor? Vé como se confunden en mis ojos lágrimas de júbilo y de pena, y esta boca risueña pocos momentos ha, es ahora el heraldo de profundo sentimiento.

— Comparto tus penas, hija mia, pero no me contento con afligirme como tú, débil mujer: lo que á ti te arranca ardientes lágrimas, á mi, hombre, me hace cerrar la mano para repartir puñetazos. El lindo chiquelo que tanto amaste, y la pobre niña que llora en cárcel solitaria, no tardarán en ser vengados, no... Creeme... antes que el Nilo tenga una nueva crecida, poderoso ejército acampará en este pais, pidiendo la expiacion del asesinato cometido.

— ¡Oh! ¡amado de mi alma!... ¡Cómo brillan tus ojos!... ¡No me pareciste nunca tan bello y bizarro! Oh, sí... es preciso vengar al niño, y nadie debe vengarle sino tú.

— ¡Cómo se vuelve batalladora mi delicada niña!...

— Tambien á las mujeres les sienta bien la lucha con la fuerza brutal; tambien las mujeres pueden alegrarse de ver derribada la injusticia... Pero dime, ¿habéis declarado ya la guerra?

— Aun no, pero ya van llegando algunas tropas al valle del Éufrates para unirse con nuestro gran ejército.

— ¡Ay!... ¡siento que me abandona el valor tan rápidamente inflamado!... Tiemblo á la sola palabra de guerra. ¡A cuantas madres arrebató los hijos! ¡á cuantas esposas les echa Ares el velo de viudas sobre el hermoso rostro! ¡cuántos lechos se humedecen con el llanto, cuando Palas blande su hórrida egida!

— Pero en cambio ¡cómo crece el hombre en la empeñada lucha! ¡cómo se ensancha el corazon y se robustece el brazo! ¡Qué júbilo para vosotras cuando el héroe amado vuelve á casa vencedor!... La esposa de



un persa debe gozarse en las batallas, pues si le es cara la vida del esposo, más cara ha de serle aún su gloria de héroe.

— Vé á la guerra sin temor; mis preces te protegerán.

— Y á la causa justa pertenecerá la victoria. Primero batiremos el ejército del Faraon, luego libertaremos á la hija de Fanes...

— Y despues al honrado Aristómajos que obtuvo el destino de éste. Ha desaparecido y nadie sabe á donde ha ido á parar. Pero se decia que por haber amenazado al principe heredero á causa de los niños, éste le habia encerrado en la tenebrosa noche de un calabozo; si no le ha desterrado á una lejana cantera, lo cual seria peor que la muerte. El pobre viejo ya fué expatriado sin culpa por obra de malvados enemigos. El mismo dia que nos lo arrebataron, llegó una embajada del pueblo espartano para reconducir al Eurotas con todos los honores conocidos en Grecia, á Aristómajos, á cuyos hijos debia Esparta tanta gloria. Una nave ornada de coronas, esperaba al glorioso anciano y como jefe de la embajada habia venido su propio hijo ceñido de gloria.

— Yo he conocido á ese hombre de hierro que se mutiló para escapar á una ignominia que amenazaba su honor. Le vengaremos por la estrella de Anahita, que trémula vá poniéndose allá hácia el Este.

— ¡Oh! ¡amor mio! ¡Tan tarde es ya! Las horas me han pasado como un soplo que besa nuestra frente y huye. ¿No oyes llamar? Sí; nos están aguardando. Antes del alba debeis estar en la ciudad en casa del generoso amigo. ¡Adios, héroe mio!

— ¡Adios, amada mia; dentro cinco dias se entonará el canto de boda. Pero estás temblando como si hubieras de partir para la guerra!

— Tiemblo ante la grandeza de nuestra dicha, como se tiembla ante todo lo inmenso.

---

— Rodopis llama otra vez... vámonos... he rogado á Teopompos que concierte con la anciana , segun costumbre, el dia de la boda , y el cómo y donde debe celebrarse. Yo permaneceré incógnito en su casa hasta que te me llevaré como querida esposa.

— Y yo te seguiré.

---

Paseándose estaban á la mañana siguiente con su amigo Teopompos , cuando Zópiros exclamó :

— En toda la noche no he soñado mas que con Sappó , dichoso Bardiya. No ví antes de ahora otro sér parecido. Cuando la vea Araspes , habrá de confesar que su Pantea fué sobrepujada. Mi nueva mujer de Sardes que yo creia una maravilla de hermosura, ahora me parece un mochuelo. Auramazda es despilfarrador ; con las prendas de Sappó hubiera podido dotar largamente á tres beldades. ¡ Y la gracia que me hizo cuando me dió las buenas noches en persa !

— Durante mi ausencia , dijo Bardiya , ha aprendido el idioma de nuestro país con una susiana , esposa de un alfombrero babilonio domiciliado en Náukratis , para sorprenderme con este regalo penosamente adquirido.

— Es una muchacha preciosa , dijo el negociante. Mi difunta esposa queria á la chica como á su propio hijo y le hubiera gustado casarla con él , que ahora está al frente de nuestra casa de Mileto, mas los dioses lo quisieron de otro modo ; ¡ cuánto gozaria la difunta, viendo las coronas nupciales en la casa de Rodopis !

— ¿ Es decir que teneis la costumbre de adornar con flores la casa de la novia ? preguntó Zópiros.

— Ciertamente , contestó Teopompos. Cuando encontréis una puerta con guirnaldas, sabed que se trata

de una boda ; cuando veais que lleva suspendido un ramo de olivo , es que allí ha nacido un varon , y una hembra cuando se suspende una venda de lana. Una vasija con agua delante de una puerta , indica que en la casa hay un muerto... Pero se acerca la hora del mercado... os he de dejar , amigos mios... negocios de importancia me llaman.

— Te acompañaré , exclamó Zópiros ; y de paso encargaré las coronas para la casa de Sappó.

— ¡ Ja , ja , ja !... dijo riendo el milesio. ¡ Deseas ver á las floristas !... ¡ Oh ! no hay por qué negarlo. Si lo deseas , ya puedes acompañarme si gustas , pero te suplico seas menos generoso que ayer y tengas en cuenta tu disfraz que podria ser peligroso , si llegaren noticias ciertas de la inminencia de la guerra.

El heleno se hizo calzar las sandalias por un esclavo , y fué al mercado en compañía de Zópiros para volver solo pocas horas despues. Algo grave debia de haber pasado , porque á los amigos que habian quedado en casa les pareció que venia muy serio aquel hombre tan jovial por lo comun.

— Me he encontrado con que reinaba gran efervescencia en la ciudad , empezó á referir , porque corria el rumor de que Amasis estaba mortalmente enfermo. En el momento de reunirnos en la bolsa <sup>71</sup> (para dejar cerrados algunos negocios y realizar yo con la rápida venta de todas mis provisiones cuyo precio habia subido mucho , pingües sumas , que hubiera destinado á la compra de géneros , en cuanto bajaran los precios en la seguridad de una guerra , y para esto , puede serme muy útil el tener la primera noticia de los armamentos de tu augusto hermano) , en aquel momento , digo , llega de repente el alcalde con la noticia de que Amasis no está solo enfermo , sino desahuciado de los médicos y aguardando su última hora. Tal vez no pase un minuto sin traernos la nueva del falleci-

miento del rey y de un cambio grave en la marcha de las cosas. La muerte de este monarca es la mayor pérdida que pueda cabernos á los helenos, porque nos profesaba gran amistad y nos favorecía cuánto le era posible, mientras que su hijo, enemigo declarado de los griegos, hará cuanto esté de su parte para des-terrarnos de Egipto. Náukratis con sus templos le es odiosa. Si no le hubiese detenido su padre, y no le fueran indispensables los mercenarios griegos, nos hubiera expulsado del reino mucho tiempo há, porque nos detesta. Cuando Amasis haya muerto, la ciudad entera acogerá con júbilo á los ejércitos de Kambises, pues sabemos por lo que pasa en mi patria, que soleis apreciar y amparar tambien en sus derechos á los que no son persas.

— Yo procuraré, dijo Bardiya, que mi hermano confirme todos vuestros fueros antiguos y os conceda libertades nuevas.

— ¡Que venga pronto! exclamó el heleno. Sabemos que Psamtik, en cuanto pueda, nos mandará derribar nuestros templos que para él son abominables; la construccion del edificio del culto griego en Menfis ha sido prohibida tiempo ha.

— Pero aquí los hemos visto magníficos al volver del puerto, dijo Daríos.

— Tenemos varios... ahí viene Zópiros con mis esclavos, cargados de coronas. ¡Qué cara de risa trae! Debe de haberse divertido extraordinariamente con las floristas!... ¡Una mañanita alegre he! La triste nueva que aflige á Náukratis no parece preocuparte mucho.

— Viva mil años Amasis, repuso Zópiros, pero si muere no podrán vigilarnos tanto, ocupados en otras cosas. ¿ Cuando ireis á ver á Rodopis, amigos?

— En cuanto oscurezca.

— Presentad á la noble señora estas flores como regalo mio. Nunca presumí que una anciana pudiera

embelesarme de tal modo. Suenan todas sus palabras como suave música, y aunque graves y sábias, se insinúan con tal zalamería en el oído como agradable chiste. No quisiera acompañarte esta vez, Bardiya, porque no te serviría más que de estorbo. Y tú ¿que has determinado, Daríos?

— Yo no quisiera perder una conversacion con Rodopis.

— No he de criticarte por ello; yo sé que tu todo lo quieres saber y aprender, mientras yo sólo pienso en gozar. ¿Quereis dispensarme por esta noche, amigos? Ya veis que...

— Lo sé todo, dijo Bardiya, interrumpiendo á su amigo calaveron; hasta ahora solo has visto de día á las floristas, y quieres saber qué tal parecen á la luz de la lámpara.

— Eso es, repuso Zópiros afectando seriedad. En este concepto soy estudioso como Daríos.

— Si es así, diviértete mucho con las tres hermanas.

— No, nó, solamente con Estebanica la menor.

Era la del alba cuando Bardiya, Daríos y Teopompos salieron de la casa de Rodopis. Un noble heleno, Siloson, hermano de Polikrates, desterrado de su país por este tirano, habia pasado con ellos la noche y en su compañía volvió á Náukratis donde vivia desde algunos años.

Este hombre á quien su hermano, si bien le tenia en el destierro, no dejaba de proveer abundantemente de dinero, poseia la casa más lujosa de Náukratis y era muy conocido, tanto por su pródiga hospitalidad como por su fuerza y destreza, y se distinguia además por la belleza de sus formas y la suntuosidad de sus trajes. Todos los jóvenes de Náukratis tenian á honra imitar el corte, y hasta los pliegues de los vestidos de Siloson. Desocupado, independiente como era, pasaba muchas noches en casa de Rodopis, que

le contaba entre sus mejores amigos y le habia revelado el secreto de su nieta.

Acabábase de determinar que la boda se celebraria tranquila y sigilosamente á los cuatro dias. Bardiya habia ya comido el membrillo con su novia, que el mismo dia hizo sacrificios á Zeus, Hera y demás dioses, patronos del matrimonio, con cuyas ceremonias quedaron formalizados los desposorios <sup>72</sup>. Siloson tomó á su cargo el proporcionar cantores de himeneo y porta-hachones. El banquete de boda habia de prepararse en casa de Teopompos que representaba la del novio <sup>73</sup>. Los preciosos regalos del principe habian sido entregados ya á la anciana. Bardiya, por su parte, renunció al considerable patrimonio de su amada á favor de Rodopis que á su vez lo rehusó de un modo terminante.

Siloson acompañó á los amigos hasta la casa de Teopompos é iba á despedirse de los mismos, cuando oyeron un gran tumulto en medio de la nocturna quietud de las calles. Poco despues vieron á una ronda egipcia que llevaba á la cárcel á un hombre atado. El detenido parecia enojadisimo y gritaba desaforadamente, porque los guardias no hacian caso de su mal griego, ni de sus interjecciones proferidas en una lengua ininteligible para ellos.

Apenas Bardiya y Darios hubieron percibido la voz del preso, corrieron á él, y reconocieron á Zópiros.

Siloson y Teopompos hicieron detener á la ronda, preguntando á su comandante qué delito habia cometido el preso. El oficial que conocia, como todos los vecinos de Náukratis, al milesio y al hermano de Polikrates, les hizo una reverencia y contóles que el jóven extranjero habia perpetrado un homicidio.

Entonces Teopompos habló en secreto con el capitan haciéndole grandes promesas si dejaba en libertad al detenido, pero no pudo conseguir otra cosa que el permiso de hablar con él.

Apenas se hubieron acercado los amigos á Zópiros, le rogaron les contara aprisa lo ocurrido, y supieron que el calavera habia ido á ver á las floristas al oscurecer, que habia permanecido con su Estebanica hasta el alba, y salido luego á la calle. No bien hubo cerrado la puerta, fué asaltado por varios jóvenes que probablemente habian estado en acecho. Con uno de ellos que pretendia ser el galan de la niña, ya habia tenido un altercado por la mañana. La moza echó fuera al moscardon dando las gracias á Zópiros cuando éste amenazó con una paliza al impertinente. En cuanto el ajemenida se vió asaltado, desenvainó la espada y rechazó sin dificultad á los contendientes que iban armados solo de bastones, pero tuvo la desgracia de herir al celoso que le embistió con ímpetu, y de tal gravedad que cayó al suelo pidiendo socorro á voz en grito clamando «¡ asesinos ! ¡ ladrones !» Acudió la ronda y quiso prender á Zópiros, mas éste no tenia ganas de entregarse buenamente. Excitado por el peligro en que se veia, el belicoso persa se abalanzó sobre los esbirros espada en mano, y ya se habia abierto paso por en medio de ellos, cuando sobrevino otra ronda que le atacó en union con la primera. Otra vez blandió la espada y partióle la cabeza á un egipcio; de un segundo tajo hirió en el brazo á un soldado; pero cuando alzó la espada para descargar un nuevo golpe, percibió de repente que le habian echado un lazo al cuello que iba estrechándose. Entonces cayó sin sentido, y cuando volvió en sí, se vió atado, y hubo de seguir á los polizontes á pesar de su cédula y su apelacion á Teopompos.

Terminada la relacion, el milesio manifestó al joven su sentimiento por lo sucedido, asegurándole que su intempestiva belicosidad podia tener las mas fatales consecuencias. Luego se dirigió otra vez al capitan, rogóle que aceptara su fianza por el preso, pero éste

rechazó toda mediación y afirmaba que el menor miramiento para con el homicida pondría en peligro su propia existencia, como que en Egipto había una ley que conminaba con la pena capital al encubridor de un homicidio <sup>74</sup>. Añadió luego que debía transportar al criminal inmediatamente á Sais para entregarle al nomarjos (gobernador).

—Mató á un egipcio, dijo para terminar el capitán y será juzgado por un tribunal superior egipcio. En todo otro caso estoy gustoso á tu disposición.

Mientras esto decía el capitán á Teopompos, Zópiros rogaba á sus amigos que no tuvieran cuidado por él.

—Os juro por Mitra, exclamó cuando Bardiya ofrecía darse á conocer para conseguir su libertad, que sin titubear me clavaré la espada en el corazón si os entregais por mí á esos perros egipcios. El rumor de la próxima guerra ha cundido ya por toda la ciudad. En cuanto Psamtik sepa qué pájaros preciosos tiene en sus manos, no vacilará un momento en enjaularlos como rehenes. ¡Auramazda os conceda salud y bendición y pureza! Adios, amigos, y acordaos alguna vez del alegre Zópiros que ha vivido por las armas y el amor, y va á morir por el amor y las armas.

El capitán entretanto había vuelto á su puesto al frente de la sección que mandaba, dando á su gente la orden de partir.

Pocos minutos despues, Zópiros había desaparecido de la vista de sus amigos.







## CAPÍTULO XI.

**S**EGUN la ley egipcia, Zópiros debia ser condenado à muerte. En cuanto los amigos supieron esto, resolvieron partir inmediatamente para Sais y poner en juego cualquier ardid para libertar al preso. Siloson, que conocia la capital y hablaba egipcio, se ofreció espontáneamente à ayudarles cuanto pudiera.

Bardiya y Darios se tiñeron el cabello y las cejas, pusiéronse unos sombreros de fieltro de anchas alas <sup>75</sup>

y vestidos griegos muy sencillos que les proporcionó Teopompos. De este modo quedaron desconocidos aún para los que les trataban. Luego se fueron á encontrar á Siloson quien, con lujoso traje, les aguardaba á orillas del Nilo. Una hora despues de la detencion de Zópiros, entraron en una barca, propiedad de su nuevo amigo, con esclavos por remeros. Despues de una corta travesía favorecida por el viento, y antes que el sol tocara el meridiano, llegaron á Sais, que descollaba como una isla sobre los campos inundados.

Allí desembarcaron en apartado sitio, y fueron primero á la barriada de los artesanos, que á pesar del gran calor del mediodia trabajaban con gran ahinco.

En el patio abierto de una tahona, se veian los oficiales panaderos amasando con los piés la pasta gruesa y con las manos la fina, mientras otros iban extrayendo del horno panes de todas clases, redondos y ovalados, y ponian los bollos en forma de ovejas, caracoles y corazones, en grandes canastas, de las que los ágiles mozos cargaban tres, cuatro ó cinco sobre su cabeza, para llevarlos con rapidez y seguridad á los parroquianos de los otros barrios <sup>76</sup>. Un carnicero degollaba delante de su casa un buey que tenia las piernas atadas; sus ayudantes se entretenian en afilar los cuchillos en muelas, para descuartizar una cabra montés. Alegres zapateros hacian señas desde sus tiendas á los transeuntes, que podian observar tambien como trabajaban los carpinteros, ebanistas, sastres y tejedores.

Las mujeres, llevando de la mano á sus niños desnudos, salian de las casas para ir á la compra. Mas allá habia un corro de soldados junto á un alojero, expendedor ambulante de fuertes bebidas <sup>77</sup>.

Nuestros amigos se fijaron poco en aquella actividad y animacion. Iban silenciosos al lado de Siloson, cuando éste al llegar al punto de guardia de los mercena-

rios griegos, les rogó que le esperasen, pues casualmente habia observado que estaba de guardia un taxiarjo, conocido suyo, y fué á preguntarle si sabia algo de un homicida llevado de Náukratis á Sais.

— Ciertamente, respondió el heleno; hace apenas media hora que ha llegado aquí. Encontraron en su cinturón una bolsa llena, y se le cree un espía persa. Bien sabrás que Kambises se arma contra Egipto.

— ¡No es posible!

— Es cierto. El faraón está ya enterado también; unos mercaderes árabes, cuya caravana llegó ayer á Pelusio, trajeron esta noticia.

— Que será tan falsa como la sospecha contra el lidio. A éste le conozco muy bien y siento mucho la desventura del pobre. Procede de una de las casas más ricas de Sardes, de donde huyó por una cuestión que tuvo con el sátrapa persa Oroetes, quien le persigue con su prepotente rencor. Ya te contaré toda la historia con todos sus pormenores el día que vayas á Náukratis á visitarme, que espero será pronto. Naturalmente te habrás de quedar algunos días y llevarás contigo á tus amigos. Mi hermano acaba de enviarme un vino de Samos que supera á cuantos puedes haber catado hasta ahora. Sólo para un paladar tan delicado como el tuyo reservo ese néctar.

El semblante del capitán se transfiguró, mientras decía estrechando la mano á Siloson.

— Por vida del perro, amigo, no nos haremos esperar y arremeteremos de firme con tus odres. ¿Qué te parece si convidáramos á Arjidike<sup>78</sup>, las hermanas floristas y unas cuantas tocadoras de flauta?

— No faltará ninguna. Esto me hace recordar que las floristas son la causa de que el pobre jóven lidio esté preso. Un patán celoso con varios compañeros, le asaltó delante de la casa de las hermanas. Mi fogoso lidio se defendió...

— ¿Y derribó al agresor ?

— Por manera que no se levantará más.

— ¡ Buen puño debe tener el muchacho !

— Llevaba espada.

— ¡ Tanto mejor para él !

— No, tanto peor, pues su víctima es un egipcio.

— Es un mal negocio que no acabará bien. El extranjero que mata á un egipcio, tiene la muerte tan segura, como el que está con la sogá al cuello. Con todo, aun tendrá unos cuantos dias de respiro. Los sacerdotes ocupados en las plegarias por el moribundo, no tienen tiempo para celebrar juicio.

— No sé lo que daría por socorrer al pobre muchacho. Conozco á su padre...

— Y en el fondo no ha hecho más que cumplir como bueno ; nadie debe dejarse apear.

— ¿ Sabes en que cárcel está el pobre ?

— Si ; como en la cárcel grande están practicando algunas obras, le han encerrado provisionalmente en el granero que hay entre el cuartelillo de la guardia real y el bosque del templo de Neith. He visto como le conducian allí, pues llegó en este momento.

— Él es atrevido y fuerte ; ¿ no podría escapar si se le ayudase ?

— ¡ Imposible ! La estancia en que le han metido, tiene la altura de dos pisos, y su única ventana da al bosque de la diosa que, como sabes, está rodeado de una muralla de diez piés de alto, y custodiado como un tesoro. En todas las puertas hay dos centinelas. Solo no hay necesidad de ellos en los puntos donde el agua baña la muralla en la época de la inundacion. Esos brutos, adoradores de animales, son precavidos como los aguzanieves.

— Es lástima, pero deberemos abandonar á su suerte al pobre muchacho. Adios, Démones, y no te olvides del convite.

El sámió salió del cuerpo de guardia para juntarse otra vez con sus amigos, quienes le esperaban con impaciencia, y les comunicó sus informes que escucharon con gran ansiedad. En cuanto el heleno hubo terminado la descripción de la prisión, dijo Daríos:

—Creo que con un poco de atrevimiento podremos salvar á Zópiros. Es listo como un gato y fuerte como un oso. Tengo mi plan.

—Dínoslo, dijo Siloson; yo tengo también alguna esperanza.

—Compraremos unas escalas de cuerda, bramante y un buen arco; lo llevaremos todo á la barca y cuando oscurezca iremos al punto no vigilado de la muralla del templo. Vosotros me ayudareis á trepar y llevareis los objetos comprados; soltaré un grito de águila, por el cuál Zópiros me conocerá en seguida, porque estamos acostumbrados desde niños á llamarnos con ese grito en nuestras cacerías y excursiones; tiraré la flecha con el bramante por su ventana... no dejo de acertar nunca... diré al amigo que baje el bramante cargado y lo ataré á la escala. Entonce Zópiros la subirá y la fijará con un clavo de hierro que le daremos también, porque no puede saberse si en el calabozo hay algo con que sujetar la escala; luego él bajará corriendo hácia el punto donde vosotros esperareis con la barca, y subiendo con auxilio de la segunda escala, que deberá permanecer allí, saltará á la barca y hétele salvado.

—¡Magnífico, excelente!... exclamó Bardiya.

—Pero muy peligroso, añadió Siloson. Si nos cogen en el bosque sagrado, nos castigarán severamente. Los sacerdotes celebran allí de noche unas fiestas misteriosas de las que excluyen con rigor á los profanos. Con todo, dicen que el estanque del bosque es el teatro de la fiesta, y éste está bastante apartado de la prisión de Zópiros.

— Tanto mejor, dijo Daríos; pero ahora vamos á lo principal. Debemos mandar recado inmediatamente á Teopompos, suplicándole nos flete una trireme veloz y la tenga preparada para darse á la vela. La noticia de los preparativos de Kambises ha llegado aquí; nos tendrán por espías y perseguirán con empeño á Zópiros y sus libertadores. Seria pues temerario, exponernos inútilmente á graves peligros. Tú, Bardiya, llevarás el recado y hoy mismo te casarás con Sappó, pues mañana, suceda lo que quiera, deberemos salir de Naukratis. No acepto objecion alguna, amigo mio, hermano mio; conoces nuestro plan y sabes que en la obra de salvacion, que no puede llevarse á cabo sino por uno solo, serias espectador ocioso. Yo he discurrido el plan y no me dejo arrebatarse la tarea de realizarlo. Mañana nos veremos, pues Auramazda protege la amistad de los puros.

Por largo rato se negó Bardiya á abandonar á los compañeros; finalmente empero cedió á los ruegos é instancias de todos y fué en direccion á la orilla para alquilar una barca que le llevara á Náukratis, mientras Siloson y Daríos compraban los instrumentos para la evasión de Zópiros.

Para llegar al paradero de las lanchas de alquiler, el príncipe hubo de pasar por delante del templo de Neith, cosa algo difícil porque el pueblo estaba agolpado ante la puerta de la habitacion de los dioses. Cuando Bardiya, á fuerza de empujones, hubo llegado hasta los obeliscos que estaban junto la entrada del templo, adornada con el disco solar alado y banderas ondulantes, se vió detenido por los sacerdotes encargados de mantener despejada la via procesional entre las hileras de esfinjes. Abriéronse las gigantescas hojas del pilono y Bardiya que contra su voluntad fué empujado hasta las primeras filas de espectadores, vió salir del templo un séquito brillante y la vista ino-

pinada de muchas caras conocidas ocupó su atención de tal manera que apenas notó la falta de su pétaso, que le robaron con los empujones. De la conversacion de dos mercenarios jonios que estaban detras de él, comprendió que la familia de Amasis habia ido al templo para hacer plegarias y sacrificios por el moribundo rey.

Unos sacerdotes ataviados ricamente y vestidos de pieles de pantera ó talares blancos, precedian á la procesion. Seguíanles los maceros de palacio, con bastones de oro en cuyos extremos se hallaban clavadas plumas de pavo real y flores de loto de plata. Luego venian unos pastóforos llevando en andas una vaca de oro<sup>79</sup>, el animal de Isis, ante cuyo objeto sagrado la muchedumbre se inclinó con reverencia. Despues pareció la reina en traje sacerdotal, llevando en la cabeza un rico tocado con el disco solar alado y las serpientes ureas, en la mano izquierda un sagrado sistro de oro para ahuyentar con su ruido á los demonios del mal<sup>80</sup>, y en la mano derecha, flores de loto. Seguian á la augusta señora, la esposa, la hija y la hermana del gran sacerdote, ataviadas de un modo parecido, aunque con menos suntuosidad<sup>81</sup>. Luego pareció el principe heredero en rico traje de ceremonia. Detras de él, cuatro sacerdotes jóvenes vestidos de blanco llevaban en una litera abierta á Tajot, hija de Amasis y Ladike, y hermana adoptiva de Nitetis. Las mejillas de la enferma estaban ligeramente coloradas por el fervor del rezo y el calor del dia de verano, y sus ojos azules, cuajados de lágrimas y fijos en el sistro, que sus débiles manos demacradas apenas podian sostener.

Un murmullo de simpatía cundió por la muchedumbre, que tenia gran apego al rey moribundo y tributaba á su jóven y endeble hija aquella compasion que se concede tan fácilmente á los jóvenes enfermizos, sobre todo cuando parecen haber nacido para la grandeza y

la majestad. Muchos ojos se humedecieron cuando la bella enferma pareció y esta debió de notar la simpatía del pueblo, pues, apartándose los rizos, miró á la multitud con amabilidad y agradecimiento. De repente, truécase su rubor en palidez mortal y el instrumento de oro cae de sus manos con estrépito sobre las losas de la calle, precisamente á los piés de Bardiya. El jóven comprendió que le habia conocido y pensó un instante en esconderse detras de sus vecinos, pero solo un punto dudó y pronto se sobrepuso la caballerosidad á todo recelo. Con la rapidez del pensamiento, se precipitó sobre el sistro y despreciando el peligro que corria de ser conocido, presentólo á la princesa enferma.

Tajot, antes de recibir de sus manos el hallazgo de oro, le miró como interrogándole; luego le dijo, tan bajo que solo él pudo oirla:

—¿Eres Bardiya?... Por tu madre, te pregunto ¿eres Bardiya?

—Soy, contestó éste no menos quedo, soy Bardiya, tu amigo.

No pudo decir más porque los sacerdotes le empujaron hácia fuera y le obligaron á confundirse de nuevo con la masa del pueblo. Vuelto á su sitio, observó que Tajot, cuyos portadores echaron á andar, volvía la cabeza para mirarle. Sus mejillas se habian encendido de nuevo y con los ojos brillantes buscaba á su amado. Éste no evitó aquella mirada, y despues de recoger un capullo de loto que la enferma le tiró, se abrió calle con vigoroso empuje á traves de la multitud, cuya atencion habia llamado con la celeridad de sus gestos.

Un cuarto de hora despues, se hallaba sentado en una barca que habia de llevarle á celebrar su boda con Sappó. Su temor por Zópiros habia desaparecido; ya le consideraba salvado. Sentia en su corazon, á despecho de los peligros que le amenazaban, extraordinario júbilo, sin saber por qué.



Entretanto, la enferma princesa habia vuelto á su casa y se habia hecho quitar el traje de fiesta que la agobiaba. Lleváronla luego en un sofá á un balcon de palacio, donde rodeada de plantas frondosas y protegida por una cortina, se complacia en pasar el rato en los dias de calor.

Desde allí, abarcaba su vista la gran plaza que habia delante del palacio, bajo cuyos árboles rebullia en aquel momento multitud numerosa de sacerdotes y cortesanos, jefes del ejército y de la administracion civil. El ansia y la curiosidad se pintaban en todos los rostros, porque iba acercándose para Amasis su hora postrera. Tajot, con el oido que aguzaba la fiebre, percibió mucho de lo que se decia debajo del balcon donde estaba sin que nadie lo advirtiera.

Ahora que era de temer la pérdida del rey, todos, hasta los sacerdotes, se deshacian en su elogio, ponderando su sabiduría, lo atrevido de sus nuevas creaciones, lo acertado y prudente de sus medidas gubernativas, la incansable asiduidad y moderacion que habia mostrado siempre y la agudeza de su ingenio.

— ¡Cuánto creció en prosperidad Egipto bajo su cetro! dijo un gobernador de provincia.

— ¡Qué gloria para nuestras armas, la conquista de Kipros y la guerra contra los libios! exclamó un general.

— ¡Con qué esplendidez ornó nuestros templos! ¡Cómo veneraba á la diosa de Sais! añadía un sacerdote de Neith.

— ¡Qué condescendiente y afable era! decia un cortesano.

— ¡Con que habilidad supo conservar la paz con las grandes potencias! exclamaba á su vez el ministro de Estado, mientras el de Hacienda enjugándose una lágrima, añadía:

— ¡Y cuán sabiamente economizaba los ingresos del

país ! Desde Ramses III <sup>82</sup> acá , nunca estuvieron tan repletas las arcas.

— Psamtik tendrá una grande herencia , cuchicheó el cortesano.

E interrumpióle el guerrero :

— Que seguramente no gastará en muy gloriosas empresas ; el príncipe heredero se sujeta completamente á la voluntad de los sacerdotes.

— Te equivocas , replicó el siervo de Neith ; de algun tiempo á esta parte , nuestro señor parece desdeñar los consejos de sus más leales servidores.

— Despues de tal padre , dijo el nomarjos , le será difícil grangearse el aprecio general. No á todos les cupo en suerte el espíritu elevado , el acierto y la sabiduría de un Amasis.

— Los dioses lo saben , murmuraba el guerrero.

Tajot oyó todas esas palabras y dió libre curso á su llanto , pues veia confirmado lo que le ocultaran hasta ahora ; estaba próxima á perder á su querido padre.

Con esa terrible certidumbre , y despues de rogar en balde á sus sirvientas que la condujeran al lecho del enfermo , apartó su oído de la conversacion de los palaciegos , y contempló como buscando consuelo , el sistro que Bardiya le pusiera en la mano y que se llevó al balcon. Y halló realmente lo que buscaba , por que le parecia que el sonar de los anillos de oro del sagrado instrumento , la arrebatában de este mundo á un risueño paisaje del sol.

Habiase apoderado de ella para embellecer sus últimas horas con gratos ensueños , aquella flojedad parecida al desmayo , que sobreviene con frecuencia á los tísicos.

Las esclavas que con abanicos y plumeros ahuyentaban las moscas de en torno la niña adormecida , afirmaron más tarde que no habian visto nunca á Tajot tan hermosa y linda como en aquel momento.

Haria como una hora que estaba así, cuando su respiracion se hizo profunda y estertorosa, tosió ligeramente, y arrojó una bocanada de sangre clara sobre su blanco vestido. Con esto despertó y miró á los presentes con asombro y extrañeza. Y como viera á su madre Ladike, que en aquel instante se acercaba al balcon, le dijo sonriendo:

— ¡Oh madre! ¡qué dulce ensueño he tenido!

— ¿De modo que le ha probado bien á mi querida hija el paseo al templo? preguntó la reina temblando, al ver las gotas de sangre en los labios de la enferma.

— ¡Oh madre!... ¡muy bien!... porque le he visto.

Ladike echó una mirada angustiosa á las criadas de su hija, como preguntando si se habia alterado su razon.

Tajot notó esta mirada y dijo con viveza febril.

— ¿Crees que desvarío, madre mia? Pues no solo estoy segura de haberle visto, sino que le he hablado. Me entregó el sistro diciendo que era mi amigo. Luego recogió mi capullo de loto y desapareció entre el gentío. No me mires tan acongojada y atónita, madre; digo la verdad... no lo he soñado. ¿Oyes? Tentrut le ha conocido tambien. Ciertamente habrá venido á Sais por mí... El oráculo de los niños que hallamos en la plaza del templo, no me engañó. Ahora no siento dolencia alguna, y he soñado que estaba acostada en un campo de adormideras en flor, tan encarnadas como la sangre de los corderos del sacrificio... Bardiya estaba junto á mí y Nitetis arrodillada delante de nosotros, tocando melodías maravillosas en una *nabla* de marfil. Tambien en el aire vibraba un sonido, que me hizo el efecto de un beso de Horos, el buen dios de la mañana, de la primavera, de la resurreccion. Sí, te digo madre que no tardará en venir, y cuando yo esté buena... entonces... entonces... ¡ay madre!... me muero. Ladike, hincó las rodillas junto al lecho de su hija im-

primiendo ardientes besos sobre los ojos empañados de la jóven.

Una hora más tarde se hallaba junto á otro lecho, el de su esposo moribundo. Las facciones del rey estaban desfiguradas por los largos padecimientos; un sudor frio cubria su frente y sus manos crispadas se cogian á los leones de oro que formaban los brazos del sillón-cama en que se hallaba tendido.

Cuando Ladike entró en el aposento, Amasis abrió los ojos, que á pesar de la pasada ceguera, brillaban vivos y chispeantes de ingenio.

—¿Por qué no me traes á Tajot? preguntóla en tono seco.

—Está muy mala y sufriendo para...

—¡Ha muerto!... Entonces está buena; la muerte no es un castigo, es el objeto final de la vida, el único fin que alcanzamos sin trabajo, mas los dioses saben á costa de cuántos sufrimientos! Rá se la lleva á casa en su barca con sus fieles, y Osiris la acogerá, porque era inocente. Tambien Nitetis ha muerto. ¿Dónde está la carta de Nebenjari? Aquí puedes leer: «Ella misma se quitó la vida y murió profiriendo una gran maldición sobre tí y los tuyos. Esta noticia que es tan verdadera como mi odio contra tí, te la envia de Babilon á Egipto el pobre desterrado, escarnecido y despojado oculista...» Oye mis palabras, Psamtik; deja que te diga tu padre moribundo que toda injusticia que te proporciona un adarme de goce en la tierra, te carga la hora de la muerte con una arroba de desesperacion. Por causa de Nitetis, sobrevendrá una horrible desgracia. La nueva de los mercaderes árabes es cierta. Kambises se arma contra nosotros y caerá sobre Egipto, cual viento abrasador del desierto. Mucho de lo que he creado, sacrificando á ello el sueño de mis noches y la savia de mi vida, será destruido; no obstante, no habré vivido en balde, pues durante cuaren-

ta años, he sido el padre cuidadoso, el bienhechor de un gran pueblo. Los siglos venideros recordarán el nombre de Amasis, como el de un rey grande, sabio y filantrópico, y en mis construcciones de Sais y Tebas leerán con admiración el nombre de su fundador, y alabarán la plenitud de su poderío. Osiris y los cuarenta y dos jueces del infierno, no han de condenarme tampoco... la diosa de la verdad, la señora de la balanza <sup>83</sup>, hallará sin duda que el peso de mis buenas acciones aventaja al de las malas.

El rey suspiró y calló largo rato. Luego mirando á su esposa, con entrañable ternura, dijo:

— Tú, Ladike, has sido mi esposa fiel y virtuosa. Te lo agradezco, y te pido perdón por muchas cosas. Alguna vez hemos dejado de entendernos. Me ha sido más fácil á mí, hacerme cargo de la indole de tu pueblo, que á ti comprender el carácter egipcio. Tú sabes cuánto aprecio el arte de tus paisanos, y cuánto me gustaba conversar con tu amigo Pitágoras, que habia penetrado hasta el fondo de cuánto sabemos y creemos, y adoptado gustoso mucho de ello. Él, que habia comprendido la profunda sabiduría de nuestras doctrinas, las cuales me parecen más sagradas que todo lo demas que conozco, se guardaba muy bien de burlarse de las verdades que el clero oculta al pueblo con exagerado afán; éste se inclina de buen grado ante lo incomprendible y los que lo enseñan; pero ¿no seria más bello y noble enseñarle la verdad y elevarle en lugar de humillarle? Es cierto que los sacerdotes tendrían entonces menos dóciles servidores, pero los dioses hallarian fieles más libres y dignos. A nuestro culto de animales no has podido aficionarte nunca; me parece empero más justo y más digno del hombre, adorar al criador en su criatura, que en unas estátuas de piedra. Vuestros dioses además, se hallan sometidos á todas las flaquezas humanas, hasta el punto de que yo hubiera

hecho bien infeliz á mi reina, si hubiese vivido como un Zeus helénico.

Al decir esto el rey, se sonrió, y continuó luego:

—¿Y sabes el origen de esto? Los helenos buscan ante todo la bella forma, razon por la cual no aciertan á distinguir bien el alma del cuerpo, que consideran lo más superior de todo lo creado, hasta el punto de afirmar que un alma bella sólo puede residir en un cuerpo bello. Así sus dioses no son más que hombres engrandecidos, mientras nosotros consideramos á la divinidad en la naturaleza, y en nosotros mismos como fuerza inmaterial. Entre esta y el hombre, se halla el animal que no obra como nosotros segun la letra, sino segun las eternas leyes naturales. Aquella es obra del hombre, y estas de la divinidad. ¿Y quién de nosotros aspira con tanto afan á la libertad que es el supremo bien, como los animales? ¿Quién vive de un modo tan uniforme, de generacion en generacion, sin enseñanza ni doctrina, como ellos?

Aquí sintió el rey que la voz le faltaba, y despues de una corta pausa, prosiguió:

—Siento que mi fin se acerca; basta pues de estas cosas. Voy á darte mis últimos consejos, hijo y sucesor mio. Siguelos, pues la experiencia los dicta. Pero ¡ay! he visto centenares de veces en mi larga vida, que son inútiles todas las reglas que otros nos den. Nadie puede acumular experiencia para otro. Sólo la propia, escarmienta; sólo las propias pérdidas le hacen á uno precavido. Subes al trono en edad madura, hijo mio, y has tenido tiempo de reflexionar sobre lo justo y lo injusto, sobre lo saludable y lo nocivo, viéndolo y comparándolo todo. Así no quiero darte reglas generales de conducta; me contentaré con algunos consejos sobre ciertos puntos particulares. Te los ofrezco con la mano derecha, aunque temo que has de tomarlos con la izquierda.

Ante todo has de saber que en estos últimos meses, durante mi ceguera, afecté indiferencia por lo que hacías, y con buena intencion te dejaba completa libertad de obrar. Rodopis me contó un dia una fábula de su maestro Esopo: «Un viandante encuentra á un hombre y le pregunta cuánto tiempo necesitaba para llegar á la próxima villa. — ¡Anda, anda! — Pero quisiera saber cuando llegaré á la ciudad. — ¡Anda, anda!... El viandante le dejó indignado y soltando interjecciones. Apenas hubo echado á andar, el otro fuése trás él y gritó: —En una hora llegarás á la ciudad; para contestar á tu pregunta, necesitaba ver cómo andas.»

Para tu bien tuve presente esta fábula, y en silencio he observado tu manera de gobernar, con el intento de decirte si andas demasiado aprisa ó con sobrada lentitud. Ahora sé lo que queria y puedo añadir éste á mis otros consejos: Examínalo todo por tí mismo. Todo hombre, y especialmente un rey, tiene el deber de enterarse por sí mismo de cuanto se refiere á las personas, cuya ventura está á su cargo. Tú, hijo mio, miras demasiado con ajenos ojos, y oyes demasiado con ajenos oidos; acudes poco á las primeras fuentes. Tus consejeros, los sacerdotes, no quieren ciertamente sino lo bueno, pero... te ruego Neithotep que nos dejes un momento solos...

Cuando el gran sacerdote se hubo alejado, el rey prosiguió:

—Quieren lo bueno, pero solamente lo que es bueno para ellos. Mas nosotros no somos los reyes de los sacerdotes y de los grandes, sino del pueblo entero. No escuches, pues, exclusivamente á esa casta orgullosa; entérate por tí mismo de lo que hace falta á los egipcios, de lo que esperan y desean; lee tú las peticiones y nombra gobernadores leales y populares. Si conoces con exactitud el estado del país, no te será difícil go-

bernar bien. Limitate á escoger buenos funcionarios ; yo ya he introducido la division más conveniente al reino ; nuestras leyes son buenas y probadas. Atente á ellas y no te fies de nadie que pretendiere ser mas sábio que la ley , pues te digo que la ley es en todas partes y en todos tiempos , más sábia que el individuo y quien la infrinje merece ser castigado. Nadie siente mejor esa verdad que el mismo pueblo, que se sacrifica por nosotros con tanto mas gusto , cuanto mas de buen grado sacrificamos nuestra voluntad á la ley. Tú no haces caso del pueblo ; cierto que su voz suele ser áspera , mas no es menos cierto que suele tener tambien ideas sanas ; desconoce la mentira y á nadie le hace mas falta la verdad que á un rey. Cuanto más obedezca el Faraon á los sacerdotes y cortesanos , más lisonjeado se verá , pero el que procure cumplir los deseos del pueblo, áun cuando tenga que sufrir mucho de los que le rodean , tendrá el aplauso de su propio corazon y será glorificado por las generaciones venideras. Muchos errores cometí ; pero los egipcios me llorarán porque yo conocia sus necesidades y cual padre he pensado en su bienestar. A un rey que conozca su deber , le es fácil y grato conquistarse el cariño del pueblo , y es por el contrario tarea ingrata, aspirar al aplauso de los grandes y casi imposible granjearse la benevolencia de unos y otros.

No olvides un momento , te repito , que tú y los sacerdotes existís para el pueblo , y no éste para los sacerdotes y el rey. Respeta la religion por lo que es en sí , y como fundamento esencial de la obediencia de los pueblos á los reyes , pero muestra á sus ministros que no los consideras como representantes , sino como simples servidores de la divinidad. Ellos han sabido sobreponerse á ella en la conciencia de la multitud , y han hecho de los egipcios dóciles siervos del clero, no servidores de los dioses , y esta su obra de miles de



años, no puede ser contrarestada por ningun poder real; mas sí nos es posible impedir su intento de subordinar la vida del Estado á sus fines particulares. Créeme, hijo; el clero está pronto, siempre que ve en peligro el poderío de su casta, á perjudicar y aun á destruir la prosperidad de la nacion.

Conserva lo antiguo, como manda la ley, pero no cierres jamas la puerta del reino á lo nuevo, si es mejor; los temerarios rompen sin reflexionar con lo tradicional, y á los locos solo parece bueno lo nuevo y extraño; los mentecatos ó los privilegiados egoistas, se aferran incondicionalmente á lo antiguo, y llaman pecado á todo progreso; sólo el sábio procura conservar lo probado por la experiencia, eliminar lo desgastado é introducir lo bueno, proceda de donde quiera. Sea esta tu regla de conducta, hijo mio. Los sacerdotes tratarán de hacerte retroceder, y los helenos de empujarte hácia delante; conciliate la voluntad de ambos partidos, mas guárdate de permanecer entre ambos siguiendo hoy á éste, mañana á aquel. Quien desea sentarse en dos sillas á la vez, da bien pronto con su cuerpo en el suelo. Has de tener á un partido por amigo y á otro por enemigo, pues si intentas estar bien con los dos, pronto los tendrás á los dos por enemigos. Está en la naturaleza humana odiar á los que hacen bien á nuestros adversarios.

En estos últimos meses que has gobernado con independencia, ofendiste á los dos bandos con tus malhadadas vacilaciones. Quien anda como los niños, ora avanzando, ora retrocediendo, llegará tarde y fatigado antes de tiempo. Yo he sido partidario de los helenos, y me he opuesto á los sacerdotes, hasta que sentí llegada mi hora postrera. En el agitado bullir de la vida, parecíéronme especialmente útiles los griegos, valientes é ingeniosos; en la hora de la muerte, necesito de los que despachan el pasaporte para la eternidad. Que

los dioses me perdonen si ni aún en mi instante postrero, puedo prescindir de mi lenguaje que parece frívolo. Ellos me han hecho cual soy y así me han de tomar. Yo me froté las manos de gusto cuando subí al trono, tú puedes colocar la tuya sobre el corazón. Llama ahora á Neithotep ; os he de decir una cosa á ambos.

— Cuando el gran sacerdote estuvo á su lado, el rey le alargó la mano, diciendo :

— Me despido de tí sin rencor, aunque opino que has sido mejor sacerdote que hijo de la patria y servidor de tu rey. Paréceme que Psamtik te obedecerá más que yo ; una cosa empero encarezco á ambos. No despidais á los mercenarios griegos hasta que con su ayuda hayais vencido á los persas. Mi anterior presagio es de ningun valor, porque cuando uno va á morir pierde la serenidad y ve las cosas muy negras. Sin las tropas auxiliares estareis perdidos sin esperanza ; con ellas, no es imposible que venza el ejército egipcio. Sed prudentes y recordad á los jonios, que á orillas del Nilo combaten por la libertad de su propia patria. Victorioso, Kambises no se contentará con Egipto ; en cambio una derrota de los persas, puede traer también la libertad á los jonios avasallados. Ya sabia yo que me darias la razón, Neithotep, porque en el fondo eres buen egipcio. Ahora te suplico me leas las sagradas oraciones. Me siento muy acabado... pronto habré terminado mi carrera... ¡ Ojalá pudiera olvidarme de la pobre Nitetis !... ¿ Tuvo derecho á maldecirnos ? Los jueces de los muertos y Osiris tengan piedad de nuestras almas... Siéntate acá, Ladike, y coloca tu mano sobre mi ardiente cabeza ;... tú, Psamtik, jura en presencia de estos testigos que respetarás y estimarás á tu madrastra cual si fueras su propio hijo... ¡ Pobre mujer !... No debieras tardar en juntarte conmigo en el reino de Osiris... ¿ qué puedes desear ya en esta tierra, sin esposo, sin hijos ? Hemos educado á Nite-

tis como á nuestra propia hija y sin embargo nos vemos castigados por ella , tan duramente... Mas su maldicion pesa sobre los dos... nó sobre tí , Psamtik... nó sobre tus hijos... Traedme ahora á mi nieto... Creo que he soltado una lágrima... ¡ y cuanto cuesta separarse de las cosas pequeñas á que nos hemos acostumbrado !

---

Un nuevo huésped llegó aquella misma tarde á casa de Rodopis , Kalias hijo de Fénipos , el que nos enteró de lo ocurrido en los juegos olímpicos.

El jovial ateniense acababa de llegar de su país , y como amigo antiguo y probado , fué acogido con gusto por la anciana que le inició en el secreto de la boda. Como Knakias , el viejo esclavo , sabia que el nuevo huésped era siempre bien venido , aunque habia plegado dos dias há la bandera de recibimiento , léjos de rechazarle como á las demas visitas , le condujo inmediatamente á presencia de la señora.

El ateniense traia muchas nuevas que narrar. Cuando Rodopis se fué á sus quehaceres , llevó al jardin á su favorita Sappó para aguardar alli bromeando y chanceanda á su querido novio. Como éste tardaba y la jóven empezaba á impacientarse , Kalias llamó á la vieja Melita (que estaba mirando en direccion de la ciudad, con mayor ansia aun que la niña) para que trajera al jardin el instrumento de cuerda que él habia traído consigo.

Despues de presentar á la jóven la linda guitarra de oro y marfil , dijo sonriéndose :

— Este magnífico instrumento lo mandó construir expresamente por encargo mio su inventor , el divino Anakreon. Lo llama *bárbiton* <sup>84</sup> y saca de él divinas melodías , que resonarán aún en el reino de las som-

bras. A ese poeta que considera su vida como un prolongado sacrificio ofrecido á las Musas, á Eros y á Dionisos, le hablé de tí y he debido prometerle te entregaria como regalo suyo, las siguientes coplas que para tí ha compuesto. Escucha :

« La hija de Tántalos fué convertida en roca en la tierra frigia y transformada en ave, recorria los aires en tiempos antiguos la hija de Pandion. Mas yo quisiera convertirme en espejo, para que me miraras siempre ; ó en vestido para que me llevaras siempre ; quisiera ser el agua en que te bañas, y la pomada con que te ungas, el cinturón con que te ciñes, y la perla que adorna tu cuello, y aún el zapato que te has calzado, contento de que me tocara tu pié. »

— ¿ Te parece impertinente el vate ?

— ¿ No se les ha de conceder cierta libertad á los poetas ?

— Sobre todo á un poeta como éste.

— Que sabe escojer por emisarios de sus coplas á un cantor tan cabal.

— ¡ Lisonjera !... cuando yo tenia veinte años menos, habia motivo para celebrar mi voz y mi canto, más ahora...

— Tú quieres que te alabe otra vez, pero no me dejaré seducir. Dime ahora si ese *bárbiton*, como le llamas, sirve tambien para acompañar con sus dulces acentos otras coplas que no sean las del vate de Teos.

— Cierto que sí ; toma el plectro y prueba tú misma de tocar las cuerdas, aunque para tus delicados dedos son algo difíciles de manejar.

— Lo que es cantar, no puedo, porque estoy demasiado intranquila con la tardanza.

— O en otros términos, notas que con la viveza del deseo te falta la voz. ¿ No conoces la canción de tu abuela lesbiana, la gran Sappho, que describe la disposición de ánimo en que tú probablemente te encuentras ahora ?

— Me parece que la conozco.

— Escucha pues. Antes me gustaba lucirme con esta cancion que no parece compuesta por una mujer, sino por Eros mismo :

« Dichoso como los dioses en el cielo, me parece quien vive junto á tí, contigo, á tu lado ; dichoso quien oye el dulce sonido de tu voz y la grata nueva que tu sonrisa de amor le comunica. Cuando surge en mi mente esta memoria, mi corazon salta en el pecho con turbulentos latidos, se ahoga mi voz en la garganta, la lengua se entorpece, y fuego voraz cunde con cruel rapidez por mi piel y mis miembros. Mi vista se enturbia ; me zumban los oidos, el temblor no me deja parar, sudor frio baña mi cuerpo ; como yerba segada caigo marchita, me ahogo... espiro ! » ¡ Hé !... ¿ Qué te parece el poema ? Pero, ¡ por Herakles, niña ! ¡ te has puesto pálida ! ¿ Tanto te han afectado los versos, ó te asusta el retrato fiel de tu propio, anhelante corazon ? Tranquilízate, niña, ¡ quién sabe lo que detiene á tu amado !

— Nada, nada, respondió con voz fresca un hombre.

Pocos segundos despues, Sappó estaba en brazos de su querido novio.

Kalias observó en silencio y con sonrisa de satisfaccion, la prodigiosa belleza del grupo que formaba aquella pareja de enamorados.

— Mas ahora, dijo el principe despues de saludar á Kalías, me urje hablar con abuelita. La boda ha de ser hoy y no dentro cuatro dias. Toda demora puede traernos peligro. ¿ Está aqui Teopompos ?

— Me lo figuro, respondió Sappó, pues de lo contrario, no sabria por qué abuela sigue tanto tiempo en casa. Pero, ¿ qué estás hablando de la boda ?

— Entremos, amada mia ; me temo que se acerca una tempestad. El cielo se encapota y el calor empieza á ser sofocante.

— Vaya, aprisa, dijo Sappó, si no quereis que la curiosidad me consuma. No hay que temer tempestad alguna. De niña que no he visto relampaguear ni tronar en Egipto en la presente estacion <sup>85</sup>.

— Entonces verás hoy una cosa nueva, dijo riendo el ateniense; acaba de caerme en la frente una pesada gota de lluvia; cuando venia, las golondrinas volaban rozando el agua con sus alas... un nubarron nos esconde la luna... Entrad aprisa; no sea que os mojeis. ¡Ea, esclavo! cuida de que se sacrifique un cordero negro á los dioses del hades <sup>86</sup>.

En el salon de Rodopis se hallaba Teopompos, como Sappó habia presumido; acababa de terminar su relato de la prision de Zópiros y del viaje de Bardiya y sus amigos. Estos acontecimientos despertaron en ambos grandes recelos, y así fué muy agradable la sorpresa que tuvieron al ver inopinadamente delante de sí al príncipe, quien refirió al vuelo los sucesos de las últimas horas y rogó á Teopompos cuidase de buscar un barco velero con que partir él y sus amigos.

— ¡Qué feliz casualidad! dijo Kalias. Mi propia triera que me ha traído hoy á Náukratis está en el puerto perfectamente aparejada y á tu disposicion. Basta ordenar al piloto que retenga la tripulacion y lo apreste todo. Nada tienes que agradecerme, antes tengo que agradecerte yo el honor que me haces. ¡Ea, Knakias!... corre á decir á mi esclavo Filomelos.... está fuera en el zaguan, ... que vaya al puerto, y diga á mi piloto Nausarjos que lo tenga todo dispuesto para partir; dale este sello que le autoriza para todo.

— ¿Y mis esclavos? preguntó Bardiya.

— Knakias dirá á mi viejo mayordomo que les acompañe al barco de Kalias, contestó Teopompos.

— Cuando vean este signo, le seguirán sin replicar, añadió Bardiya entregando el anillo al viejo sirviente.

Cuando Kanakias se hubo marchado haciendo profundas reverencias, el príncipe prosiguió:

— Ahora madre, he de hacerte una súplica urgente.

— La adivino, dijo Rodopis sonriéndose. Deseas acelerar la boda, y comprendo que debo ceder á tu instancia.

— Si no me equivoco, exclamó Kalias, tenemos aquí el raro caso de que dos personas se alegren con todo su corazón de un peligro que les amenaza.

— Tal vez tienes razón, repuso Bardiya estrechando secretamente la mano de su novia.

Luego se dirigió otra vez á Rodopis, rogándola que le confiase sin demora su más preciada alhaja, cuyo valor conocia perfectamente.

Rodopis irguiéndose, puso su mano derecha sobre la cabeza de Sappó, y la izquierda sobre la de Bardiya y dijo:

— Dice una leyenda, hijos míos, que en la tierra de las rosas hay un lago azul que ora ondula levemente, ora con tempestuoso oleaje, y que el sabor de sus aguas suele ser unas veces dulce como la miel, y otras como la hiel amargo. Vais á conocer el significado de esta leyenda; en la esperada tierra de rosas de vuestro matrimonio, pasareis horas tranquilas y horas de borrasca, unas dulces y otras amargas. Mientras eras niña, Sappó, tus días trascurrían imperturbables cual mañana de primavera; cuando fuiste joven y enamorada, tu pecho se abrió al dolor que en los largos meses de separación ha llegado á ser para tí un huésped familiar, huésped que llamará á tu puerta mientras vivas. A tí, Bardiya, te incumbe alejar de Sappó al importuno todo lo posible. Conozco á los hombres y sabia antes que Kresos me cerciorara de tus nobles sentimientos, que eres digno de mi nieta. Ahí tienes porque te permití comer el membrillo con ella y te entrego sin temor un sér que hasta ahora he guardado como prenda sagrada que fiaron á mi custodia. Considera tú también á tu esposa como tesoro prestado,

porque nada más peligroso para el amor, que la cómoda seguridad de la posesión exclusiva. Me han criticado que abandone á la niña inexperta á las desfavorables condiciones en que viven las mujeres en tu lejano país, más conozco el amor y sé que la mujer que ama no tiene más patria que el corazón del hombre á quien se entrega; para la que hirió Eros, no hay mayor desdicha que vivir separada del hombre de su elección. Por lo demás, os pregunto á vosotros Kalías y Teopompos, ¿qué ventaja llevan vuestras esposas sobre las de los persas? ¿No pasa la vida encerrada en sus aposentos, la mujer jonia ó ática, lo mismo que la persa, muy contenta cuando le permiten alguna vez salir á la calle, velada y custodiada por esclavos? En cuanto á la poligamia de los persas, no la temo por Sappó ni por Bardiya: éste será más fiel á su esposa que un heleno, pues en Sappó hallará reunido lo que aquel busca en diversas partes, en el matrimonio y en las casas de las heteras cultas; amas de gobierno y madres allá, é inteligente é instructivo trato acá. Tómala, hijo mio; te la entrego confiada y gustosa, como un viejo guerrero entrega satisfecho á su robusto hijo, lo mejor que posee; sus armas... Por lejos que vaya, siempre seguirá siendo helena, y con ella, en su nueva patria, adquirirá nuevos amigos y nuevo lustre el helenismo. Te agradezco tus lágrimas, hija; á mí me es posible detener las mias... Facultad que debí á la suerte á gran precio. Piensa, Bardiya, que oyeron tu juramento los dioses: no lo olvides jamás. Recíbela como propiedad tuya, como tu amiga, como tu esposa. Llévatela en cuanto lleguen tus compañeros. Los dioses no quieren que en las bodas de Sappó se cante el himeneo <sup>87</sup>.

Diciendo esto, la anciana juntó las manos de la pareja, abrazó á Sappó con entrañable ternura, y depuso en silencio un beso en la frente del jóven persa.



Luego, dirigiéndose á los amigos helenos que habian presenciado la escena, con emocion profunda, dijo:

—Esta ha sido una boda á la queda, sin cantos ni antorchas. Así sea más alegre el matrimonio.... Vé Melita á buscar las joyas de boda de Sappó, los brazales y los collares que están en el estuche de bronce sobre mi tocador, para que nuestra niña mimada pueda dar la mano á su señor esposo, ataviada como conviene á la futura princesa <sup>88</sup>.

—Date prisa, dijo Kalias que habia recobrado su habitual jovialidad; la sobrina de la más grande cantora de himeneos, no debe entrar en el tálamo nupcial sin ningun acompañamiento de música y canturias. Como la casa del novio está lejos, supondremos que la representa la andronitis de esta, y allá conduciremos á la novia por la puerta media y haremos la comida de boda, junto al altar de la casa.... Venid, esclavas, y dividios en dos coros.... Este será el de los mozos y aquel el de las doncellas; cantaremos el himeneo de Sappó: «Como en el monte»... Yo mismo haré de porta-antorchas <sup>89</sup> dignidad que me pertenece, porque has de saber, Bardiya, que mi familia posee el derecho hereditario de llevar las antorchas en los misterios de Eleusis y por esto nos llaman dadujos... ¡Ea, esclavo!... adorna con guirnaldas la puerta de la andronitis y manda á tus compañeros que al entrar nos tiren confites... — ¡Ah, Melita!... ¿Cómo pudiste con tal presteza entretejer coronas de violetas y arrayanes para los novios? ¡La lluvia cae á cántaros por el compluvio! Vamos, Himen ha persuadido á Zeus á que os proporcione el cumplimiento de todas las ceremonias nupciales. A falta del baño que los novios suelen tomar, siguiendo la tradicion, por la mañana del día nupcial, asomaos un momento aquí y el agua de Zeus hará las veces de fuente sagrada.... ¡Ahora cantad,

muchachas !... Lamente la novia la pérdida de sus ilusiones, y ensalcen los jóvenes la ventura de los novios.

Entonces cinco voces de tiple, ejercitadas en el canto, entonaron en tono lastimero el coro de las doncellas :

— « Como en el monte pisan los pastores el jacinto, y cae arrancada del tallo la purpúrea flor para marchitarse en el polvo, de todos despreciada; así á la doncella que sacrificó la flor de la castidad la desdeñan los mozos, y huyen de ella las doncellas. ¡ Himen ! ¡ oh Himeneo ! ¡ Oh Himen, ven Himeneo ! »

Y el otro coro contestó á las mozas más bajo, y en tono de júbilo :

— « Como en un campo yermo, la vid que gemia solitaria, cuando con el olmo se marida, se levanta enlazando la orgullosa copa coronada de uvas y zarcillos, y regocijando el corazón del viticultor, así la mujer que en la floreciente juventud anudó el lazo matrimonial, es amada del marido y alegra el corazón de los padres. ¡ Himen, oh Himeneo !... ¡ Oh Himen, ven Himeneo ! »

Luego reuniéronse ambos coros para repetir varias veces en tono anhelante y exaltado :

— « ¡ Himen, ven Himeneo ! »

De repente el canto enmudeció. Un relámpago seguido de un trueno aterrador, fulguró á través de la abertura del techo bajo el cual Kalías habia llevado á los novios.

— ¿ No veis ?... exclamó el dadujo señalando el cielo. Zeus mismo blande la antorcha nupcial y canta el himeneo á sus favoritos.

---

Al apuntar el alba de la mañana siguiente, Bardiya y Sappó pasaron del tálamo al jardín, el cual despues

de la tempestad que durante toda la noche habia ruidado con inaudita vehemencia, radiaba tan sereno y fresco como el rostro de los novios. Estos se habian levantado tan temprano, porque en el alma de Bardiya surgió de nuevo y con mayor intensidad, el recelo por la suerte de los amigos, á quienes casi olvidó en la embriaguez del amor.

Como el jardin estaba en una meseta artificial que descollaba sobre el llano inundado, podia abarcarse desde allí el panorama que éste ofrecia. En la superficie del Nilo flotaban las flores de loto azules y blancas, y sobre los bajios iban á apiñarse en tropel las aves acuáticas. Cual las nevadas cumbres de enhiesto monte, resplandecian las bandadas de garzas reales, escalonadas en la ribera. Solitarias cernianse en el aire las águilas alianchas; se mecian las tórtolas en las copas de las palmeras, y los alcatraces y patos, manchas oscuras sobre el agua, alzaban el vuelo de súbito, graznando y chillando despavoridas, apenas parecia la vela de una nave. Al soplo del viento noroeste, refrescado por la tempestad nocturna, deslizábase sobre los campos inundados un número bastante regular de embarcaciones, y con el canto de los remeros y el golpear de los remos, y el dulce gorjeo de los pájaros, todo era vida y animacion en aquel paisaje, uniforme y variado, del inundado valle del Nilo.

La jóven pareja, de codos en el bajo muro que rodeaba el jardin de Rodopis, contemplaba este espectáculo entretenida en amoroso coloquio, cuando Bardiya, con su vista de lince, divisó una embarcacion que á impulsos del viento y vigorosos golpes de remos se dirigia hácia donde estaban.

Pocos minutos despues, el bote abordó al pié del muro del jardin, y estuvieron delante del principe Zópiros y sus salvadores.

El plan de Daríos habia salido bien, gracias al tem-

poral, que por lo insólito en aquella estacion y lo violento que fué, habia asustado á los egipcios. Pero no habia que perder el tiempo, porque era de esperar que las autoridades de Sais perseguirian sin tregua al fugitivo, con todos los medios de que disponian.

Despues de breve pero tiernísima despedida, Sapfó se separó de su abuela, y de la mano de Bardiya, acompañada por la vieja Melita que la seguia á Persia, se embarcó en la lancha de Siloson y una hora más tarde en la hermosa *Hygieia*, el velero bajel de Kalias, quien aguardaba á los fugitivos á bordo de su trireme, donde se despidió de los jóvenes esposos. Bardiya para demostrarle su gratitud, adornó el cuello del viejo ateniense con una preciosa cadena y Siloson puso sobre los hombros de Darios, en memoria del peligro que habian pasado juntos, su capa de púrpura, obra maestra del arte de la tintorería que habia gustado en extremo al hijo de Histaspes. Así éste aceptó gustoso el regalo de Siloson, y por despedida le dijo:

— Acuérdate siempre, amigo heleno, de que te estoy muy agradecido y dame pronto ocasion de servirte en justa reciprocidad.

— Antes deberás dármela á mí, exclamó el libertado Zópiros, abrazando á su salvador. Estoy pronto á partir contigo mi último doblon y más que esto á permanecer por tí una semana entera en el maldito calabozo de donde me sacasteis. ¡Levan anclas!... Guárdente los dioses, bizarro heleno! Saluda de mi parte á las hermanas floristas, especialmente á la pequeña Estebanica, y dile que á mí me debe que no la moleste más su moscardon, el zancudo galan... Una palabra... toma esa bolsa para la mujer y los hijos del indiscreto egipcio, á quien jugué tan mala partida en el calor de la refriega.

Mientras esto decia, cayeron estrepitosamente las anclas sobre la cubierta; el viento hinchó el velamen

desplegado, y del fondo de la triera sonó el monótono *keleusma*, ó cantinela de los remeros, cuyo ritmo marcaba el trieraules con su flauta. La proa del barco con la efigie de madera de la diosa de la salud, avanzó...

Bardiya y Sappó permanecieron al lado del timon con la vista fija en Näukratis, hasta que las riberas del Nilo huyeron de sus miradas, y las verdes olas del mar jónico bañaron los costados de la triera.







## CAPÍTULO XII.

**E**L joven matrimonio recibió la noticia del fallecimiento de Amasis antes de salir de Efesos, de donde, siguiendo su camino, fueron primero á Babilon y luego á Pasargadas en la provincia de Persis. Allí encontraron á Kasandana, Atosa y Kresos. La primera habia tenido el deseo de visitar, antes de la campaña de Egipto en la que debia tomar parte, el monumento de su difunto esposo, recién terminado segun las indicaciones de Kresos. La anciana que habia recobrado la luz de sus ojos por el arte de Nebenjari, quedó sumamente satisfecha de la ejecucion digna del sepulcro, y gustaba de pasar diariamente horas enteras en el magnífico jardin que rodeaba el monumento de Kiros.

Consistia éste, en un gigantesco sarcófago de mármol que, parecido á una casa, descansaba en un pedestal de seis altas gradas de mármol. El interior del sarcófago estaba arreglado como una sala, y contenia además del ataúd de oro en el cual descansaban los restos de Kiroso que habian escapado á los perros, los buitres y los elementos, una cama de plata y una mesa del mismo metal, sobre la que habia varias copas de oro, gran número de prendas de vestir y ricos aderezos de piedras preciosas.

La altura del edificio era de cuarenta piés. Pórticos y paraísos umbríos, ideados por Kresos, rodeaban el conjunto y en medio del bosque levantábase una casa habitacion para los magos, encargados de la custodia del monumento.

A lo lejos distinguíase el palacio de Kiroso que segun dejó dispuesto, debian habitar los futuros reyes de Persia por lo menos algunos meses cada año. En este edificio espléndido, parecido á una fortaleza, hallábase tambien el tesoro del reino, á causa de ser aquel sitio casi inaccesible <sup>91</sup>.

Kasandana sentíase perfectamente bien en la fresca atmósfera de montaña que rodeaba la tumba del querido difunto, y veia con gusto que tambien Atosa recobraba en este lugar hermoso y tranquilo, la pasada alegría, que habia perdido desde la muerte de Nitetis y la despedida de Daríos. Sappó se encariñó pronto con sus nuevas madre y hermana y como estas, abandonó con sentimiento la hermosa Pasargadas.

Daríos y Zópiros habian quedado en medio del gran ejército que iba reuniéndose en el llano del Éufrates, y Bardiya tambien hubo de regresar á Babilon antes de ponerse en marcha las tropas.

Kambises fué al encuentro de su familia á su regreso, y expresó su admiracion por la belleza de la jóven cuñada. Sappó declaró á su vez á Bardiya que no podia mirar sin miedo á su hermano.



Grande habia sido la mudanza del rey en pocos meses. Su semblante antes pálido y no exento de nobleza, se habia afeado y amoratado con el abuso del vino. Los oscuros ojos brillaban aún con el antiguo ardor, pero su fuego era menos puro que antes; habia encanecido su cabellera antes negra y lustrosa, y la llevaba desgredada, y aquella sonrisa orgullosa y triunfante que antes hermoseara sus facciones, se habia trocado en expresion de desdeñoso fastidio y rígida austeridad.

Sólo en la embriaguez, estado que desde mucho tiempo habia dejado de ser cosa extraordinaria para él, solo entonces se le oia reir, pero sin medida y como relinchando. Seguia mostrando repugnancia á sus mujeres y aun partiendo para Egipto, dejó el harem en Susa, mientras todos los grandes llevaron consigo á sus mujeres y concubinas favoritas.

Nadie empero podia quejarse de una injusticia por su parte; todo lo contrario; más que nunca insistia en el cumplimiento riguroso de la ley, mostrándose inexorable y cruel en demasia, en el castigo de algun nuevo abuso descubierto. Así por ejemplo, cuando supo el hecho de aquel juez llamado Sisammes, quien por dinero pronunció una sentencia injusta, mandóle desollar é hizo tapizar la silla de juez con la piel del desgraciado, y luego nombró en sustitucion al propio hijo de éste y obligóle á que se sentara en aquella silla fatidica.

Como jefe supremo del ejército, se mostraba incansable, dirigiendo con tanto acierto como rigor los ejercicios de las tropas reunidas en los contornos de Babilon.

Despues de año nuevo (marzo) debia ponerse en marcha el grande ejército, con cuyo motivo Kambises celebró la fiesta con pompa extraordinaria.

Terminados los regocijos, se puso al frente de las tropas. En esto, díjole un dia su hermano, radiante

de felicidad y orgullo, que tenia fundadas esperanzas de ser pronto padre. El rey se conmovió con esta nueva, y sin decir palabra, se emborrachó por la noche hasta perder el conocimiento y á la mañana siguiente llamó á los mobedes, magos y caldeos para hacerles una pregunta.

— Recordareis, dijo, que interpretando mis sueños, habeis afirmado que Atosa parirá un futuro rey de este imperio. ¿Pecaré yo contra los dioses, tomando por esposa á mi hermana, para realizar lo que mi ensueño me prometió?

Los magos deliberaron breve rato, y luego Oropastes, el mismo sacerdote, se prosternó ante el rey y dijo:

— No creemos que peques con tal matrimonio, porque, en primer lugar, es costumbre que los persas se casen con sus parientas<sup>92</sup>, y en segundo lugar, si bien la ley no dice que el puro pueda casar con su hermana, dice en cambio que el rey puede hacer lo que le plazca. Obra como quieras que siempre cumplirás con la justicia.

Kambises despidió á los magos con ricos presentes, hizo regente del reino á Oropastes y horrorizó á su madre manifestándole su propósito de casarse con su hermana Atosa, en cuanto hubiese vencido á los egipcios y castigado al hijo de Amasis.

Por fin, el ejército, compuesto de mas de ochocientos mil soldados, se puso en marcha por divisiones y llegó en dos meses al desierto siro, donde le esperaban las tribus árabes, cuya amistad se habia conciliado Fanes, para abastecer á las tropas de agua, acarreándola por medio de caballos y camellos.

Cerca de Akko, puerto de los cananeos, reuniéronse las armadas de los sirios, fenicios y jonios, naciones sometidas á los persas, con las naves auxiliares de los kiprios y samios que Fanes proporcionó. Con estos

últimos medió una cosa particular. Polikrates, creyendo que la petición que le hizo Kambises de una escuadra, le proporcionaba buena ocasión de liberarse de una vez de todos los ciudadanos descontentos de su tiranía, tripuló cuarenta triremes con ocho mil samios díscolos y mandóles á los persas rogando á estos en secreto que no dejasen volver á casa á ninguno. Súpolo Fanes y avisó á los vendidos. Estos, en vez de combatir contra Egipto, volvieron á Samos con la intención de derrocar á Polikrates, pero fueron vencidos y se marcharon á Esparta á conspirar desde allí contra el tirano.

Un mes justo y cabal antes de la época de la inundación, los ejércitos persas se hallaron frente á frente cerca de Pelusio en la costa noroeste del Delta.

Todas las disposiciones de Fanes se habian cumplido con feliz éxito. La marcha de las tropas por el desierto, que siempre solia costar miles de víctimas, se habia llevado á cabo esta vez sin grandes pérdidas, gracias á los árabes que cumplieron sus promesas con toda lealtad y á la acertada elección de la época del año, que permitió á los soldados persas penetrar en Egipto por caminos secos, con comodidad y sin obstáculos.

El rey habia recibido á su amigo heleno con gran distincion y contestó moviendo la cabeza y sonriéndose en señal de asentimiento, cuando éste le dijo:

— Supe que desde la muerte de tu bella amiga, sueles estar menos alegre que antes. Al hombre le sienta bien conservar su dolor por mucho tiempo, y no como la mujer exhalar el corazón en violentas pero pasajeras lamentaciones. Gran parte tomo en tus penas, pues yo tambien perdí lo que más queria. Demos juntos las gracias á los dioses que nos conceden el mejor remedio contra el dolor, el combate y la venganza.

Luego Fanes acompañó al soberano á la revista de

las tropas y al banquete. Era asombrosa la influencia que sabia ejercer sobre este hombre feroz, y parecia maravilla la templanza y jovialidad de Kambises en cuanto tuvo á su lado al ateniense.

Si podia llamarse inmenso el ejército persa, tampoco era despreciable el número de las tropas egipcias. El campamento de estos se apoyaba en las murallas de Pelusio, fortaleza fronteriza destinada desde antiguo á defender á Egipto de las invasiones de los pueblos del Oriente. Unos tráfugas aseguraron á los persas que el número total del ejército faraónico alcanzaba á unos seiscientos mil combatientes.

Ademas de gran número de *carristas* (especie de caballería rodada), unos treinta mil mercenarios jonios y carios y el cuerpo de los mazayas, cuyo destino era la custodia del material y de los prisioneros de guerra, habianse reunido bajo las banderas de Psamtik doscientos cincuenta mil kalasirios, ciento sesenta mil hermotibios, veinte mil jinetes y más de cincuenta mil aliados, entre los cuales los machavachas líbicos descollaban por su antigua fama bélica, y los etiofes por su número.

La infantería estaba dividida en regimientos y compañías que se distinguían por sus banderas, y se agrupaban segun sus diferentes armas; pues unos llevaban grandes escudos, lanzas y puñales, otros escudos pequeños y mazas ligeras, otros eran honderos. La masa principal del ejército se componia de arqueros, cuyos arcos no tendidos eran casi tan largos como su propia estatura. Los jinetes no llevaban otro vestido que el shenti que cubria los muslos, ni otra arma que una especie de cachiporra, pero los carristas pertenecientes á las familias mas distinguidas de la casta guerrera, gastaban grandes sumas, tanto en los arneses de sus magnificos caballos de fama universal, como en la construccion de sus carros de dos ruedas é

iban al combate ricamente vestidos <sup>93</sup>. A su lado estaban los aurigas, porque ellos no se ocupaban sino en la lucha con el arco y la lanza.

La infantería de los persas no era mucho mas numerosa que la egipcia; en cambio, su caballería superaba seis veces la del enemigo. Cuando los ejércitos estuvieron frente á frente, Kambises mandó limpiar el anchuroso llano pelusino de malezas y árboles, y allanar las colinas de arena que se elevaban de trecho en trecho, para que la caballería y los carros de hoz tuviesen el terreno despejado.

Fanes le ayudaba con su conocimiento exacto del sitio, y supo conseguir que su plan de batalla, concebido con gran talento estratégico, fuese aceptado no solamente por Kambises, sino aún por el viejo general Megabizos y los ajemenidas más aguerridos. Sus conocimientos topográficos, eran especialmente útiles á causa de los pantanos que abundaban en el llano de Pelusio, los cuales era preciso evitar, para que la batalla se decidiera en favor de los persas.

Al final del consejo de guerra, el ateniense tomó otra vez la palabra, y dijo:

— Ahora voy á satisfacer vuestra curiosidad con respecto á las carretadas de animales que hice traer aquí. ¡ Son cinco mil gatos! Os reis, pero yo os aseguro que estos animales nos serán más útiles que cien mil espadachines. Muchos de vosotros ya conocéis la superstición de los egipcios, que preferirían morir antes que matar un gato. Yo mismo estuve á punto de pagar con mi vida la matanza de algunos de estos cuadrúpedos. Teniendo en cuenta esta superstición, en todas partes donde llegué en mi viaje, en Kipros donde los hay magníficos, en Creta, en Samos, en toda la Siria, he mandado recoger cuantos gatos pudieran cazarse, y ahora os recomiendo repartirlos entre los soldados que habrán de luchar con las tropas puramente egip-

cias, encargándoles que aten estos bichos sagrados á sus adargas, y los presenten á los enemigos. Apuesto cualquier cosa que todo verdadero egipcio abandonará el campo de batalla, antes que tirar contra uno de los animales venerados.

Con grandes risas acogieron la proposicion del griego, y tomada en consideracion, fué aprobada y puesta en práctica inmediatamente. Kambises dió su mano á besar al ingenioso amigo, resarcióle los gatos con rico regalo, le encareció que se casara con una persa ilustre <sup>94</sup>, y que fuera á comer con él aquella noche. Fanes empero excusóse con el pretesto de que le era indispensable revistar á las tropas jónicas que habia de mandar sin conocerlas apenas, y se fué á su tienda.

A la entrada de la misma, halló á sus esclavos disputando con un viejo barbudo, sucio y haraposo que se empeñaba en hablar con él. Fanes, creyendo que era un mendigo, echóle una moneda de oro, pero aquel, lejos de recoger el rico regalo, se agarró al manto de Fanes, y le dijo:

— Soy Aristómajos el espartano.

Fanes reconoció entonces al amigo que habia sufrido en su aspecto tan cruel mudanza; le condujo á su tienda, le hizo lavar el pié y untar el cabello, dióle vino y carne para que se confortara, y trocó sus harapos por un jiton nuevo con que cubriera los nervudos y demacrados hombros.

Aristómajos se dejó mudar con toda calma y en silencio, y solo cuando hubo cobrado nuevas fuerzas con la buena comida y bebida vivificantes, calmó la impaciencia del ateniense con el siguiente relato:

Luego que Psamtik hubo asesinado al hijo de Fanes, él, Aristómajos, se le presentó y le anunció que induciria á sus subordinados á abandonar el servicio de Amasis, si la hija de su amigo no era puesta en libertad, y no se daba una explicacion satisfactoria de la

suerte del muchacho desaparecido. El príncipe heredero prometió que lo pensaría. Cuando dos días después el espartano hizo un viaje nocturno á Menfis, fué asaltado por unos guerreros etíopes, derribado, atado y encerrado en la oscura y estrecha cámara de una nave que, tras largos días de viaje, echó el ancla en una ribera desconocida para él. Allí le sacaron de su cárcel, y llevaronle á través de cálido y fragoso desierto, hácia Oriente. Por fin llegó á una montaña en cuya falda habia numerosas chozas, habitacion de los penados que cargados de cadenas, eran conducidos todas las mañanas á la galería de una mina, para cavar los granos de oro en la roca dura <sup>95</sup>. Algunos de aquellos infelices mineros, llevaban ya más de cuarenta años en aquel lugar de horror, pero los más hallaban allí prematura muerte, á consecuencia del exceso de trabajo que les imponian, y el espantoso calor que les aguardaba á la salida de la mina.

— Mis compañeros, decia Aristómajos, eran ó asesinos indultados de la pena capital, ó traidores al Estado privados de la lengua, ú hombres peligrosos para el rey, y por él temidos, como yo. Tres meses trabajé con esa gentuza, apaleado por los capataces, asfixiado por el sol de mediodía, arrecido por el relente que helaba mis miembros desnudos. Aunque destinado á la muerte, me mantenía con vida la esperanza de vengarme de mis perseguidores. Quisieron los dioses que los guardias, con ocasion de la fiesta de Pajt, se emborracharan segun la costumbre egipcia, y cayeran en profunda modorra. Con esto, sin que lo advirtieran, logré evadirme con un jóven judío acusado de haber hecho uso de pesos falsos en una transaccion. Zeus lakedemonios y el gran dios de aquel jóven, nos asistieron cegando á nuestros perseguidores, cuyas voces oimos á menudo detras de nosotros.

Con un arco que mi compañero habia quitado á un

guardia, nos procurábamos de comer. Cuando no se encontraba cosa alguna, comíamos raíces, frutas y huevos de pájaros. Sabíamos que el Mar rojo no estaba lejos de las minas, y que estas se hallaban al Sur de Menfis y aún de Tebas. Pronto llegamos á la playa y la seguimos incansables en direccion al Norte. Por fin topamos con unos amables marineros que nos mantuvieron, hasta que un barco árabe nos recogió y llevó á Eziongueber, en el país de los edomitas, á instancias del judío que hablaba la lengua de los navegantes. Allí supimos que Kambisés marchaba contra Egipto al frente de un grande ejército, y fuimos á Harma con una caravana amalekita que habia de socorrer con agua á los persas. En Harma me uní á unos rezagados del grande ejército asiático, quienes, por compasion, alguna vez me hicieron montar en sus caballos, y así llegué á Pelusio, donde me dijeron que estabas al servicio del gran Rey, en calidad de general. Yo cumplí mi juramento, defendiendo con mi vida los derechos de los helenos en Egipto; ahora te toca á ti ayudar al viejo Aristómajos en la consecucion de su único deseo: vengarse de sus perseguidores.

— No te faltará la venganza, contestó el ateniense con un apretón de manos. Te pondré al frente de los hoplitas milesios, y así podrás ensañarte cuanto quieras en nuestros enemigos. Mas con esto no te habré pagado aun toda mi deuda, aunque debo dar gracias á los dioses que me permiten hacerte ya feliz ahora con una simple noticia. Has de saber que pocos dias despues de tu desaparicion, un barco de honor lacedemonio, mandado por tu excelente hijo, llegó á Náukratis para llevarte de regreso á tu país por orden de los éforos, como padre de dos vencedores olimpicos.

Al oír esto, los miembros del anciano temblaron, cuajarónsele los ojos de lágrimas y púsose á murmu-



rar una oracion. Luego se dió una palmada en la frente, y dijo con trémula voz :

— ¡ Ahora, ahora se cumple ! Perdóname, Febos Apolon, si he dudado de las palabras de tu sacerdotisa. ¿ No es esto lo que predijo el oráculo ?... Ahora se cumple lo que el dios me prometió... Ahora puedo... ahora quiero volver á casa. Mas antes alzo la mano para suplicar á Dike, la eterna justicia, que no me niegue las delicias de la venganza.

— Mañana será el dia del desquite, añadió Fanes, adhiriéndose á la plegaria del viejo. Mañana inmolaré á mi hijo las víctimas fúnebres, y no descansaré hasta que Kambises haya herido en el corazon á Egipto con las flechas que yo agucé. Ven ahora, amigo, que te presentaré al rey. Un solo hombre como tú, lleva la dispersion en todo un ejército de honderos egipcios.

Habia anochecido ya y los soldados persas, como tenían que temer un asalto de los enemigos contra su campamento no fortificado, estaban formados en sus puestos respectivos, apoyados los infantes en los escudos y lanzas, y los jinetes con los caballos ensillados y enfrenados cerca de los fuegos de guardia. Kambises recorrió las líneas, entusiasmando con su saludo y su vista á los numerosos guerreros. El centro del ejército no se habia aún puesto en orden de batalla, porque constaba de la guardia persa, los portamanzanas, los inmortales y los parientes del rey, que no solian dar la caza al enemigo sino mandados por el rey mismo.

Los griegos asiáticos descansaban tranquilamente por orden de Fanes, quien, para tener así tropas bien dispuestas, preferia velar él y dejarlas dormir, bien que armadas, á fatigarlas en línea de batalla. Aristó-

majos que habia sido recibido con exultacion por los jonios y con gusto por el rey , debia combatir con una mitad de los helenos á la izquierda del centro. Fanes con la otra mitad, se colocó á la derecha de la guardia real. El rey queria dirigir la batalla al frente de los diez mil inmortales con su estandarte tricolor azul-rojo-oro y la bandera de Kave <sup>96</sup>; Bardiya debia mandar la guardia persa montada y toda la caballería aco-razada.

Kresos mandaba la division del ejército que tenia á su cargo la custodia del campamento con sus tesoros inmensos , las mujeres de los grandes y la madre y hermana del rey.

Cuando se asomó el fúlgido Mitra y los sombríos espíritus de la noche se ocultaron en sus cavernas , la sagrada lumbre que habian llevado delante del ejército desde Babilon, fué atizada hasta alcanzar dimensiones gigantescas , pues la alimentaban los magos y el rey con pebetes costosos. Luego Kambises celebró el sacrificio y alzando una copa de oro , pidió al cielo la victoria. Despues dió á los persas el santo y seña de *Auramazda* , *amparo y guia* y se puso al frente de sus guardias que habian adornado sus tiaras con coronas y guirnaldas. Los helenos á su vez, hicieron sus sacrificios y prorumpieron en gritos de júbilo, cuando los sacerdotes declararon que los pronósticos prometian el triunfo. *Hebe* fué su santo y seña.

Entre tanto, los guerreros egipcios , despues de empezar tambien la mañana con sacrificios y oraciones, se habian puesto en orden de batalla. Tenian en el centro á su nuevo rey Psamtik , montado en un carro de oro con porta-arcos del mismo metal. Sus corceles iban ataviados con mantillas de púrpura y caparazones de brocado, con plumas de avestruz en sus soberbias cabezas. Su auriga , procedente de la familia más distinguida de Egipto, estaba , con las riendas y el látigo

en las manos, á la izquierda de su amo que llevaba la corona doble del Alto y Bajo Egipto <sup>97</sup>.

A la izquierda del centro, debían combatir los mercenarios helenos y carios. La caballería se colocó á los extremos de las dos alas del ejército, mientras la infantería egipcia y etiópica formó en seis filas á la derecha é izquierda de los carristas y helenos.

Psamtik montado en el carro de batalla, recorrió las filas de los suyos saludando y animándolos, deteniéndose finalmente delante de los helenos para dirigirles la siguiente arenga:

— « Héroses cuyas proezas de Kipros y Libia no he olvidado, me alegra que esta vez pueda participar de vuestra gloria ciñéndoos la frente con nuevas coronas de triunfo. No temais que despues de vencer á nuestros enemigos, yo vaya á menoscabar vuestras libertades. Ciertos calumniadores os han susurrado al oido que os espera tal ingratitud, mas yo os aseguro que si vencemos, yo os favoreceré en toda forma á vosotros y á vuestros descendientes, llamándoos los puntales de mi trono. Tened presente además, que hoy no combatireis solamente por mí, sino tambien por la libertad de vuestra lejana patria; pues es fácil comprender que Kambises, si se hace dueño de Egipto no estará satisfecho hasta que extienda su codiciosa mano sobre la hermosa Hélada y sus islas, que sabeis están situadas entre Egipto y vuestros hermanos asiáticos, los cuales ya gimen ahora bajo el yugo persa. Vuestra aclamacion me prueba que tambien opinais así, pero escuchadme un momento más, pues debo deciros quien es el hombre que por tesoros inmensos ha vendido al Gran Rey de Persia no sólo Egipto, sino su propia patria. Fanes es su nombre. No lo dudeis, pues os puedo jurar que este Fanes ha aceptado el oro de Kambises, prometiéndole allanarle el camino de Egipto y abrirle las puertas de vuestra patria me-

trópoli. Este hombre conoce el país y por oro se deja comprar para toda iniquidad. ¿ Le veis allá al lado del rey ? ¿ Veis como se postra en el polvo delante de él ? ¿ Es un heleno ese ? ¿ No dicen que los helenos se prosternan solamente ante sus dioses ? Verdad es que quien vende á su patria, deja de pertenecer á la misma. ¿ Lo creéis así ? ¿ Me dais la razon ? ¿ Renegais de llamar compatriota al miserable ? Pues bien, os voy á entregar la hija del infame que he guardado en calidad de rehen y que el codicioso ha vendido junto con su patria. Haced lo que querais con la prole de tal bribon. Adornadla con rosas, postraos delante de ella; mas no olvidéis que pertenece á ese hombre que ha deshonorado el nombre de heleno, y ha hecho traicion á vosotros, á su patria. »

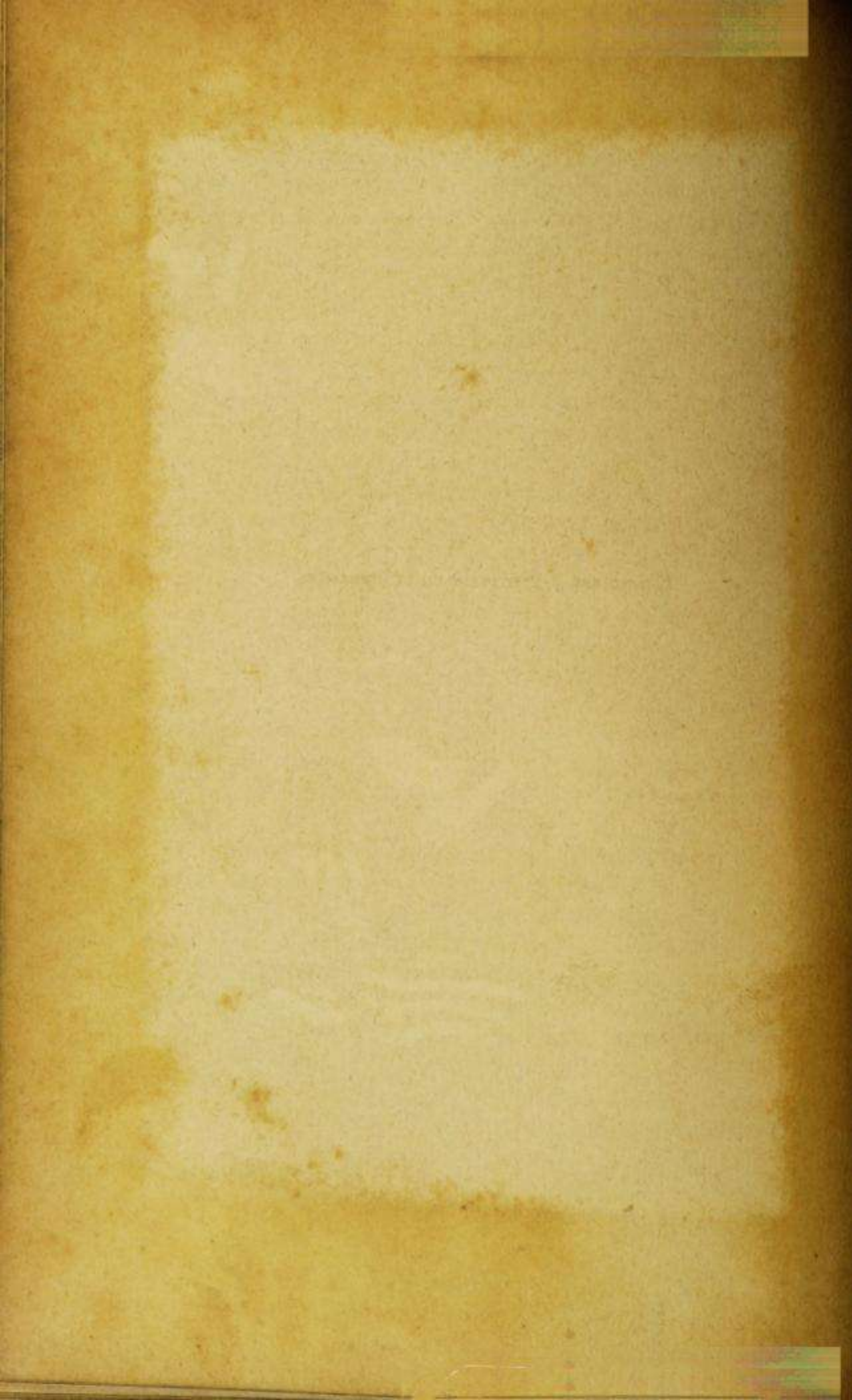
Los hombres á quienes se dirigió este discurso, prorumpieron en una gritería feroz al recibir á la tímida niña. Un soldado alzó á la pobre para que la viera su padre, quien podia distinguirla perfectamente porque la distancia entre él y los mercenarios, no era mayor de la de un tiro de arco, y al mismo tiempo un egipcio, que mas tarde se hizo célebre por su récia voz, gritó :

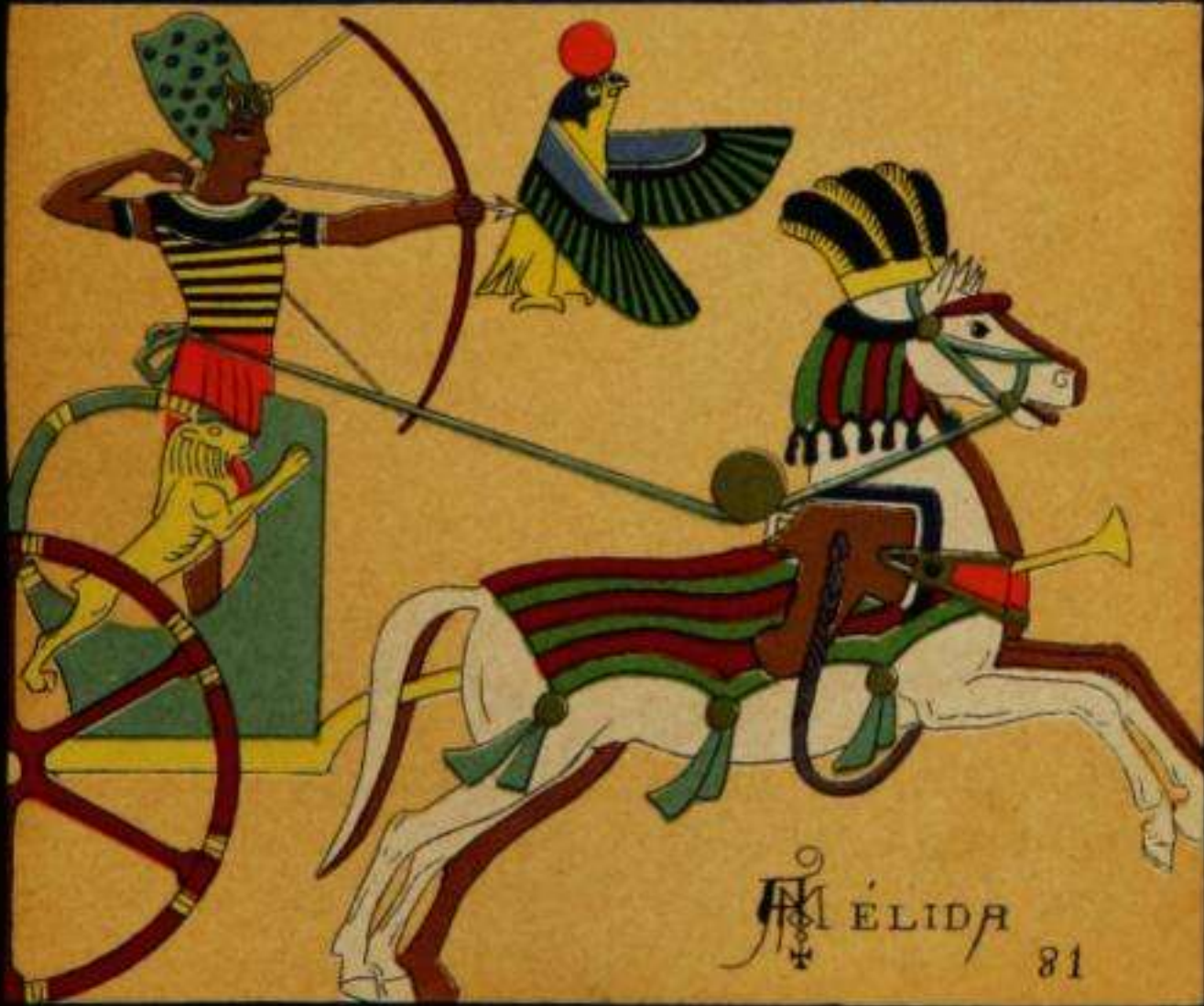
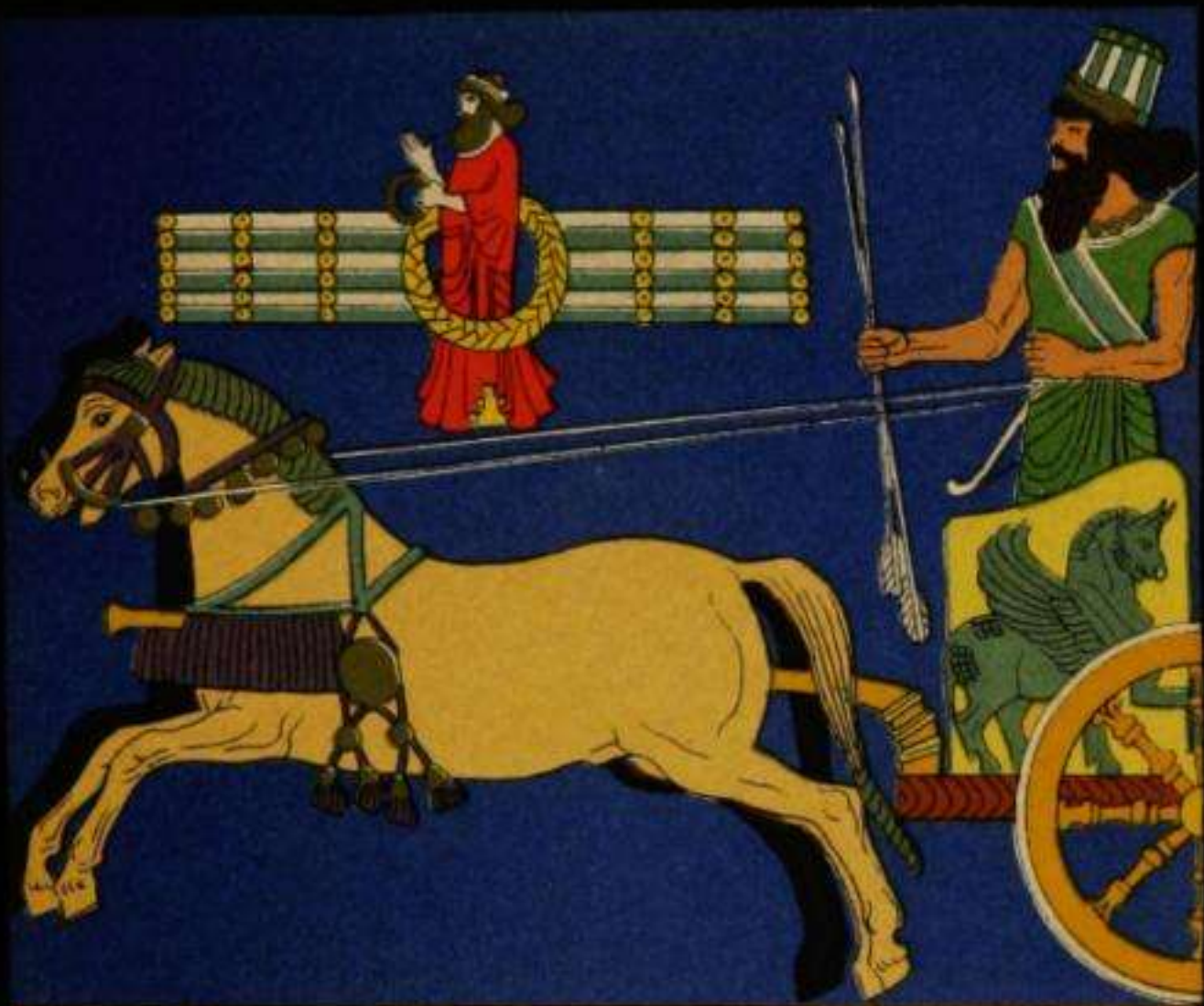
— « Mira, ateniense, como en esta tierra se castiga á los traidores venales. »

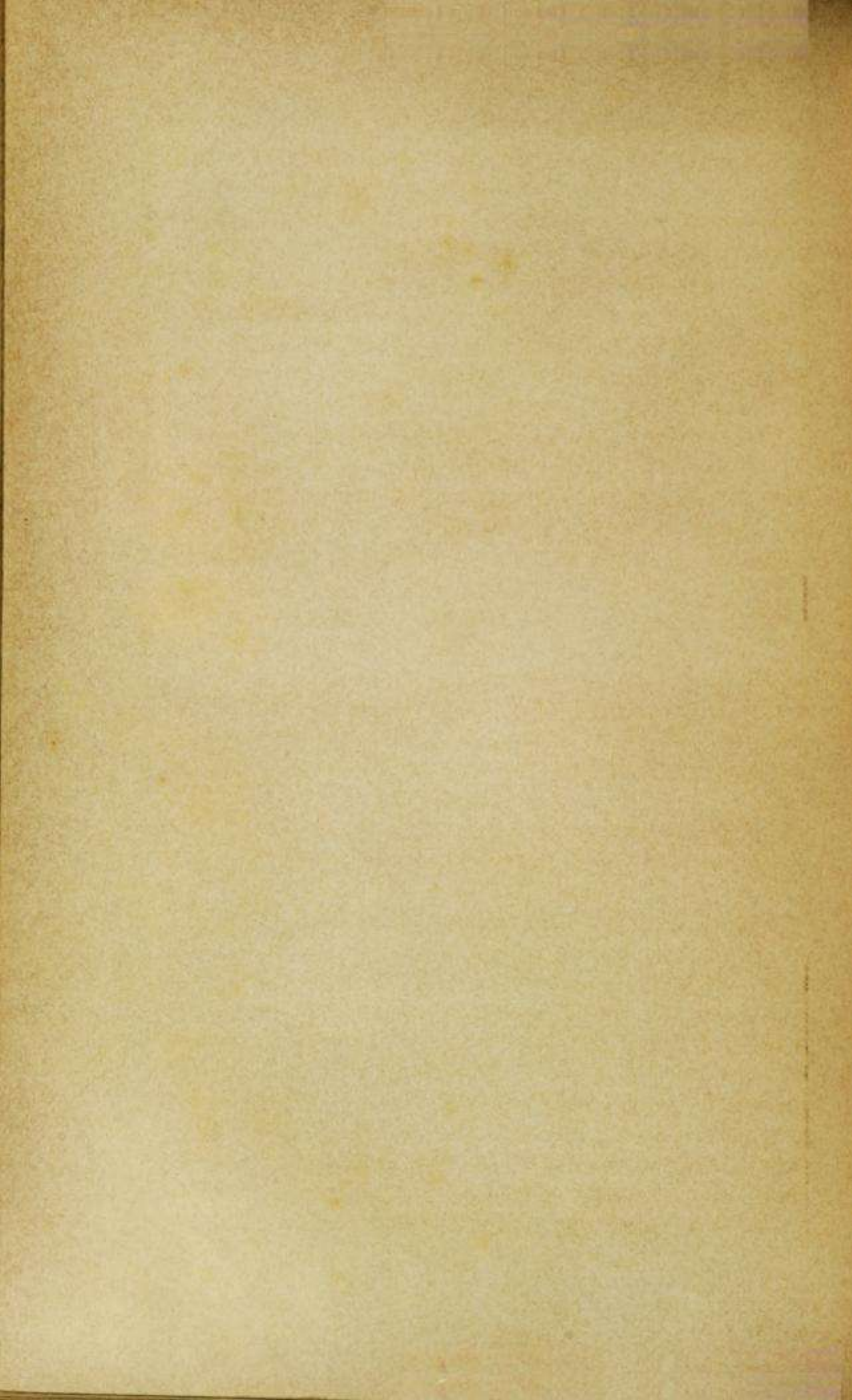
Entonces un cario cogió el krater, cuyo contenido regalado por el rey le habia emborrachado á él y sus compañeros, y hundiendo la espada en el pecho de la niña, dejó manar la inocente sangre en la vasija de bronce, llenó una copa con la horripilante bebida y la vació en son de brindis por la salud del padre que le miraba petrificado. Cual locos precipitáronse los demás mercenarios sobre el krater á sorber como fieras aquel vino mezclado con sangre.

En esto, Psamtik con aire triunfal tiró la primera flecha contra los persas.

*Kambises y Psamtik en el combate.*









Los mercenarios arrojaron el cadáver de la niña y ébrios de la sangre bebida, entonaron su canto de batalla y corrieron al ataque adelantándose mucho á sus compañeros egipcios. Las filas de los persas se pusieron en movimiento á su vez. Fanes, furioso de dolor y rabia, se precipitó con sus hoplitas indignados de la atroz barbaridad de sus paisanos, sobre aquellos hombres, cuyo aprecio creia haber merecido con diez años de mando leal.

Cuando el sol entró en el meridiano, la fortuna de las armas parecia inclinarse en favor de los egipcios; cuando el astro del dia se acercó al ocaso, los persas llevaban la ventaja; cuando la luna llena brilló en el firmamento, los egipcios abandonaban el campo de batalla en precipitada fuga para perecer en los pantanos pelusinos y en el brazo del Nilo que los atravesaba ó al golpe de las espadas enemigas, luchando por la libertad de su patria.

Veinte mil persas y cincuenta mil egipcios, cubrian con sus cadáveres el ensangrentado polvo de la playa; los heridos, anegados y prisioneros, eran innumerables <sup>98</sup>. Psamtik habia sido uno de los últimos en huir y herido ligeramente alcanzó la orilla opuesta del Nilo, sobre un noble corcel, para correr con unos pocos miles de adictos á Menfis, la bien fortificada ciudad de las pirámides.

De los mercenarios helénicos en el ejército egipcio, habian quedado pocos; tan horrible estrago hizo en sus filas, deseoso de vengarse, Fanes con los jonios. Diez mil carios fueron hechos prisioneros; al asesino de su hija le mató el ateniense con sus propias manos.

Aristómajos, á pesar de su pierna de palo, habia hecho prodigios de valor sin conseguir empero lo que más deseaba, al igual de su compañero de venganza, esto es, apoderarse de Psamtik.

Cuando la batalla estuvo decidida y los persas vol-

vieron al campamento con júbilo y algazara, fueron recibidos por Kresos, los sacerdotes y los soldados y celebraron la gloriosa victoria con sacrificios y plegarias.

A la mañana siguiente, el rey convocó á todos los jefes para distribuir las condecoraciones merecidas, en forma de vestidos preciosos, cadenas de oro, sortijas, espadas y estrellas de piedras preciosas, y á los soldados les hizo repartir monedas de oro y plata.

Los egipcios habian dirigido su ataque principal con tanto impetu contra el centro de los persas, que estaba bajo el mando inmediato del rey, que la guardia empezaba ya á retroceder, cuando Bardiya llegó oportunamente con su caballería, inspirando nuevo ánimo á los que vacilaban, luchando como un leon, y decidiendo el éxito de la jornada con su arrojo y rapidez.

Los persas aclamaron al jóven con júbilo llamándole altamente *vencedor de Pelusio* y *primero de los ajemenidas*. Estas voces llegaron á oídos del rey y le causaron profundo enojo. Él sabia que habia luchado exponiendo su vida con verdadero heroismo y la fuerza de un gigante, y sin embargo la batalla habria sido perdida, si ese muchacho no le hubiese regalado la victoria. Su hermano por quien habia malogrado la felicidad del amor, le quitaba ahora la mitad de su gloria militar. Kambises sentia claramente que odiaba á Bardiya y sus puños se cerraban cuando veia al jóven héroe, radiante de noble orgullo.

Fanes estaba herido en su tienda y á su lado yacia moribundo Aristómajos.

— El oráculo ha mentido, á pesar de todo, murmuró el espartano; muero y no he vuelto á ver á mi patria.

— Dijo la verdad, repuso Fanes; ¿cuáles eran las últimas palabras de la pitia? « Llevaráte la tarda barca á aquellos campos que otorgan una pacífica morada al

errante pié.» ¿No comprendes el significado de estas palabras? Hablan de la tarda barca de Caron que ha de llevarte á tu última morada, al gran descanso de todos los viandantes, al reino de Hades.

— Sí, amigo mio, tienes razon, me voy al Hades.

— Y el tribunal de los cinco, los éforos, te han concedido antes de morir lo que te habian negado mucho tiempo; el regreso á Lakedemon. Además puedes estar agradecido á los dioses que te concedieron hijos como los tuyos y la venganza de tus enemigos. Cuando me haya repuesto, haré un viaje á la Hélada y comunicaré á tu hijo que su padre fallecido de muerte gloriosa, ha sido llevado en su escudo del campo de batalla al sepulcro.

— Hazlo así, y entrégaselo para que lo guarde como recuerdo de su anciano padre. No necesito aconsejarle que sea virtuoso.

— ¿Quieres que entere á Psamtik cuando le hagamos prisionero, de cuanto has contribuido á su caída?

— No es necesario, él me vió antes de huir y de susto por la inopinada aparicion, dejó caer el arco, lo cual sus amigos tomaron por señal de fugarse y volvieron grupas.

— Los dioses pierden á los ruines con sus propias maldades. Psamtik se desalentó, cuando hubo de creer que hasta los espíritus de los muertos combatian contra él.

— ¡Bastante tenia que hacer con los vivos! Los persas se han batido bien; y sin embargo, sin la guardia real y nosotros, la batalla era perdida.

— Ciertamente.

— ¡Oh, gracias Zeus lakedemonios!

— ¿Rezas?

— Alabo á los dioses porque me dejan morir descansado con respecto á mi patria. Esas masas incoherentes no constituyen ningun peligro para nuestra patria helénica. ¡He, médico! ¿cuando moriré?

El facultativo milesio que habia acompañado á Egipto á los griegos, que hubieron de seguir el llamamiento á las armas de los persas, se sonrió amargamente, y señalando la punta de flecha clavada en el pecho del espartano, dijo:

— Pocas horas sólomente te quedan de vida. Si te sacase la flecha de la herida, expirarias inmediatamente.

El espartano dió las gracias al médico, se despidió de Fanes rogándole que saludara á Rodopis, y antes que pudieran intentar impedirselo, arrancó con mano certera la saeta de su pecho. Pocos momentos despues Aristómajos era cadáver.

---

Aquel mismo dia, una embajada persa fué á Menfis en un barco lesbio para intimar al rey y á la ciudad que se rindiesen á discrecion. Kambises le siguió despues de destacar una division del ejército, bajo el mando de Megabizos con la órden de posesionarse de Sais.

En Heliópolis se le presentaron embajadas de los habitantes helénicos de Naukratis y de los libios, que habian venido con una corona de oro y ricos regalos á pedir la paz y proteccion. Las recibió con benevolencia prometiéndoles su amistad; á los enviados de Kirene y Barka, empero, los rechazó con enfado, arrojando con su propia mano en medio de los soldados la ofrenda de aquellos, (quinientas minas de plata) que le parecia ridícula por lo miserable.

En el mismo punto recibió tambien la noticia de que los menfitas, al llegar la embajada persa, habian acudido en gran número, echado á pique el barco y despedazado á todos los pasajeros sin distincion, como

carne de matadero arrastrándolos á la fortaleza. Cuando Kambises lo oyó, exclamó furioso:

— Por Mitra, por cada uno de los asesinados han de morir diez habitantes de Menfis.

Dos dias despues, el ejército plantó sus reales ante las puertas de la ciudad gigantesca. El sitio duró poco tiempo, porque la guarnicion era harto pequeña para lo grande que era la plaza, y el vecindario estaba desalentado con la terrible derrota pelusina.

Psamtik en persona con sus cortesanos más principales, salió al encuentro de Kambises. Iba el desdichado con los vestidos rasgados y con todos los signos de luto. Kambises le recibió frio y taciturno, y mandó detenerle y llevarle preso á él y á su séquito. La viuda de Amasis que habia parecido tambien, fué tratada con miramiento, y á instancias de Fanes, al cual se habia mostrado siempre amable, recibió una escolta de seguridad para regresar á su país, Kirene, donde permaneciò hasta la caída de su sobrino Arkesilaos III, y la huida de su hermana Feretima. Entonces se trasladó á Antila, ciudad de Egipto que le pertenecia, donde vivió tranquila y retirada hasta que murió de edad muy provecta.

Kambises se desdeñaba de vengarse en una mujer del engaño que le habia hecho, y como persa, tenia sobrado respeto á una madre y madre de rey, para lastimar á la viuda de Amasis.

Psamtik, tratado en calidad de príncipe, fué custodiado cuidadosamente en el palacio de los faraones, mientras Kambises sitiaba y tomaba la residencia real de Sais.

Entre los próceres egipcios que habian alentado al pueblo para que resistiera, Neithotep, sumo sacerdote de Neith, habia sido el principal, y por esto fué enviado á Menfis y encarcelado con cien otros infelices culpables del mismo delito. Pero los más de los fun-

cionarios palaciegos del faraon , prestaron voluntariamente homenaje en Sais á Kambises , dándole el apellido de *Ramestu* , es decir, *hijo del Sol*, é induciéndole á hacerse coronar formalmente rey del Alto y Bajo Egipto , é inscribirse segun la antigua costumbre en la casta de los sacerdotes. Kambises atendiendo al consejo de Fanes y de Kresos , se conformó con todo esto , si bien de mala gana ; hasta fué á sacrificar en el templo de Neith y se hizo dar una explicacion somera por el nuevo sumo pontífice, de la diosa y de la significacion de los misterios. A algunos de los antiguos cortesanos los recibió como á los suyos : á muchos de los empleados de Administracion les concedió ascensos ; el almirante de Amasis en la escuadra del Nilo , logró insinuarse en la gracia del rey, hasta el punto de ser nombrado comensal <sup>99</sup>.

Cuando finalmente Kambises salió de la ciudad, instaló á Megabizos gobernador de la misma. Mas apenas se hubo alejado , cuando el populacho desahogó su ira reprimida , asesinando alevosamente á los centinelas persas , envenenando las fuentes y pegando fuego á las cuadras de la caballería. Megabizos corrió á dar cuenta al rey de estos sucesos, y le hizo ver que semejante hostilidad si no era ahogada por el terror, podia conducir fácilmente á una rebelion abierta.

— Manda ejecutar inmediatamente , dijo , á los dos mil jóvenes de Menfis que has destinado á la muerte en castigo del asesinato de nuestra embajada. No seria mal que añadieses al número de los condenados, el hijo de Psamtik, para que no pudiera formar un dia el centro , á cuyo derredor se agruparan los rebeldes. Las hijas del rey destronado y del gran sacerdote Neithotep, segun me dicen, han de sacar agua para los baños del noble Fanes.

El ateniense sonrióse al oir estas palabras, y dijo :

— Kambises , mi señor , me ha otorgado mi súplica de poder tener criados tan principales.

— Pero te ha prohibido , añadió Kambises , atentar á la vida de algun miembro de la dinastía destronada. Solo á un rey le pertenece el castigar á otro rey.

Fanes hizo una reverencia, y Kambises dirigiéndose á Megabizos, le mandó hiciera ejecutar el dia siguiente á los condenados por via de ejemplar y terrorífico castigo. Sobre el destino del hijo del rey, determinaria más tarde, pero de todos modos deberia ser conducido tambien al sitio del suplicio. Es preciso que se vea que sabemos oponer el rigor á la hostilidad.

Como se atreviera Kresos á solicitar clemencia para el inocente niño , Kambises se sonrió , y dijo :

— No tengas cuidado , viejo amigo ; el niño vive aún y acaso no lo pasará peor entre nosotros que tu propio hijo que se batió con tanto valor en Pelusio. Pero quisiera saber si Psamtik sabe soportar su suerte con resignacion y virilmente como tú , veinte y cinco años atras.

— Esto podria comprobarse , dijo Fanes. Hágase salir al rey al patio para que vea desfilar delante de él á los presos y condenados. Entonces veremos si es un hombre ó un cobarde.

— Sea , dijo Kambises ; me colocaré en un rincon para que le pueda observar sin que me perciba. Tú me acompañarás , Fanes , y me dirás el nombre y la posicion de cada uno de los presos.

Por la mañana del dia siguiente , el ateniense y el rey se apostaron en la galería que circundaba el inmenso patio del palacio , cubierto de árboles. Una espesura de flores los escondia á las miradas , mas ellos por su parte, podian distinguir cada movimiento de las personas de abajo y comprender cada una de sus palabras. Psamtik rodeado de unos pocos de sus antiguos cortesanos , estaba apoyado en una palmera y miraba tristemente al suelo , cuando sus hijas con la niña de Neithotep y otras doncellas , vestidas de esclavas , en-

traron en el patio llevando cántaros llenos de agua. En cuanto las jóvenes divisaron al rey, prorumpieron en llanto y lamentos que sacaron á Psamtik de su meditada apatía. Cuando conoció á las infelices, bajó los ojos, pero pronto los volvió á levantar y preguntó á su hija mayor que para quien llevaba el agua. Cuando supo que ella habia de prestar servidumbre á Fanes, palideció, meneó la cabeza y dijo:

— Vete.

Pocos minutos despues, entraron en el patio los prisioneros con dogal al cuello y mordaza en la boca, custodiados por guardas persas. Empezaba la cadena el pequeño Nejo que tendió las manecitas hácia su padre, rogándole que castigara á los malvados extranjeros que le querian matar. Los egipcios lloraron de exceso de dolor al oír estas palabras; Psamtik empero bajó otra vez los ojos enjutos, y luego hizo con la mano una seña de último adios á su hijo lloroso.

A poco rato, pasaron por el portal los prisioneros hechos en Sais. Uno de ellos era el anciano Neithotep. El antiguo gran sacerdote iba cubierto de harapos arrastrándose penosamente, apoyado en un baston. A la entrada del patio, levantó los ojos y vió á Daríos, su antiguo discípulo. En derechura y sin preocuparse de los que le rodeaban, se fué hácia el jóven, lamentándose de su suerte, rogándole que le socorriera y acabando por pedirle una limosna.

Daríos le hizo un regalo, lo que indujo á los demas ajemenidas que estaban á su lado á llamar al viejo en son de broma, y echarle alguna moneda menuda que recogió con afan y agradecimiento.

En cuanto Psamtik vió esto, prorumpió en gran llanto, y llamando por su nombre á su amigo, empezó á mesarse los cabellos y á golpearse la frente.

Kambises admirado de lo que veía, separó las flores, asomóse á la balaustrada, y dijo al infeliz:



— Dime , hombre singular ¿ porqué no te has levantado ni llorado , al ver á tu hija malhadada y á tu hijo destinado á la muerte , y ahora muestras tan gran compasion por un mendigo que ni siquiera es tu pariente ?

Psamtik, levantando los ojos á su vencedor, contestó:

— La desdicha de mi propia casa, hijo de Kiros, era demasiada grande para lágrimas ; pero el infortunio de un amigo que en su vejez , de hombre feliz y distinguido se ha trocado en miserable pordiosero, me ha hecho llorar.

Kambises manifestó su aprobacion á lo que dijo el desgraciado rey , moviendo varias veces la cabeza , y al mirar en torno suyo , observó que sus ojos no eran los únicos en que se asomaban las lágrimas. Kresos, Bardiya y todos los persas presentes, hasta Fanes mismo que habia hecho de intérprete á los reyes , lloraban con grandes sollozos.

El soberbio vencedor vió con gusto estas lágrimas, y dirigiéndose al ateniense , le dijo :

— Opino , amigo heleno , que está vengado el agravio que nos han hecho. Levántate Psamtik , y trata de acostumbrarte á tu nueva suerte, como este noble anciano. Y señalaba á Kresos. El embuste de tu padre ha sido castigado en tí y en tu casa. La misma corona que Amasis robó á la hija de Hofra, mi inolvidable esposa, la he arrancado de tu cabeza. Por Nitetis he emprendido esta guerra , ahora perdono la vida á tu hijo , porque ella le queria. Sin temor de nada , puedes vivir en adelante en nuestra corte en calidad de comensal , compartiendo los honores de mis grandes. ¡ Ve por el niño , Giges ! Será educado , como tú años atras , en compañía de los hijos de los ajemenidas.

El lidio , cumpliendo gustoso el agradable encargo, corrió hácia la salida de la galería ; mas antes de alcanzarla, fué llamado por Fanes, quien colocándose en

actitud orgullosa entre el rey y Psamtik, alborozado dijo :

— Irias en balde, noble lidio ; ¡ Nejo, el hijo de Psamtik , no vive ya ! Rebelde á tu mandato , mi soberano, me he aprovechado del permiso que un dia me diste, para mandar al verdugo que decapite antes que á todos al nieto de Amasis. El toque de corneta que habreis oido , anunció la muerte del último heredero de Egipto, nacido á orillas del Nilo. Conozco mi sino , Kambises , y no ruego por mi vida cuyo objeto final se ha alcanzado. Comprendo tambien tu mirada de reconvencion , ¡ oh Kresos ! te compadeces de los niños asesinados ; pero la vida es tal tejido de miserias y engaños , que acorde con tu amonestador Solon , tengo por dichoso al que los dioses deparan una muerte temprana como hicieron á Kléobis y Biton. Concédeme, oh Kambises, como última gracia, si te he servido en algo , si mi consejo te ha sido útil alguna vez , el permiso de decir unas pocas palabras más. Bien sabes , Psamtik, lo que nos dividió. Vosotros, cuya buena opinion me importa conservar , lo sabreis ahora. El padre de este hombre , me dió en sustitucion de él, el mando de las tropas enviadas contra Kipros , y yo conseguí grandes resultados donde él no habia granjeado más que humillaciones ; sin querer, llegué á enterarme de un secreto peligroso para sus pretensiones al trono ; finalmente le impedí robar una virtuosa jóven de la casa de su abuela , anciana venerada por todos los helenos. Esto es lo que no ha podido perdonarme , lo que le indujo á provocarme á una lucha á muerte , cuando tuve que abandonar el servicio de su padre. Ahora, la lucha está decidida ; tú has mandado asesinar á mis hijos inocentes , y perseguirme á mí como á una fiera ; he aqui tu venganza. Yo te he derribado del trono , haciéndote esclavo con todo tu pueblo ; yo he llamado esclava mia á tu hija , he hecho

matar á tu hijo y he visto como la misma jóven que tú perseguiste, llegó á ser la feliz esposa de un héroe. Tú, destronado, hundido, me viste el más rico y más poderoso de todos mis paisanos; tú, desgraciado, has tenido que verme, y esta ha sido mi venganza más bella, llorando de irresistible conmisericordia por tu horrenda desdicha. El que como yo pueda sobrevivir siquiera un instante á la más profunda miseria de su enemigo, en mi sentir, es dichoso como los dioses bienaventurados. Ya no tengo nada más que decir.

Fanes calló y apretóse con la mano la herida. Kambises le miró asombrado, adelantó un paso é iba á tocar el cinturón del ateniense, gesto equivalente á la firma de una sentencia capital <sup>100</sup>, cuando su mirada cayó sobre la cadena de honor que él mismo le había puesto al cuello, en recompensa de la discreción y sagacidad con que había probado la inocencia de Nitetis. El recuerdo de la mujer amada, y de la gratitud que debía á ese hombre singular por sus numerosos servicios, aplacó su enojo y retiró la mano levantada en señal de muerte. Un instante el monarca severo estuvo indeciso ante el amigo que le desobedeció; de súbito, impulsado por rápida inspiración, levantó otra vez la derecha, señalando imperiosamente la salida del patio. Fanes inclinóse silenciosamente, besó el vestido del rey y bajó al patio con paso grave. Psamtik, trémulo, le siguió con la mirada, y se acercó á la balaustrada de la galería; más antes de poder abrir los labios para proferir una maldición, cayó al suelo exánime.

Kambises hizo seña á su séquito, y mandó al maestro de montería que hiciera los preparativos para una caza de leones en los montes libicos.





### CAPÍTULO XIII.

**E**L Nilo empezaba otra vez á subir. Dos meses, fecundos por cierto en acontecimientos, habian pasado desde la huida de Fanes.

El mismo dia en que el ateniense sali6 de Egipto, Sapp6 habia parido una ni6a y bajo el cuidado de su abuela, se habia recobrado lo suficiente para tomar parte en una excursion por el Nilo, que Kresos habia

propuesto para la fiesta de Neith. El joven matrimonio no vivía ya en Menfis, pues Bardiya, para sustraerse á las majaderías de su hermano cuya conducta era insoportable desde la relegación de Fanes, con permiso del rey, se había instalado en el palacio de Sais. También Rodopis, en cuya casa no eran huéspedes raros el lidio con su hijo, Bardiya, Daríos y Zópiros, se agregó á los expedicionarios.

Por la mañana de la fiesta de Neith entraron en una barca magníficamente equipada, á unas ocho leguas de Menfis, y empujados por un viento Norte favorable y numerosos remos, subieron el río.

Bajo el cobertizo de madera medio dorada y medio pintada de varios colores, que se elevaba en el centro de la cubierta, los pasajeros estaban sentados al abrigo de los ardientes rayos del sol; Kresos, al lado de la anciana á cuyos piés se hallaba el milesio Teopompos; Sappó, apoyada en Bardiya, Siloson tendido al lado de Daríos, que pensativo miraba las aguas del río, y Giges y Zópiros hacían coronas para la frente de las dos señoras con las flores que les iba dando un esclavo egipcio.

—No se creería, dijo Bardiya, que bogamos contra la corriente; la barca vuela sobre el agua cual golondrina.

—Es debido al ricio Norte que nos refresca la frente, repuso Teopompos, y además los remeros egipcios entienden su oficio á maravilla.

—Y trabajan con doble ahinco, añadió Kresos, porque vamos contra la corriente. Sólo cuando encontramos resistencia, solemos aplicar nuestras fuerzas con empeño.

—Y nosotros mismos nos creamos dificultades, cuando la suerte pone la barca de nuestra vida en pié-lago bonancible, dijo Rodopis.

—¡Así es! exclamó Daríos; el hombre de senti-

mientos generosos detesta el seguir sin esfuerzo la corriente. En la ociosidad, todos los hombres son iguales; por esto necesitamos de la lucha para poder demostrar que somos mejores que los demás.

— Pero los héroes generosos no han de ser pendencieros, añadió Rodopis. ¿ Ves allí los melones esparcidos sobre la tierra negra, cual bolas de oro? Si el labrador hubiese echado la semilla con excesiva generosidad, ninguna habria llegado á madurar; la exuberancia de los zarcillos y de las hojas habria ahogado los frutos y frustrado la cosecha. La lucha y el trabajo son la mision del hombre; mas tambien en esto como en todo, debe saber moderarse, si sus esfuerzos han de conducir á la prosperidad. No traspasar nunca los debidos límites, hé aquí el verdadero arte del sábio.

— Ojalá te oyese el rey, exclamó Kresos. En lugar de estar satisfecho con su gran conquista, y pensar en la bienandanza de sus súbditos, sus deseos divagan y se extienden. Quisiera someter entero el mundo, mientras deja que le domine á él casi todos los dias, desde el destierro de Fanes, el mal deva de la embriaguez.

— ¿ No tiene su augusta madre ningun ascendiente sobre él? preguntó Rodopis.

— Ni siquiera ha podido disuadirle de su propósito de casarse con Atosa y ha tenido que asistir personalmente al banquete de boda.

— ¡ Pobre Atosa! murmuró Sappó.

— No pasará muy felices dias como reina de Persia, dijo Kresos; ha de serle más difícil vivir en paz con su esposo hermano porque tiene tambien el génio muy vivo. Dicen que Kambises la desatiende grandemente y la trata como á una niña. Por lo demás; este casamiento no tiene nada extraordinario para los egipcios entre los cuales se ven á menudo matrimonios de hermanos <sup>101</sup>.

— Y en Persia tambien , añadió Daríos afectando perfecta calma , los enlaces de consanguíneos se tienen por los mejores.

— Volviendo al rey , dijo Kresos dando adrede otro giro á la conversacion , por miramiento para con el hijo de Histaspes , te aseguro , Rodopis , que merece la calificación de hombre generoso. Sus faltas cometidas en la pasión y la cólera , van siempre seguidas del arrepentimiento y nunca ha dejado de abrigar el propósito de ser un soberano bueno y justo. Así por ejemplo , el otro día , en el banquete , antes de enturbiarle el vino la inteligencia , preguntó en qué concepto le tenían los persas en comparacion con su padre.

— ¿ Y cual fué la contestacion ? preguntó Rodopis.

— Intafernes nos sacó del apuro con bastante habilidad , dijo riendo Zópiros , pues contestó al rey : Pensamos que tú mereces la preferencia , porque no solamente posees sin menoscabo el imperio de Kíros , sino que has extendido nuestros dominios mas allá de los mares por la conquista de Egipto. Mas esta contestacion no le agradó al rey , pues dando con el puño un tremendo golpe sobre la mesa , exclamó : ¡ aduladores ! ¡ miserables aduladores ! No fué pequeño el susto de Intafernes por esta inesperada invectiva ; mas el rey se dirigió á Kresos preguntándole su parecer. A mí me parece , respondió nuestro prudente amigo , que no has alcanzado aún el mérito de tu padre , pues todavía te falta , añadió dorando la pildora , un hijo cual el difunto nos dejó en tí.

— Bien , bien , dijo la anciana sonriendo y aplaudiendo á su amigo ; estas palabras habrían hecho honor al ingenioso Odiseus ! Pero ¿ cómo acogió el rey este acíbar almibarado ?

— Con gran aplauso. Dió las gracias á Kresos llamándole su amigo.



— Y yo, añadió el anciano, me aproveché de la ocasion para disuadirle de su propósito de hacer la guerra á los longevos etiofes, los amonios y los cartagineses. De los primeros no se saben mas que cosas fabulosas, y una guerra con ellos costará muchos sacrificios y dará pocos beneficios. El oasis de Amon, separado de Egipto por un desierto, es apenas accesible para un ejército regular, y además me parece pecado el emprender una guerra contra un dios y sus tesoros, aunque no se crea en él. En cuanto á los cartagineses, el éxito ha confirmado ya la verdad de mi prediccion. Los marineros de nuestra armada son casi todos siros y fenicios, y se negaron naturalmente á combatir contra sus hermanos. Kambises ridiculizó mis razones, tildóme de cobarde y juró finalmente, cuando el vino se hubo apoderado de él, que tambien sin Fanes y Bardiya seria capaz de llevar á cabo empresas difíciles y subyugar grandes naciones.

— ¿Qué significa esa alusion á tí, hijo mio? preguntó la anciana.

— Él, y ningun otro, ha ganado la batalla de Pelusio, exclamó Zópiros adelantándose á su amigo.

— Mas tú y tus amigos, dijo Kresos, hubierais debido ser más prudentes, teniendo en cuenta que es peligroso despertar los celos de un hombre como Kambises. Vosotros olvidais siempre que su corazon está herido y le causa el menor disgusto vivo dolor. El destino le ha arrebatado la mujer amada y el amigo que queria; ahora vosotros os empeñais en mermarle aun la última cosa que le importa, su gloria guerrera.

— No le reconvengas, dijo Bardiya, cogiendo la mano del viejo amigo. Mi hermano nunca ha sido injusto y dista mucho de envidiarme la suerte, pues casi no puede decirse que haya mérito en mi oportuno ataque. Bien sabeis que despues de la batalla, me

regaló en galardón de mi valor, este magnífico sable, cien caballos generosos y un molinillo de oro.

Las palabras de Kresos habían suscitado en el alma de Sappó ligero recelo que se disipó, por la seguridad con que hablara su marido, y fué olvidado por completo, cuando Zópiros hubo terminado su corona y la puso sobre la frente de la anciana. Giges ofrecía la suya á la jóven madre, que apretó sobre sus abundantes rizos castaños el trenzado de niveos lirios acuáticos, y con este sencillo adorno se mostró tan prodigiosamente bella, que Bardiya no pudo abstenerse, á pesar de la presencia de testigos, de besarla en la frente. Esto dió un giro alegre á la grave conversacion. Cada cual esforzábase en contribuir por su parte á la jovialidad general, y hasta Daríos mismo dejó su ordinaria gravedad, para reir y bromear con los amigos á los que fué servida entónces, toda clase de manjares y bebidas.

Cuando el sol hubo desaparecido detrás de la montaña de Mokatam, los esclavos pusieron sillas, esca- beles y mesitas preciosamente esculpidas, sobre la despejada cubierta, donde la alegre compañía fué á instalarse. Espectáculo maravilloso, superior á cuánto cabia esperar, ofrecióse á la atónita mirada.

La fiesta de Neith, que los egipcios llamaban el arder de lámparas <sup>102</sup>, pues solia celebrarse con una gran iluminacion de todas las casas del país, habia empezado al salir la luna. Las orillas del rio gigante parecian interminables fajas de fuego. Cada templo, cada casa, cada choza, estaba ornada con luminarias segun la fortuna del poseedor. En los portales de las casas de campo y en los torreones de los edificios mayores, ardian en tripodes vivas llamaradas de pez, despidiendo espeso humo que flotaba en el aire como las banderas y flámulas. Las palmeras y los sicomoros plateados por la claridad de la luna, se reflejaban formando extrañas figuras en las ondas enrojecidas por la reverberacion

de las llamas. Mas toda esta luz no bastaba para alumbrar el centro de la corriente que seguía la barca de los expedicionarios. Parecíales que caminaban por una noche oscura entre dos días luminosos. De trecho en trecho, veían algunos bateles con lámparas, que volaban por el agua como cisnes de fuego, ó bordeando la orilla, hubiérase dicho que cortaban un lago de fundido y candente metal.

Los niveos lotos mecíanse en las olas y parecían á los viajeros como los ojos del río. Ni el más leve rumor venía de la ribera á oídos de los navegantes, porque el viento Norte no le dejaba llegar hasta el medio del río. Sólo el ruido de los remos y el monótono canto de los remeros, interrumpían la profunda quietud de la esplendente noche.

Largo rato los amigos estuvieron mirando silenciosos el extraño espectáculo, que parecía desfilarse por delante de ellos. Por fin Zópiros interrumpió el silencio, exclamando con profundo suspiro:

— ¡Cuánto te envidio, Bardiya! Si todas las cosas estuviesen en su lugar, cada uno de nosotros á estas horas, debiera tener á su lado á su mujer más querida.

— ¿Quién te prohibió llevar contigo alguna de tus mujeres? exclamó el marido feliz.

— Mis otras cinco compañeras de por vida, dijo el jóven suspirando. Si sólo hubiese permitido acompañarme á Parisatis, mi favorita más jóven, la hija de Oroetes, esta vista encantadora hubiera sido la última para mí, porque mañana hubiera habido un par de ojos menos en el mundo.

Bardiya estrechó la mano de Sappó, diciendo:

— Me parece que toda mi vida me contentaré con una sola mujer.

La jóven madre devolvió el apretón de la mano querida y dirigiéndose á Zópiros, dijo:

— No tengo mucha fé en tus palabras, amigo mio,

pues me parece que más que la ira de tus esposas, temes cometer una infracción de las costumbres de tu país. Ya me han contado que en los haremes censuran á mi pobre Bardiya, porque no me hace custodiar por eunucos y me permite participar de sus regocijos.

— Realmente te mima demasiado, repuso Zópiros, y nuestras mujeres, cuando tiramos un poco de las riendas, alegan ya su bondad é indulgencia. Dentro de pocos días estallará una revolución mujeril en la Puerta del Rey, y los ajemenidas despues de escapar al filo de espadas y flechas, morirán de picadas de lenguas agudas, ó en las saladas ondas de un mar de lágrimas.

— Oh, persa deslenguado, dijo riendo Siloson; hemos de imponerte más respeto por las imágenes de Afrodite.

— ¿Quién? ¿vosotros los helenos? preguntó el joven. Por Mitra, nuestras mujeres no lo pasan peor que las vuestras. Solamente las egipcias viven libres.

— Es la verdad, dijo Rodopis. Los varones de este raro país, conceden desde miles de años al sexo débil, los mismos derechos que pretenden para sí. En muchos conceptos hasta nos dan la preferencia. Así por ejemplo, la ley egipcia manda á las hembras, no á los varones, que mantengan y cuiden á sus padres ancianos. Este precepto demuestra lo bien que han sabido juzgar la naturaleza de la mujer los sabios padres de ese pueblo ahora humillado, el acierto con que han conocido cuanto os superamos á los hombres en cuidado circunspecto, celo esmerado y cariñoso abandono! No os moféis de estos adora-bestias que no comprendo, y sin embargo admiro con respeto, porque Pitágoras, el maestro de todo saber, me aseguró que la sabiduría oculta en las doctrinas de los sacerdotes, es tan colosal como las pirámides!

— Tiene razón vuestro gran maestro, exclamó Daríos.

Sabeis que de algunas semanas á esta parte converso, ó mejor dicho, me hago instruir diariamente por Neithotep á quien he sacado de su prision, y por el viejo Onufis. ¡Cuántas cosas nuevas, nunca imaginadas, he aprendido de estos ancianos! ¡Cuántas cosas tristes, olvido con sus lecciones! Toda la historia del cielo y de la tierra, les es conocida. Conocen el nombre de cada rey, la historia de todo acontecimiento importante desde cuatro mil años; están enterados del curso de todos los astros y de lo que han producido los artistas y sábios de su nacion de aquella misma fecha acá, porque todo lo tienen anotado en grandes libros que se conservan en Tèbas en un palacio que llaman *lugar de salud para el alma*. Sus leyes son puro manantial de sabiduría, y las instituciones políticas adaptadas con gran inteligencia á las necesidades del país. ¡Yo quisiera que pudiésemos preciarnos del mismo orden, de la misma regularidad, en nuestro país! El fundamento de su saber descansa en el uso de los números á beneficio de los cuales es posible calcular las órbitas de los astros, determinar y deslindar exactamente lo que existe y hasta regular los tonos alargando ó acortando las cuerdas. El número es la única cosa cierta que no admite interpretacion ni arbitrariedad. Cada pueblo tiene su opinion particular acerca de lo justo y lo injusto, toda ley puede llegar á ser inservible segun las circunstancias, mas la experiencia que se funda en los números, queda en pié eternamente. ¿Quién podrá negar que dos veces dos son cuatro? Los números determinan con certidumbre y seguridad el contenido de todo lo existente, todo lo existente es igual á su contenido, por esto los números son el verdadero ser, la esencia de las cosas.

— ¡Por vida de Mitra! basta, Daríos, si no quieres, que me dé el vértigo, dijo Zópiros interrumpiendo á su amigo. Oyéndote hablar se creeria que toda tu vida

has estado conversando con esos cavilosos egipcios, sin empuñar una espada. ¿Qué nos importan á nosotros los números?

— Mas de lo que crees, dijo Rodopis. Tambien Pitágoras debe estas doctrinas, que forman parte de la ciencia secreta de los sacerdotes egipcios, al mismo Onufis que ahora te inicia en los misterios. Daríos, ven á verme un dia y te explicaré la manera maravillosa, como el gran samio ha armonizado las leyes de los números con los de las melodías. Pero ¡mirad, mirad! ya se divisan las pirámides.

Levantáronse de sus asientos y contemplaron enmudecidos el grandioso espectáculo que se ofrecia á su vista.

Colosales é imponentes, aplastando el suelo con su peso, estaban en la ribera izquierda del rio, plateados por el resplandor de la luna, los vetustos sepulcros gigantescos de soberanos poderosos, prueba de la fuerza creadora de la voluntad humana, proclamando la vanidad de toda grandeza terrenal. ¿Dónde estaba aquel Jufu que habia conglomerado una montaña de piedras con la argamasa del sudor de sus súbditos? ¿Dónde hallábase aquel Jafra longevo que, despreciando á los dioses y confiado en sus propias soberbias fuerzas, cerró las puertas de los templos, é inmortalizó su nombre en un monumento sepulcral sobrehumano? Sus sarcófagos vacíos indican tal vez que los jueces de los muertos los encontraron indignos del descanso sepulcral<sup>103</sup>, indignos de la resurreccion, mientras el constructor de la tercera pirámide, la más hermosa, Menkera, que se contentó con un sepulcro más pequeño, y volvió á abrir las puertas de los templos, pudo descansar sin estorbo en su ataud de basalto azul.

Ahi estaban las pirámides en la noche silenciosa, alumbradas por las estrellas, custodiadas por el guar-

dian del desierto, la gigantea esfinge, descollando sobre las yermas rocas de las pedregosas colinas libicas. A sus piés dormían en sepulcros preciosamente adornados, las momias de los adictos á sus constructores, y enfrente del elevado monumento del piadoso Menkera, levantábase un templo, en el cual los sacerdotes de Osiris rezaban en sufragio de las almas de los numerosos difuntos, sepultados en la necrópolis de Menfis. Hacia el Occidente, allí donde el sol se ponía detras de las montañas libicas, donde cesaba la tierra fructifera y empezaba el desierto, habían construido sus sepulcros los menfitas; hácia el Occidente miraban los expedicionarios guardando profundo silencio, llenos de piadosa emocion y respetuoso asombro.

Cuando el viento Norte hubo llevado la barca al vuelo por delante de la ciudad de los muertos, y de los diques enormes que aseguraban la ciudad de Mene contra las invasoras olas; cuando la residencia de los faraones antiguos se acercó cada vez más, y se presentaron á los ojos de los navegantes, millones de luces encendidas en todas partes en honor de Neith, mágico encanto movió sus lenguas, que empezaron á proferir exclamaciones de admiracion, á medida que se acercaban al templo colosal de Ptah, el monumento arquitectónico más antiguo del más antiguo pais.

Miles de lámparas alumbraban la casa del dios, cien lumbres ardian en los pilonos, las almenas de las murallas y las azoteas del santuario. Entre las hileras de esfinges que enlazaban las diferentes puertas con el edificio principal, ardian fúlgidas antorchas, y la casa vacía del sagrado toro Apis, radiaba envuelta en llamas multicolores, cual roca de creta que refleja el arrebol vespertino de una region tropical. Por encima de este cuadro luminoso, revoloteaban flámulas, banderas, festones de flores, y sonaba la música y el canto.

— ¡Magnífico, magnífico! exclamó Rodopis entu-

siasmada ante ese maravilloso espectáculo. ¿Veis cómo relucen las columnas y paredes pintadas, y cómo las sombras de los obeliscos y las esfinges, diseñan figuras en el terso empedrado amarillo de los patios?

— ¡Y cuán misteriosamente, añadió Kresos, oscurece allá á lo lejos el sagrado bosque del dios! ¡Nunca he visto espectáculo igual!

— Yo sí, dijo Daríos; he visto cosas aún más maravillosas, y lo creereis cuando os diga que he presenciado la celebracion de los misterios de Neith.

— Cuenta, cuenta, gritaron los amigos.

— Neithotep se negaba al principio á dejarme entrar; mas cuando le prometí tenerme escondido y además procurar la libertad de su hijo, me condujo á su observatorio que ofrece una dilatada vista, y me comunicó que presenciaria una representacion de la vida y muerte de Osiris y su esposa Isis <sup>104</sup>. Apenas me hubo dejado solo, cuando raras luminarias de varios colores alumbraron el bosque con tanta claridad, que podia ver hasta su más recóndito fondo.

Delante de mí extendíase un lago claro como un espejo, rodeado de hermosos árboles y tablares de abigarradas flores, en cuya superficie flotaban barcos dorados en que iban lindos muchachos y niños vestidos de blanco, cantando dulces coplas. Ningun barquero dirigia las naves, las cuales como guiadas por manos hechiceras, cruzaban las lisas ondas en elegantes giros. En medio de estas lanchas llegaba un barco grande, magnífico, cuyo bordo lucia piedras preciosas. Un hermoso muchacho parecia ser su único piloto; pero ¡cosa singular! el timon que gobernaba, consistia puramente en una blanca flor de loto, cuyos delicados pétalos tocaban apenas el agua. En medio del bastimento, descansaba sobre almohadas de seda, lindísima mujer vestida con régia pompa. A un lado hallábase un hombre de estatura sobrehumana, ceñido de alta



corona rodeada de yedra, sobre el ondulante cabello, una piel de pantera en los hombros y un cayado en la mano derecha. En la popa del barco, bajo un dosel de rosas, yedra y lotos, estaba una blanquísima vaca con los cuernos dorados, y en los lomos una manta de púrpura. El hombre era Osiris, la mujer Isis, el niño timonel Horos, el hijo del matrimonio divino, la vaca, el animal sagrado de la inmortal señora. Todos los botes pequeños pasaban por delante del barco grande, y en cuanto se veían junto á los celestiales, resonaban cantos de júbilo, y aquellos correspondían á los lindos cantores, con flores y frutas. De repente se oyó un trueno que fué retumbando cada vez más récio, hasta formar estruendo horroroso, y un hombre de aspecto terrible, vestido de una piel de jabalí, ceñida la frente de hispida maraña de rojas greñas, salió de la oscuridad del bosque, saltó al agua, y acompañado de setenta compañeros como él, precipitóse sobre el barco de Osiris.

Rápidas como el huracan huyen las pequeñas lanchas... cae la flor del loto de la trémula mano del niño timonero. Como el pensamiento veloz, se abalanza el horrible mónstruo sobre Osiris, le mata con ayuda de sus compañeros, y echa el cadáver en un ataúd de momia <sup>105</sup>, y éste en el lago, que lo traga como por encanto. En esto Isis se habia refugiado en tierra en una de las lanchas, y suelto el cabello, corria profiriendo lamentaciones y alaridos, acompañada de las doncellas, quienes escaparon también de las lanchas por la orilla del lago. Bailando y cantando todas de un modo conmovedor, describiendo las niñas prodigiosas vueltas y revueltas en el aire, con pañuelos de negros visos, iban buscando el cadáver del asesinado. Tampoco se estuvieron en inacción los jóvenes; también con danzas y panderetas, preparaban el precioso ataúd para el desaparecido cadáver del dios. Cuando le tu-

vieron listo , se unieron con el séquito femenino de la lamentable Isis , y vagaron con ella por la orilla , buscando , y entonando lamentaciones.

De repente, sale de invisible boca una voz suave que anuncia con cánticos, y cada vez más recio , que el cadáver del dios ha sido llevado por la corriente del Mediterráneo á Gebal ( Biblos ), en la lejana Fenicia.

Este canto, que el hijo de Neithotep, que estaba á mi lado , llamó el *viento del rumor* , me conmovió el alma y el corazón.

En cuanto Isis oye la buena nueva, tira sus vestidos de luto y á coro con su lindo séquito , entona un alborozado canto de júbilo. La fama no habia mentido. La diosa encuentra en efecto , en la orilla septentrional del lago, el ataúd con el cadáver del esposo. Cuando éste hubo sido llevado á tierra entre bailes , Isis se lanzó sobre el querido cadáver , llamó á Osiris , y cubrió de besos la momia del muerto , mientras las jóvenes adornaban un maravilloso sepulcro con flores de lotos y zarcillos de yedra.

Después de depositar allí el ataúd , Isis abandona el lugar del duelo para buscar á su hijo. Le encuentra en el extremo oriental del lago, donde advierte la presencia de un hermoso joven que , con numerosos camaradas de la misma edad , se ejercita en juegos de armas. Este joven representa á Horos que ha crecido entre tanto. Mientras la madre se regocija con su hermoso hijo , retumba un nuevo trueno que anuncia otra vez la proximidad de Tifon. El monstruo se abalanza sobre la florida tumba de su víctima , arrebatada el ataúd, y corta la momia en catorce pedazos que esparce al borde del agua , al son de trompas y truenos.

Cuando Isis se acerca otra vez al sepulcro, halla tan sólo flores marchitas y un ataúd vacío, pero en la orilla del lago arden en catorce puntos diferentes,

otras tantas llamas con maravillosos colores. La pobre robada, corre con sus doncellas hácia esas luces, en tanto que los jóvenes se juntan con Horos, y bajo su mando luchan contra Tifon al otro extremo del lago.

Yo no sabia á donde dirigir primero mis ojos y oídos. Aquí se libra bajo el estruendo de truenos y trompetas, una tremenda batalla; allá dulces voces de mujeres entonan cánticos arrobadores con acompañamiento de bailes mágicos, porque Isis encontró con cada una de las luces repentinamente encendidas, uno de los miembros de su marido y lo celebró con alborozo.

Gustárame que hubieses podido ver estos bailes, Zópiros. No hallo palabras para describir los movimientos de aquellas niñas, y no acierto á daros una idea de lo hermoso que era verlas vagar en confuso tropel, y luego formar filas poniéndose frente á frente con intachable igualdad, y luego trocar de nuevo nueva confusion por nuevo orden. De aquel garbullo salian sin cesar rayos de luz deslumbradora, pues cada bailarina llevaba un espejo á la espalda que, al moverse descomponia la luz en mil reflejos, y al pararse, reflejaba las imágenes de las ninfas.

Apenas Isis hubo dado con el penúltimo miembro de Osiris, cuando en la ribera opuesta del lago, sonaron tocatas y cánticos de triunfo. Horos habia batido á Tifon, é iba á penetrar, para libertar á su padre, por la puerta abierta del infierno que estaba en la orilla occidental del lago, guardada por una torva hipopótama.

Entonces sonaron, acercándose más y más, agradables melodías de arpas y flautas, esparciéronse aromas celestiales, é inundó el bosque rósea y brillante luz que iba creciendo en intensidad. Osiris salia por la anchurosa puerta del infierno, guiado de la victoriosa mano de su hijo. Isis se echó en brazos de su esposo,

rescatado y resucitado, puso otra vez en la mano del hermoso Horos en lugar de la espada una flor de loto, y derramó flores y frutas. En esto Osiris fué á sentarse bajo un baldaquino entretejido de yedra, y todos los espíritus de la tierra y del amenti, prestaronle homenaje.

Darios calló. Rodopis tomó la palabra, y dijo:

— Te damos las gracias por tu ameno relato, pero te estaríamos doblemente agradecidos, si nos explicaras el significado de aquel raro espectáculo, que no puede dejar de tener más elevada significación.

— No te engañas en tus presunciones, respondió Darios: pero yo debo callarme lo que sé, porque he tenido que prometer á Neithotep bajo juramento, que no divulgaria los secretos del oficio.

— ¿Quiéres que te diga, contestó Rodopis, el sentido que segun las varias indicaciones de Pitágoras y de Onufis, supongo tendrá aquel espectáculo? Isis será la bondadosa tierra, Osiris la humedad ó el Nilo que la fecunda, Horos la nueva primavera y Tifon la sequía que lo abrasa todo. Esta destruye á Osiris ó sea la humedad. La bondadosa tierra privada de su fecundidad, busca lastimera al querido esposo que encuentra en el Norte fresco, donde nace el Nilo. Por fin Horos, la juvenil fuerza germinativa de la naturaleza, cobra vigor y vence á Tifon ó sea la sequía. Osiris ó la fertilidad, muerto en apariencia, sale de los infiernos para reinar de nuevo con su esposa, la benéfica tierra, en el próspero valle del Nilo.

— Y como el dios degollado, se portó bien en los infiernos, dijo riendo Zópiros, recibió al final de esta historia singular, los homenajes de todos los habitantes de Hamestegan, Duzak y Gorotman <sup>106</sup> ó como se llamen las moradas de toda la tropa de almas egipcias.

— Llámase *amenti*, dijo Darios; mas la historia del divino matrimonio no simboliza sóloamente la vida de

la naturaleza , sino tambien la del alma humana , que cuando el cuerpo está muerto , como el Osiris degollado , no cesa nunca de vivir.

— Muchas gracias , replicò Zópiros ; lo tendré presente para el caso de morir en Egipto ; pero la próxima vez he de presenciar ese espectáculo á toda costa.

— Participo de tu deseo , dijo Rodopis ; la vejez me hace curiosa.

— Al contrario , permaneces eternamente jóven , respondió Daríos. Tu habla sigue tan bella como tu rostro , y tu inteligencia tan clara como tus ojos.

— Dispénsame , si te interrumpo , repuso Rodopis , como si no hubiese oido la lisonja ; hablando de ojos , me acuerdo del oculista Nebenjari ; y como mi memoria es tan poca , te he de preguntar en seguida para no olvidarlo , ¿ qué se ha hecho ese artista al que Kasandana debe tanto ?

— Pobre hombre , contestò Daríos. Ya durante la marcha á Pelusio huía de todo trato , y hasta se desdennó de hablar con su compatriota Onufis. Sólo su viejo y flaco ayudante podia servirle y conversar con él. Mas despues de la batalla , todo su sér se trasformó. Con el semblante animado , se presentó ante el rey para rogarle que le permitiera acompañarle á Sais , y escoger por esclavos á dos vecinos de la ciudad.

Kambises , creyendo que no podia rehusar una súplica al bienhechor de su madre , le dió la autorizacion correspondiente. Llegado á la residencia de Amasis , corrió inmediatamente al templo de Neith , mandó prender al sumo sacerdote , quien por lo demas se habia puesto al frente de los ciudadanos hostiles á los persas , y á un oculista que odiaba , y les declaró que en castigo de la quema de ciertos escritos , habrian de pasar el resto de su vida haciendo los más humildes servicios de esclavo en país extranjero , en casa de una persa al que les venderia. Yo fuí testigo de esta escena ,

y os aseguro que temblaba ante el egipcio cuando declaró esto á sus enemigos. Neithotep empero le oyó tranquilamente, y cuando Nebenjari se calló, dijo:

— Si has hecho traicion á tu patria, hijo mentecato, por amor á tus escritos quemados, has obrado con tanta injusticia como locura. Yo he conservado esmeradamente tus obras preciosas, las he depositado en nuestro templo, y he enviado una copia cabal á la biblioteca de Tebas. Sólo hicimos quemar las cartas dirigidas por Amasis á tu padre, y una vieja caja sin valor. Psamtik y Petamon fueron testigos de la quema, y determinaron hacerte construir por via de premio por tus escritos y recompensa de aquellos papeles, que tuvimos que destruir para salvar á Egipto, un nuevo sepulcro hereditario en la necrópolis. En sus paredes encontrarás bellamente pintadas las imágenes de las deidades á cuyo culto te dedicaste, los capítulos más sagrados del libro de los muertos, y muchos bellos cuadros referentes á tu vida <sup>107</sup>.

El médico palideció y se hizo enseñar primero sus libros, y luego su nuevo sepulcro magníficamente adornado. Despues dió la libertad á sus esclavos, que sin embargo fueron llevados á Menfis en calidad de presos, y se marchó á casa tambaleándose como un borracho, y pasándose continuamente la mano por la frente. Redactó un testamento instituyendo herederos de todos sus bienes al nieto de su viejo sirviente Hib, y se acostó en su lecho pretextando una indisposicion. A la mañana siguiente le encontraron cadáver, se habia envenenado con el terrible zumo de estricnos.

— ¡ El infeliz ! exclamó Kresos. Ofuscado por los dioses, traidor á su patria, hubo de encontrar la desesperacion en lugar de la venganza.

— Siento lástima por el pobre, murmuró Rodopis. Mas ved, los remeros retiran los remos; hemos llegado; allá os están esperando vuestras literas y carrozas.

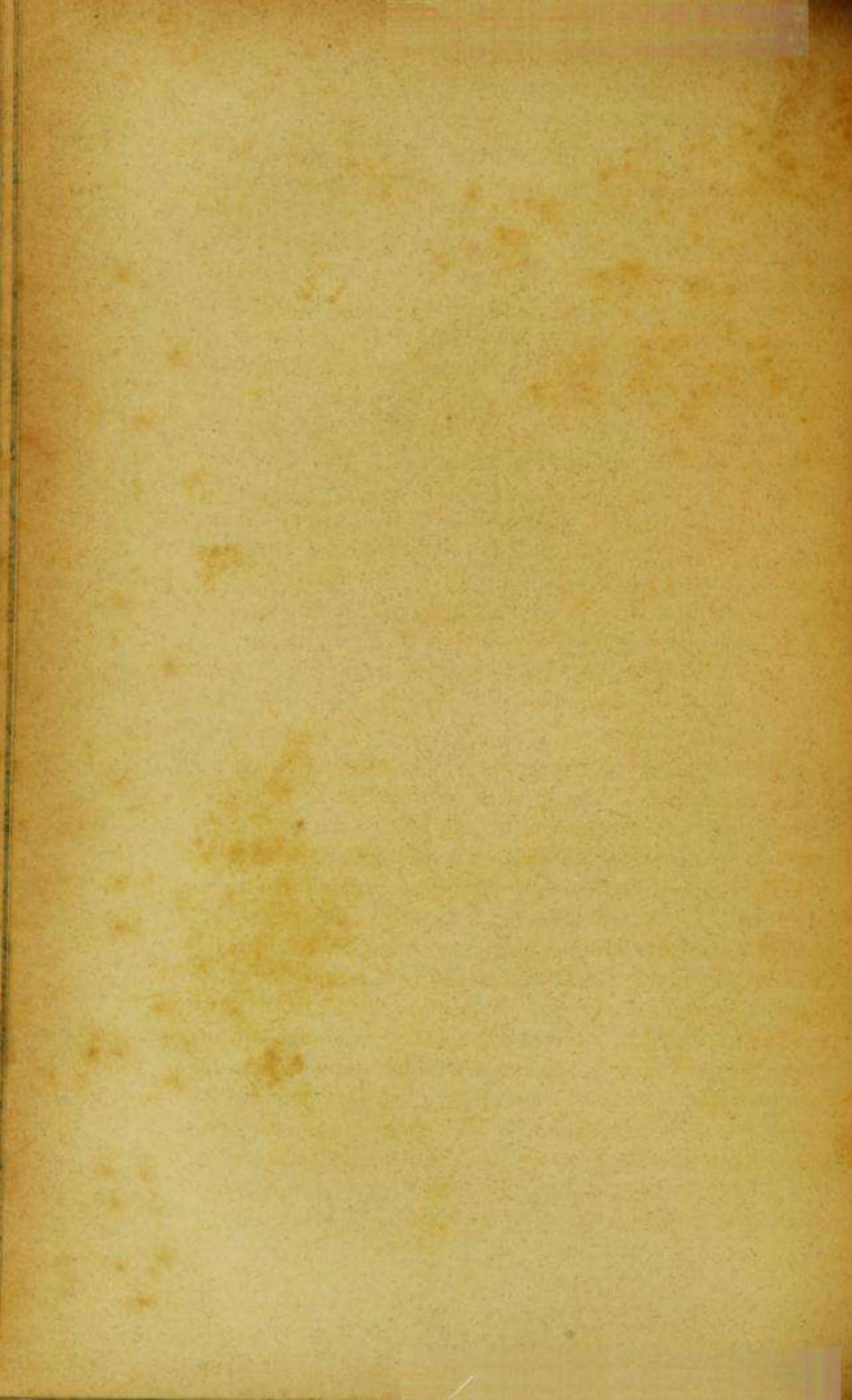
Ha sido una excursion hermosísima. Adios, hijo mio, y dejaos ver pronto en Náukratis; allá voy inmediatamente con Siloson y Teopompos. Cien besos á Parmisita de mi parte, y dile á Melita que al mediodía no vaya jamas al sol con la niña. Es peligroso por la oftalmia. Buenas noches, Kresos; buenas noches, amigos; ¡ adios, querido hijo!

Los persas salieron del barco saludando con palabras y señas. Bardiya tambien se volvió otra vez, dió un paso en falso y se cayó sobre el puente de desembarco.

Zópiros acudió, y como su amigo se habia levantado ya sin su ayuda, le dijo riendo:

— Mucho cuidado, Bardiya; mal presagio es caerse al saltar á tierra. Lo mismo me sucedió á mí, cuando desembarcamos en Náukratis la otra vez.









#### CAPÍTULO XIV.

**M**IENTRAS se verificaba este paseo por el Nilo, el mensajero Prexaspes habia regresado del pais de los longevos etiopes, á donde le envió Kambises. Prexaspes ensalzó la talla y fuerza de estos hombres, y de la descripcion que hizo del camino que conducia á aquel pais, resultaba que era impracticable para un grande ejército. Refirió igualmente muchas cosas maravillosas. Los etiopes solian hacer rey al hombre más alto y robusto de su pueblo, y le obedecian ciegamente. Muchos de ellos llegaban á 120 años y no pocos aún á más. Se alimentaban de carne cocida, y era su bebida la leche fresca. Lavábanse en una fuente, cuya agua olia á violetas, y comunicaba á la piel un brillo particular. Era ademas tan ligera que la madera se hundia en ella. Los presos llevaban cadenas de oro, porque el cobre era rarísimo y caro en su pais. A los muertos

les cubrían de yeso, les embadurnaban con una masa vidriosa, y así transformados en columnas, los tenían un año en casa ofreciéndoles sacrificios, y después los iban colocando en largas hileras al rededor de la ciudad.

El rey de este raro pueblo, recibió con mofa los regalos que Kambises le enviaba, y dijo que sabía muy bien que á los persas no les importaba nada su amistad, pues Prexaspes iba tan solo á escudriñar el país, añadiendo además que si el soberano de Asia fuese un hombre justo, se contentaría con su gran reino, y no trataría de sojuzgar á una nación que no le había hecho ningun mal.

—Llévate ese arco para tu rey, dijo, y aconséjale que no entre en campaña contra nosotros, hasta que los persas sepan manejar con la misma facilidad que nosotros, armas como esta. Por lo demás, Kambises puede dar las gracias á los dioses, por no haberseles ocurrido aún á los etíopes, querer agregar territorios ajenos á los suyos.

Esto diciendo, aflojó el arco y lo entregó á Prexaspes para que remitiera á su amo aquel poderoso instrumento de guerra, que era todo de ébano.

Kambises rióse del jactancioso africano, y después de haber recompensado largamente á Prexaspes por las molestias del viaje, y por el hábil cumplimiento del encargo, citó á sus grandes para la mañana siguiente, con el objeto de probar el arco. Bebido como de costumbre, se acostó, y cayó en desasosegado sueño. Al despertar había soñado que Bardiya estaba sentado en el sòlio persa, y tocaba el cielo con su frente.

Este ensueño, para cuya interpretacion no necesitaba de mbedes ni de caldeos, suscitó primero su enojo y luego su meditacion.

—¿No diste motivo á tu hermano para que trate

de vengarse? se preguntaba el rey desvelado. ¿Olvidaste que le hiciste prender sin culpa y fué condenado á muerte? ¿No le ayudarian todos los ajemenidas si quisiera levantar la mano contra ti? En efecto ¿qué hice yo para granjearme el cariño de estos cortesanos venales? ¿Qué puedo hacer en adelante por estar bienquisto con ellos? ¿Existe aún, despues de la muerte de Nitetis y la evasion de aquel raro heleno, una sola persona que pueda inspirarme confianza, y con cuyo afecto pueda contar?

Estas preguntas excitaron de tal modo el hervor de su sangre, que saltó del lecho exclamando;

—El amor no quiere saber nada de mí; yo no quiero saber nada del amor. Prueben otros el cariño; yo he de ser riguroso, si no quiero caer en manos de los que me odian, porque he sido justo castigando grandes delitos con grandes penas. A mis oidos murmuran lisonjas, y me maldicen á mi espalda. Los mismos dioses me son adversos, pues me arrebatan cuanto amo, me privan de la paternidad, me niegan la gloria de las armas que me corresponde! ¿Acaso es Bardiya mejor que yo? ¿por qué le otorgan centuplicado lo que á mí me falta? Amor, amistad, honor, hijos, todo afluye á él como los rios al mar, mientras mi corazon se seca cual desierto... Pero soy rey, rey todavía; todavía puedo y quiero mostrar que soy el más fuerte de ambos, aunque su cabeza toque al cielo. Uno solo puede ser grande en Pérsia; él ó yo, yo ó él. Dentro poco voy á mandarle de nuevo al Asia; le haré sátrapa de Bactria. Allí podrá entretenerse con las coplas de su mujer, y velar á su hijo, mientras alcanzaré yo gloria no mermada en la lucha con los etiopes.... ¡Ea, camareros!... ¡mis vestidos y una buena copa de desayuno!... Quiero demostrar á los persas que soy bueno para rey de Etiopía, y que en eso de tender el arco les supero á todos. ¡Otra copa! Tenderé el arma aunque fuera la cuerda un cable, y el arco un cedro.

Esto diciendo , vació un gran copon de vino de un solo trago , y con la conciencia de sus fuerzas de gigante , seguro del éxito , bajó al jardin del palacio , donde todos los grandes del reino esperaban al rey , y le recibieron con vivas aclamaciones.

Entre los setos recortados y los viales rectilíneos , elevábanse improvisadas columnas unidas con cordones de escarlata , sartas de anillos de plata y oro , de las que colgaban pañuelos rojos , amarillos y azules <sup>108</sup>. Habia en torno numerosos bancos de madera dorada , convidando á descansar. Ágiles coperos ofrecian vino en magníficas vasijas , á los que acudieran allí á presenciar la prueba del arco.

A una seña del rey , los ajemenidas se le acercaron ; con una mirada recorrió las filas y notó con satisfaccion la ausencia de su hermano.

Luego Prexaspes puso en manos del rey , el arco etíope , y le señaló un blanco á una distancia regular. Kambises rióse del tamaño del blanco , y ponderó el arma con la mano derecha. Invitando á sus vasallos á que probaran fortuna antes que él , entrega el arco al viejo Histaspes , el más principal de los ajemenidas.

Mientras este primero , y luego los jefes de las seis familias principales de Pérsia forcejaban en balde para tender el enorme arco , el rey vaciaba una copa tras otra , poniéndose tanto más alegre , cuanto menos aquellos lograban resolver el problema del etíope. Por fin Daríos , cuya habilidad en manejar aquella arma de guerra era famosa <sup>109</sup> , cogióla para probar su fuerza. Pero á pesar de todo su ahinco , no consiguió doblar más de un dedo aquella madera , que hierro parecia. El rey le aplaudia por el éxito alcanzado , moviendo la cabeza con amabilidad. Luego dirigiendo una mirada de triunfo á sus parientes y grandes , exclamó :

— Dame el arco , Daríos. Os demostraré que en Pérsia , sólo vive una persona que merezca el nombre de

rey, y pueda atreverse á marchar contra los etíopes y tender este arco.

Cógele de pronto con vigorosa mano; la izquierda, en el arco de ébano, la diestra en la cuerda que era de tripa de leon y gruesa como el dedo; toma aliento de lo más profundo de su pecho, encoge las poderosas espaldas, tira... tira... concentra sus fuerzas con tremendo empuje... ya parece que van á romperse los tendones del gigante y á reventar las hinchadas venas de su frente... no se desdeña de forcejear con los pies para llevar á cabo el prodigio... pero ¡ todo en vano! Despues de un cuarto de hora de sobrehumanos esfuerzos, ceja el coloso y el arco que habia doblado más que Daríos, rebota y burla toda ulterior prueba. Cuando por fin, se sintió exhausto de fuerzas, arrojó el arco al suelo con rábía, exclamando:

— El etíope es un embustero. No hubo nadie en el mundo que tendiera ese arco. Lo que mis brazos no pueden, no lo pueden los de ningun otro. Dentro tres dias partiremos para Etiopía, y allí desafiaré al mentiroso y os mostraré cual es el más fuerte. Recoge el arco Prexaspes, y guárdalo bien, porque pienso extrangular con su cuerda al negro embustero. Esta madera es realmente más fuerte que el hierro. De buen grado llamaria maestro mio al que la doblara, porque realmente seria de mejor naturaleza que yo.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando pareció Bardiya en medio de los persas. Los ricos vestidos realzaban su espléndida figura, y su rostro irradiaba felicidad y confianza en las propias fuerzas. Con afable saludo, atravesó las filas de los ajemenidas, que recibieron al hermoso jóven con alegría y admiracion, para dirigirse en derecha á su hermano. Besóle el vestido y mirándole con franqueza y serenidad en los sombríos ojos, dijo:

— Vengo con algun retraso y he de pedirte perdon

por ello, mi augusto señor y hermano. ¿Ó habré llegado aún á tiempo? En efecto, no veo ninguna flecha en el blanco, y de ahí infiero que tú, el mejor tirador del mundo, no probaste aun tu fuerza. ¿Me preguntas con los ojos por qué tardé?... Pues he de confesarte que nuestra hija me ha detenido un poco. La chiquilla se ha reído hoy por primera vez, y estuvo tan cariñosa con su madre, que me ha hecho olvidar el tiempo y la hora. Burlaos cuánto gustéis de mi locura... ¡Si yo mismo no acierto á disculparme! ¡Por cierto que la pequeñuela me arrancó la estrella del collar! Ya me regalarás otra, querido hermano, si mi flecha dá en el centro del blanco. ¿Puedo tirar ya, ó quieres principiar tú, señor?

—Dale el arco, Prexaspes, dijo Kambises, sin dignarse mirar á su hermano.

Bardiya cogió el arma, é iba á examinarla detenidamente, cuando el rey con una carcajada de mofa, dijo.

—Parece, por vida de Mitra, que pretendes ganar sus favores, como el corazon de los hombres con dulces miradas. No te canses; devuelve el arco á Prexaspes; es más fácil jugar con hermosas mujeres y niños risueños, que con esta arma, que se burla de la fuerza de verdaderos hombres.

Bardiya se ruborizó de cólera é indignacion con estas frases proferidas en amarguísimo tono, y sin decir palabra, bajóse á coger la enorme flecha tendida en el suelo, púsose en frente del blanco, concentró todas sus fuerzas, y tirando de la cuerda con sobrehumana pujanza, disparó. De la emplumada saeta clavóse la punta de hierro en mitad del blanco, y la caña hecha astillas, voló por los aires con estrépito.

Los más de los ajemenidas prorrumpieron en gritos de aplauso, al ver esta prueba de fuerza prodigiosa, pero los amigos íntimos del vencedor palidieron y contemplaron mudos, ora al rey que temblaba de rá-

bia, ora á Bardiya, radiante de orgullo y satisfaccion.

Atroz, espantoso, era el aspecto de Kambises; parecióle que la flecha al dar en el blanco, le habia atravesado el corazon y hecho astillas su dignidad, su fuerza, su honra. Le chispeaban los ojos, le zumbaban los oídos, como si sonara en ellos rumor de mar agitado por el temporal, le ardian las mejillas. Su mano se agarró convulsa al brazo de Prexaspes que estaba á su lado. Este con el apretón lo comprendió todo, y dijo para sí:

— ¡ Pobre Bardiya !

Por fin el rey consiguió recobrar la serenidad necesaria. Sin decirle una palabra, arrojó una cadena de oro á los piés de su hermano, y mandando á los grandes que le siguieran, salió del jardin para retirarse á su habitacion, donde estuvo paseándose agitado arriba y abajo, y empeñado en anegar su enojo en vino. De repente, pareció haber tomado una resolucion; hizo salir del aposento á todos los cortesanos, menos Prexaspes, y dijo á éste cuando estuvieron solos, con voz ronca y con miradas de borracho:

— Esta vida no se puede soportar más. Quitá de en medio á mi enemigo, y te llamaré mi amigo y bienhechor.

Prexaspes se estremeció, postróse ante su soberano, y levantó las manos suplicante, pero Kambises, ébrio, y ofuscado por el ódio como estaba, no podia comprender la actitud del palaciego. Creyó que éste queria demostrar así su fidelidad y devocion, y haciéndole una seña para que se levantara, y como si temiese oír sus propias palabras, le susurró al oído:

— Obra con sigilo y prontitud; sólo tú y yo, si en algo estimas la vida, debemos saber la muerte del mimado de la fortuna. Cuando hayas cumplido, podrás sacar de mi tesoro cuanto quieras. Sé prudente, porque el mozo es robusto y posee el arte de ganarse

amigos. Si te tentara con zalamerías, piensa en tus hijos... ¡ piensa en tu mujer !

En esto vació otra copa de vino puro y se fué lentamente, y tambaleándose hácia la puerta. Volviéndose, y como si hablara consigo mismo, dijo con ronca voz y torpe lengua, amenazando con el puño :

— ¡ Ay de tí y de los tuyos, si permanece vivo el mujeriego, el mimado, el usurpador de honores !

Mucho rato hacia que habia salido el rey, y estaba todavía Prexaspes inmóvil en su puesto. El servidor del despotismo, el ambicioso, pero no exento de nobleza, quedó aplastado bajo el peso del monstruoso encargo que recibiera. Sabia que á él y á su familia les amenazaba la muerte ó el infortunio, si se negaba á ejecutar el plan sacrilego del rey, pero amaba á Bardiya y todo su sér se rebelaba á la simple idea de ser autor de un vil asesinato. Terrible lucha se entabló en su conciencia que no le dejaba sosegar, aun despues de salido de palacio. De vuelta á su casa, halló á Darios y á Kresos ; para no encontrarles, pues pensó que conocerian su criminal intento, se escondió detrás de la puerta saliente de una gran casa egipcia, y cuando pasaron, oyó como Kresos decia :

— He reconvenido agriamente á Bardiya por su intempestivo alarde de fuerza, y demos gracias á los dioses que Kambises no le haya echado mano en un arrebató de cólera. Ahora ha seguido mi consejo, y ha salido para Sais con su esposa. Deben pasarse algunos dias sin que el rey le vea, porque la presencia de su hermano, podria encender de nuevo su cólera, y un rey halla siempre infames que le sirvan.

Estas últimas palabras impresionaron dolorosamente á Prexaspes, como si Kresos le hubiese tachado de infame á él en persona, y determinó desde luego arriesgarse á todo, antes que manchar sus manos con la sangre de un amigo. Con esto se irguió y continuó su



camino con paso franco, hasta llegar á la vivienda que le habia sido señalada. En la puerta saltaron á sus brazos sus dos hijos que, para ver un momento á su padre, se habian escabullido de la plaza donde solian jugar los hijos de los ajemenidas, quienes como siempre habian seguido al ejército y al rey. Con singular emocion, de la que él mismo no se daba cuenta, apretó á los hermosos niños contra su pecho, y abrazóles otra vez cuando declararon que habian de volver á la plaza de los juegos, si no querian ser castigados. En su habitacion encontró á su esposa favorita, jugando con su hijo más pequeño, una lindísima niña. Otra vez le sobrevino aquella inexplicable ternura, pero la reprimió, para no descubrir su secreto á su jóven esposa, y se retiró pronto á su cuarto.

En tanto, habia anochecido. La grave tentacion no dejó dormir á Prexaspes. Inquieto se revolcaba por el lecho. La idea de que su negativa perderia tambien á su mujer, y á sus hijos, se ofrecia cual terrífico fantasma á sus ojos insomnes. Abandonóle la fuerza necesaria para atenerse á su buen propósito, y la misma frase de Kresos que hizo predominar en su pecho los sentimientos generosos, le hizo sucumbir ahora: «Un rey halla siempre infames que le sirvan.» — Esta sentencia era ciertamente injuriosa para él, pero le recordaba que si él resistia, cien otros se ofrecerian á cumplir el mandato; idea que se sobrepuso pronto á toda otra consideracion. Saltó del lecho, y despues de revisar y examinar los numerosos puñales que ordenados en hileras, tapizaban las paredes de su dormitorio, colocó el más afilado sobre una mesita junto al diván. Hecho esto, empezó á dar vueltas por el cuarto, asomándose á menudo á la ventana para ver si ya amanecia y refrescar la acalorada frente.

Cuando por fin la oscuridad de la noche hubo cedido el puesto á la claridad de la aurora, y el *bronce*, lla-

---

mando á los muchachos á la plegaria matutina, vino á recordarle de nuevo á sus hijos , volvió á examinar el puñal , y lo metió en el cinturón, cuando una sección de cortesanos ricamente vestidos, que se dirigia á palacio, fué desfilando por delante de su casa. Luego, sonó en el aposento de las mujeres la alegre risa de su pequeñuelo ; al oirla , se puso la tiara con cierta presteza , y sin despedirse de su mujer, acompañado de unos cuantos esclavos , se fué al Nilo , echóse en una barca y mandó al barquero que le llevase á Sais.

---

Pocas horas despues del fatal flechazo , Bardiya, siguiendo el consejo de Kresos, habia salido para Sais con su jóven esposa. Allí encontraron á Rodopis, quien cediendo á irresistible impulso , en vez de volver a Náukratis, fuese á Sais. Al regresar de aquella expedicion, Bardiya se habia caido apeándose, y ella habia visto con sus propios ojos, que una lechuza que venia del lado izquierdo, pasó rozándole casi la cabeza. Si estos malos presagios bastaban á angustiar su corazón, de ningun modo inaccesible á las supersticiones de su tiempo, é inspirarle más que nunca vivos deseos de permanecer junto á la jóven pareja, acabó de decidirse á esperarla en Sais, cuando despertó de un sueño inquieto, en el que habia tenido una série confusa de malas visiones.

El jóven matrimonio se alegró de encontrar tan agradable como inopinado huésped, y cuando Rodopis estuvo cansada de jugar con su biznieta á la que habian dado el nombre de Parmis, fué conducida á los aposentos preparados para ella, que eran los mismos en que la malograda Tajot habia pasado los últimos meses de su desmedrada vida. Rodopis contempló con honda emocion todos los pequeños objetos que

revelaban, no solo la edad y el sexo de la difunta, sino su caracter é inclinaciones. En el tocador habia aún numerosos tarros y frascos de pomadas, arreboles y esencias <sup>110</sup>. En una cajita que remedaba perfectamente la figura de una oca, y en otra, que llevaba pintado un retrato de una tocadora de citara, estuvo el rico aderezo de oro de la princesa, y el espejo metálico, cuyo mango figuraba una niña dormida, y que tantas veces reflejó el hermoso rostro, ligeramente colorado de la difunta. Todo el ajuar del cuarto, desde la cama que descansaba sobre elegantes patas de leon, hasta los peines de marfil delicadamente esculpidos que se veian en la mesa de tocador, demostraban que la antigua dueña de estos aposentos habia tenido aficion al adorno exterior de la vida, como el sistro de oro, y la preciosa naba cuyas cuerdas habian saltado hace tiempo, sus inclinaciones musicales; y el huso de marfil, roto en un rincon y varias redecillas de cuentas, su gusto por las labores.

Rodopis examinó todos estos objetos con melancólico placer, y con ellos se pintaba en su imaginacion un cuadro nada distante de la realidad. Por fin, á impulsos de la curiosidad y la simpatía, se acercó á una gran caja pintada y destapóla sin dificultad. En ella encontró en primer lugar unas flores secas, luego una pelota que habia sido envuelta con mano cuidadosa en hojas de rosas marchitas de mucho tiempo atrás, y despues, muchos amuletos de diversas formas, entre los cuales habia uno que representaba á la diosa de la verdad, y otro conservaba en cápsula de oro un pedazo de papiro con fórmulas mágicas. Luego halló varias cartas escritas en griego, sacólas y las leyó á la luz de la lámpara. Nitetis las habia mandado de Persia á su hermana putativa cuya enfermedad ignoraba. Cuando Rodopis dejó estas cartas, tenia los ojos arrasados en lágrimas. Veia descubierto el secreto de la

difunta. Sabia que Tajot habia amado á Bardiya y recibido de él aquellas flores marchitas y envuelto en rosas aquella pelota, porque él la tocó con su propia mano. No habia duda tampoco de que los amuletos fueron destinados á curar su enfermo corazon, ó á despertar amor en el pecho del príncipe.

Cuando finalmente quiso volver las cartas á su antiguo lugar, tocó unos pañuelos que parecian tapizar el fondo del cofre, y notó que cubrian un objeto duro y redondo. Levantando aquellos paños, hallóse debajo un busto de cera teñida de varios colores que representaba á Nitetis, con tan rara semejanza que Rodopis no pudo reprimir su admiracion, ni apartar los ojos por largo rato de la preciosa obra, debida al arte de Teodoros de Samos. Luego, cuando acostada, se durmió pensando en la triste suerte de la princesa egipcia.

A la mañana siguiente, fué al jardin en el que hemos entrado ya una vez en vida de Amasis, y halló bajo un emparrado á los que buscaba.

Sapfó, sentada en sillón de rejilla ligera, tenia en su regazo á la niña desnuda que extendia las manos y piés, ora á su padre, arrodillado en el suelo delante de su hija, ora á su madre, que risueña, se inclinaba sobre él.

Cuando los infantiles dedos se introducian en el cabello y la barba del jóven héroe, este retiraba suavemente la cabeza para probar la fuerza de la criatura, y engañarla con la fingida sensacion de haber tirado de veras del pelo. Si con los inquietos piececillos le tocaba la cara, cogiales en la mano para besar los bien conformados y sonrosados dedos y la planta aún blanda y tierna como la mejilla de una virgen. A veces la pequeña Parmisita le cogia con la manecilla un dedo, y el buen padre hacia como que no pudiera libertarse, entretenido en besar los redondos hombros ó los hoyuelos del codo, ó la nivea espalda de la linda criatura.

Sapfó se deleitaba en este inocente juego, y procuraba dirigir exclusivamente la atención de la chiquilla hacia su padre. De cuando en cuando, inclinábase sobre la niña para deponer en el fresco y húmedo cuello, ó bien en los róseos labios infantiles casi imperceptible beso, y ocurría en tales momentos, que su frente tocaba los rizos del esposo, y éste le arrebatava de la boca el beso dado á la niña.

Rodopis contempló oculta y largo rato este juego, y con lágrimas en los ojos, rogaba á los dioses que conservaran á estos seres queridos su inmensa y pura dicha. Despues acercándose al emparrado, dió los buenos dias al matrimonio, y se deshizo en alabanzas de la vieja Melita que habia comparecido con un gran quitasol para hacer descansar á la pequeña Parmis, y sustraerla á la luz demasiado viva del dia.

La vieja esclava habia sido nombrada aya mayor de la infanta de teta, y desempeñaba su oficio con cómica gravedad. Vestida con ricos trajes pèrsicos, sentia verdadera dicha en el ejercicio del mando, y tenia en continuo movimiento á la numerosa servidumbre que se hallaba á sus órdenes, á quien trataba con presuntuosa condescendencia.

Sapfó siguió á la vieja despues de enlazar con su bien contorneado brazo el cuello de su esposo, para murmurarle al oido con zalamería:

— Cuéntalo todo á abuelita, y pregúntale si te da la razon.

Antes que Bardiya pudiera contestarle, le habia besado en la boca y corrido tras la vieja que se iba con paso majestuoso.

El principe la siguió con la vista, risueño y admirando su magnífica figura y su donaire. Luego dirigiéndose á la abuela, dijo:

— ¿No te parece tambien que ha crecido últimamente?

— Así parece , contestó Rodopis. La virginidad presta á la mujer singular encanto , pero solo la maternidad la hace realmente venerable , é yergue su cabeza. Nos parece que ha crecido su cuerpo , pero ella se siente en su interior levantada , por el convencimiento de haber cumplido un gran destino.

— Si, creo que está satisfecha, contestó Bardiya á la anciana. Ayer por primera vez discordamos. Cuando nos ha dejado ahora , me ha rogado secretamente que te exponga nuestra disputa , y lo hago con gusto porque aprecio en tanto tu sabiduría , como amo su inexperiencia infantil.

Entonces Bardiya contó á Rodopis lo ocurrido en la aciaga prueba del arco y terminó diciendo :

— Kresos censura mi imprudencia , mas yo conozco á mi hermano , y sé que en efecto es capaz de cualquier atrocidad en un arranque de cólera , é irritado por su derrota , hubiera podido matarme en el acto, pero una vez pasado el enojo , olvidará mi presuncion y procurará en adelante superarme en proezas. No hace un año era el mejor tirador de Persia , y lo sería aun hoy , si sus fuerzas no hubiesen menguado con la embriaguez y las convulsiones. Por otra parte , noto que mi robustez va aumentando diariamente...

— La felicidad pura , dijo Rodopis interrumpiendo al jóven , vigoriza los brazos del hombre , del modo que realza la belleza de la mujer , mientras la intemperancia y los tormentos acaban con el cuerpo y el espíritu , mejor que la enfermedad y la vejez. Guárdate de tu hermano , hijo mio ; si puede perder la fuerza su brazo antes robusto, tambien la magnanimidad, su corazon noble por naturaleza. Cree á mi experiencia que me ha enseñado , que el esclavo de una pasion torpe , rara vez conserva el imperio sobre sus demas instintos. Ni nadie siente con más intensidad una humillacion que el desmedrado , que conoce la mengua

de sus fuerzas. Guárdate de tu hermano ; fia más de la experiencia que de tu propio corazon ; porque , noble como es, propende á tener por nobles á los demás.

— Con esto queda dicho , replicó Bardiya , que apruebas la opinion de Sappó. Me ha rogado que salgamos de Egipto para Persia , por más que siente separarse de tí. Opina que con no verme , ni oír hablar de su hermano , Kambises echará en olvido su enojo, pero me ha parecido demasiado recelosa , y me disgustaria dejar la campaña de los etíopes...

— Pero yo, dijo Rodopis interrumpiéndole de nuevo, te ruego encarecidamente que sigas su consejo , que inspira el mayor cariño, y es el más acertado. Los dioses saben el pesar que me causará nuestra separacion, y sin embargo , te digo y repito mil veces : vuélvete á Persia y considera que sólo los necios arriesgan inútilmente su vida y bienestar. La guerra con los etíopes es una locura porque sucumbireis , y no ciertamente en manos de los negros habitantes del Sud , sino al calor , á la sed , y á los horrores del desierto. Esto en cuanto á la campaña en general ; por lo que á tí especialmente se refiere , has de considerar que arriesgas inútilmente tu vida y la dicha de los tuyos sin gloria que ganar , y si te distingues de nuevo , irritarás otra vez el rencor y los celos de tu hermano. Vete á Persia, hijo mio , y tan pronto como te sea posible.

Iba á exponer Bardiya sus dudas y objeciones, cuando vió á Prexaspes que se le acercaba con pálido semblante.

Despues de las ordinarias saluciones y preguntas, el mensajero dijo al príncipe que debia hablar con él á solas , y en cuanto se fué Rodopis , se expresó así , jugando perplejo con las sortijas de sus dedos.

— El rey me envia con un encargo para tí. Le has irritado ayer con tu exhibicion de fuerza. No quiere volver á verte tan pronto , y por esta razon te ordena

que vayas á Arabia á comprar el mayor número posible de camellos <sup>111</sup>. Estos animales que resisten mucho tiempo á la sed, servirán para llevar el agua y los viveres de nuestro ejército en la expedición contra Etiopía. Nuestro viaje no permite dilación. Despidete de tu esposa y prepárate; el rey lo quiere así, para que partas antes que oscurezca. Estarás fuera por lo menos un mes. Yo te acompañaré hasta Pelusio. Kasandana desea tener entretanto á su lado á tu esposa y á tu hija. Envíalas lo más pronto posible á Menfis, donde estarán más seguras, bajo el amparo de la augusta madre del rey.

Bardiya escuchó á Prexaspes sin que se fijara en la perplejidad y concisión con que se expresaba el mensajero. Alegróse de lo que él creyó moderación de su hermano y de sus órdenes, que acabaron con su indecisión respecto de su salida de Egipto. Dió la mano á besar al falso amigo, y le invitó á seguirle á palacio.

No bien refrescó un poco el día, Bardiya fuese á despedir breve pero cordialmente de Sappó y de su hija que la esclava llevaba en brazos; encareció mucho á su esposa que se trasladara cuanto antes al lado de Kasandana, y después de decir á su suegra, en son de broma, que esta vez se había equivocado en su juicio de un hombre, esto es, su hermano, montó á caballo.

Cuando Prexaspes iba á montar el suyo, Sappó le dijo en voz baja:

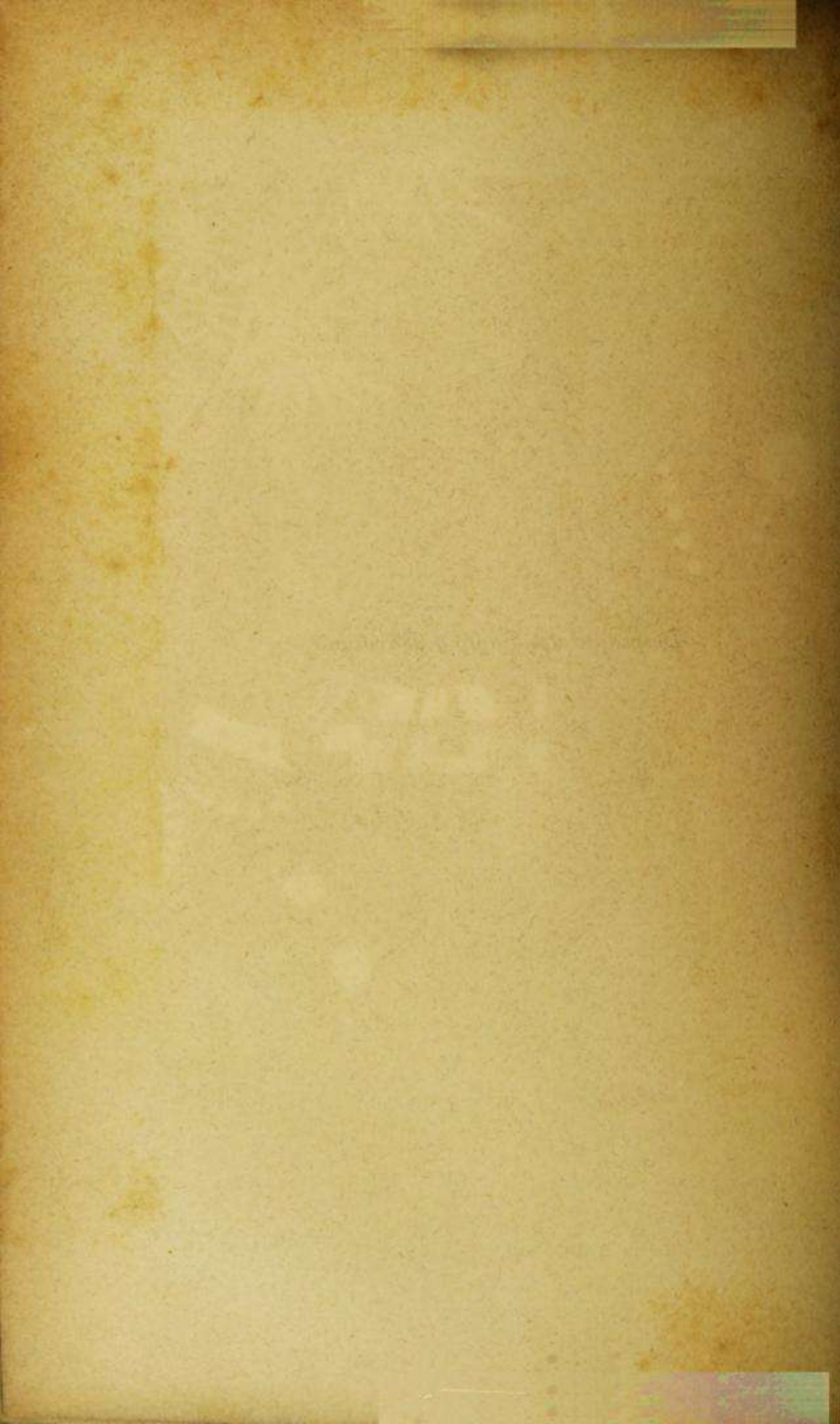
— No le dejes de vista, y si temerario quisiera exponerse inútilmente, recuérdale á su esposa y á su hija.

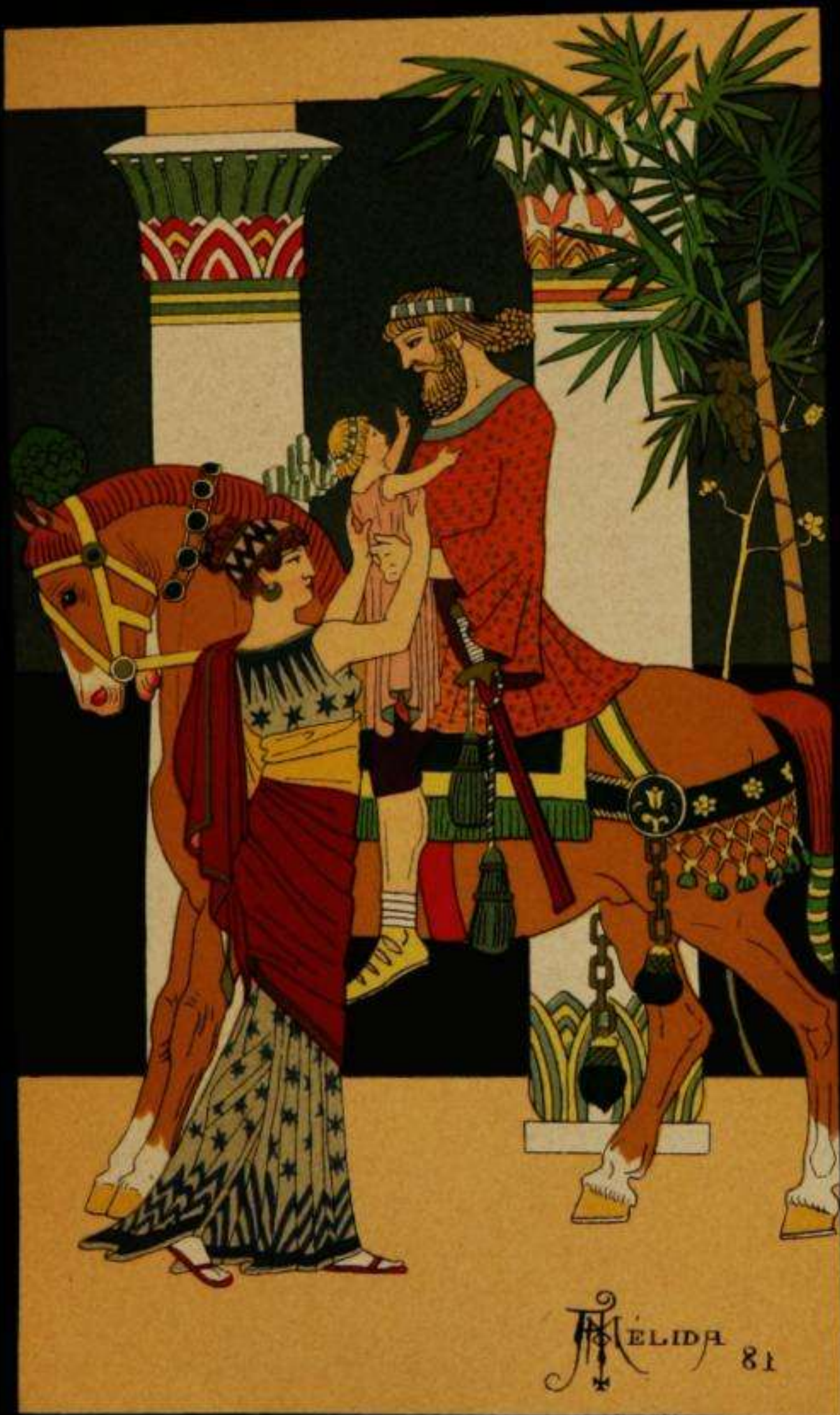
— Yo debo dejarle en Pelusio, contestó el mensajero jugueteando con el freno del caballo, para evitar las miradas de la joven señora.

— ¡Pues le ampararán los dioses! exclamó Sappó, asiendo la mano al amado esposo y prorrumpiendo en lágrimas que no podía reprimir.



*Despedida de Sappho y Bardiya.*







Bardiya, viendo llorar á su esposa, antes siempre esperanzada, sintióse enternecido y apenado al par con dolor que nunca hásta entonces probara, é inclinándose cariñoso hacia ella, ciñóle el talle con su robusto brazo, la levantó, y mientras ella se sostenia con el pié en el estribo, él la apretó con fuerza sobre su corazon, como si le dijera adios para siempre. Luego volvió á bajarla suavemente y con toda seguridad, y tomó otra vez á su hija en la silla para besarla y decirle bromeando que procurara ser el deleite de su madre. A Rodopis le dijo algunas frases de cordial despedida, y dando con las espuelas á su caballo que se encabritó, partió á galope acompañado de Prexaspes, por el portal del palacio de los faraones.

Apenas se hubo desvanecido el último eco del galopar de los caballos, Sappó echóse en brazos de su abuela llorando sin cesar, á pesar de todas las advertencias y severas reconvenciones de la anciana.







## CAPÍTULO XV.

**A**L dia siguiente á la prueba del arco, por la mañana, Kambises tuvo un ataque tan fuerte de epilepsia, que enfermó de espíritu y de cuerpo, hubo de permanecer cuarenta y ocho horas en su cuarto, unas veces postrado y exánime, otras veces agitado como un loco.

Cuando al tercer dia recobró el conocimiento claro de las cosas, acordóse de aquel terrible encargo que Prexaspes podia haber ejecutado ya tal vez, y temblando ante esa posibilidad como no habia temblado nunca hasta entonces, mandó primero por el hijo mayor de aquel, que tenia el honroso cargo de escancador, y supo de su boca que su padre habia salido de Menfis sin despedirse. Luego llamó á Daríos, Zópiros y Giges, de quienes sabia que eran los mejores ami-

gos de su hermano, y preguntóles cómo estaba su amigo. Cuando le dijeron que se hallaba en Sais, los envió inmediatamente allá con el encargo de que mandasen á Prexaspes, si le encontraban, que volviera sin tardar á Menfis. Los jóvenes ajemenidas no acertaron á explicarse la conducta extraña del rey y su premura, mas no perdieron tiempo, porque nada bueno les anunciaba su corazón.

Kambises entretanto no hallaba sosiego en parte alguna, maldecía para sus adentros su borrachera, y en todo aquel día se abstuvo del vino. Como hallara á su madre en el jardín del palacio de los faraones, evitó su presencia porque sentía que no había de poder resistir á su mirada.

Los ocho días siguientes, pasaron también sin traer á Prexaspes y le parecieron largos como un año. Cien veces mandó por el hijo para preguntarle si su padre había vuelto ya; cien veces recibió una contestación negativa.

Hundíase en el ocaso el sol del día décimo tercio, cuando Kasandana mandó decirle que deseaba verle. En seguida se fué á las habitaciones de la misma, porque anhelaba mirar el rostro de su madre, y le parecía que esto le había de devolver el sueño perdido.

Después de saludar á la anciana con ternura, la cual sorprendió á esta tanto más cuanto era inusitada, preguntóle el rey qué quería, y supo que la esposa de Bardiya había llegado en condiciones algo raras, y expresando el deseo de entregarle un regalo. Inmediatamente mandó por ella, y entonces esta le dijo que Prexaspes había ordenado á Bardiya en nombre del rey, que saliera en dirección á Arabia, y á ella, su esposa, que se trasladara á Menfis, pues así lo quería Kasandana. El rey palideció al oír esto, y dirigió vivas palabras de dolorosa emoción á la linda mujer de su hermano. A ésta, que no pudo menos de observar que



algo particular pasaba en el ánimo del rey, angustiada por terribles sospechas, le temblaban las manos al entregarle el regalo que habia traído.

— Mi esposo te envia este presente, dijo señalando el busto de cera de Nitetis, contenido en una caja artísticamente trabajada.

Rodopis le aconsejó que ofreciera al iracundo cuñado tal regalo, en nombre de Bardiya precisamente, como prenda de reconciliación.

Sin que pareciera excitar mucho su curiosidad, Kambises entregó á un eunuco la caja, y despues de dirigir á su cuñada algunas palabras, como de gracias, salió á toda prisa del harem, sin preguntar siquiera por Atosa, á la que parecia haber olvidado por completo.

Habia creído que esta visita le haria bien y le tranquilizaria, pero las noticias que diera Sappó, le quitaron la última esperanza y por ende el último resto de sosiego. Prexaspes debia de haber cometido ya el asesinato, ó tal vez en aquel instante alzaba el puñal para hundirlo en el pecho del jóven. ¿Cómo podria él, despues de la muerte de Bardiya, presentarse ante su madre? ¿Qué contestaria á ella y á las preguntas de la linda mujer que le habia mirado con sus grandes ojos, henchidos de angustia y ternura?

Frio temblor se apoderó de él, y una voz interna le gritó que su fratricidio seria tildado de cobardía y miedo, y crueldad é injusticia. La idea de ser asesino le parecia insoportable. Sin ningun remordimiento habia dado muerte á muchos hombres, pero siempre ó en cruento combate ó á la vista de todos. Era el rey y justo era cuánto hacia. Si hubiese muerto á Bardiya con su propia mano, ya se hubiera acomodado con su conciencia; pero ahora que mandó quitar de en medio clandestinamente, asesinar con alevosía, al que habia dado muchísimas pruebas gloriosas de valor varonil,

su proceder causóle un sentimiento atormentador de vergüenza y arrepentimiento que no habia experimentado nunca, mezclado con rãbia por su propia ruindad. Empezó á despreciarse á si mismo. La conciencia de no haber querido y hecho más que lo justo le abandonó, y llegó á figurarse que todos los hombres, muertos por órden suya, habian sido como Bardiya, víctimas inocentes de su furor. Para acallar estos pensamientos, que iban siendo insoportables, recurrió de nuevo al vino, pero esta vez, lejos de aliviarle de sus pesares como hasta aquí, trocóse el vino en tormento para su cuerpo y para su alma. Su organismo, quebrantado por la bebida y la gota coral, parecia destinado á sucumbir á las múltiples y crueles conmociones de los últimos meses. Víctima de intensos calofrios, se vió obligado á acostarse. Mientras le desnudaban, acordóse del regalo de su hermano. Inmediatamente mandó por la caja, la hizo abrir, despidió á los camareros y al ver la pintura egipcia que la adornaba, no pudo menos de pensar en Nitetis, y preguntarse ¿qué hubiera dicho la malograda de su novisima fechoría?

Febricitante y perturbado por el vino, inclinase sobre la caja, saca la hermosa cabeza de cera, mira con espanto los inmóviles y empañados ojos del busto. La semejanza era tan perfecta y el juicio del rey estaba tan debilitado por el vino y la calentura, que éste se creyó embelesado por algun hechizo. No le era posible, sin embargo, alejar la vista del semblante querido. De repente le pareció que el busto movia los ojos, y le llenó de espanto. Con un movimiento convulsivo arrojó la viviente imágen contra la pared, con lo que se hizo mil pedazos la quebradiza y hueca masa de cera, y anhelante, exánime, se dejó caer el rey sobre el lecho. La intensidad de la fiebre iba subiendo. En su delirio, el infeliz creia ver primero al desterrado Fanes cantando una picaresca copla griega, y escarneciénd-

dole con tal ignominia, que sus puños se cerraban de coraje. Luego vió á Kresos, su consejero y amigo, que le amenazaba y le gritaba al oído otra vez, aquellas mismas palabras con que le habia amonestado cuando queria hacer ajusticiar á Bardiya por causa de Nitetis: «Guárdate de derramar sangre de hermano, porque sus vapores suben al cielo y forman nubes que oscurecen los dias del fratricida, y acaban por herirle con un rayo de venganza.»

Su fantasía daba á esta sentencia, forma de realidad. Le parecia que ya chorreaba sobre él lluvia de sangre, desprendida de oscuros nubarrones, y que el repugnante líquido le mojaba los vestidos y las manos. Cuando por fin la lluvia cesó, y él se acercó á orillas del Nilo para limpiarse, se le presenta Nitetis con dulce sonrisa, tal como Teodoros la habia representado. Encantado de la linda aparicion, se prosterna delante de ella y coge su mano. Apenas la tocó, cuando empiezan á gotear sangre las puntas de los dedos, y ella, con gesto de horror, le vuelve las espaldas. Entonces, ruega humildemente á la aparicion que le perdone, pero esta se muestra inflexible. Enójase él, la amenaza primero con su cólera, luego con terribles castigos, y viendo que Nitetis contesta á sus palabras con risa de escarnio, se desmanda hasta el punto de tirar de un puñal, y la aparicion se deshace en mil pedazos, como en la pared el busto de cera. Pero la sarcástica risa continuó haciéndose cada vez más recia, y á coro la acompañaron otras voces, que competian en el escarnio y la mofa. Con todo, las voces de Bardiya y Nitetis sonaban cada vez más perceptibles en su oído, y parecian escarnecerle con mayor amargura. Por fin, no pudiendo ya soportar por más tiempo aquellos horribles sonos, tapóse los oídos, y como esto tambien fué inútil, hundió su cabeza en la ardiente arena del desierto, y luego en el Nilo helado, y otra vez en la

brasa, y otra vez en el frio líquido, hasta que perdió el conocimiento.

Cuando despertó por fin, no podia ya orientarse en la realidad. Se habia acostado por la noche, y ahora veia por el sol, que doraba el lecho con sus últimos rayos, que en vez de amanecer, como hubo de figurarse, oscurecia. No podia haber en ello equivocacion, porque en el mismo instante, oyó el coro de los sacerdotes que entonaban los últimos cánticos á Mitra, que se despedia.

Advirtió tambien que, detras de una cortina colgada á la cabecera de su lecho, se movian muchas personas. Quiso volverse, pero notó en seguida que no tenia fuerzas para ello. Por fin, despues que hubo intentado en vano distinguir el ensueño de la realidad, y la realidad del ensueño, llamó á los camareros y demás cortesanos que solian estar presentes cuando se levantaba del lecho. Parecieron inmediatamente estos, y además, su madre, Prexaspes, varios magos eruditos y algunos egipcios que no conocia, y le contaron que durante semanas enteras habia padecido intensa calentura, y salvádole de la muerte solo la gracia especial de los dioses, el arte de los médicos y el incansable cuidado de su madre. Luego miró á Kasandana y despues á Prexaspes, como preguntando, y perdió otra vez el conocimiento, para despertar á la mañana siguiente, despues de saludable sueño, con nuevas fuerzas.

Cuatro dias más tarde, se habia recobrado bastante para poderse sentar en un sillón y preguntar á Prexaspes por el único asunto que preocupaba su espíritu. El mensajero, en vista de la debilidad de su amo, queria contestar evasivamente, mas cuando éste levantó amenazando la demacrada mano con terrible mirada, Prexaspes no vaciló más, y creyendo dar una gran satisfaccion á Kambises, dijo:

— Alégrate , mi soberano ; el mozo que se atrevió á mermar tu gloria , ya no existe. Esta mano le mató y enterró el cadáver cerca de Baal-Zefon. Nadie vió el acto sino la arena del desierto , y las infecundas olas del Mar Rojo <sup>112</sup>. Sólo tú y yo , y las gaviotas y los cormoranes que revolotean al rededor de su tumba, lo sabemos.

Soltó el rey un grito penetrante de coraje , y fué acometido de nuevos calofríos y empezó de nuevo á delirar. Largas semanas pasaron , durante las cuales cada dia amenazaba ser el postrero para el rey ; por fin, triunfó de peligrosa recaída la robustez del cuerpo , mas las fuerzas de su mente no habian podido resistir á los demonios de la fiebre , y estuvo el rey como alelado y desconcertado, hasta su hora postrera.

Cuando pudo salir otra vez al aire libre y montar á caballo y tender el arco , se entregó al vino con mayor desenfreno , perdiendo así el último resto de la facultad de dominarse á sí mismo. Habíase fijado en su desconcertada mente, la idea de que Bardiya no habia muerto , sino que se habia convertido en el arco del rey de Etiopía, y que el férver de su difunto padre, le habia mandado devolverle su primitiva figura , viniendo á aquel pueblo de negros.

Esta idea que confiaba como un gran secreto á cada uno de los que le rodeaban , le perseguia sin tregua, dia y noche , hasta que por fin partió para Etiopía con un grande ejército. Pero hubo de retroceder sin lograr su intento , despues de haber perecido miserablemente de calor y por falta de viveres y agua , la mayor parte de las tropas. Un escritor casi contemporáneo <sup>113</sup>, cuenta que aquellos desgraciados guerreros, una vez se acabaron las provisiones , hubieron de mantenerse con las yerbas del campo mientras las encontraron , pero al llegar á los arenales , donde no habia más vegetacion , forzoles desesperada necesidad , á

recurrir á un medio que la pluma se resiste á apuntar, y fué, que echaron suertes sobre sus cabezas, á fin de que uno de cada diez, alimentase con su carne, á nueve de sus compañeros.

En trance tan cruel, las tropas obligaron al rey de repente á regresar á casa, no sin dejar de obedecerle á ciegas, á pesar de su demencia, y conforme al servilismo asiático, tan pronto como estuvieron en regiones habitadas.

Cuando Kambises entró en Menfis con los restos del ejército, los egipcios acababan de hallar un ápis nuevo y vestidos de gala, celebraban una gran fiesta, en honor del dios reaparecido, en figura del toro sagrado.

Como se sabia ya en Tebas que el ejército enviado contra el oásis de Amon en el desierto líbico, habia perecido lastimosamente por la arena y el viento<sup>114</sup>, y que la escuadra á la que se encargó la conquista de Cartago, se habia negado á combatir con sus compatriotas, el rey creyó que los menfitas celebraban aquella fiesta como en señal de júbilo, por la falta de éxito de sus expediciones, y despues que hubo llamado á las personas principales de la ciudad, echóles en cara su conducta y preguntóles por qué se habian mostrado sombríos y tétricos despues de la victoria y ahora, con la derrota, extremadamente alegres. Los menfitas le explicaron la causa de su alegría, asegurando que cada vez que parecia un toro divino, se celebraba en todo Egipto con procesion y algazara. Kambises les llamó embusteros, y como tales, les condenó á muerte. Luego, citados los sacerdotes, diéronle la misma contestacion.

En son de escárnio y mofa, dijo entonces que le gustaria conocer al nuevo dios, y mandó que se lo trajeran. Llevaron al ápis delante del rey, y le explicaron que era engendrado en una vaca vírgen por un rayo de luna, que debia ser negro y tener en la frente un

triángulo blanco, en el dorso la imágen de un águila, y en el costado la de la luna, en cuarto creciente, con más, en la cola dos clases de pelo, y en la lengua una excrecencia en figura del escarabajo sagrado.

Cuando tuvo delante al toro divinizado, y no pudo describir en él nada extraordinario, Kambises se puso furioso, y le hundiò la espada en el costillar. Viendo que brotaba la sangre y que caía al suelo el ápis, soltó una carcajada y dijo:

— ¡Estúpidos! Vuestros dioses tienen pues, sangre y carne y se dejan herir... Tal sandez es digna de vosotros... Pero ya vereis que no me dejo embromar impunemente. ¡Ea, satélites! azotad á esos sacerdotes, y matad á los que encontréis en esta fiesta de locos.

Sus órdenes fueron ejecutadas, y el coraje de los egipcios llegó á su colmo.

Habiendo muerto el ápis de su herida, los egipcios le enterraron clandestinamente en los nichos de los toros sagrados, situados cerca del Serapeo, é intentaron despues, bajo el mando de Psamtik, una rebelion contra los persas que empero fué ahogada pronto y costò al desgraciado hijo de Amasis una vida, cuyas manchas y durezas merecen el olvido, por su incansable afán de libertar á su pueblo de la tiranía extranjera, y por su muerte en aras de la libertad.

Mientras esto ocurría, la locura de Kambises habia tomado nuevas formas. Despues del fracaso de su tentativa por devolver á su antigua figura á Bardiya, convertido en arco, su irritabilidad habia aumentado tanto, que una palabra ó una mirada le eran bastantes para disgustarle y ponerle rabioso.

Su leal consejero Kresos no se apartò tampoco de su lado, aunque el rey le entregò varias veces á los satélites para que le dieran muerte. Estos empero, como conocían á su amo, se guardaban muy bien de poner la mano sobre el viejo favorito, y estaban segu-

ros de su impunidad, porque al día siguiente, el rey por lo general había olvidado la orden, ó se había arrepentido de ella. Una vez, sin embargo, los desgraciados latigueros hubieron de pagar cara su desobediencia, pues Kambises, aunque contento de la salvación del anciano, hizo matar á los propios salvadores.

La pluma se resiste á reproducir muchos otros rasgos de la bárbara crueldad que cuentan cometió el rey loco por aquel entonces. Unos pocos, empero, que nos parecen especialmente significativos, no podemos dejar de mencionarlos.

Un día, durante la comida, y estando borracho, el rey preguntó á Prexaspes, qué decían de él los persas. El mensajero, que con el afán de acallar los gritos de su conciencia con actos de generosidad, aunque peligrosos, no perdía ocasión alguna de influir benéficamente en su desgraciado rey, contestó que le elogiaban bajo todos conceptos, pero que opinaban que tenía excesiva afición al vino.

Estas palabras pronunciadas casi en tono de broma, exasperaron al demente, quien exclamó:

— ¡ Eso dicen los persas!... que el vino me quita la razón. Pues voy á demostrarles que ellos son los que perdieron el juicio.

Y diciendo esto, tendió su arco, apuntó y tiró sobre el hijo mayor de Prexaspes que, como copero, estaba en el fondo del salón, esperando las señas del soberano. Luego mandó abrir el pecho del infeliz jóven y examinarle. La flecha le había traspasado el corazón.

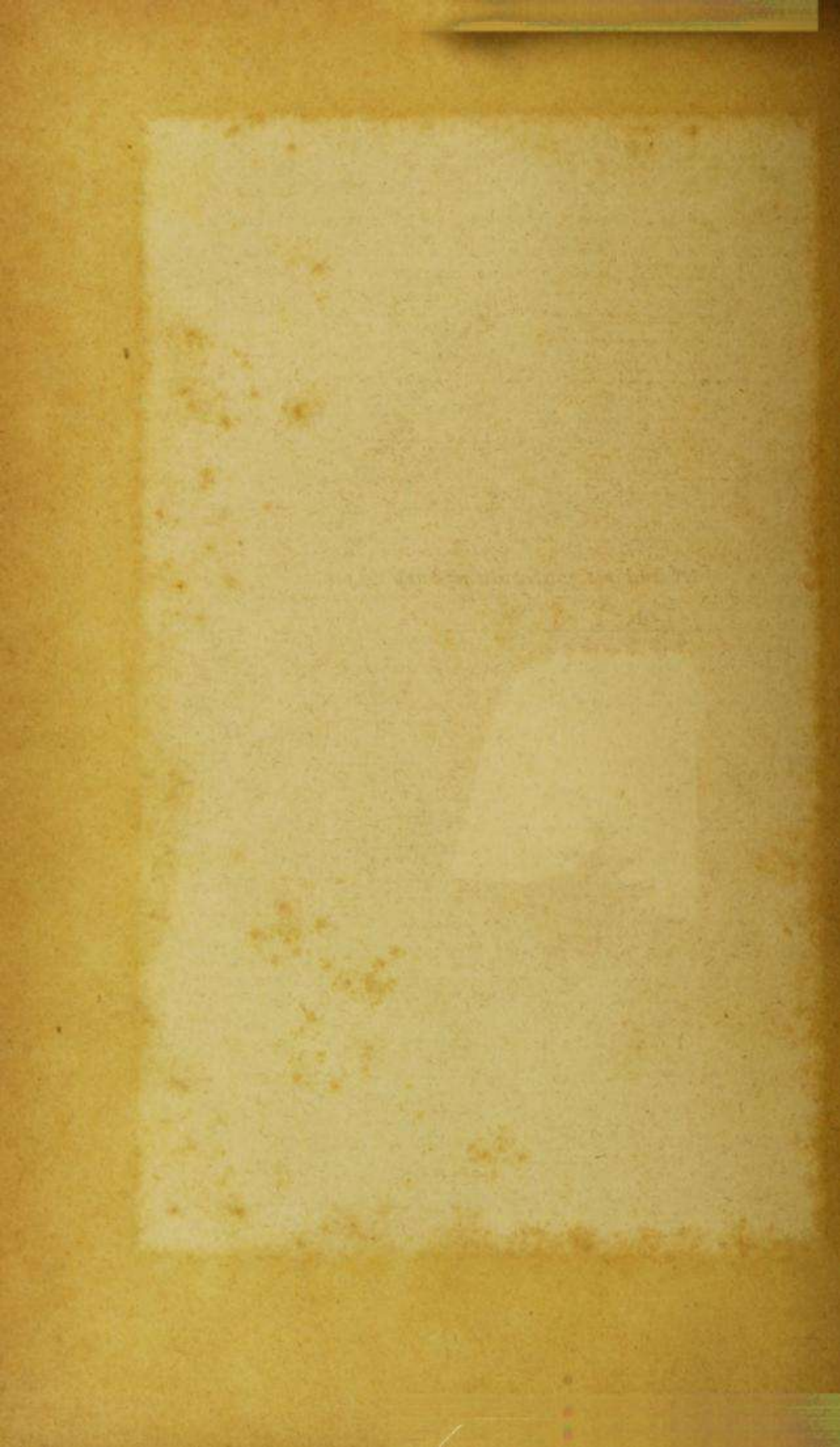
Alegróse de esto el enagenado tirano, y exclamó riéndose:

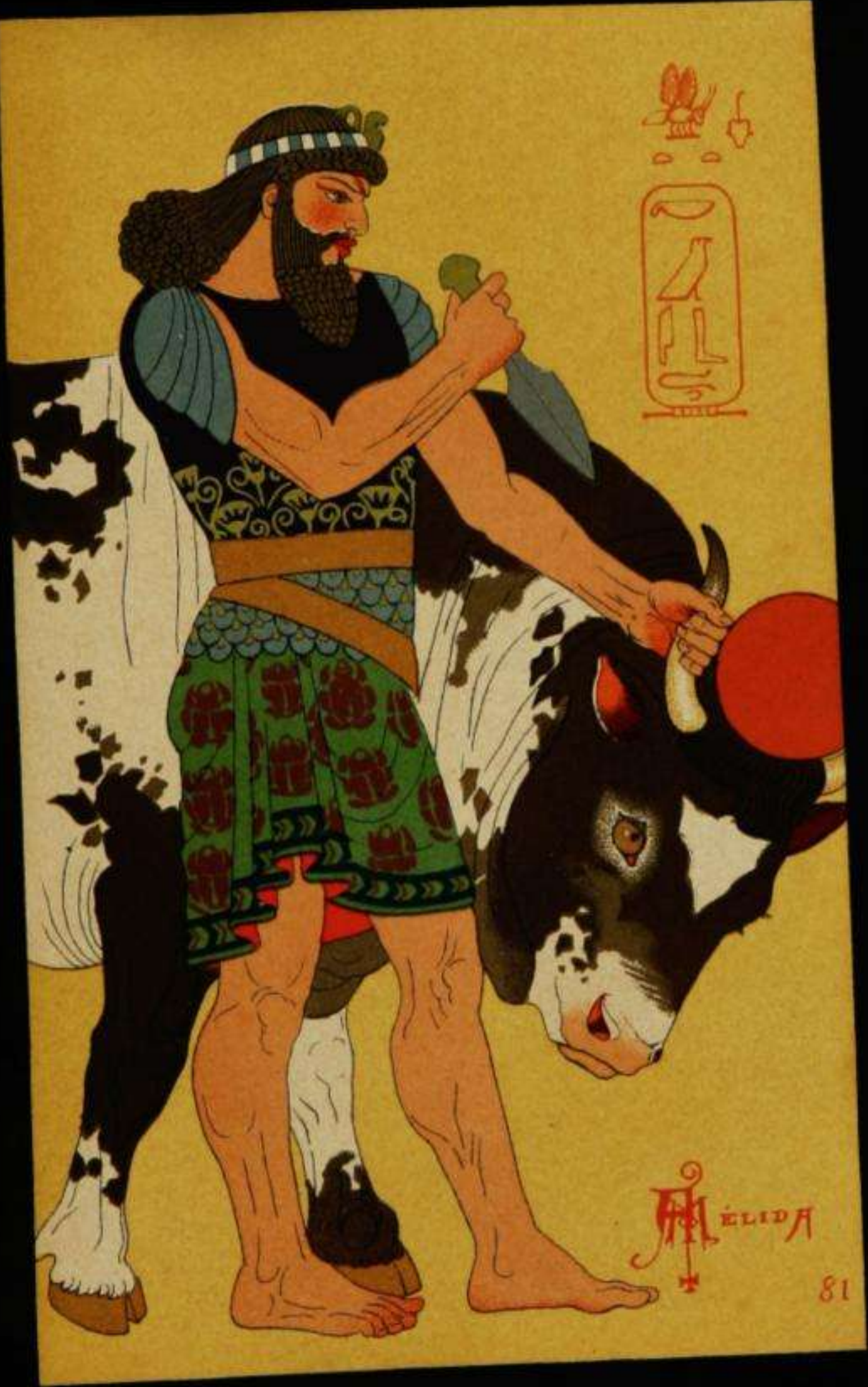
— Ya ves ahora, Prexaspes, que no soy yo sino los persas los que han perdido el entendimiento. ¿ Quién podría dar en el blanco sin errar nunca, como yo?

Prexaspes, pálido é inmóvil, como la Niobe petrificada en el Sipilos, contempló el espectáculo con hor-



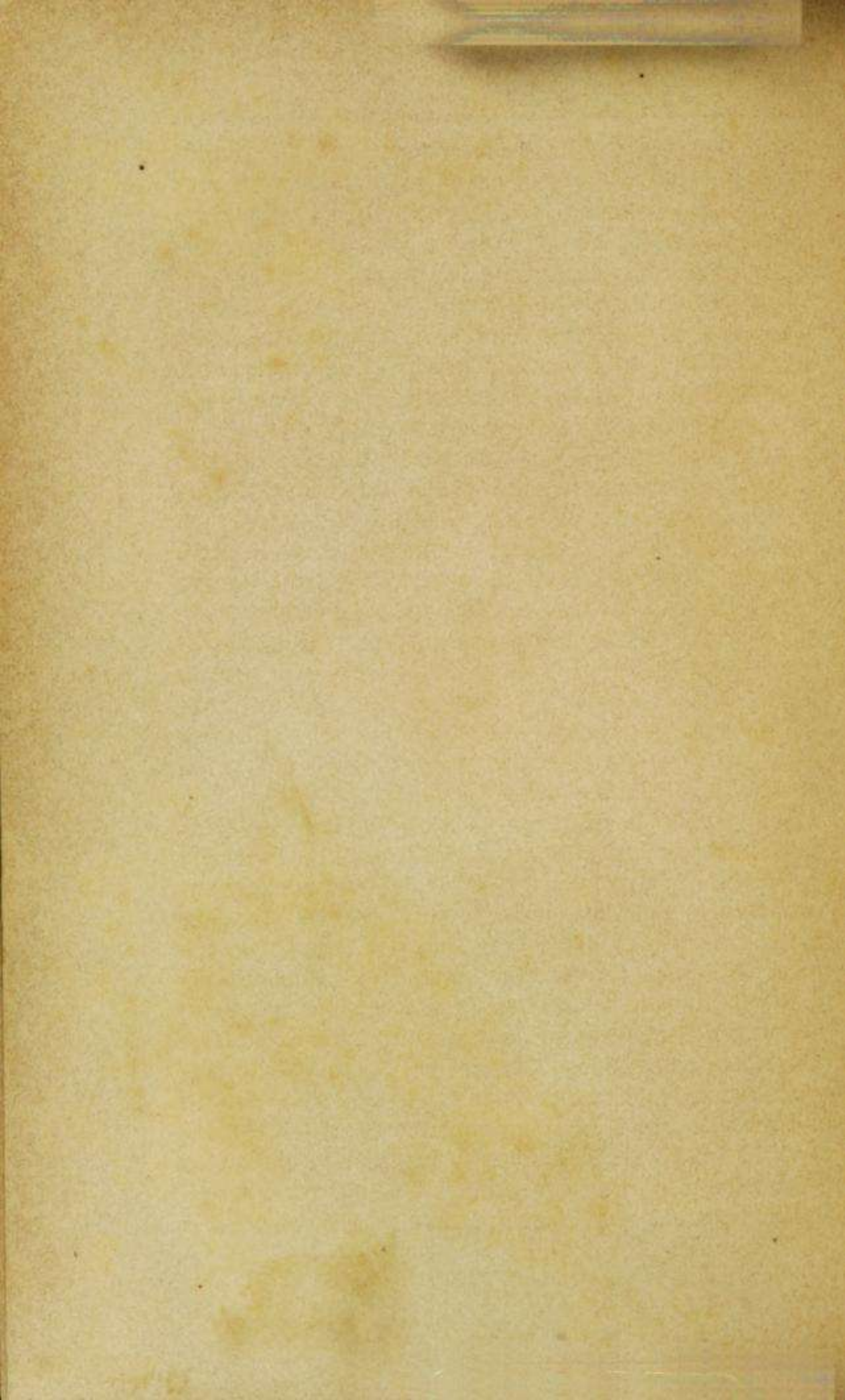
*Cambises matando al buey Apis.*





Red hieroglyphs including a falcon, a lotus, and a seated figure.

M. ELIDA



ror. Su alma de esclavo, doblábase ante la omnipotencia del rey, en vez de ponerle el puñal de la venganza en la mano. Lejos de ello, cuando el loco repitió su pregunta, puesta la mano sobre el corazón, murmuró:

— Ningun dios acertaría con más seguridad.

Pocas semanas despues el rey se fué á Sais. Cuando le enseñaron las habitaciones de su antigua amada, el recuerdo de ella, olvidada hacia mucho tiempo, surgió en su alma con nuevo vigor, y al par el del engaño de que habian sido victimas él y ella por parte de Amasis. Sin poderse dar cuenta de los pormenores, maldijo al muerto y se hizo conducir furioso al templo de Neith, donde descansaba la momia del rey de Egipto. Llegado allí sacó del sarcófago el embalsamado cadáver, y mandó que lo azotaran, le pincharan con alfileres, le arrancaran los cabellos, le maltrataran de todos modos, y finalmente lo hizo quemar contra lo prescrito por la religion persa, que tenia por pecado mortal la impurificacion del fuego puro con un cadáver. A igual suerte fué condenada la primera esposa de Amasis, cuya momia descansaba en su sarcófago en Tebas, patria de la difunta.

De regreso á Menfis, no tuvo reparo en maltratar con su propia mano, á su propia esposa y hermana Atosa. Un dia dispuso un combate de animales, y entre otros, un perro debia luchar con un leoncito. Cuando el leon hubo vencido á su adversario, otro perro, hermano del vencido, rompió su cadena, arrojóse sobre el leon, y le venció con ayuda del hermano herido. Este espectáculo que gustó mucho á Kambises, hizo llorar á Kasandana y Atosa, que hubieron de presenciarlo por orden del rey. El tirano les preguntó admirado la causa de sus lágrimas, y recibió de la impetuosa Atosa esta respuesta: que el valiente animal que habia expuesto su vida por su hermano, le recordaba á Bardiya muerto impunemente, por quien ella no queria nombrar.

Estas palabras, excitaron la ira y los amortiguados remordimientos del furioso, de tal modo que dió de puñetazos á la atrevida mujer, y la hubiera muerto sin duda, si su madre no le hubiese detenido, exponiéndose tambien por su parte á sus golpes.

El semblante sagrado y la voz de la madre, bastaban á refrenar su rabia, pero la mirada de ésta que le dió de lleno en el rostro, expresaba un enojo tan vivo y un desprecio tan profundo, que no la podia olvidar, y le inspiró la nueva manía de temer que los ojos de las mujeres llegasen á envenenarle. Desde entonces, en cuánto veia á una mujer, se asustaba y se escondia detras de los que le acompañaban, hasta que por fin dispuso que todas las moradoras del palacio de Menfis, sin exceptuar á su madre, fuesen trasladadas á Ecbatana. Araspes y Giges recibieron el encargo de llevarlas á Persia.

---

El convoy de viaje de las régias señoras habia llegado á Sais. Las viajeras se apearon en el palacio de los Faraones acompañadas de Kresos, que fué con ellas hasta dicha ciudad.

Kasandana habia cambiado mucho en los últimos años. Con profundas arrugas habia surcado su rostro antes bellissimo, el pesar y la congoja, mas el dolor no pudo doblar su erguida estatura.

Atosa, la hija de la anciana, estaba más hermosa que ántes, á despecho de todas sus cuitas. La petulante niña, era ya una mujer completamente desarrollada y juiciosa; la impetuosa y porfiada adolescente se habia convertido en señora, de genio vivo, pero formal. Fueron para ella excelentes maestros de paciencia y resignacion, la gravedad de la vida y los tres tristes

años pasados junto á su colérico hermano y esposo, pero no lograron hacerle olvidar el primer amor de su alma. Sólo la amistad de Sappó la indemnizaba hasta cierto punto de la pérdida de Daríos.

La jóven griega se habia transformado tambien en un sér distinto desde la desaparicion de su esposo. Perdieron las mejillas su carmin, y los lábios su graciosa sonrisa. De maravillosa hermosura, á pesar de su palidez, bajas las pestañas, y con su aspecto de fatiga, parecia aquella Ariadna que esperaba la vuelta de Teseo. Anheló y esperanza expresaban la mirada de sus ojos, el tono de su apagada voz, la gravedad de su andar. En cuanto sonaban pasos, ó se abria una puerta, ó se dejaba oír de súbito una voz varonil, se estremecía, se levantaba, y aplicaba el oído para entregarse luego al anhelo, desengañada pero no desesperanzada, y á meditar y soñar, segun su antigua afición.

Solo cuando se entretenia jugando con su hija y en su cuidado, parecia volver á ser la que ántes, pues entonces sus mejillas se coloraban de nuevo, chispeábanle los ojos y toda su naturaleza parecia vivir otra vez, no en el pasado ni en el porvenir, sino en el presente, real y efectivo.

La niña lo era todo para ella; en ella veia á Bardiya, á ella podia dedicar la plenitud de su cariño, sin robar nada al desaparecido esposo; con ella, la Providencia habia dado un objeto á su vida, un lazo que la unia de nuevo con el mundo que parecia haber perdido sus encantos á los ojos de la esposa, desde la desaparicion del esposo. Alguna vez, mirando los ojos azules de la linda criatura, sumamente parecidos á los de su padre, pensaba:

—¿Por qué no es varón? Entónces sí que se le pareciera cada vez más y un dia se me presentaria como otro Bardiya, si fuese posible que hubiese otro.

Pero semejantes pensamientos solian durar poco y

terminaban en abrazos y caricias á la pequeñuela y en llamarse á sí misma loca é ingrata.

Un día Atosa exclamaba en el mismo sentido:

— ¡ Ojalá Parmis fuese varon! Seria igual á su padre y gobernaria Persia como otro Kiro.

Sapfó dió la razon á su amiga, sonriéndose melancólicamente y cubriendo de besos á la chiquilla, pero Kasandana dijo:

— Considera como un favor de los dioses que te hayan deparado una niña. Si Parmis fuese varon, te quitarian á tu hijo apenas hubiesen pasado los seis años para educarle en compañía de los demás ajemenidas, mas la hija te pertenecerá por mucho tiempo más.

Sapfó temblaba á la sola idea de tener que separarse un día de la niña; con esto, apretó contra el corazon su rúbia y rizada cabeza, y desde entonces nunca más volvió á mostrarse descontenta de tan precioso tesoro.

La amistad de Atosa servia de lenitivo al lacerado corazon de la jóven viuda. Con ella podia hablar de Bardiya cuánto y cuántas veces queria, segura siempre de ser escuchada con simpatía y amabilidad, pues tambien Atosa habia amado mucho á su hermano. Pero incluso un extraño, hubiera escuchado con placer los cuentos de Sapfó, pues con frecuencia tomaba su discurso un vuelo muy elevado, y cuando revestia de palabras los recuerdos de los sonrosados tiempos de felicidad, parecia una poetisa inspirada, y más aun, cuando cogia la lira para cantar, con pura melodiosa voz y lastimero acento, las coplas de anhelo ardiente del cisne lesbio que expresaban sus propios y más profundos sentimientos; entonces se figuraba hallarse con el amado en silenciosa noche bajo aromaticos acantos y se olvidaba del presente sombrío, volando de la realidad á las mágicas regiones de la fantasia. Y siempre al dejar la lira, para volver con un



profundo suspiro del país de los sueños, Kasandana aunque no entendia de griego, se enjugaba las lágrimas y Atosa se inclinaba hácia su cuñada para besarle la frente.

Tres largos años habian pasado así, durante los cuales vió raras veces á su abuela, porque por orden del rey y con motivo de Parmis, no podia salir nunca del harem sin el acompañamiento y permiso de Kasandana y los eunucos.

En esta época, Kresos que seguia amándola como una hija, habia llamado á Sais á Rodopis. Sappó no podia alejarse sin decir adios á su más fiel amiga, y tanto Kasandana como el anciano lidio comprendieron perfectamente este deseo de su corazón. Además, la viuda de Kiros, habia oido hablar tanto de la noble abuela de su nuera, que deseaba conocerla y la hizo llamar despues que Sappó celebró con ella una tierna entrevista.

Nadie hubiera podido decir viendo frente á frente á las dos ancianas, cual de las dos era la reina; las hubiera tomado á ambas por princesas soberanas.

Kresos, que estimaba tanto á la griega como á la persa, hizo de intérprete, y ayudado por el flexible ingenio de la helena, logró mantener la conversacion á una misma altura, sin que se interrumpiera ni flaqueara.

Cuando Rodopis con sus propios hechizos, hubo conquistado el corazón de Kasandana, ésta á fuer de reina, y á estilo persa, no creyó poder manifestar mejor su bondad, que invitando á Rodopis á que manifestara un deseo.

La helena vaciló un instante antes de exclamar alzando las manos como si le dirigiera una plegaria:

— Déjame á Sappó, consuelo y adorno de mi vejez.

Kasandana replicó, sonriéndose dolorosamente:

— Este deseo no me es posible cumplirlo; pues

nuestra ley manda que los hijos de los ajemenidas, han de educarse en la Puerta del Rey. No me es lícito abandonar á la pequeña Parmis, en su calidad de única nieta de Kiros, y Sappó por mucho que te ame, no querrá en ningun caso separarse de su hija. Además, se ha hecho querer de tal modo por mi y mi hija y es tan necesaria, que no me seria posible desprenderme de ella, aunque comprendo muy bien tu deseo.

Viendo que los ojos de la helena se llenaban de lágrimas, Kasandana continuó:

—Pero hay un medio de conciliarlo todo. Deja á Náukratis y vente con nosotras á Persia. Allí pasarás tus últimos años con nosotras y tu nieta, y serás tratada como soberana.

Rodopis meneó la hermosa cabeza cana diciendo con apagada voz:

—Te agradezco tu bondad, augusta reina, pero siento que no la puedo aceptar. Todas las fibras de mi corazon me atan á Grecia y se romperian con mi vida si me separase de ella para siempre. Acostumbrada á continua actividad, al animado comercio de las ideas, á una libertad absoluta, en la estrechez del harem enfermaria y moriria pronto. Kresos me habló de tu amable propósito, y he sostenido grave lucha antes de decidir que mi deber exige que sacrifique mi bien más querido por mi bien supremo. Cuánto más cueste vivir y renunciar á la dicha por la belleza y la bondad, tanto más glorioso y digno del nombre heleno seguir el deber antes que la dicha. Mi corazon vá con Sappó á Persia; mi experiencia y mi ingenio pertenecen á los griegos. Si oyes decir un dia que en Grecia ya solo gobierna el pueblo, y que éste solo se dobla ante sus dioses y sus leyes, ante lo bueno y bello, piensa que está cumplida la tarea á que dedicó su existencia Rodopis en union con los mejores de su patria. No le guardes rencor á la helena porque, debo confesarlo,

prefiera morir víctima de sus ansias como mendiga libre, á vivir como afortunada princesa pero no libre.

Kasandana escuchaba á Rodopis con admiracion. Sólo la entendia en parte, pero conocia que Rodopis estaba pronunciando frases generosas, y cuando concluyó, le ofreció la mano para que se la besara. Luego, trás corta pausa, dijo:

— Obra segun tu parecer, pero puedes estar segura que no ha de faltarle á tu nieta cariño ni amistad, mientras vivamos mi hija y yo.

— Me lo fia tu noble rostro y la gran fama de tu virtud, contestó Rodopis.

— Y tambien mi deber de compensar en cuanto pueda lo que han hecho con tu nieta.

La reina suspiró dolorosamente y continuó luego:

— Tambien cuidaremos de la educacion de la pequeña Parmis con todo esmero. Parece ricamente dotada y ahora ya repite las melodías que su madre le canta. No me opongo á su inclinacion á la música, aunque en Persia, fuera del culto divino, este arte suele cultivarse solamente por la gente de familias humildes.

Estas palabras inflamaron á Rodopis que dijo.

— ¿ Me permites hablar con franqueza, oh reina?

— Habla sin temor.

— Ahora cuando suspirabas pensando en tu excelente hijo desaparecido, pensaba yo para mis adentros: Tal vez estaria aun con vida el noble jóven, si los persas supiesen educar á sus hijos mejor, es decir, mas universalmente. Me hice referir por Bardiya lo que se enseña á los muchachos persas. Tirar el arco, arrojar la lanza, montar á caballo, cazar, decir la verdad y acaso aun distinguir unas cuantas yerbas nocivas y saludables, he aquí todo el caudal de conocimientos que se cree necesario para la vida <sup>115</sup>. Nuestros muchachos helénicos ejercitan y vigorizan su cuerpo con no

menor diligencia, pues el médico no es más que el zurcidor, y la gimnasia la fragua de la salud. Mas aún cuando un joven heleno, con el continuo ejercicio, llegase á ser más fuerte que un toro, más verídico que un dios y más sabio que el más docto sacerdote egipcio, sin embargo le mirariamos encogiéndonos de hombros, si le faltase lo que solamente el temprano ejemplo y el esmerado cultivo de la *música*, enlazada con la gimnasia, pueden dar: la gracia y la armonía. Te sonries porque no me entiendes; pero me darás la razón si te demuestro que la música, que á juzgar por los relatos de Sappó parece interesarte, es tan importante para la educación como la gimnasia. Las dos coadyuvan de igual manera, por más que esto parezca paradójico, al perfeccionamiento del espíritu y del cuerpo. Quien se dedique exclusivamente á la música, si es de carácter violento, se hará ciertamente blando y flexible como el cobre en el fuego, mitigando su rígida dureza; pero al fin su ánimo caerá en la molicie y será poco apto para guerrero, lo que vosotros los persas apetecéis en primera línea. Quien no cultive más que la gimnasia, ha de reunir ciertamente, como Kambises, fuerza y virilidad; pero también su alma, y aquí cesa mi comparación, se queda obtusa y ciega y sus sentimientos carecen de pureza. Sordo á las razones discretas, y al par de un tigre, tratará de conseguirlo todo con la fuerza bruta; su vida, falta de gracia y moderación, es probable que sea una serie de enfermedades y violencias. Por esto la música no es solamente para el alma, ni la gimnasia solamente para el cuerpo, sino que las dos, íntimamente unidas, han de robustecer el cuerpo y ennoblecer y suavizar el alma, dando al hombre entero donaire varonil y graciosa robustez <sup>116</sup>.

Rodopis calló un momento y luego prosiguió:

— El que no recibe semejante educación y puede

además desde pequeño desahogar impunemente sus salvajes instintos cómo y en quien quiera, el que oye siempre adulaciones y nunca censuras; el que puede mandar sin haber aprendido á obedecer, el que se cria en la idea de que la pompa, el poderío y la riqueza son los bienes supremos, aquel no podrá adquirir jamás esa virilidad noble y cabal que nosotros pedimos á los dioses para nuestros hijos. Y si este desgraciado ha nacido con un genio violento y sentidos concupiscentes, los solos ejercicios corporales sin el influjo suavizador del arte de los tonos, aumentarán su natural altivez, y así el niño que quizá no ha venido al mundo sin buenas disposiciones, por culpa de su educacion, llegará á ser una fiera brutal, un crapuloso perdido y un tirano demente.

Callóse la anciana acalorada; y cuando su mirada se encontró con los ojos húmedos de la reina, comprendió que se habia propasado lastimando á un noble corazón de madre; cogió pues el vestido de Kasandana, llevó la orilla á sus labios, y dijo en tono de súplica:

— ¡Dispénsame!

Kasandana hizo una seña afirmativa, saludó á la helena é iba á salir de la sala. En los umbrales se volvió diciendo:

— No me enojo, pues tus reconvenciones son justas. Pero procura tambien perdonar á tu vez, pues te digo que quien mató la felicidad de tu hijo y el mio es el más poderoso, sí, pero tambien el más desgraciado de todos los mortales. Adios, y si te hiciere falta alguna cosa, acuérdate de la viuda de Kiros que desea demostrarte que á los persas se les enseña ante todo magnanimidad y liberalidad.

Diciendo esto, Kasandana abandonó la sala.

Aquel mismo dia Rodopis recibió la noticia que Fanes habia muerto hacia pocos meses, con filosófica resignacion, en Kroton, donde habia vivido enfermizo

á consecuencia de su herida , meditando al lado de Pitágoras.

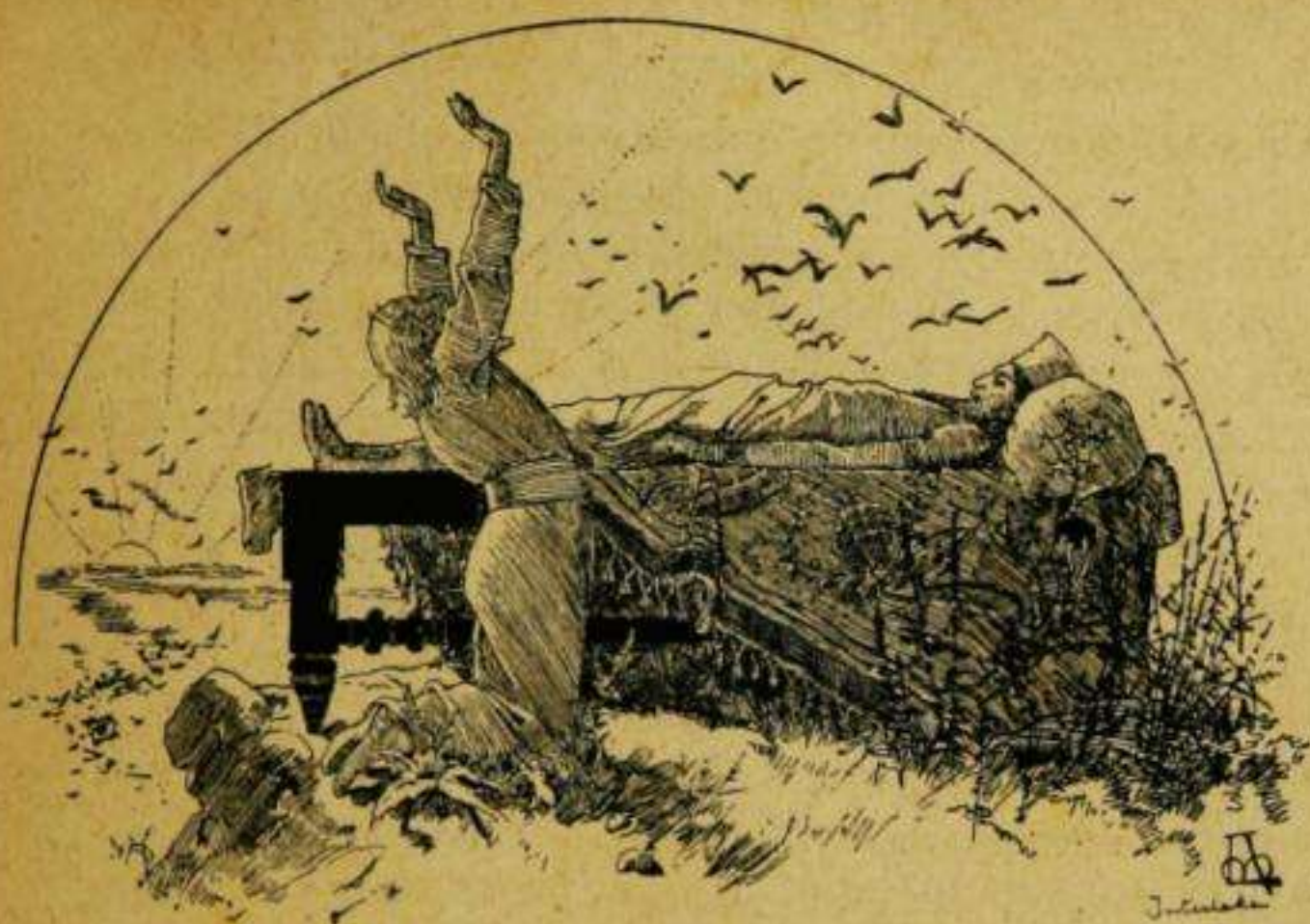
Esta noticia afectó mucho á Rodopis que dijo á Kresos :

— En Fanos , Grecia pierde uno de sus hombres de más valía ; pero muchos hay en ciernes y creciendo que se le parecen. Por esto yo , como él , no temo el exuberante poder de los persas ; hasta creo que mi patria con sus muchas cabezas , cuando la brutal manía conquistadora extiende su mano hácia ella , ha de convertirse en gigante de una sola cabeza de fuerza divina , que domoñará la fuerza bruta con tal seguridad , como el espíritu gobierna el cuerpo.

Tres dias despues , Sappó se despidió definitivamente de su abuela para acompañar á las reinas á Persia , donde creyendo siempre , á pesar de los acontecimientos que siguieron , en la posibilidad de que Bardiya volviera , y henchida de amor , esperanza y recuerdos , se dedicó enteramente á la educacion de su hija y al cuidado de su suegra , la vieja Kasandana.

La pequeña Parmis creció con rara belleza y , despues de los dioses , aprendió á no estimar nada con tan entrañable cariño como la memoria de su padre , al que por los mil relatos de su madre conocia como si viviera.

Atosa conservó á Sappó la antigua amistad , á pesar de la gran dicha que le esperaba , llamándola siempre con el nombre de hermana. En verano Sappó habitaba los jardines pensiles de Babilon , recordando muchas veces en sus conversaciones con Kasandana y Atosa , á la inocente bella autora de tantos sucesos fatales para grandes imperios y nobles individuos , a la *hija del Rey de Egipto*.



## CAPÍTULO XVI.

**A** Qui podríamos terminar nuestra narracion, si no quisiéramos dar al lector un relato del fin de Kambises, despues que hubo perdido la inteligencia, asi como de la suerte ulterior de varios personajes secundarios de nuestra historia.

Poco despues de la salida de las dos reinas, llegó á Náukratis la nueva de que el sátrapa de Lidia, Oroetes, había atraído á Sardes, por medio de un ardid, á su antiguo enemigo Polikrates, y le había crucificado. Asi tuvo el tirano el triste fin que le pronosticó Amasis. El sátrapa realizó semejante acto, con un arranque de osadía, sin autorizacion del rey, porque en el imperio medo ocurrieron tales mudanzas que amenazaban derrocar la dinastia de los ajemenidas.

Con la larga permanencia del rey en apartado país, menguó ó desvaneciósese el temor, que en tiempos

anteriores, su solo nombre solia infundir á todos los inclinados á la rebeldía. La nueva de su demencia fué parte á que perdiera el rey el respeto de los súbditos. Luego, cuando supieron que por pura soberbia habia entregado á miles de paisanos á una muerte segura en los desiertos de Libia y Etiopía, creció en el pecho de los asiáticos el odio que, fomentado y atizado por los magos poderosos, llevó muy pronto á la sedicion y abierta rebeldía, primero á los medos y asirios y tambien á los persas.

Inspirado por el egoismo, el ambicioso gran sacerdote Oropastes, instituido regente por el mismo Kambises, se puso al frente de este movimiento; y sedujo al pueblo con la remision de contribuciones, grandes regalos y mayores promesas. Por fin, viendo que era recibida con agrado su benevolencia, trató de vincular en su casa la corona de Persia por medio de un engaño.

Como recordara la maravillosa semejanza de su desorejado hermano Gaumata con Bardiya, apenas tuvo conocimiento de la desaparicion de ese jóven, tan apreciado por todos los persas, determinó suplantar al príncipe asesinado con Gaumata, y ponerle en el trono en lugar de Kambises. Era tanto mas asequible la empresa, cuanto el rey demente se habia hecho muy odioso y Bardiya inspiraba á todos hondo afecto.

Cuando finalmente numerosos emisarios de Oropastes llevaron la nueva á todas las provincias del reino de que el hijo menor de Kiros vivia aun, á pesar del contrario rumor, y que se habia rebelado contra su hermano para subir al trono de su padre y conceder á todos los súbditos la exencion del servicio militar y del pago de impuestos, el nuevo soberano fué reconocido como tal en todo el reino.

El falso Bardiya obedeciendo á su hermano el gran sacerdote, á cuyo talento superior se sometia gustoso, se habia instalado en el palacio de Nisea, en la llanura



meda , ciñéndose la corona , declarando suyo el harem del rey y mostrándose de lejos al pueblo que debia reconocer en sus facciones las del verdadero Bardiya asesinado. Despues , para eludir todo descubrimiento, se encerró en el palacio y al estilo de los soberanos asiáticos entregábase á toda suerte de deleites , mientras su hermano empuñó el cetro con mano firme y confió todos los puestos y destinos de importancia á sus amigos y compañeros de casta , los magos.

Una vez afirmada la situacion , fué enviado á Egipto el eunuco Ixabates para comunicar al ejército el cambio de soberano y con el objeto de persuadirle á abandonar á Kambises y ganar amigos para Bardiya en quien idolatraban principalmente los soldados.

El mensajero , escogido con acierto , cumplió su mision con habilidad , y habia ganado ya para el nuevo rey gran número de aquellos , cuando fué detenido por unos cuantos siros que , por la recompensa que esperaban , le condujeron á Menfis.

Llegado á la ciudad de las pirámides y presentado al rey , ese le aseguró la impunidad , si declaraba la verdad entera.

Entonces el mensajero confirmó la nueva que hasta aquel instante solo fuera en Egipto vago rumor , á saber , que Bardiya habia subido al trono de Kiros y era reconocido soberano por la mayor parte del imperio.

Grande fué el susto de Kambises , como de quien viera salir de la tumba á un muerto. A pesar de su demencia, recordaba que habia dado orden á Prexaspes de asesinar á Bardiya y que aquel le habia asegurado que estaba cumplido su mandato. Con esto sospechó que Prexaspes le engañara , y que habia perdonado la vida al jóven. A seguida , y con amargas palabras manifiesta el rey este repentino pensamiento , y reconviene á Prexaspes por su traicion , y éste contesta con juramento que el desgraciado Bardiya habia sido muerto y enterrado por su propia mano.

Entonces se pregunta al emisario de Oropastes, si habia visto al nuevo rey con sus propios ojos. Dijo que no, añadió además que el supuesto hermano de Kambises sólo habia salido de palacio una sola vez para mostrarse al pueblo de lejos. Prexaspes comprendió en seguida la engañosa trama del gran sacerdote y recordó aquellas malhadadas equivocaciones que habia ocasionado la maravillosa semejanza de Gaumata con Bardiya. Apostaba la cabeza que aquello era la verdad. El rey demente, satisfecho de esta explicacion, no tuvo otro pensamiento desde entónces que el de prender y matar á los magos.

El ejército hubo de aprestarse para la marcha. Ariandes, un ajemenida, fué nombrado sátrapa de Egipto, y las tropas partieron inmediatamente para Persia. Empujado por su nueva manía, el rey no se concedió descanso ninguno y hacia de noche dia, hasta que en Siria su caballo, maltratado por el impetuoso jinete, dió en tierra con él, y quiso la desgracia que en la caída se hiriera gravemente con su propia daga.

Despues de permanecer varios dias sin conocimiento, abrió los ojos y pidió ver á Araspes, luego á su madre, y despues á Atosa, aunque estas tres personas habian partido algunos meses antes. De cuánto iba diciendo se desprendia que los últimos cuatro años, desde aquella calentura hasta su caída, los habia pasado como dormido. Todo lo que le contaban de aquel intervalo, parecia serle nuevo y llenar su corazon de pesadumbre. Sólo de la muerte de su hermano tenia perfecto conocimiento. Sabia que Prexaspes le habia asesinado por orden suya, y que le habia contado que Bardiya yacia enterrado en la playa del Mar Rojo. En la noche siguiente á este despertar llegó á convencerse tambien que durante largo tiempo debia de haber estado demente. Hacia la mañana cayó en un sueño pro-

fundo, que le devolvió fuerza bastante para llamar á Kresos y hacerle referir extensamente lo que habia hecho durante los últimos años.

El anciano consejero obedeció á la voluntad del rey y no le calló ninguna de sus fechorías, aunque no podia esperar que volviera al buen camino el extraviado que fué confiado á su tutela.

Así su satisfaccion fué doble cuando vió que sus palabras hacian una impresion profunda en el alma resucitada del rey. Con lágrimas en los ojos, Kambises se lamentó de sus malas acciones y de su locura, y avergonzado como un niño, pidió perdon á Kresos, dióle las gracias por su fidelidad y perseverancia, y acabó por encargarle que pidiera en su nombre el perdon de Kasandana y Sappò, y tambien de Atosa y de todos los que habia lastimado injustamente.

El encanecido lidio, al oír esto, lloraba lágrimas de contento, y no se cansaba de asegurar al enfermo que curaria y tendria abundante ocasion de compensar todo lo hecho con actos de noble generosidad. Kambises empero movia la pálida cabeza en señal de negacion decidida, rogó al anciano le hiciera llevar al aire libre, colocando su lecho en un punto elevado, y que convocara á los ajemenidas en torno suyo.

No bien fueron ejecutadas sus órdenes contra el parecer de los médicos, se incorporó y dijo con voz perceptible á gran distancia:

—Ha llegado la hora, persas, que os descubra mi mayor secreto. Alucinado por una vision, enojado y mortificado por mi hermano, le he hecho asesinar en un arrebató de cólera. Prexaspes ejecutó por mi órden este crimen, que en lugar de la tranquilidad que habia de proporcionarme, me trajo la demencia y una muerte dolorosa. Esta confesion os convencerá de que mi hermano Bardiya no existe. Los magos se han apoderado del trono de los ajemenidas. Al frente de ellos

están Oropastes al que dejé en Persia de regente, y su hermano Gaumata que se parece tanto á mi difunto hermano, que hasta Kresos, Intafernes y mi tío, el noble Histaspes, le tomaron un dia por Bardiya. ¡ Ay de mí que asesiné al que en calidad de consanguíneo, habria vengado la ignominia que me hacen los magos! Mas no pudiendo resucitarle, os nombro á vosotros mis albaceas. Os conjuro pues por el férver de mi difunto padre, y en nombre de todos los espíritus puros y buenos, que no dejeis que caiga el poder en manos de los pérfidos magos. Si se han apoderado de la corona con astucia, procurad arrancársela con astucia; si se han hecho dueños del cetro con la fuerza, arrebatádselo del mismo modo. Si cumplís esta mi última voluntad, la tierra os dará ricos frutos, vuestras mujeres y vuestros rebaños serán fecundos y tendréis libertad para siempre; si no tratáis de recuperar el poder, así os suceda lo contrario, y todos y cada uno de vosotros tenga el mismo fin que yo!

Cuando los ajemenidas vieron llorar y recostarse exánime á su rey, despues de estas palabras, rasgaron sus vestidos y prorumpieron en llantos y lamentos. Pocas horas despues, Kambises espiró en los brazos de Kresos. En su última hora se acordó de Nitetis, y murió con su nombre en los labios y las lágrimas del arrepentimiento en los ojos.

Apenas los persas hubieron abandonado el inmundo cadáver, Kresos se arrodilló delante del mismo, y alzando sus manos al cielo, exclamó:

— ¡Gran Kíros! ¡ he cumplido mi juramento permaneciendo como leal consejero al lado de este infeliz hasta su fin!

A la mañana siguiente, el anciano con su hijo Giges, se marchó á la ciudad de Barene que le pertenecia, y vivió allí muchos años más, como padre de sus súbditos, muy apreciado por Daríos y ensalzado por todos sus coetáneos.

Despues de la muerte de Kambises , los jefes de las siete tribus de los persas , deliberaron y determinaron cerciorarse ante todo de quien era el usurpador ; con este fin Otanes envi6 con una mision secreta a un eunuco de confianza a su hija Fedima, que con todo el harem de Kambises habia pasado a poder del nuevo rey. Antes que el enviado volviera, la mayor parte del ej6rcito se desband6. Los soldados aprovechaban con el mayor afan la ocasion favorable que se les ofrecia para juntarse con los suyos despues de algunos a~os de separacion. Lleg6 por fin el eunuco con la nueva de que Fedima habia sido visitada una sola vez por el nuevo rey, pero que no habia perdido la ocasion de convencerse durante el sue~o del mismo, y con gran peligro para ella, de que realmente le faltaban ambas orejas. Mas aun , sin este descubrimiento podia sostener con certeza que el usurpador , el cual se parecia extraordinariamente al principe asesinado, no era otro que el hermano de Oropastes , Gaumata. Su antiguo amigo , Bogues, otra vez jefe de los eunucos, la habia iniciado en el secreto de los magos. A Bogues le encontr6 el gran sacerdote, mendigando por las calles de Susa y le repuso en su antiguo empleo, diciendo : — Bien mereces la muerte , pero yo necesito de hombres de tu jaez. Por fin, Fedima rogaba a su padre hiciera todo lo posible para derribar al mago , que la trataba con gran descortesia , y creyera que su hija era la mujer m6s desgraciada del mundo.

Aunque ninguno de los ajemenidas pudo convencerse nunca de que Bardiya viviese todav~a, y se hubiese apoderado realmente del trono, no obstante se alegraron de recibir por Fedima informes tan terminantes

acerca de la verdadera persona del usurpador, y resolvieron sin tardanza marchar con los restos del ejército á Nisea <sup>117</sup> con el intento de derrocar á los magos por la fuerza y la astucia.

Después de haber entrado en la nueva capital sin resistencia, y habiendo visto que la mayor parte del pueblo estaba contento con el nuevo gobierno, aparentaron creer también en la identidad del nuevo rey con el hijo menor de Kiros, y estar dispuestos á prestarle homenaje. Pero los magos no se dejaron engañar, mantuviéronse encerrados en el palacio, con la promesa de crecidos sueldos reclutaron un ejército que reunieron en la llanura de Nisaya, y siguieron en su empeño de afirmar la creencia del pueblo en la máscara de Gaumata. En este respeto, nadie podía serles más perjudicial, ó por el contrario más útil que Prexaspes, porque gozaba de gran consideración entre los persas, y si afirmaba que no había dado muerte á Bardiya, podía desacreditar el rumor que iba difundiendo cada día más, de haber sido asesinado aquel príncipe. Así fué que Oropastes llamó al mensajero, á quien desde las últimas palabras de Kambises, todos sus compañeros le huían, y como proscribían, y le prometió una suma enorme si quería subir á una torre y decir al pueblo reunido en la plaza de palacio, que algunos malévolos le habían llamado asesino de Bardiya, siendo así que acababa de ver con sus propios ojos al nuevo rey, reconociendo en él al hijo menor de Kiros su bienhechor. Prexaspes aceptó este encargo sin réplica, despidióse cariñosamente de los suyos, mientras el pueblo se reunía en la plaza, dirigió ante la sagrada ara de fuego una corta plegaria á los dioses y fué á palacio con altivo porte. En el camino encontró á los jefes de las siete tribus, y notando que se apartaban de él, les dijo:

— Merezco vuestro desprecio, pero procuraré merecer vuestro perdón.

Y como Daríos se volviera para mirarle , se le acercó, cogió su mano y dijo :

— Yo te he querido como un hijo , ampara á mis hijos cuando yo deje de existir, y echa á volar , alado Daríos !

Luego subió arrogante á la torre elevada.

Muchos miles de vecinos de Nisea le oyeron cuando alzó la voz, y les dirigió la siguiente arenga :

— Todos sabeis que los reyes que hasta hoy os han colmado de gloria y honor, pertenecian á la familia de los ajemenidas. Kiros os gobernó como verdadero padre , Kambises como soberano severo , y Bardiya os habria guiado cual amante si no hubiese sido asesinado por esta mi propia mano, en la playa del Mar Rojo. Esta accion ruin , que por Mitra , cometí con el corazon desgarrado , la llevé á cabo obedeciendo como servidor leal, á la órden de mi rey y señor. Sin embargo, ni de dia , ni de noche podia encontrar sosiego, y durante cuatro largos años he sido perseguido y angustiado como un animal de caza, ojeado por los espíritus de las tinieblas , que ahuyentan el sueño del lecho del asesino ; mas ahora he resuelto terminar esta vida de congoja y desesperacion con una accion digna, y si bien no hallaré gracia en el puente Sinvat , al menos conquistaréme de nuevo en la memoria de los hombres , el honrado nombre que tenia y he perdido. Sabed pues que el hombre que se da por el hijo de Kiros, me ha mandado aquí prometiéndome rica recompensa si os engañaba , asegurando que es Bardiya el ajemenida. Mas yo me rio de sus promesas y os juro con el juramento más grande que conozco, por Mitra y los férveres de los reyes , que el que ahora os gobierna, no es otro que el mago desorejado Gaumata, hermano del gran sacerdote y regente Oropastes , al que todos conoceis. Si quereis olvidaros de la gloria que debeis á los ajemenidas ; si quereis juntar la ingratitud á la

humillacion , entonces reconoced á los miserables y llamadles reyes vuestros ; mas si despreciais la mentira y os dais vergüenza de obedecer á ruines embusteros , entonces arrojad á los magos , antes que Mitra abandone el cielo , y proclamad rey al más noble de los ajemenidas, al que promete ser un segundo Kiro, á Daríos , el noble hijo de Histaspes. Mas para que creais en mis palabras, y no sospecheis que Daríos me ha enviado aquí á disponer vuestro ánimo en su favor, voy á cometer un acto que destruya toda duda , y os demuestre que aprecio en más la veracidad y la honra de los ajemenidas que la vida misma. Benditos seais, si seguís mi consejo , malditos , si no volveis á apoderaros del gobierno , y no os vengais de los magos. Mirad, muero como hombre veraz y honrado.

Diciendo esto, subió al punto más elevado de la torre y arrojóse de ella cabeza abajo. Con tan honrosa muerte expió el único crimen de su vida.

El pueblo que hasta entonces le escuchara en silencio, prorrumpe en gritos de rabia y de venganza, hunde las puertas de palacio y estaba á punto de penetrar en el interior gritando *mueran los magos*, cuando los siete caudillos de los persas se opusieron á la enfurecida turba.

Apenas los ciudadanos advirtieron su presencia, estallaron el júbilo y la impetuosa gritería.

— ¡ Abajo los magos ! ¡ Viva el rey Daríos !

Entonces el hijo de Histaspes , llevado en hombros por la multitud, se colocó en un punto elevado, y refirió al pueblo que los magos acababan de morir como mentidos usurpadores á manos de los ajemenidas. Su discurso fué contestado con nuevos vítores. Enseñáronse luego al pueblo las ensangrentadas cabezas de Oropastes y Gaumata ; con esto , la rugiente multitud con rabioso encono, empezó á recorrer las calles de la ciudad, matando á todos los magos que encontró á su



paso. Sólo la noche puso término á la terrible matanza <sup>118</sup>.

Cuatro dias más tarde, en vista de su alcurnia y personales prendas, el hijo de Histaspes fué elegido rey por los jefes de los ajemenidas y aclamado como tal por los persas con gran algazara.

Darios habia muerto al mago Gaumata con su propia mano, y Megabizos, el padre de Zópiros, al gran sacerdote; pues, mientras Prexaspes arengaba al pueblo, los siete príncipes conjurados, Otanes, Intafernes, Gobrias, Megabizos, Aspatines, Hidarnes y Darios, en representacion de su muy anciano padre Histaspes, habian entrado en palacio por mal custodiada puerta y allí averiguaron pronto donde se hallaban los magos y penetraron sin dificultad hasta sus habitaciones, ya que conocian la distribucion interior del alcázar, y los guardias estaban ocupados en vigilar al pueblo que escuchaba la arenga de Prexaspes. Los eunucos que se les opusieron, bajo el mando de nuestro conocido Bogues, fueron acuchillados todos hasta el último, y murió aquel á manos de Darios, quien le habia reconocido y atacado con doble encono. Los magos acudieron espantados por los alaridos de los eunucos, y viendo lo que ocurría intentaron defenderse. Orpastes arrancó la lanza de manos de Bogues, herido de muerte, sacó un ojo á Intafernes y á Aspatines hirióle en el muslo, pero al fin hubo de sucumbir bajo el puñal de Megabizos. Gaumata se habia refugiado en el aposento contiguo é iba á correr el cerrojo, cuando Darios y Gobrias se precipitaron sobre él, le cogieron y le derribaron, cayendo Gobrias encima. Como el cuarto estaba oscuro, Darios no sabia qué hacer, pues temia herir tambien á su compañero, hasta que éste le dijo:

— Descarga el golpe más que nos parta á los dos.

Entonces Darios asestó la puñalada, acertando felizmente sólo al mago.

Así murieron Oropastes el gran sacerdote, y Gaudamata, más conocido bajo el nombre de *Pseudo-Smerdis* ó *falso Esmerdes*.

Pocas semanas despues de la eleccion de Daríos, favorecida, segun decia el pueblo, por milagrosos signos celestiales y el ardid de un caballero, el hijo de Histaspes celebró en Pasargadas una magnífica fiesta de coronacion, y aún más esplendentes festejos de boda, con la amada de su alma, Atosa, la hija de Kiros<sup>119</sup>. Esta jóven señora, madurada por la desgracia, fué hasta el fin de la activa y gloriosa vida de su esposo, su más fiel y querida compañera, como Daríos por su parte, confirmando la prediccion de Prexaspes, realizó tan grandes hechos y empresas como rey, que bien pudieron conquistarle el nombre de *segundo Kiros, el grande*.

General valiente y circunspecto, supo dividir y administrar sus inmensos dominios con tal talento, que debe ser contado entre los más grandes políticos de todos los países y de todas las épocas. Solo á él debieron sus menguados sucesores, el sostenimiento del imperio colosal por espacio de doscientos años más. Liberal de sus tesoros, y económico de los del Estado, sabia hacer regalos verdaderamente régios, sin exigir más contribuciones que las debidas. Sustituyó las arbitrarias exacciones del tiempo de Kiros y Kambises, por un sistema regular de impuestos, sin que fuera obstáculo para él á la ejecucion de lo que consideraba bueno, ni las mayores dificultades, ni las chanzas de los ajemenidas que le dieron el apodo de *mercader*, á causa de sus medidas financieras que les parecian mezquinas, pues las juzgaban como guerreros. No fué el menor de sus méritos el haber introducido un sistema monetario uniforme en todo su imperio, es decir, en la mitad del mundo conocido á la sazón.

Ganoso de respetar las costumbres y la religion de

cada pueblo, permitió á los judíos que continuaran la construcción del templo de Jehová, despues de haberse hallado en el archivo de Ecbatana aquel documento de Kiro, del cual Kambises no tenia noticia. Concedió además á las ciudades jónicas la autonomía administrativa. Tampoco hubiera llevado probablemente sus armas á Grecia, si los griegos, especialmente los atenienses, no le hubiesen dado motivo para ello.

El arte de administrar la hacienda pública, como algunos otros, lo habia aprendido en Egipto, cuyo pueblo tenia en particular aprecio y muchos favores le otorgó, como el de enlazar el Nilo con el Mar Rojo, por medio de un canal, para el fomento del comercio egipcio <sup>120</sup>.

En su largo reinado, puso empeño en compensar con bondades, la crueldad con que Kambises habia tratado á los egipcios, y aún en sus últimos años gustaba de ocuparse con los tesoros intelectuales de aquella sabia nacion, cuya religion y costumbres, mientras él vivió, nadie fué osado á atacar. El anciano y supremo sacerdote Neithotep que habia sido su maestro, gozó hasta su tardía muerte del favor del soberano, que no pocas veces acudia á los conocimientos astrológicos del viejo.

Los egipcios reconocian la bondad del nuevo rey y le llamaban *dios* como á sus reyes anteriores <sup>121</sup>, pero en los últimos años de aquel reinado, echaron en olvido la gratitud que le debian, é intentaron sacudir el blando yugo que les pesaba, porque les fué impuesto contra su voluntad.

No estaba destinado á ver el fin de aquella lucha aquel su noble señor y protector; á Jerjes, sucesor é hijo de Daríos y Atosa, estaba reservado reducir á los habitantes del valle del Nilo á una obediencia forzada y por tanto insegura.

Como digno monumento de su grandeza, Daríos

mandó construir en la montaña de Rajmed, cerca de Persépolis, un magnífico palacio cuyas ruinas excitan aun hoy el asombro y la admiracion de los viajeros. Seis mil albañiles egipcios, que habian sido internados en Asia por Kambises, ayudaron en esta obra á los trabajadores encargados de construir un sepulcro Real para Darios y sus descendientes. Los aposentos tallados en la roca y dificilmente accesibles, han resistido al tiempo y sirven hoy de albergue y refugio á numerosas palomas silvestres.

En una pared pulimentada de la roca lisa de Bisitun ó Bohistan, cabe el punto en que salvó la vida de Ato-sa, Darios hizo grabar la historia de sus actos en caractéres cuneiformes y en los idiomas persa, medo y asirio. La parte persa de estas inscripciones se lee ahora con certeza; contiene una comunicacion, acorde en general con nuestro relato y el de Herodoto, de los acontecimientos referidos en los últimos capítulos. Entre otras cosas se lee: « Dice Darios el rey: Lo que hice, se hizo en todo por la gracia de Auramazda. Despues de la defeccion de los reyes, les he dado diez y nueve batallas. Por la gracia de Auramazda les bati. A nueve reyes he hecho prisioneros. Uno (de ellos) fué Gaumata de nombre, un medo; éste mintió diciendo así: ¡Yo soy Bardiya, hijo de Kiros! éste causó la defeccion de Persia. »

Mas abajo enumera los nombres de los príncipes que le ayudaron á derrocar á los magos y en otro pasaje se lee: « Dice Darios el rey: Lo que hice, lo he hecho en todo por la gracia de Auramazda. Auramazda me auxilió y los demas dioses que existen. Por esto me trajo auxilio Auramazda y los demas dioses que existen, porque no fui impío, ni mentiroso, ni soberano violento, ni yo ni mi familia. Al que habia ayudado á mis parientes, le he favorecido; al que fué hóstil, le he castigado severamente. Tú que serás rey

despues, al hombre que sea mentiroso ó rebelde, no le seas benévolo, castigale con pena severa. Dice Daríos el rey: Tú que vieres despues la tabla que he escrito ó estos cuadros, no los destruyas, sino mientras vivas consérvalos, etc., etc.»

Finalmente falta decir, que Zópiros, hijo de Megabizos, permaneciò hasta su fin siendo el amigo más fiel de Daríos.

Como un cortesano mostrara un dia al rey una granada y le preguntara:

—¿Qué dòn quisieras poseer tantas veces como granos tenga esta granada? Daríos contestò sin vacilar: — A mi Zópiros.

Éste sabia corresponder al afecto de su Real amigo; pues cuando Daríos hubo sitiado en balde durante nueve meses á Babilon, que se habia separado del reino persa despues de la muerte de Kambises, y ya queria levantar el sitio, Zópiros se presentó al rey ensangrentado, con la nariz y las orejas cortadas, y declaró que él mismo se habia mutilado así para engañar á los babilonios que mucho debian conocerle sin embargo, porque en otros tiempos fué muy amigo de sus hijas. Su intento era convencer á aquellos soberbios de que Daríos le habia desfigurado tan inhumanamente, razon por la cual se pasaba á ellos para vengarse. Ellos le darian el mando de las tropas; con estas queria hacer unas cuantas salidas felices para atraerse la confianza de los babilonios, y proporcionarse luego las llaves de las puertas y abrir á los suyos la de Semíramis.

Estas palabras proferidas en tono chancero, y la triste figura de su amigo, enternecieron al rey hasta verter lágrimas, y cuando por el ardid de Zópiros, la fortaleza casi inexpugnable fué tomada, dijo:

—Daria cien ciudades como Babilon, porque Zópiros no se hubiese mutilado así.

Luego nombró al amigo, señor de la gigantesca plaza conquistada, y le dejó todas las contribuciones de la misma, con otros magníficos regalos que le hizo anualmente <sup>122</sup>.

Posteriormente decía Daríos á menudo, que fuera de Kíros, con quien no podia compararse hombre alguno, nadie habia hecho una accion tan noble como Zópiros.

Pocos soberanos han tenido amigos tan dispuestos á sacrificarse por ellos, porque pocos han sabido practicar la gratitud como Daríos.

Cuando Siloson, el hermano del asesinado Polikrates, vino un dia á Susa para recordarle los servicios que le habia prestado, Daríos le recibió como amigo, puso á su disposicion tropas y naves y ayudóle á apoderarse del mando de los samios.

Los isleños se defendieron desesperados contra el extranjero ejército del nuevo tirano, y cuando por fin tuvieron que rendirse, dijeron que por causa de Siloson tenian mucho espacio en el pais.

Rodopis alcanzó aún antes de su muerte, el asesinato del tirano Hiparjos de Atenas por Harmodios y Aristojiton, y espiró por fin, en brazos de sus mejores amigos Teopompos de Mileto y Kalias de Atenas, confiando firmemente en la elevada mision de los helenos.

Todo Náukratis lloró á la noble anciana; Kalias, mandó un emisario á Susa para comunicar al rey y á Sappó la muerte de su amiga.

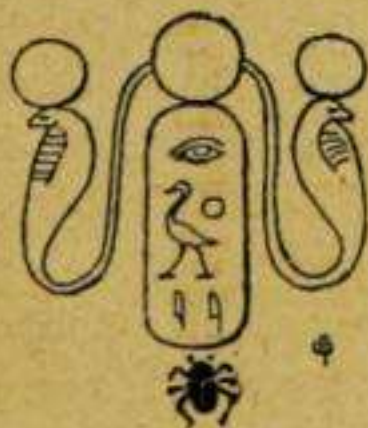
Pocos meses despues, el sátrapa de Egipto recibió el rescripto siguiente de puño y letra de Daríos:

«Habiendo conocido y apreciado á la helena Rodopis fallecida en Náukratis hace poco; siendo su nieta viuda de un legitimo heredero del reino persa, la cual goza aún los honores de soberana, y su biznieta Parmis, hija de Bardiya y Sappó, mi tercera esposa

legítima por haberla hecho tal en estos últimos días, paréceme justo tributar igualmente honores reales á los restos de la difunta, abuela de dos augustas princesas. Así mando que hagas sepultar con régia pompa las cenizas de Rodopis que hemos creído siempre la mujer más grande y extraordinaria que hemos conocido, en el más grande y extraordinario monumento, esto es, la más hermosa de las pirámides. En la adjunta preciosa urna que envia Sapphó, deben conservarse las cenizas de la difunta.

« Dado en el nuevo palacio imperial de Persépolis.

« DARÍOS, *hijo de Histaspes,*  
*el Rey.* »









## NOTAS

---

<sup>1</sup> (Pág. 4.) El ordinario *pishkesh* ó regalo de convidado que aun suelen hacerse los persas modernos, consta de dulces ó de frutas dispuestas con mucho gusto en lindas cestitas.

<sup>2</sup> (Pág. 6.) Los persas despreciaban el comercio que abandonaban á las naciones vencidas, y les estaba prohibido hacer deudas para no tener ocasion de mentir. Herodoto I, 138.

<sup>3</sup> (Pág. 7.) La religion obligaba á los persas á casarse, y los solterones eran despreciados; fomentar la vida se consideraba como un deber, y el tener muchos hijos como mérito especial.

<sup>4</sup> (Pág. 8.) Homero sabia ya que Egipto abundaba en medicamentos. En las inscripciones de las paredes de los laboratorios de los templos y en los papiros médicos, se menciona un número sorprendente de drogas, y los venenos egipcios eran muy conocidos, especialmente el estrienos (nuez vómica) y el halicacabon llamado *moly* por Homero (Odis. X, 304). Véase tambien Odis. IV. 299 y Plinio XXI. 15 y XXV. 2. El número y la diversidad de las drogas prescritas en el papiro Ebers, es prueba de la riqueza de la *materia médica* egipcia.

<sup>5</sup> (Pág. 12.) Herodoto I, 133, dice que los persas acostumbraban tener consejos y tomar acuerdos cuando estaban borrachos, meditando empero la acordado cuando volvian á estar sobrios. Lo mismo hacian los antiguos germanos, segun refiere Tácito, Germania 22.

<sup>6</sup> (Pág. 14.) Paródar era el nombre del gallo, ave sagrada para los persas, porque ahuyentaba á los malvados devas de la noche. También se le llamaba *Karkates*.

<sup>7</sup> (Pág. 20.) Las cacerías de los reyes eran naturalmente grandiosas como sus viajes. La caza era una ocupacion favorita de los nobles persas, que se aplicaban á ella desde su niñez. Segun Estrabon, los reyes mismos se jactaban de haber sido grandes cazadores, y en las ruinas de Persépolis se ha encontrado un bajo relieve en que el rey estrangula una leona con el brazo derecho. Véase también lo que dice Jenofonte, *Ciropedia* I, 9, etc. Por el «libro de los reyes» de Firdusi, sabemos que se empleaba también el lazo para cazar. Hace 900 años que los persas practicaban ya la cetrería. En la caza de aves usaban del bumeran como los egipcios, y hoy los salvajes de Australia. Segun Brugsch, el shah *Nasr-ed-din* es un cazador atrevido y apasionado.

<sup>8</sup> (Pg. 28.) Hemos tomado esta idea de los indios, cuyo dios del amor *Kama* hierre los corazones con flores puntiagudas. El ruiseñor, *bülbül*, desempeña un gran papel en las canciones de los persas. Su canto se considera como la quintesencia de la armonía, y es el ave de los enamorados. Véase *Hammer*, *Historia de las bellas letras de Persia*.

<sup>9</sup> (Pág. 31.) Los *amesha spenta*, (santos inmortales) corresponden á los arcángeles hebreos; rodean el trono de Auramazda simbolizando las grandes virtudes. Posteriormente su número se fijó en seis.

<sup>10</sup> (Pág. 31.) En el extremo anterior de los timones de los coches persas, habia un yugo que se sujetaba al dorso de los caballos supliendo las modernas colleras. Los egipcios enganchaban sus caballos de un modo parecido, aunque los caballos representados en los monumentos pérsicos y asirios eran de otra raza que los egipcios.

<sup>11</sup> (Pág. 40.) El tercer dia despues de la muerte, á la salida del sol, los devas conducen el alma al puente *Sinvat*, donde es preguntada por su vida y conducta. Entáblase una lucha por el alma entre las dos potencias celestes. El alma de los buenos, cuyo olor los devas temen como el cordero al lobo, halla socorro en los espíritus puros, los yazatas, que la llevan al cielo, mientras que el alma del impuro, desamparada, es ligada por el deva *Vizareshó* y conducida al infierno.

<sup>12</sup> (Pág. 47.) Apreciando tanto la vida los persas, era natural que cultivasen mucho la medicina. *Plinio* XXX. 1, afirma que toda la religion de Zoroastro estriba en la medicina, y realmente hay muchos preceptos médicos en el *avesta*. El séptimo *fargard* del *Vendidad* contiene una tarifa médica detallada: «A un

sacerdote cúrele el médico por una piadosa bendición, al dueño de una casa por un jumento pequeño, etc., al señor de una comarca por un tronco de cuatro bueyes. Cuando el médico cura primero la señora de una casa, su recompensa será una burra, etc., etc.» En el mismo fargard leemos que el médico ha de pasar una especie de exámen. Habiendo operado felizmente á tres hombres malos, en cuyo cuerpo podia probar su arte, era tenido *capaz para siempre*. Si los tres sucumbian entre sus manos, era reputado *incapaz de curar jamas*. Plinio enumera una multitud de recetas extrañas de los magos. Como primera calidad de Trita, gran héroe de fábula, conocido tambien de los indios, el *Vendidad* (XX, farg. 11,) menciona sus conocimientos médicos.

<sup>13</sup> (Pág. 49.) Un mal espíritu que mata á los hombres. *Vendidad* XVIII, 45, dice: «Venga á mí el azis creado por los devas, el que parece para arrebatarme del mundo.»

<sup>14</sup> (Pág. 50.) Mazenderan, comarca septentrional de Iran (costa sudeste del Mar Carpio), tenia fama en la epopeya por su fertilidad, pero tambien era reputada asiento de los malos espíritus. Aun hoy tiene vegetacion casi trópica aquella comarca, y los grandes de Mazenderan tienen orgullo en llamarse *div* (deva).

<sup>15</sup> (Pág. 51.) Esta bella cancion se halla en el *libro de los reyes* de Firdusi, cantor imperecedero de la antigua historia persa (nació por el año de 940 de nuestra era). La belleza del pasaje, y la fidelidad con que el autor reproduce la antigua tradicion persa, justificará el anacronismo. La familia de los Kayonides, si no es del todo mitica, era anterior á la de los ajemenidas.

<sup>16</sup> (Pág. 52.) Este cuento se halla en la *ciropedia* (libro V) de Jenofonte, quien lo habrá inventado para amenizar su novela.

<sup>17</sup> (Pág. 62.) A lo dicho en el tomo I, acerca del dogma de los egipcios, como el bienestar del alma depende de la conservacion del cuerpo, podemos añadir que el difunto recupera el uso de sus miembros, de su boca y corazon, á menos que estas partes falten en el cadáver. En general han sabido explotar en todos los sentidos la idea de la inmortalidad. Como el sol no está muerto durante la noche sino que alumbra á los infiernos, asimismo el difunto vive en el infierno para ser rectificado y unirse con Osiris el alma del mundo, ó para sufrir horribles tormentos y verse arrojado de nuevo al mundo empezando la transmigracion. En varios pasajes el alma es representada en figura de un cerdo que es arrojado del infierno al purgatorio á latigazos. Pitágoras ha tomado su metempsicosis de los egipcios, los cuales, por lo demás, no le daban á esta doctrina la

misma significacion que los indios. Véase *Lepsius*, cronología. P. 181.

<sup>18</sup> (Pág. 63.) Segun un epitafio conservado en el museo de Berlin.

<sup>19</sup> (Pág. 64.) Traducción libre de los primeros párrafos del cap. 83 del *Libro de los muertos*, en verso, por el autor. Dicho capítulo lleva como viñeta la imagen de un fénix y el epígrafe: «Capítulo de la trasformacion en el ave Bennu.» Generalmente las almas son representadas en figura de algun ave.

<sup>20</sup> (Pág. 70.) Los egipcios no comian alubias, tal vez á causa de su flatuosidad. *Herod.* II, 37. *Ciceron*, de Divin. I, 30. *Plutar.* Isis y Osiris, 9. Pitágoras adoptó esta costumbre. Segun Diodoro I, 89, la prohibicion no se referia á todos los egipcios, absteiniéndose unos de las habichuelas, otros de las lentejas, etc. Hoy las judías no faltan sino raras veces en la comida de los egipcios, alimentándose los pobres casi exclusivamente de ellas. En el papiro Ebers se mencionan entre los medicamentos.

<sup>21</sup> (Pág. 71.) Simurg es el ave milagrosa de los persas comparable con el rok ó grifo de otros pueblos. En su nido fué criado Sal, padre de Rustem. Calificanla no solamente de grande y fuerte, sino hasta de sabio.

<sup>22</sup> (Pág. 78.) Segun Firdusi: «Luego escribió una carta en un tejido de seda perfumada toda de almizcle, vino y ambar.»

<sup>23</sup> (Pág. 81.) Segun el luto por Iredeh. Firdusi I, 132. El traje pardo segun Rosenmüller.

<sup>24</sup> (Pág. 82.) Significa *rayo*, y era tambien el nombre del célebre caballo de Rustem.

<sup>25</sup> (Pág. 92.) Semejante botiquin de viaje se conserva en el museo egipcio de Berlin. Su arreglo es muy bonito y compendioso. Es muy antiguo, pues la inscripcion de la caja que lo contenia, dice que fué construido bajo la dinastia XI, (es decir á fines del tercer milenio antes de J. C.,) y bajo el rey Mentuhotep.

<sup>26</sup> (Pág. 106.) El ave del paraiso se llama en persa *homai*.

<sup>27</sup> (Pág. 110.) Los *mobed* son sacerdotes; el nombre no se halla en el avesta, y lo derivan de *magu pat*, señor de los magos.

<sup>28</sup> (Pág. 113.) En la inscripcion de Behistan hallamos la genealogía de Daríos, acorde con la que da Herodoto.

<sup>29</sup> (Pág. 114.) De varios pasajes de los autores clásicos, resulta que los antiguos griegos solian llevarse en sus viajes recomendaciones en forma de cartas ó simples estampas de sellos. Ya en la Iliada Glaukos hace mencion de semejante *simbolo*; asimismo en una inscripcion se habla del simbolo que el rey de Sidon, Straton, diera á sus embajadores cuando fueron á Atenas. Tam-

bien en las *Aves* de Aristófanes, se halla una *sfragis* que llevaba el sello del Estado. Los locros tenían en el suyo el héspero, los samios una lira, etc. Al lado de una momia de los tiempos de los Ptolemeos, Passalacqua ha encontrado una carta escrita sobre papiro y dirigida por cierto Timoxénes á Mosjion, en favor de un hombre cuyo nombre está destruido, y que murió en el camino antes de poder entregar su recomendacion, que colocaron en el ataúd á su lado. Dice así: «Timoxénes, saluda á Mosjion. M. . . dador de esta carta es el hermano de Filon que está de secretario en casa de Lisis. Procura que nadie lastime á este hombre. Su padre está tambien aquí, en casa de Petonuris segundo. Estas líneas le han sido entregadas junto con el signo de los mios.» El signo era una paleta de las que usaban los escribientes egipcios, y á la que la carta estaba unida.

<sup>30</sup> (Pág. 114.) Esta supersticion existe aún hoy.

<sup>31</sup> (Pág. 115.) Hib significa Ibis; muchos de los antiguos egipcios llevaban los nombres de animales sagrados.

<sup>32</sup> (Pág. 116.) El viento sudoeste tan peligroso para los sembrados del fertil valle del Nilo, y más conocido bajo el nombre de Simun temido por las caravanas del desierto.

<sup>33</sup> (Pág. 118.) El hijo seguía ordinariamente la carrera ú oficio del padre. Lepsius ha encontrado genealogías de extraordinaria longitud, cuyos miembros todos se habian dedicado á la misma ocupacion. Sin embargo, las castas egipcias no eran tan rigurosamente cerradas como las indias; los monumentos prueban que un hijo de sacerdote, podia hacerse guerrero y vice-versa, que en general los jóvenes podian elegir carrera. En toda la antigüedad, no solamente en Egipto, era regular que el hijo siguiera la profesion del padre.

<sup>34</sup> (Pág. 122.) En las listas de los reyes encuéntranse varias reinas, cuyo reinado confirman los monumentos. Lauth en su *Maneton* dice que la division en dinastías está en relacion con los reinados de las reinas.

<sup>35</sup> (Pág. 122.) A juzgar por las figuras que presentan los monumentos, y por el Exodo, cap. I., la obstetricia incumbia como en el Egipto moderno, á las comadres; sin embargo en los casos difíciles se habrá llamado á los médicos. El papiro hierático número 1558 de Berlin, que trata de medicina, habla varias veces de mujeres asistentes, y en el papiro Ebers hay capitulos instructivos dedicados á las enfermedades de mujeres. Habia aposentos especiales de parir, simbólicos en los templos para las diosas, y probablemente efectivos en las casas particulares para las mujeres que iban de parto. Estos aposentos se llamaban *meshen*, y las comadres *ta meshennu*, las del *meshen*.

<sup>36</sup> (Pág. 123.) Acerca de las doctrinas secretas de los egipcios los autores griegos, sobre todo los neoplatónicos, han desvariado mucho, y á pesar de todo lo que se ha escrito sobre el asunto, la luz no se ha hecho aún; pero es de esperar que no tarde en hacerse, ya que la fuente principal, el libro de los muertos, y varios manuscritos funerarios se han publicado y traducido.

<sup>37</sup> (Pág. 126.) Segun Diodoro I, 80, una ley egipcia mandaba que los que querian dedicarse á la industria del robo, debian inscribirse en el registro del jefe de los ladrones y llevarle inmediatamente las cosas robadas. Las personas víctimas de un robo, debian asimismo hacer inscribir los objetos robados con indicacion del lugar, dia y hora en que el robo se habia verificado. Entregando la cuarta parte de su valor se recuperaban los objetos. Esta extraña costumbre era acaso una consecuencia de la ley que obligaba á cada egipcio, bajo pena de la vida, á manifestar sus medios de embusteria. (Debe de haber habido una mala inteligencia por parte de Diodoro, atribuyendo este historiador á una ley la organizacion privada de los ladrones.)

<sup>38</sup> (Pág. 127.) Plutarco refiere que los egipcios tenian por indecente el ir descalzo por las calles, y por esto escondian el calzado á sus mujeres cuando querian obligarlas á quedarse en casa. Herodoto II, 35, nos dice que en Egipto las mujeres iban al mercado, cosa ciertamente rara para él, en vista de la costumbre contraria de los griegos, que iban ellos mismos á la compra acompañados de sus esclavos.

<sup>39</sup> (Pág. 129.) Al traidor que denunciaba los secretos del Estado, le cortaban la lengua. Diodoro I, 78.

<sup>40</sup> (Pág. 130.) Tadmor, la Palmira de los romanos, fué construida por Salomon (las leyendas árabes la hacen anterior), más bien para ofrecer á las caravanas un parador seguro en un oasis del desierto siro que para defender sus Estados contra las incursiones de los siros y árabes. Esta ciudad alcanzó un gran desarrollo como demuestran aún las ruinas. — Karjemish, célebre por la batalla de Neco contra Nebukadnezar, era el Circesium de los romanos, y parece haber sido la estacion principal de la carretera de Palmira á Babilon.

<sup>41</sup> (Pág. 139.) Al dios Tot con la cabeza de Ibis, el escribano celestial, que los griegos comparan con su Hermes, se le atribuye la invencion de todas las ciencias. Así tambien habria compuesto seis libros sobre la medicina, comprendiendo la anatomía, la patología, la terapéutica y hasta la oftalmología. El libro de la terapéutica se ha conservado integro en el papiro Ebers. Isis y Serapis eran tambien dioses de la medicina.

<sup>42</sup> (Pág. 140.) Los autores egipcios solian quedar desconocidos, diciéndose que los escritos se habian encontrado bajo tal ó cual estatua de una deidad, ó que habian sido compuestos en tiempos de los reyes antiguos. Entre los pocos nombres de autores mencionados, hay el de Anana, autor del cuento de los hermanos (*Papyrus d'Orbiney*) y los siete que se leen en el papiro *Anastasi IV*: Kagabu, Hora, Merapu, Bek en Ptah, Amenmer, Sunro y Mer Ptah. Uno de los libros herméticos era dedicado únicamente á las afecciones de los ojos, de los que trata tambien una seccion grande del papiro Ebers. En la p. 56, l. 1, empieza «El libro de los ojos.» La primera receta se prescribe contra «el incremento de la inflamacion en las partes sanguíneas del ojo.» Otros remedios se dirigen contra «el agua en el ojo» las legañas, las inflamaciones etc., etc., P. 63, 8, comunica un medicamento para los ojos segun las indicaciones de un semita de Biblos. Tambien se hace mencion en el papiro de Ebers, de un médico Nebsejt y de un autor sacerdotal Jui.

<sup>43</sup> (Pág. 140.) La biblioteca de Tebas que, segun Diodoro (I, 49) tenia la inscripcion de *Sanatorio del alma*, (*Psijés iatrèion*) poseia segun Jámblijos (*De myst. aegypt. VIII, 1.*) 20,000 obras herméticas ó sacerdotales. Se hallaba en el Rameseo, construido, segun Diodoro, por Osimandias, el Ramsés Miamun (querido de Amon) de los monumentos, en el siglo XIV antes de J. C. Champollion ha reconocido las salas de biblioteca en las ruinas del Rameseo. En la pared de una sala de detras, hay representaciones de Tot, dios de la sabiduría y de Safej, diosa de la historia. Varios papiros hieráticos que poseemos aún hoy, proceden de esta biblioteca que se menciona con alguna frecuencia en los libros egipcios. Lepsius encontró en Tebas los sepulcros de dos bibliotecarios, padre é hijo, de la época de Ramsés Miamun, cuyo titulo era el de jefe ó superior de los libros. Parece que cada templo tenia su biblioteca; al menos las inscripciones de Denderah, Edfu y Filae, señalan la parte del templo en la que se conservaban los rollos de manuscritos. El libro de los muertos menciona las bibliotecas de ciertos dioses, y Galeno habla de una coleccion de libros perteneciente al templo de Ptah de Menfis, en la cual habia manuscritos médicos. Sabemos que una gran biblioteca formaba parte del Serapeo de Alejandria. Federico Ritschl, con la perspicacia que le distinguia, determinó el número de los rollos conservados en las bibliotecas alejandrinas.

<sup>44</sup> (Pág. 141.) Cuando un persa muere, viene precipitadamente en forma de mosca, la *drukhs nasus* el impuro demonio de la muerte, á sentarse sobre el cadáver, y uno de los presentes,

trayéndoles podredumbre y perdición. Los parsis modernos siguen la misma costumbre de presentar perros á los moribundos, segun dicen para que ahuyenten á la mala drukhs.

<sup>45</sup> (Pág. 144.) En invierno al cabo de nueve dias, en verano al cabo de un mes, puede volverse á encender lumbre en la habitacion de un difunto.

<sup>46</sup> (Pág. 144.) Todo el décimo Fargard del Vendidad está lleno de tales conjuraciones.

<sup>47</sup> (Pág. 144.) El número de las oraciones fúnebres para los diferentes grados de parentesco se halla fijado en Vendidad farg. XII. 1, y siguientes.

<sup>48</sup> (Pág. 145.) Herodoto (II, 86, 88 y Diodoro I, 91) describen tres clases de embalsamamientos, una muy barata, otra de 2,000 pesetas y la tercera de 6,000. Primero se sacaba el cerebro por la nariz, llenando luego el cráneo de especias. Despues se sacaban los intestinos para llenar el abdómen de aromas. Finalmente se guardaba el cuerpo durante setenta dias en una solucion de sosa, y despues se envolvía en vendas engomadas de *byssos*, que segun las investigaciones microscópicas de Ure y Czermak era lino, no algodón. El microscopio ha demostrado tambien la maravillosa conservacion de las mas pequeñas partículas del cuerpo, confirmando las afirmaciones de Herodoto. Conocemos la significacion de casi todos los amuletos que se daban á las momias.

<sup>49</sup> (Pág. 146.) El nombre de este monte se halla en la inscripcion de Behistan. En la misma se refiere que al nobilísimo rebelde Fravartis (Fraortes) le fueron cortadas las orejas, la lengua y la nariz, confirmando así el relato de Herodoto, con respecto al falso Smerdes.

<sup>50</sup> (Pág. 151.) Segun Herodoto, II, 169, Amasis trató muy benévolamente á su antecesor destronado, dejándole vivir hasta que fué asaltado y estrangulado por los egipcios. Para justificar la edad de Nitetis, hemos de suponer que Hofra vivió aún veinte años despues de su destronamiento. Solo así se explica el relato de Herodoto, III, que sirve de base al nuestro. Amasis no habria osado ofrecer al gran rey de Persia para esposa una mujer de cuarenta años, máxime cuando se tiene en cuenta que una egipcia de cuarenta años parece más vieja que una europea de sesenta.

<sup>51</sup> (Pág. 152.) En la época de Amasis existian ya las tres clases de letra egipcia, si bien las primeras muestras de escritura ó cursiva que posemos no se remontan mucho más allá de la dinastia de Amasis (la 26).

<sup>52</sup> (Pág. 153.) Respetar la vejez era un deber sagrado para los



egipcios segun se ve por Herodoto, Ciceron y los papiros; en el de Prisse se encuentra el cuarto mandamiento del decálogo mosaico, hasta con la promision.

<sup>53</sup> (Pág. 155.) El mes de Tot ó Taut correspondia á las cuatro semanas del 29 de Agosto al 27 de Setiembre, de modo que el 5 de Tot era el 2 de Setiembre.

<sup>54</sup> (Pág. 155.) Del libro de los muertos y de muchos otros textos resulta que la beneficencia, especialmente para con las viudas y los huérfanos, era obligatoria para los egipcios. Un ilustre gobernador, en su tumba de Benihasan se alaba de no haber perjudicado á ningun niño débil (acaso circunlocucion por huérfano) ni hecho mal á ninguna viuda.

<sup>55</sup> (Pág. 161.) Los gastos diarios de tamaña Real casa eran, segun Ateneo, de 400 talentos, es decir, de unos dos millones de pesetas.

<sup>56</sup> (Pág. 165.) El lago gigeo ó de Giges ya lo conocia Homero (H. II, 863 y XX y 386). Segun Prokesch tiene tres horas de largo y una de ancho. Herodoto, I, 93, llama al sepulcro de Aliates la obra más grandiosa despues de los monumentos egipcios y babilonios. Estos túmulos cónicos se ven aún hoy cerca de las ruinas de Sardes no lejos del lago. Hamilton contó unos sesenta y gastó diez minutos en dar la vuelta á caballo al rededor del cerro de Aliates; Prokesch vió cien túmulos. El mayor (sepulcro de Aliates) tiene una base de 4.400 piés de circunferencia y 650 piés de ladera. Segun Prokesch sobre alguno de estos túmulos se encuentran enormes astiles de Falo; Spiegelthal, cónsul en Esmirna, halló una cámara sepulcral en el túmulo de Aliates. Sardes fué visitada y descrita por Starck.

<sup>57</sup> (Pág. 165.) Los griegos del Asia menor adoptaron el culto de esta diosa representándola montada en un leon ó acompañada de leones, llevando en la mano un tamboril, instrumento que solia tocarse en sus fiestas vertiginosas. *Pablo Heyse* ha dado una bella descripcion de una fiesta de Kibele en su *Tecla*. Véase *Duncker*, Historia de la antigüedad, tomo I.

<sup>58</sup> (Pág. 168.) Los lidios parecen haber inventado los juegos de dados, pelotas y otros, menos el de las damas que habrá sido de origen egipcio. Tambien es probable que la pelota se conocia en Egipto antes que en Lidia.

<sup>59</sup> (Pág. 169.) En la época de nuestra historia el palacio de Persepolis no existia aún; Daríos mismo habria empezado la construccion, haciendo alternar el mármol blanco con la piedra negra de la sierra de Rajmed. El palacio de Susa era de ladrillos; el de Ecbatana era de madera revestida de láminas de oro, de inmenso valor y cubierto de tejas de metales preciosos.

<sup>60</sup> (Pág. 174.) Hecateos de Mileto puede llamarse «padre de la geografía», como á Herodoto le han llamado «padre de la historia.» Enmendó los mapas de Anaximandro y escribió una gran obra, «Viaje alrededor del mundo,» que se ha perdido por desgracia, teniéndola los antiguos por la mejor de su clase. Segun asegura Herodoto, (V. 36.) Hecateos conocia perfectamente todas las partes del imperio persa y habia viajado aún en Egipto. Vivia en la época de nuestro relato, pues nació por los años de 550 en Mileto, cuya toma (496) vió. Su mapa ha sido reproducido por Klausen en su edicion de los fragmentos de Hecateos. Por lo demás, ya mucho antes de él hubo mapas, siendo el mas antiguo conocido el de las minas de oro, conservado en el museo egipcio de Turin. La mano de un sacerdote egipcio lo ha trazado con gran habilidad y es una proyeccion que da una idea bastante clara de la region representada.

<sup>61</sup> (Pág. 178.) Los orientales tenian ya en aquella época la desnudez por muy indecente, mientras que los griegos no conocian nada más bello que el cuerpo desnudo.

<sup>62</sup> (Pág. 180.) Los reyes de Persia debian comer una piña de terebinto el dia de su coronacion. Plutarco Artajerjes, 3.

<sup>63</sup> (Pág. 182.) Color que se sacaba de la planta *zandix* y era apetecido en la antigüedad. Aristófanes lo menciona en los Ajarnienses (p. 46 del tomo I de la traduccion española, tomo 27, de la *Biblioteca clásica*.)

<sup>64</sup> (Pág. 182.) El ejército persa estaba dividido por el sistema decimal, llamándose *hekatontayos* el que mandaba á 100 hombres, *jiliarjos* el jefe de 1000; *taxiarjos* era el título de un jefe intermedio.

<sup>65</sup> (Pág. 186.) Prescindiendo de que semejantes casos no faltaban en ninguna parte de la antigüedad, las de la boca canónica se hallan mencionadas expresamente en Estrabon, 87.

<sup>66</sup> (Pág. 186.) La aficion que los griegos tenian al mercado resulta de la siguiente anécdota que refiere Estrabon, 658. Un flautista de Jasos se vió abandonado de sus oyentes, en cuanto sonó la campana del mercado, no quedándose sino uno solo. El músico le dió las gracias por que no se habia dejado arrastrar por la campana. ¡Ah, sí! ¿ya han tocado la campana? dijo el hombre y echó á correr tambien.

<sup>67</sup> (Pág. 187.) Las mercancías se ofrecian á la venta en puestos separados como hoy, llamados *Kyklos* (círculo). El puesto de las floristas que tenian fama de no ser muy recatadas, se llamaba el mercado de arrayanes (*myrrina*).

<sup>68</sup> (Pág. 188.) Hemos tenido presente el siguiente épigrama de Dionisios:

¿Tú con las rosas en la cesta, rósea niña, qué vendes?

¿Rosas? ¿A ti misma, dímelo, ó las dos á la vez?

Una moneda de oro (la persa valia 27 pesetas) era muchísimo. En los Ajarnienses de Aristófanes el esclavo de Limaios ofrece un precio ridiculamente elevado cuando quiere pagar tres pesetas por una anguila de Kopais y una peseta por un par de tordos.

<sup>69</sup> (Pág. 191.) Hasta los griegos distinguidos no se desdeñaban de hacer compras en el mercado acompañados de sus esclavos. En cambio una mujer honrada no podía presentarse en el mercado. Generalmente se enviaba á los esclavos.

<sup>70</sup> (Pág. 193.) Los papiros nos han conservado semejantes cédulas. Wilkinson reproduce un cuadro de Tebas en el cual un hombre que hace reverencias es conducido ante el escribano que parece extenderle una cédula.

<sup>71</sup> (Pág. 201.) En la parte de la bolsa llamada *deigma* los negociantes griegos solian vender sus géneros segun muestra.

<sup>72</sup> (Pág. 204.) Diodoro (V. 73.) menciona solamente á Zeus y Hera como los dioses á quienes se hacian sacrificios nupciales. Plutarco (Solon, 20) dice que una ley mandaba á los novios atenienses comer un membrillo antes de la boda, fruto que parece haber tenido aún otro significado para los amantes. No cabe duda que entre los griegos existia la misma costumbre del *noviazgo* que entre nosotros; para probarlo, ahí está la Antígone de Sofocles, la novia ó sea prometida de Hemon.

<sup>73</sup> (Pág. 204.) Segun la *boda aldobrandina* de Böttiger el himeneo ó canto nupcial se acompañaba con flautas. No es dable determinar quien llevaba las hachas; asimismo queda dudoso, si el banquete de boda se celebraba en casa del novio ó de la novia, porque hay pasajes en favor de los dos. Como aquí no tenemos la casa del novio, no podemos reproducir toda la marcha ordinaria de un casamiento griego; así, por ejemplo, no cabe la descripción de como la novia va á casa del novio en coche acompañada de un coro que cantaba el canto cochero (*harmá-teion mélos*) y precedido de esclavas llevando antorchas encendidas.

<sup>74</sup> (Pág. 206.) El encubridor de un asesinato era castigado con azotes y dejado tres dias sin comer ni beber. Diodoro, I, 77.

<sup>75</sup> (Pág. 207.) Estos sombreros de fieltro (*pétasos*) servian de abrigo contra los rayos del sol, entre los griegos primero y despues tambien entre los romanos; en vista del sol que hace en Egipto, no puede dudarse que los llevaban tambien los helenos establecidos allí. En la célebre cabalgada del Partenon (ahora en el Museo británico), casi todos los jinetes llevan el pétasos, que

era tambien el sombrero de viaje , hasta el punto de bastar para indicar que una persona era viajero , representarla con el petasos , colgando por detras. Aún en la edad media se pintaba así á los romeros.

<sup>76</sup> (Pág. 208.) La vida y la actividad de los artesanos , se halla representada en muchos monumentos antiguos ; especialmente en las mastaba de Saggaras , y los sepulcros de Benihasan y Tebas , reproducidos por Wilkinson, Rosellini, etc. En el Museo de Berlin se conservan varios husos del antiguo Egipto , y en el de Leyden se hallan una hermosa devanadora, que lleva todavia el hilo encarnado, y muchas muestras de tejidos antiguos.

<sup>77</sup> (Pág. 208.) La cerveza egipcia , llamada *zythos* por los griegos , era conocida pero no muy apreciada en la antigüedad ; decian que era como el vino un regalo de Osiris. La mejor se hacia en Pelusio ; los egipcios la llamaban *hek*, y distinguian una variedad como *hek nezem*, cerveza dulce. Se ha querido poner en relacion á nuestro Gambrinus rey de la cerveza con Gambrinus hijo de Isis, segun Aventinus. Amul. Boj. I, 6. 11.

<sup>78</sup> (Pág. 209.) Célebre hetera de Náukratis mencionada por Herodoto II, 135. Las flautistas (*auletridas*) no faltaban nunca en los banquetes de los jóvenes griegos.

<sup>79</sup> (Pág. 213.) Los sacerdotes que en las procesiones habian de llevar las imágenes de los dioses , escaparates , animales sagrados, etc. El clero egipcio se componia , segun Clemente de Alejandria, y los decretos bilingües de Roseta y Campo, de grandes sacerdotes, profetas, estolistas, á los que incumbia la guarda de de las santas imágenes. los sacrificios y la enseñanza , de portacálamos ó escribientes de la escritura sagrada, hieragramatos ó sabios, (en egipcio : sabedores de las cosas), á cuyo número pertenecian los horóscopos, astrólogos, almanaqueros y agoreros ; de los santos padres, á los que pertenecian los cantores y los guardas de los preceptos de la vida del rey , y de los sacerdotes inferiores , los pastoforos , tarijeutas , (embalsamadores), neokoros, (sacristanes), etc.

<sup>80</sup> (Pág. 213.) Instrumento trabajado á veces con mucho arte y usado en el culto. Constaba de un arco con unos travesaños de los que pendian unos aros que se hacia chocar unos con otros. Plutarco (Isis y Osiris 63,) lo describe exactamente diciendo que se empleaba para ahuyentar á Tifon. Un sistro de bronce se conserva en el museo de Berlin. Dicen que formaba parte de la música militar egipcia ; pero no en lugar de la trompeta , porque esta se usaba tambien como prueban los monumentos , v. gr., los de *Der el bahri*.

<sup>81</sup> (Pág. 213.) Semejantes procesiones de mujeres se hallan

representadas en los monumentos de Tebas, yendo á rezar la esposa de Ramsés el grande con la madre, hija y hermana de un sacerdote. Los monumentos han decidido afirmativamente la cuestion de si existian ó no sacerdotisas en Egipto.

<sup>82</sup> (Pág. 216.) El Rampsinitos de Herodoto (II. 121.) Apiano hace la afirmacion apenas creible, que el tesoro de Ptolemeos Filadelfos, contenia 75,000 talentos egipcios, ó sea más de 2000 millones de pesetas. Tal vez se trata como presume Boekh, de la suma total de los ingresos durante su reinado de 38 años. Por lo demas, segun una inscripcion del tesoro de Ramsés el grande (Osimandias), las minas de oro y plata de los egipcios habrian reportado anualmente aquella suma. Segun Diodoro (I. 62.) el tesoro de Rampsinitos, contenia cuatro millones de talentos, es decir, unos doce mil millones de pesetas. Una representacion del célebre tesoro de aquel rey, se ha conservado en el templo de Medinet Habu, y ha sido publicada por Dümichen. En efecto, se nos presenta una riqueza colosal en oro, plata, ambar, lápiz lázuli, cristal (*mafek*), hasta en especias de Arabia; los metales preciosos se ven en sacos, vasijas y montones sueltos, los demas en barras en forma de ladrillos.

<sup>83</sup> (Pág. 219.) El apodo *señora* de la balanza, proviene de que la diosa de la verdad pesaba las almas de los difuntos en el *amenti*.

<sup>84</sup> (Pág. 225.) El bárbitos ó bárbiton, era á la lira lo que el violoncelo es al violin.

<sup>85</sup> (Pág. 228.) Aunque las tempestades son una cosa rara en Egipto, no dejan de ocurrir. Nosotros vimos una cerca de Antioe en el Egipto alto en enero de 1870. Fué tan recia, que unas lanchas arábigas en el Nilo zozobraron, y de la montaña se abalanzaron rápidos torrentes arrastrando varias chozas, y arrancando palmeras. El viejo alcalde nos aseguró que nunca habia visto cosa parecida. Herodoto cuenta como un milagro el haber llovido en el Egipto alto en la época de nuestra narracion. (III, 10).

<sup>86</sup> (Pág. 228.) Los griegos al acercarse una tempestad, solian inmolar un cordero negro á los huracanes, divinidades infernales. A esta costumbre se refiere Aristófanes (Ranas 853) cuando al acometer Esjilos á Eurípides con extraordinaria violencia, Dionisos exclama: « Esclavos, traed un cordero, un cordero negro; vamos á tener una tempestad horrorosa. »

<sup>87</sup> (Pág. 230.) Los cantos nupciales llamábanse *himeneos* por la continua repeticion del estribillo: Himen oh, Himenéoh. Esto dió lugar á la creacion de un dios del matrimonio, rodeado de muchos mitos, y que segun el bello canto de Catulo, vivia con

las Musas en el Helikon. Köchly califica los himeneos de una especie de drama lírico, porque se pueden considerar como constando de varios actos, descriptivos de la marcha de la fiesta y acompañados de acción rítmica alusiva al objeto.

<sup>88</sup> (Pág. 231.) La novia helénica se presentaba magníficamente ataviada, y también los padrinos recibían vestidos de gala. Después del baño obligatorio también para el novio, la novia se aromatizaba con esencias.

<sup>89</sup> (Pág. 231.) La madre de la novia encendía la antorcha, y el que la llevaba debía de representar á Himen.

<sup>90</sup> (Pág. 232.) Reproducimos este canto según la restauración magistral de Köchly. Del original de Sappó no tenemos sino los dos primeros versos; para el resto se ha aprovechado la imitación ó traducción de Catulo.

<sup>91</sup> (Pág. 238.) Este edificio recuerda directamente la disposición arquitectónica de los griegos. Herder y Anquetil opinan igualmente que los persas han aceptado más del estilo helénico que del egipcio.

<sup>92</sup> (Pág. 240.) Según Anquetil, los parsis modernos consideran especialmente meritorio el matrimonio entre los parientes cercanos.

<sup>93</sup> (Pág. 243.) Herodoto (II, 164.) refiere que todo el ejército egipcio constaba de dos divisiones, los calasirios y los hermotibios, nombres acerca de cuya significación se han hecho muchas conjeturas desde Herodoto mismo. En Egipto los calasirios se llamaban Klashr y eran arqueros; hermotibios es acaso una corrupción de hemitibios por el taparabo (*hemitibion*) que llevaban. Casi todos los monumentos llevan representaciones, en parte con mucha naturalidad, de carristas ó combatientes en carro. En cuanto á caballería, resulta de las inscripciones y de los relatos de autores extranjeros, que la tenían aunque hasta ahora no se han encontrado sino cinco representaciones de jinetes, (la más bella se conserva en el museo etnográfico de Boloña.) Según Diodoro, Ramsés tenía 24,000 jinetes en su ejército, y Sesonjis (Sheshenk) llegó á Jerusalem con 60,000 caballos. Amasis se hallaba á caballo cuando se le presentó el mensajero de Hofra. Un gran número de banderas se hallan reproducidas en las obras de Wilkinson y Rosellini. Cada provincia tenía su escudo de armas. Muy instructivas son las listas de las comarcas halladas en los templos, de la época de los Ptolemeos, cuya significación ha sido comprendida primero por el Sr. Harris, cónsul inglés de Alejandria. — Todas nuestras indicaciones acerca de las armas, se fundan en los monumentos mismos ó sus reproducciones por Champollion, Wilkinson, Rosellini y Lepsius. En

el museo de Berlin, se conserva un puñal cuya hoja es de bronce, el puño de marfil y la vaina de cuero. Las espadas grandes las llevaban solamente las tropas auxiliares extranjeras, mientras que los egipcios no tenían más que dagas. La mas larga que se conoce, lo es de unos dos pies y se halla en el poder del Sr. E. Brugsch del Kairo.

<sup>95</sup> (Pág. 244.) Tambien Temistocles cuando llegó á la corte persa, fué casado por el rey con una persa ilustre.

<sup>96</sup> (Pág. 245.) Diodoro, III, 12, describe extensamente el trabajo forzado de las minas de oro, de las que se han encontrado vestigios y dos inscripciones, halladas en Radesiéh y Kuban, hablan de la conduccion de agua potable á las minas de oro situadas en el desierto arábigo entre Kuban y el Mar rojo. En el museo de Turin se conserva un papiro interesante que representa un mapa de aquella region en una proyeccion singular. En las figuras rojas de las montañas auríferas se lee en escritura hierática las palabras *tu en nub*, montaña de oro.

<sup>96</sup> (Pág. 248.) Firdusi menciona los colores del estandarte Real. La bandera de Kave consistia en el mandil del bizarro herrero de la mitología persa, quien provoco la rebelion contra el malvado Zohak y ayudó á Feridun á derribar al cruel asolador del reino.

<sup>97</sup> (Pág. 249.) Que los aurigas eran próceres, se deduce de la manera como los trataban los reyes. En el poema de Pentaur, la epopeya nacional de los egipcios, las relaciones del faraon con su cochero son íntimas. Ademas el papiro Anastasi III, nos da una descripcion de los males que ha de pasar un jóven auriga egipcio. Vémosle frecuentar una escuela militar y luego recibir los regios corceles de la propia mano del faraon, todo lo cual indica que no se trata de mozos plebeyos.

<sup>98</sup> (Pág. 253.) Los vencedores perdian mucha menos gente en la antigüedad que los vencidos y una cosa parecida sucede aún hoy aunque la desproporcion no es tan grande; prueba la campaña franco-prusiana.

<sup>99</sup> (Pág. 258.) Una estátua naofora del museo gregoriano del Vaticano tiene una inscripcion que da las mismas noticias acerca de la estancia de Kambises en Sais.

<sup>100</sup> (Pág. 263.) El último Daríos señaló de la misma manera para el suplicio á su excelente general griego Memnon cuya franqueza le habia ofendido y cuyas últimas palabras: «Tu arrepentimiento aquilatará mi valía; mi vengador no está léjos,» se referian á Alejandro.

<sup>101</sup> (Pág. 267.) Los egipcios como los griegos, se casaban frecuentemente con sus hermanas ó las viudas de sus hermanos, como se ve en la historia de la dinastía ptolemea.

<sup>102</sup> (Pág. 270.) De esta *lijnokaia* (candelaria) en honor de Neith (Pálas Atene) refiere Herodoto, II, 62; Homero, (Od. XIX, 34) representa á Pálas Atene con un candil en la mano. Estrabon (396) menciona una lámpara eterna del templo antiguo de Palas en la acrópolis.

<sup>103</sup> (Pág. 274.) La fama de que despreciaban á los dioses proviene del ódio del pueblo por sus opresores que lo forzaban á trabajar en la construccion de las pirámides.

<sup>104</sup> (Pág. 276.) Estos espectáculos representados en el bosque de Neith parecen haber formado parte del aparato exterior de los misterios.

<sup>105</sup> (Pág. 277.) Aquí nos apartamos un poco del relato de Plutarco que dice que Tifon indujo á Osiris arteramente á que se metiera en la caja.

<sup>106</sup> (Pág. 280.) *Hamestegan* es el paradero de los persas cuyas acciones buenas y malas se compensan; *dusal* es el infierno y *garotman* el paraíso.

<sup>107</sup> (Pág. 282.) En todas las obras modernas sobre el país de los faraones, encuéntranse descripciones y reproducciones de semejantes sepulcros de los antiguos egipcios.

<sup>108</sup> (Pág. 288.) Segun el libro de Ester, I, 6; solo que decimos azul en vez de blanco, porque así tenemos los colores pérsicos: rojo, amarillo y azul.

<sup>109</sup> (Pág. 288.) Herodoto, III, 30, etc., refiere este suceso y los siguientes: Segun Estrabon (730) en la tumba de Daríos habia una inscripcion que decia: «Yo era un amigo de mis amigos, el mejor ginete y tirador de arco, el cazador más perfecto; todo lo podia llevar á cabo.»

<sup>110</sup> (Pág. 295.) Los monumentos prueban que los egipcios solian untarse de muchas maneras desde los tiempos mas antiguos. El teñirse las uñas ha sido prohibido recientemente.

<sup>111</sup> (Pág. 300.) En los monumentos egipcios no se encuentra ninguna representacion de camello como tampoco de gallo, aunque estos animales eran frecuentes; parece que su representacion estaba prohibida. En Berbería se introdujo el camello solo despues de J. C.

<sup>112</sup> (Pág. 311.) Segun Herodoto, Prexaspes fué á Susa para matar á Bardiya (Smerdis) llevándole segun unos á la caza y segun otros al mar *Eritreo*, es decir, al golfo de Persia, no á nuestro Mar Rojo que es el golfo de Arabia.

<sup>113</sup> (Pág. 311.) Herodoto visitó Egipto unos sesenta años despues de la muerte de Kambises; describe la expedicion á Etiopía, III, 25.

<sup>114</sup> (Pág. 312.) El *jamsin* es un viento terrible que sopla en el



desierto libico y en Egipto. Otro viento parecido se conoce bajo el nombre de *samun* ó *Simun*.

<sup>115</sup> (Pág. 323.) Brugsch dice que en ningun país ha encontrado embusteros más descarados que en la Persia actual y que antiguamente habrá sucedido lo mismo motivando las leyes severas contra la mentira.

<sup>116</sup> (Pág. 324.) Hemos tomado las ideas fundamentales de este discurso del «Estado ideal» de Platon.

<sup>117</sup> (Pág. 334.) La inscripcion de Behistan dice: «Hay una fortaleza, Cikathauvatis y una comarca Nisaya, en Media; allí le maté.» No es dable identificar la ciudad; la comarca Nisaya ó Nisea era célebre por sus caballos grandes y numerosos. Segun Herodoto todo esto pasó en Susa.

<sup>118</sup> (Pág. 337.) Segun Herodoto, III, 79, los persas celebraban el aniversario de este dia como una gran fiesta bajo el nombre de la *matanza de magos*.

<sup>119</sup> (Pág. 338.) Atosa es mencionada muchas veces como esposa favorita de Daríos. Su hijo Jerjes fué nombrado rey por Daríos, aunque tenia tres herederos mayores, hijos de la hija de Gobrias. Herodoto (VII. 3.) dice expresamente que la autoridad de Atosa era grande, y Esjilo en sus *Persas* la llama anciana noble y venerada.

<sup>120</sup> (Pág. 339.) En este canal trabajaron Setos I, Ramsés II, Nejo, Daríos y los Ptolemeos. Herodoto, II, 58 y Diodoro, I, 33.

<sup>121</sup> (Pág. 339.) El nombre egipcio de Daríos presenta la forma de Ntariush.

<sup>122</sup> (Pág. 342.) El regalo honorífico más insigne que un súbdito persa podia recibir de su soberano, era un molino de mano de oro como Daríos recibió uno de seis talentos de peso.

FIN DE LA OBRA.









